

ITA

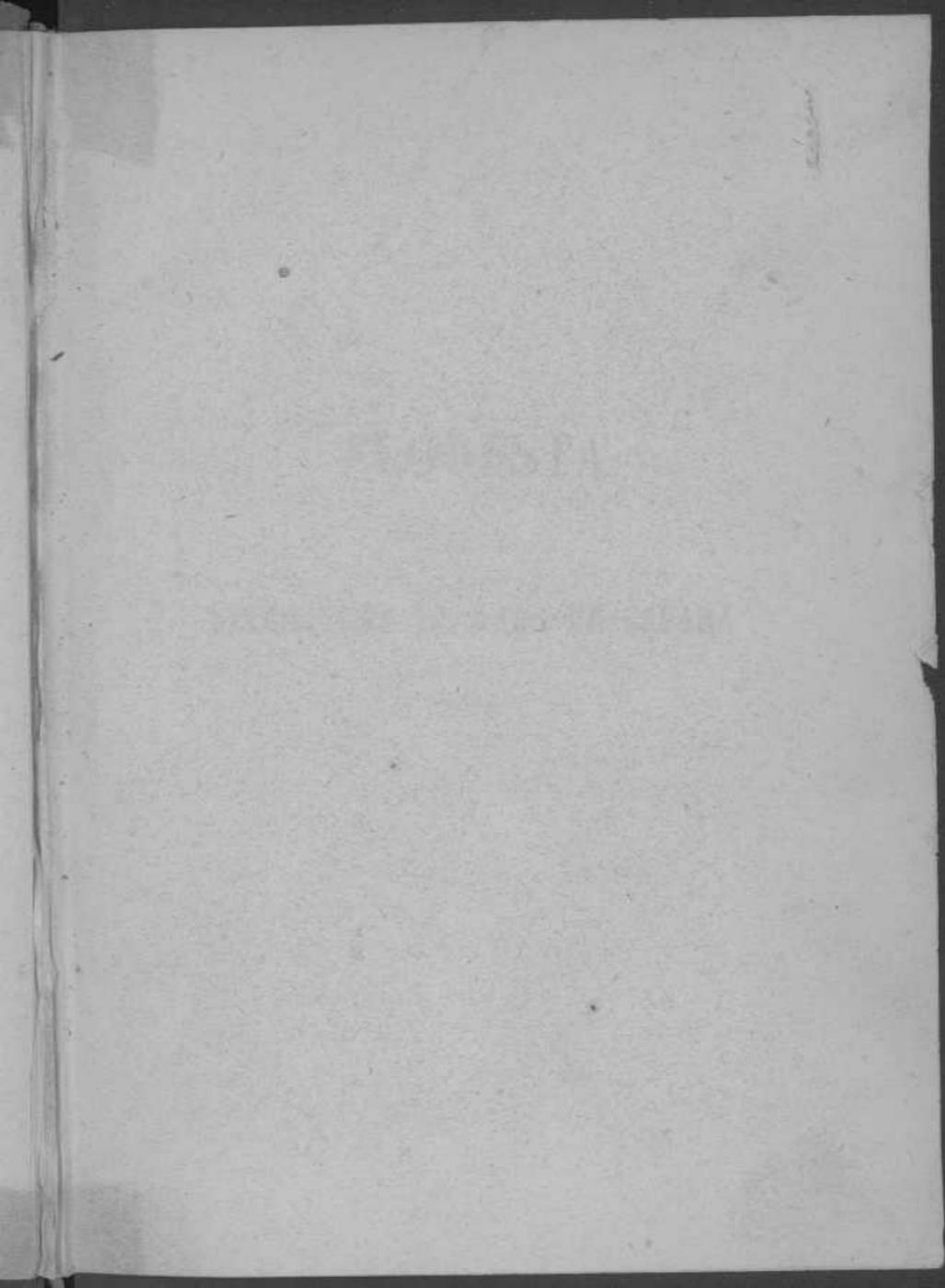
ARLEA

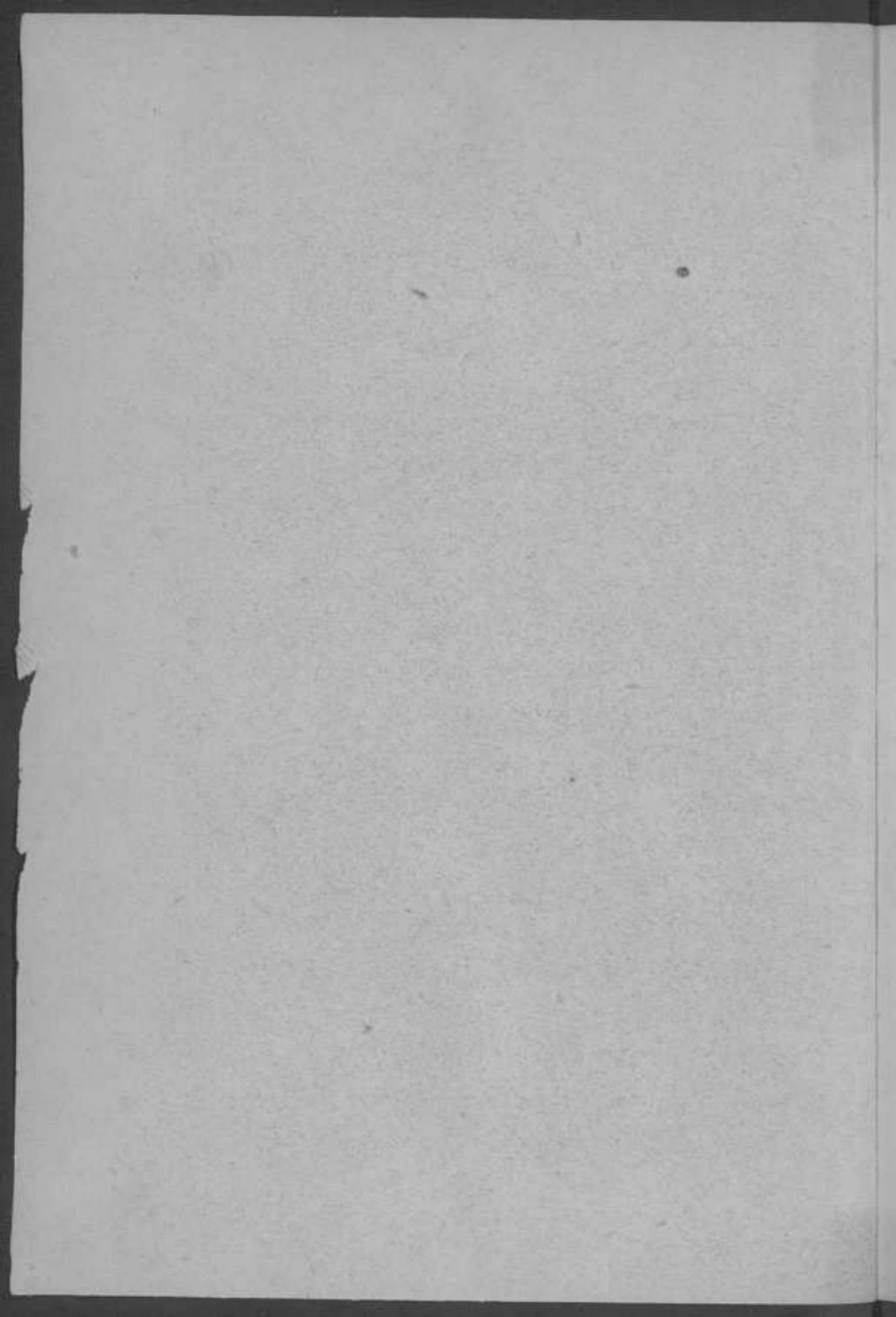
29

15829  
~~8518~~

0  
72

16675





# FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

FLORESTA

LITERATURA SACRADA DE ESPAÑA

J. L.

# FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA,

ó

COLECCION DE PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

DE NUESTROS AUTORES DE MAYOR MÉRITO,

POR

D. RAMON TAVARÉS Y LOZANO.

**TOMO IV.**

Con licencia de la autoridad eclesiástica.



MADRID.—1864.

IMP. DE TEJADO, EDITOR, Á CARGO DE R. LUDEÑA,  
calle de Silva, núm. 12, cuarto bajo.

PLANTILLA

DE

LIBRERIA SACRADA DE ESPAÑA

COLECCION DE PENSAMIENTOS ESCOGIDOS

DE LOS AUTORES DE MAYOR MÉRITO

por

D. RAMON TAVARES Y LINAZA.



TOMO IV.

Los libros de la biblioteca pertenecen

MADRID—1884

Imp. de la Librería, editores, a cargo de D. TAVARES Y LINAZA,  
Calle de San Juan, núm. 17, frente a la Puerta de San Juan.

# FLORESTA

DE LA

## LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.



### P

**PROFECÍA.**—La profecía es el anuncio cierto de un suceso futuro, cuyo conocimiento no puede adquirirse por causas naturales.—*Leciones elementales de los fundamentos de la religion.*—José Escolano y Fenoy.

**PROFECÍA (LA PRIMERA PRONUNCIADA POR DIOS).**—La primera profecía salió de la misma boca de Dios airado: nuestros primeros padres se habían escondido del Señor porque estaban cubiertos de la confusion y vergüenza de su pecado: entre la sierpe y Dios, optaron por la

sierpe: al execrable delito siguióse inmediatamente el mas espantoso desengaño, y en aquel instante de estremecimiento y de horror habló la infinita Majestad del Juez divino: pronunció una terrible sentencia contra el género humano, que le habia ultrajado en la persona de Adan. Esta sentencia fué una profecía en que estaba contenida la historia de toda la humanidad. ¡Qué grandeza! Fué profecía porque versaba sobre lo futuro, porque prescribia lo que habia de suceder desde aquel momento en que el mundo estaba recién nacido hasta el fin de los siglos. Todos los hombres, los que fueron, los que somos y los que serán moradores de esta tierra de infortunio, todos atestigüamos con nuestras lágrimas que es cierta la prediccion-sentencia de que habia de brotar espinas y de que habiamos de volver al polvo de que fuimos formados. ¡Ó muerte, en aquel momento pudiste regocijarte, porque se te anunciaba un continuo triunfo sobre los vivos, triunfo que habia de repetirse hasta el dia de la universal resurreccion en el término del universo! Trémula y acongojada Eva,

tú tambien pudiste regocijarte y exaltar tu pecho y bañarlo de gloria, y tus consternadas entrañas pudieron dar saltos de regocijo porque el Señor prometió y profetizó la glorificacion y la restauracion de tu descendencia en la victoria de otra mujer, que en perpétua guerra con la serpiente entonces vencedora le habia de quebrantar la ponzoñosa cabeza. He aquí la redencion por el Hijo de la Santísima Virgen, he aquí el triunfo de esta Señora sobre el infierno, he aquí su concepcion inmaculada, he aquí el victorioso escudo con que cubriéndolos y salvándolos hace vencedores de las huestes infernales á sus hijos, que pelean siguiendo sus banderas.

Nótese la misericordia de Dios en el orden con que pronuncia las proféticas sentencias. Iba á intimar á la mujer que todos sus hijos serian fruto de dolor, de dolor cuando los tuviese en su seno, de dolor cuando los diese á luz, que estaria sujeta al hombre y avasallada por él; y antes de sumergirla en un océano de amargura con esta profecía, le anticipa el sobrehumano consuelo de que la mujer vencerá

al príncipe de las tinieblas y reparará lo perdido con abundancia de gracia y de triunfante gloria. Hablando primero á la serpiente para pronosticarle su derrota y vencimiento por una mujer, mostró el Señor que sé apiadaba de la flaqueza de nuestra primera madre, que sin este consuelo prévio ¡ay! no hubiera podido oír sin morir de sentimiento la profética historia de la mujer infeliz, la historia suya y la de todas sus hijas, dolores y sujeción. ¡Qué contraste tan vivo, qué contraste tan asombroso se encierra en las proféticas y sentenciosas palabras del Señor dirigidas á la serpiente y á nuestra primera madre, duelo y consternacion, gloria y reparacion! Dolores y sujeción por Eva para todas las mujeres hasta el último dia de los tiempos, triunfo y participacion de gloria por María para todas las mujeres hasta el último dia de los tiempos.

· En esta profecía está todo lo grande; el inmenso infortunio de la humanidad, la suprema elevacion de la misma en la Madre y en el Hijo que han de vencer al infierno, la interminable guerra que han de hacerse las genera-

ciones de los buenos y las generaciones de los malos, el vicio y la virtud, la luz del cielo y las sombras del averno, la religion verdadera y la idolatría, la Iglesia Católica y el mónstruo de la herejía, y el éxito de esta guerra perdurable. Dios mismo es quien la pronuncia desplegando inefablemente y al mismo tiempo todo el grandor de su misericordia y de su justicia infinita. ¿Y cuándo? Pocos instantes despues de consumarse la creacion, en el acto de haber perdido su inocencia y su dicha las bellisimas criaturas á quienes tanto habia sublimado sobre el resto de sus obras, en el acto de rebelarse contra él los séres mas privilegiados, los que habia hecho con entrañable amor á su imágen y semejanza. ¿Y en dónde la pronuncia? En el paraiso, que un instante despues habian de abandonar para siempre aquellos desdichados.—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

PROFETAS.—Estos varones de Dios paréceme que son de lo mas grande y mas bello que hay en la divina Escritura. Gigantes por la santidad de su vida, por lo extraordinario de

sus acciones, por lo heróico de su fortaleza, por lo elevado de su espíritu y sobre todo por esa íntima y admirable comunicacion que tenían con el Altísimo, quien desplegaba á sus ojos los futuros siglos como otros tantos lienzos de magníficas pinturas en que veían con la mayor claridad los acontecimientos mas asombrosos de la historia del humano linaje, eran propiamente los embajadores del Señor, los depositarios de su omnipotencia, de su sabiduría y de sus inefables consejos y recónditos secretos, los canales vivientes por donde descendía todo el raudal de luces, que el cielo se dignaba enviar sobre la tierra. Diríase que eran unos ángeles entre los hombres. ¿Y hay acaso entre los ángeles ministerio alguno que no hayan desempeñado los profetas? Aquellos llevan las embajadas de Dios, y estos intimaban á los reyes las órdenes del Eterno; aquellos están destinados á inspirar celestialmente á las almas confiadas á su cuidado, y estos daban sobrehumanos consejos á particulares, á pueblos, á monarcas, á las distintas clases de la sociedad, á ciudades enteras, á esta y

aquella nacion y á todas las generaciones futuras, dilatándose su inmortal magisterio de siglo en siglo hasta el último instante de los tiempos; aquellos obran maravillas en el órden de la creacion, y estos las hacian muy grandes en el de la naturaleza y en el de la gracia, obligando á aquella á quebrantar sus leyes y haciendo entrar en el reino de esta corazones ciegamente prostituidos al imperio de la culpa; aquellos gozan de la luz de la Divinidad, y estos la recibian á torrentes para derramarla cual rocío vivificante sobre el árido mundo sepultado en la noche de la ignorancia y en las nubes del averno extendidas sobre su faz. — *Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.* — *Juan Manuel de Berriozabal.*

PROTECCION REAL. — ¡La proteccion de los Cánones y de la Iglesia!... Hé aquí la sagrada áncora, el título universal de los seudopolíticos para invadir los derechos de la Iglesia y de los Sagrados Cánones. ¡La real, la suprema proteccion! Una idea que es de suyo muy simple y muy sencilla, la han convertido los aduadores de los príncipes, ó los ministros que

por ellos ejercen la jurisdiccion, en un caos de conceptos figurados que nadie ha entendido ni entenderá jamás, porque salen de quicio y pugnan con los principios, siendo lo mas extraño é inesperado que hayan podido transferirse y comunicarse aun á los gobiernos libres é independientes. ¡Tal es la fuerza de la preocupacion, y el prurito contagioso de introducirse en lo sagrado!

Cierto es que los príncipes ó poderes temporales deben prestar su brazo en auxilio y proteccion de la Iglesia. Esta, mas bien que un derecho, es una obligacion de la potestad que ejercen, particularmente los que han tenido la dicha de ser alumbrados por la fé. «Debes desde luego advertir, (decia San Leon á un emperador) que la suprema potestad no te se ha dado solo para el gobierno del mundo, sino muy principalmente para el amparo de la Iglesia.» Pero ¿quién ha podido confundir la proteccion y el auxilio con la usurpacion y el entrometimiento? ¿Quién puede fundar en el título de proteccion un derecho para mandar, ó apropiarse la misma autoridad á quien se

presta el auxilio, ó á quien se protege? ¿No sería esto una violacion manifiesta, un proceder contradictorio, destruirla en vez de protegerla?

Antes que los emperadores abrazasen la fé católica, la Iglesia tenia su autoridad íntegra, libre é independiente, y era un cuerpo gerárquico perfecto. ¿Por ventura ha perdido esta autoridad despues que aquellos se hicieron sus hijos? La cualidad de protectores ¿les ha traspasado el gobierno de la Iglesia, que hasta entonces habian recibido sus Pastores de mano del divino Fundador? ¿Ha variado la constitucion de la Iglesia despues de los primeros siglos, en la cual desde los Apóstoles ha tenido afianzados estos derechos y ejercíolos en su régimen y disciplina sin dependencia de la soberanía del siglo? Despues que estos soberanos entraron en el gremio de la Iglesia, ¿adquirieron sobre ella mayor potestad de la que tenían sus antecesores? No ciertamente. Dios no ha dado mas potestad á unos que á otros sobre las materias eclesiásticas; ni pueden los príncipes ó gobiernos católicos pretender otra

obediencia de los fieles que aquella que los Apóstoles enseñaron que se debía á los emperadores de su tiempo.

Si la proteccion es un título para conocer de los negocios eclesiásticos, los dogmas de fé son los primeros que están sujetos al exámen y juicio de la autoridad política, porque son los primeros en el órden de la proteccion y defensa; y si se confiesa, como no puede menos, que esta no envuelve facultad alguna para entender, juzgar ni legislar sobre ellos, forzoso es confesar lo mismo acerca de la disciplina y gobierno exterior, porque el fundamento es el mismo. Era menester demostrar lo contrario, y presentarnos un nuevo Evangelio, para admitir los ensanches que se han pretendido colorear con el especioso pretexto de la proteccion.

La proteccion real ó suprema no es otra cosa que el socorro que los reyes ó gobiernos, que rigen por Dios, prestan y deben prestar á la autoridad de la Iglesia, para que sus leyes y ordenamientos tengan su cumplido efecto con el auxilio de la fuerza y penas temporales

añadidas á las eclesiásticas, y para que sean mejor sostenidas contra los ataques de los refractarios: *ut ausus nefarios comprimendo, et quæ sunt bene statuta defendas, et veram pacem his, quæ sunt turbata, restituas: depellendo scilicet pervasores juris alieni*, como decia San Leon en el lugar últimamente citado; es decir, que no es para disponer ni mandar en los objetos de la autoridad protegida, sino para defender lo que por esta legítimamente se haya establecido; *quæ sunt bene statuta defendas*: no para usurpar sus derechos, sino para reprimir á los usurpadores y ampararla en ellos; *depellendo pervasores juris alieni*.

La Iglesia por autoridad propia ordena su disciplina segun que en cada tiempo convenga; y cuando el vínculo de la obligacion que imponen sus preceptos y las penas canónicas no sean bastantes para hacerlos cumplir, tiene en su ayuda el brazo secular del príncipe ó magistrado político el que, segun dice el Apóstol, no sin causa ciñe la espada, y presta una especie de servicio á las disposiciones y requerimientos de sus Prelados, como así lo

aseguraba con expresiones muy adecuadas el emperador Ludovico Pio á los Obispos de su reino: *ut nostro auxilio suffulti, quod vestra auctoritas exposcit, famulante, ut decet, potestate nostra, perficere valeatis.*—*Ensayo sobre la supremacía del Papa.*--José Iguacio Moreno.

PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO POR BALMES (EL).—Leed la elocuente y filosófica obra de D. Jaime Balmes sobre la civilización europea. Leedla, señores, no solo por el interés de la verdad y de la ciencia, sino tambien por el de la literatura y el del buen gusto. Se ha dicho con razon que Balmes era el mejor filósofo de su pátria en este siglo, se le ha dado el nombre de Chateaubriand de la España, sus mismos enemigos le han reconocido como un gran publicista, los extranjeros le han hecho el honor de contarle entre los hombres mas célebres de la época, la Inglaterra, la Francia y la Italia han querido enriquecer su literatura con esta obra traduciéndola á sus respectivos idiomas, y al hacerlo han tributado entusiasmados elogios al ilustre y malogrado autor. Nosotros dichosamente la

tenemos en el original, fecunda como un árbol cargado de frutos, hermosa y agradable como un vergel cubierto de vistosas y odoríferas flores, esbelta y grandiosa como los monumentos que levanta el génio. Perdonadme, señores, si os parece que divago. Tratándose de vindicar la elocuencia de la edad media, para convencer que no ha habido interregno en el imperio de la palabra, yo no podia menos de aducir como la mejor de las pruebas esa magnífica demostracion de los adelantos que la civilizacion servida por la oratoria tenia hechos en aquella época, cuya marcha de progreso vino el protestantismo á paralizar. En nuestro camino nos hemos encontrado con el sepulcro de un hombre grande no por el nacimiento ni por la revolucion, sino por sus talentos; ¿por qué se nos reprenderia el que arrojásemos sobre él algunas guirnaldas? ¡Ojalá fuesen estas dignas de su objeto y capaces de manifestar la admiracion que debe excitar en nosotros la ciencia y la virtud!—  
*Estudios sobre la elocuencia en general.*—José Antonio Ortiz Urruela.

LA PROVIDENCIA.

Dime, Padre comun, pues eres justo,  
¿Por qué ha de permitir tu providencia  
Que, arrastrando prisiones la inocencia,  
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quién dá fuerzas al brazo, que robusto  
Hace á tus leyes firme resistencia;  
Y que el celo, que mas las reverencia,  
Gima á los piés del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas  
Manos inéguas, la virtud gimiendo  
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, cuando riendo  
Celestial ninfa apareció y me dijo:  
¿Ciego, es la tierra el centro de las almas?

*Bartolomé Leonardo de Argensola.*

PROVIDENCIA DE DIOS.—La providencia, como dice Santo Tomás, es una disposicion y órden de todos los medios que tiene Dios para salir con sus intentos, y de todos los medios de que provee á sus criaturas para que alcancen

los fines para que fueron criadas. En lo cual he de ponderar tres cosas principales.

La primera, que Dios Nuestro Señor con su divino entendimiento, ilustrado con su infinita sabiduría, desde su eternidad conoce y comprende todos los fines que pueden tener, y pretender sus criaturas; y todos los medios necesarios y convenientes que hay y puede haber para conseguir estos fines; y todos los estorbos que pueden suceder, y los medios que hay para quitar ó atajar estos impedimentos, de modo que con efecto salga el mismo Dios con su intento, y las criaturas alcancen su fin en el modo y forma que quisiere. De donde se sigue, que por ignorancia no puede la providencia de Dios ser falta y defectuosa, como lo es la providencia de los hombres, de quien dice el Sábio (Sap. IX. 14.) Los pensamientos de los mortales son dudosos, y nuestras providencias son inciertas; porque con nuestra poca ciencia y mucha ignorancia dudamos si es verdadero ó falso lo que pensamos; y si será bueno ó malo, seguro ó peligroso lo que proveemos.

La segunda cosa es, que Dios Nuestro Señor, con su divina voluntad, llena de infinita bondad y caridad, de todos los fines y medios que conoce con su divina sabiduría, quiso y escogió los mas altos y soberanos, y los mas proporcionados á sus criaturas, conforme á la naturaleza y capacidad de cada una. Porque primeramente quiso ordenarlas todas á sí mismo, para su gloria y para manifestacion de su bondad y perfeccion, que es el supremo fin que puede haber, conforme á lo que dice el Sábio (Prov. XVI. 4.): Todas las cosas hizo Dios para sí mismo. Demás de esto, á cada especie de criatura quiso dar su propio fin, y medios proporcionados para alcanzarle; pero sobre todas quiso levantar á los ángeles y á los hombres al mas alto y soberano fin que era posible, incomparablemente mayor de lo que su naturaleza pedia, que es para ser bienaventurados como el mismo Dios lo es, viéndole claramente, amándole y gozándose con él en su gloria. Y para alcanzar este fin, quiso proveernos de todos los medios necesarios y convenientes con grande abundancia,

porque como su bondad y caridad era infinita, no quiso quedar corta en escoger medios bastantísimos para tan importante fin.

La tercera cosa es, que Dios nuestro Señor, con su infinita omnipotencia, desde el principio del mundo comenzó á poner por obra los medios que habia escogido, y con la misma va prosiguiendo y proseguirá siempre, sin que su omnipotencia pueda ser defectuosa por falta de poder, como es la nuestra. De donde consta que la providencia de Dios principalmente estriba en estos tres atributos de la sabiduría, bondad y omnipotencia, que son fuente de los divinos beneficios.

Estas tres consideraciones he de aplicar á la providencia que Dios tiene conmigo, ponderando como sabe todas mis necesidades y miserias, y los bienes que me faltan, así del cuerpo como del alma; y sabe todos los medios que hay para librarme de los males y darme los bienes, por ser infinitamente sábio. Además, puede ejecutarlos y ponerlos por obra, como quisiere, por ser todopoderoso. Además, por ser sumamente bueno, y amoroso Padre,

quiere y pretende que alcance mi último fin, y desea darme los medios convenientes para ello; luego certísimo puedo estar que nada me faltará con tal providencia, pues ni por ignorancia, ni por flaqueza, ni por malicia puede haber falta en ella. Ó alma mia, alégrate y regocíjate de vivir debajo de tan soberana y alta providencia (1. Pet. V. 7); arroja toda tu solicitud en Dios; porque él tiene cuidado de tí. Si tu providencia es incierta, la de tu Dios suplirá sus faltas; con su sabiduría suplirá tu ignorancia; con su omnipotencia tu flaqueza, y con su bondad tu malicia. Ten tú cuidado de Dios, que Dios lo tendrá de tí. Ó Dios de mi alma, hagamos este concierto con gran firmeza, que tú tengas cuidado de mí, y yo le tenga de tí. Y sin duda le tendré de tí, si tú con especial providencia le tienes de mí. De hoy mas diré con grande gozo (Cant. II. 16): Mi amado para mí, y yo para él; él tiene cuidado de mis cosas, y yo le tendré de las tuyas; él mirará por mi honra y provecho, y yo miraré por su gloria y servicio para siempre jamás. — *Meditaciones*

*espirituales.* — *Ven: P. Luis de la Puente.*

PRUEBA DE LA VERDAD Y DIVINIDAD DE NUESTRA RELIGION.—Una rápida ojeada sobre la historia evangélica basta para conocer que Jesucristo, al mismo tiempo que predicaba su doctrina, aparecía como dueño de toda la naturaleza. Al eco de su voz los ciegos ven; los mudos hablan; los paralíticos se mueven ágilmente; manda á los vientos, sujeta á los mares, y con solo hablar Jesucristo los muertos resucitan.

Los Apóstoles invocan el nombre de su Maestro, y con esto solo obran por la virtud de aquel los mismos prodigios, que Jesús obró durante los días de su peregrinacion sobre la tierra.

Ahora bien: los milagros obrados en confirmacion de la doctrina son una prueba de la verdad de esta; luego la religion cristiana predicada por Jesucristo y sus Apóstoles y confirmada con los milagros de aquel y de estos, es una religion verdadera: ella fué anunciada como una religion revelada por Dios; luego sin duda alguna es una religion revelada.—*Lecciones elementales de los fun-*

*damentos de la religion.*— José Escolano y Fenoy.

PRUEBAS DEL CRISTIANISMO.— Existe una sociedad que pretende ser la única depositaria é intérprete de las revelaciones con que Dios se ha dignado favorecer al linaje humano: esta pretension debe llamar la atencion del filósofo, que se proponga investigar la verdad.

¿Qué sociedad es esa? ¿Ha nacido de poco tiempo á esta parte? Cuenta diez y ocho siglos de duracion, y estos siglos no los mira sino como un periodo de su existencia; pues subiendo mas arriba, vá explicando su no interrumpida genealogía y se remonta hasta el principio del mundo. Que lleva diez y ocho siglos de duracion, que su historia se enlaza con la de un pueblo, cuyo origen se pierde en la antigüedad mas remota, es tan cierto como que han existido las repúblicas de Grecia y Roma.

¿Qué títulos presenta en apoyo de su doctrina? En primer lugar, está en posesion de un libro, que es sin disputa el mas antiguo que se conoce, y que además encierra la

moral mas pura, un sistema de legislacion admirable, y contiene una narracion de prodigios. Hasta ahora nadie ha puesto en duda el mérito eminente de este libro; siendo esto tanto mas de extrañar, cuanto una gran parte de él nos ha venido de manos de un pueblo, cuya cultura no alcanzó ni con mucho á la de otros pueblos de la antigüedad.

¿Ofrece la dicha sociedad algunos otros títulos que justifiquen sus pretensiones? Á mas de los muchos á cual mas graves é imponentes, he aquí uno que por sí solo basta. Ella dice que se hizo la transicion de la sociedad vieja á la nueva, del modo que estaba pronosticado en el libro misterioso; que llegada la plenitud de los tiempos, apareció sobre la tierra un Hombre-Dios, quien fué á la vez el cumplimiento de la ley antigua, y el autor de la nueva; que todo lo antiguo era una sombra y figura, que este Hombre-Dios fué la realidad: que él fundó la sociedad que apellidamos Iglesia Católica, le prometió su asistencia hasta la consumacion de los siglos, selló su doctrina con su sangre, resucitó al tercer

dia de su crucifixion y muerte, subió á los cielos, envió al Espiritu-Santo, y que al fin del mundo ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

¿Es verdad que en este hombre se cumpliesen las antiguas profecías? Es innegable: leyendo algunas de ellas parece que uno está leyendo la historia evangélica.

¿Dió algunas pruebas de la divinidad de su mision? Hizo muchísimos milagros; y cuanto él profetizó, ó se ha cumplido exactamente, ó se va cumpliendo con puntualidad asombrosa.

¿Cuál fué su vida? Sin tacha en su conducta; sin limite para hacer el bien. Despreció las riquezas y el poder mundano, arrostró con serenidad las privaciones, los insultos, los tormentos, y por fin una muerte afrentosa.

¿Cuál es su doctrina? Sublime cual no cupiera jamás en mente humana; tan pura en su moral, que le han hecho justicia sus mas violentos enemigos.

¿Qué cambio social produjo este hombre? Recordad lo que era el mundo romano, y ved

lo que es el mundo actual; mirad lo que son los pueblos donde no ha penetrado el cristianismo, y lo que son aquellos que han estado siglos bajo su enseñanza, y la conservan todavía, aunque algunos alterada y desfigurada.

¿De qué medios dispuso? No tenía dónde reclinar su cabeza. Envió á doce hombres salidos de la ínfima clase del pueblo; se esparcieron por los cuatro ángulos de la tierra, y la tierra los oyó y creyó.

Esta religion ¿ha pasado por el crisol de la desgracia? ¿No ha sufrido contrariedad de ninguna clase? Ahí está la sangre de infinitos mártires, ahí los escritos de numerosos filósofos que la han examinado, ahí los muchos monumentos que atestiguan las tremendas luchas que ha sostenido con los príncipes, con los sábios, con las pasiones, con los intereses, con las preocupaciones, con todos cuantos elementos de resistencia pueden combinarse sobre la tierra.

¿De qué medios se valieron los propagadores del cristianismo? De la predicacion y del ejemplo confirmados por milagros. Estos mila-

gros, la crítica mas escrupulosa no puede rechazarlos; que si los rechaza, poco importa, pues entonces confiesa el mayor de los milagros, que es la conversion del mundo sin milagros.

El cristianismo ha contado entre sus hijos á los hombres mas esclarecidos por su virtud y sabiduría; ningun pueblo antiguo ni moderno se ha elevado á tan alto grado de civilizacion y cultura como los que le han profesado; sobre ninguna religion se ha disputado ni escrito tanto como sobre la cristiana; las bibliotecas están llenas de obras maestras de crítica y de filosofía debidas á hombres, que sometieron humildemente su entendimiento en obsequio de la fé; luego esa religion está á cubierto de los ataques que se pueden dirigir contra las que han nacido y prosperado entre pueblos groseros é ignorantes. Ella tiene, pues, todos los caractéres de verdadera, de divina.—*El Criterio*.—*Jaime Balmes*.

PURGACION PASIVA DEL ALMA.—La pasion y pena, que el alma aquí padece, es á causa de otros dos extremos, conviene á saber, divino,

y humano, que aquí se juntan. El divino es esta contemplacion purgativa; y el humano es el sujeto del alma. Que como el divino embiste á fin de sazónarla, y renovarla para hacerla divina, y desnudándola de las aficiones habituales y propiedades del hombre viejo, con que ella está muy unida, conglutinada, y conformada: de tal manera la desmenuza, y deshace, absorbiéndola en una profunda tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo, y derritiendo á la faz, y vista de sus miserias con muerte de espíritu cruel; así como si tragada de una bestia en su vientre tenebroso se sintiese estar digiriendo, padeciendo estas angustias, como Jonás (II. 1.) en el vientre de aquella marina bestia. Porque en este sepulcro de escura muerte le conviene estar para la espiritual resurreccion que espera. La manera de esta pasion y pena, aunque de verdad ella es sobremanera, describela David, diciendo: *Circumdederunt me gemitus mortis: dolores inferni circumdederunt me: in tribulatione mea clamavi* (Ps. XVII). Cercáronme los gemidos de la muerte; los dolores del in-

fierno me rodearon; en mi tribulacion clamé. Pero lo que esta doliente alma aquí mas siente es, parecerle claro que Dios la ha desechado, y aborreciéndola arrojado en las tinieblas, que para ella es grave y lastimera pena creer, que la ha dejado Dios. La cual tambien David sintiéndola mucho en este caso, dice: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris quorum non es memor amplius, et ipsi de manu tua repulsi sunt: possuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosis, et in umbra mortis; super me confirmatus est furor tuus; et omnes fluctus tuos induxisti super me* (Ps. LXXXVII). De la manera que los llagados están muertos en los sepulcros dejados ya de tu mano, de que no te acuerdas mas: así me pusieron á mí en el lago mas hondo, é inferior, en tenebrosidades, y sombra de muerte, y está sobre mí confirmado tu furor, y todas tus olas descargaste sobre mí. Porque verdaderamente cuando esta contemplacion purgativa aprieta, sombra de muerte, y gemidos, y dolores de infierno siente el alma muy á lo vivo: que consiste, en sentirse sin Dios, y castigada, y arrojada,

indignado él, y que está enojado, que todo se siente aquí: y mas que le parece en una temerosa aprension, que es para siempre. Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas, y desprecio acerca de ella, particularmente de sus amigos. Que por eso prosigue luego David, diciendo: *Longé fecisti notos meos á me, possuerunt me abominationem sibi.* (Ps. LXXXVII). Alejaste de mí mis amigos, y conocidos: tuviéronme por abominacion. Todo lo cual, como quien tambien la experimentó corporal y espiritualmente, testifica bien el Profeta, diciendo así: Arrojásteme al profundo en el corazon de la mar, y la corriente me cercó; todos sus golfos y olas pasaron sobre mí, y dije: Arrojado estoy de la presencia de tus ojos: pero otra vez veré tu santo templo, lo cual dice, porque aquí purifica Dios al alma para verlo, cercáronme las aguas hasta el alma: el abismo me ciñó, el piélago cubrió mi cabeza, á los extremos de los montes descendí: los cerros de la tierra me cerraron para siempre. Los cuales cerros, aquí á este propósito, son las imperfeccio-

nes del alma, que la tienen impedida, que no goce esta sabrosa contemplacion.

Otra manera de pena causa en el alma otra excelencia de esta escura contemplacion, que es la majestad, y grandeza de Dios, de la cual nace sentir en el alma otro extremo, que hay en ella de íntima pobreza, y miseria, la cual es de las principales penas que padece en esta purgacion. Porque siente en sí un profundo vacío, y pobreza de tres maneras de bienes, que se ordenan al gusto del alma, que son temporal, natural, y espiritual, viéndose puesta en los males contrarios; conviene á saber, miserias de imperfecciones, sequedades, y vacíos de las aprensiones de las potencias, y desamparo del espíritu en tinieblas. Que por cuanto purga Dios aquí al alma, segun la sustancia sensitiva, y espiritual, y segun las potencias interiores, y exteriores, conviene que el alma sea puesta en vacío, y pobreza, y desamparo de todas estas partes, dejándola seca, vacía, y en tinieblas. Porque la parte sensitiva se purifica en la sequedad, y las potencias en el vacío de sus aprensio-

nes, y el espíritu en tiniebla oscura. Todo lo cual hace Dios por medio de esta oscura contemplacion, en la cual no solo padece el alma el vacío, y suspension de estos arrimos naturales, y aprensiones, que es un padecer muy congojoso, como si á uno le suspendiesen ó detuviesen en el aire, que no respirase, mas tambien está purgando al alma, aniquilando, ó vaciando, ó consumiendo en ella, así como hace el fuego al orin y mocho del metal, todas las afecciones, y hábitos imperfectos que ha contraido toda la vida. Que por estar ellos muy arraigados en el alma, suele padecer grave deshacimiento, y tormento interior demás de la dicha pobreza, y vacío natural, y espiritual. Para que se verifique aquí la autoridad de Ezequiel que dice: *Congere ossa, quæ igne succendam, consumentur carnes, et coquetur universa compositio, et ossa tabescent.* (Ezech. XXIV, 10). Juntaré los huesos, y encenderlos he en fuego, consumirse han las carnes, y cocerse há toda la composicion, y deshacerse han los huesos. En lo cual se entiende la pena que se padece en el vacío, y

pobreza del alma á lo sensitivo, y espiritual. Y sobre esto, dice luego: Ponedla tambien así vacía sobre las ascuas, para que se caliente, y derrita su metal, y deshaga en medio de ella su inmundicia, y sea consumido su moho. En lo cual se dá á entender la grave pasion que aquí el alma padece en la purgacion del fuego de esta contemplacion, pues dice aquí el Profeta, que para que se purifique y deshaga el orin de las aficiones, que están en medio del alma, es menester en cierta manera, que ella misma se aniquile y deshaga, segun está connaturalizada con estas pasiones é imperfecciones: *Pone quoque eam super prunas vacuum, ut incalescat, et liquefiat aes ejus, et conflatur in medio ejus inquinamentum ejus et consumatur rubigo ejus* (Ezech. XXIV. 14). De donde, porque en esta fragua se purifica el alma como el oro en el crisol, segun el Sábio dice: *Tanquam aurum in fornace probabit illos* (Sap. III. 6). Siente este grande deshacimiento en lo muy interior del alma con extremada pobreza en que está como acabando.

Como se puede ver en lo que á este propó-

sito, de sí dice David por estas palabras, clamando á Dios: *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam, insisus sum in limo profundi, et non est substantia: veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me: laboravi clamans, raucæ factæ sunt fauces meæ: defecerunt oculi mei, dum spero in Deum meum:* (Ps. LXVIII.) Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta el alma mia: fijado estoy en el limo del profundo, y no hay donde me sustente: vine hasta lo profundo de la mar, y la tempestad me anegó: trabajé clamando, enronquecióse mi garganta, desfallecieron mis ojos en tanto que espero en mi Dios. Aquí humilla Dios mucho al alma para ensalzarla mucho despues; y si él no ordenase, que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, desampararía el cuerpo muy en breves dias: mas son interpolados los ratos, en que se siente su íntima viveza. La cual algunas veces se siente tan á lo vivo, que le parece al alma que vé abierto el infierno, y la perdicion. Porque de estos son los que de veras

descienden al infierno viviendo, y á modo del Purgatorio se purgan aquí: porque esta purgacion es la que se habia de hacer allí, cuando es de culpas, aunque sean veniales. Y así el alma, que por aquí pasa, y queda bien purgada, ó no entra en aquel lugar, ó se detiene allí poco: porque aprovecha aquí mas una hora que muchas allí.

Las aflicciones de la voluntad, y aprietos, son tambien aquí inmensos, y de manera, que algunas veces traspasan el alma con la súbita memoria de los males en que se vé, y con la incertidumbre del remedio. Y añádese á esto la memoria de las prosperidades pasadas, porque estos ordinariamente cuando entran en esta Noche han tenido muchos gustos en Dios, y héchole muchos servicios, y esto les causa mas dolor ver, que están agenos de aquel bien, y que ya no pueden entrar en él. Esto dice Job tambien, como lo experimentó, por estas palabras: *Ego ille quondam opulentus, repenté contritus sum: tenuit cervicem meam, confregit me, et possuit me sibi quasi in signum: circumdedit me lanceis suis, convulnera-*

*bit lumbos meos, non pepercit, et effudit in terra viscera mea: concidit me vulnere super vulnus, irruit in me quasi gigas: saccum consui super cutem meam, et operui cinere carnem meam: facies mea intumuit á fletu, et palpebræ meæ caligaverunt: (Job. XVI.)* Yo aquel que solia ser opulento y rico, de repente estoy deshecho y contrito: asíome la cerviz, quebrantóme y púsome como blanco suyo, para herir en mí: cercóme con sus lanzas, llagó todos mis lomos, no perdonó, derramó en la tierra mis entrañas, rompióme, y añadió llagas sobre llagas: embistió en mí como fuerte gigante: cosí un saco sobre mi piel, y cubrí con ceniza mi carne: mi rostro se ha hinchado con llanto y cegádose mis ojos. Tantas y tan grandes son las penas de esta Noche: y tantas autoridades hay en la Escritura, que á este propósito se podían alegar, que nos faltaria tiempo y fuerzas escribiendo. Porque sin duda lo que se puede decir es menos: por las autoridades ya dichas, se podrá barruntar algo de ello. Y para ir concluyendo con este verso, y dando á entender lo que en el alma es esta Noche,

diré lo que de ella siente Jeremias (Lament. III.) en esta manera: *Ego vir videns paupertatem meam in virga indignationis ejus. Me minabit, et adduxit in tenebras, et non in lucem: Tantum in me vertit, et convertit manum suam totâ die. Vetustam fecit pellem meam, et carnem meam, contrivit ossa mea. Edificavit in gyro meo, et circumdedit me fellè, et labore. In tenebrosis collocavit me, quasi mortuos sempiternos. Circum œdificavit adversum me, ut non egrediar: aggravavit compedem meum. Sed et cum clamavero, et rogavero, exclusit orationem meam. Conclusit vias meas lapidibus quadris, sèmitas meas subvertit. Ursus insidiâs factus est mihi; leo in absconditis. Sèmitas meas subvertit, et confregit me, posuit me desolatam. Tetendit arcum suum, et posuit me quasi signum ad sagittam. Misit in renibus meis filias pharetræ suæ. Factus sum in derisum omni populo meo, canticum eorum totâ die. Replevit me amaritudinibus, inebriavit me absinthio. Et fregit ad numerum dentes meos, cibavit me cinere. Et repulsa est à pace anima mea, oblitus sum bonorum. Et dixi:*

*Periit finis meus, et spes mea à Domino. Recordare paupertatis, et transgressionis meae, absinthii, et fellis. Memoriam memor ero, et tabescet in me anima mea.* Yo, varon, que veo mi pobreza en la vara de su indignacion, háme amenazado y trájome á las tinieblas, y no á la luz: ha vuelto y convertido su mano sobre mí todo el dia: hizo vieja mi piel, y mi carne: desmenuzó mis huesos, en derredor de mí hizo cerca, y cercóme de hiel y trabajo: en tenebrosidades me colocó como á los muertos sempiternos: cercó en derredor contra mí, porque no salga, agravóme las prisiones: y tambien, cuando viniere llamando y rogando, ha excluido mi oracion: cerrádome há mis salidas y caminos con piedras cuadradas; desbarató mis pasos: puso asechadores, hecho para mí leon en escondrijo: trastornó, y desmenuzóme: dejóme desamparada: extendió su arco, y púsome á mí como blanco de su saeta: arrojó á mis entrañas las hijas de su aljaba: hecho soy para escarnio de todo el pueblo, y para risa y mofa de ellos todo el dia; llenádome há de amarguras, embriagóme

con absintio: uno á uno me quebrantó los dientes: apacentóme con ceniza: arrojada está mi alma de la paz: olvidado estoy de los bienes, y dije: Frustrado y acabado está mi fin, y mi pretension, y mi esperanza del Señor. Acuérdate de mi pobreza y de mi exceso, del absintio, y de la hiel. Acordarme hé con memoria, y mi alma en mí se deshará en penas.

Todos estos llantos hace Jeremías sobre estas penas y trabajos, con que pinta muy al vivo las pasiones del alma, en que esta purgacion y Noche espiritual la pone. De donde grande compasion conviene tener á el alma, que Dios pone en esta espantosa y horrenda Noche. Porque aunque le corre muy buena dicha por los grandes bienes, que de ella le han de nacer, cuando, como dice Job, levantara Dios en el alma de las tinieblas profundos bienes, y convierta en luz la sombra de muerte: *Qui revelat profunda de tenebris, et producit in lucem umbram mortis* (Job. XII. 22.) De manera, que como dice David, venga á ser su luz, como fueron sus tinieblas: *Sicut*

*tenebræ ejus, ita et lumen ejus* (Ps. CXXXVIII. 12.) Con todo eso por la inmensa pena, con que anda penando, y por la grande incertidumbre que tiene de su remedio, pues le parece, como aquí dice este profeta, que no ha de acabarse su mal, pareciéndole, como tambien dice David: *Collocavit me in obscuris, sicut mortuos sæculi* (Ps. CLXII. 3.) Que la colocó Dios en las escuridades, como á los muertos del siglo, angustiando por esto en ella su espíritu, y turbándose en ella su corazón; es de haberle gran dolor y lástima; porque se añade á esto, á causa de la soledad y desamparo, que esta Noche le causa, no hallar consuelo ni arrimo en ninguna doctrina, ni en Maestro espiritual. Porque aunque por muchas vias le testifique las causas del consuelo, que puede tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer; porque como ella está tan embebida é inmersa en aquel sentimiento de males, en que ve tan claramente sus miserias, parecele, que como ellos no ven lo que ella vé y siente, no la entendiendo, dicen aquello, y en vez de consuelo, antes recibe

nuevo dolor, pareciéndole que no es aquel el remedio de su mal, y á la verdad así es. Porque hasta que el Señor acabe de purgarla de la manera que él lo quiere hacer, ningun medio ni remedio le sirve y aprovecha para su dolor. Cuanto mas, que puede el alma tan poco en este puesto, como el que tienen aprisionado en una oscura mazmorra, atado de piés y manos, sin poderse mover, ni ver, ni sentir ningun favor de arriba, ni de abajo, hasta que aquí se ablande, humille y purifique el espíritu, y se ponga tan sutil, sencillo y delgado, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios, segun el grado que su misericordia quisiere concederle de union de amor; que conforme á esto es la purgacion mas, ó menos fuerte, ó de mas, ó menos tiempo. Mas si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años, puesto que en estos medios hay interpolaciones y alivios, en que por dispensacion de Dios, dejando esta contemplacion oscura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma bien como salida

de tal mazmorra y tales prisiones, y puesta en recreacion de anchura y libertad, siente y gusta gran suavidad de paz y amigabilidad amorosa con Dios; con abundancia fácil de comunicacion espiritual. Lo cual es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purgacion, y prenuncio de la abundancia que espera. Y aun esto es tanto á veces, que le parece al alma, que son ya acabados sus trabajos. Porque de esta calidad son las cosas espirituales en el alma, cuando son mas puramente espirituales, que cuando vuelven los trabajos, le parece al alma, que nunca ha de salir de ellos, y que se le acabaron ya sus bienes, como se ha visto por las autoridades alegadas; y cuando son bienes espirituales tambien le parece al alma que se acabaron sus males, y no le faltarán ya los bienes como David viéndose en ellos lo confesó, diciendo: *Ego dixi in abundantia mea, non movebor in æternum.* (Ps. XXIX. 7.) Yo dije en mi abundancia: no me moveré para siempre. Y esto acaece, porque la posesion actual de un contrario, en el espíritu de suyo remueve la ac-

tual posesion y sentimiento del otro; lo cual no es tanto en la parte sensitiva del alma, por ser flaca su aprension; mas como quiera que el espíritu aun no está aquí bien purgado, y limpio de las aficiones que la parte inferior tiene contraídas, aunque tenga mas consistencia y firmeza; pero en cuanto está afectado con ellas, está sujeto á mas penas, como vemos, que despues se mudó David sintiendo muchos males y penas, aunque en el tiempo de su abundancia le habia parecido y dicho, que no se habia de mover jamás. Así el alma, como entonces se vé actuada con aquella abundancia de bienes espirituales, no echando de ver la raiz de la imperfeccion é impureza, que todavía le queda, piensa que se acabaron sus trabajos. Mas este pensamiento las menos veces acaece: porque hasta que esté acabada de hacer la purificacion espiritual, muy raras veces suele ser la comunicacion suave tan abundante, que le encubra la raiz que queda, de manera, que deje el alma de sentir allá en el interior un no se qué, que le falta, ó que está por hacer, que no le deja cumplidamente

gozar de aquel alivio, sintiendo allá dentro como un enemigo suyo, que aunque está como sosegado y dormido, se recela que volverá á revivir, y á hacer de las suyas. Y así es, que cuando mas segura está, vuelve á tragar, y absorber el alma en otro grado mas duro, y escuro, y lastimero que el pasado, el cual durará otra temporada, por ventura mas larga que la primera. Y aquí el alma otra vez viene á persuadirse, que todos los bienes están acabados para siempre. Que no le basta la experiencia, que tuvo del bien pasado, que gozó despues del primer trabajo, en que tambien pensaba que ya no habia mas que penar, para dejar de creer en este segundo grado de aprieto, que está ya todo acabado, y que no volverá como la vez pasada. Porque, como digo, esta creencia tan confirmada se causa en el alma de la actual aprension del espíritu, que aniquila en ella todo lo que le puede causar gozo. Y así el alma aquí en esta purgacion, aunque parece que quiere bien á Dios, y que por él daria mil vidas, como es así la verdad; porque en estos trabajos aman con

muchas veras estas almas á su Dios, con todo no le es alivio esto, antes le causa mas pena; porque queriéndole ella tanto, que no tiene otra cosa que le dé cuidado, como se vé tan miserable, reparando en si Dios no la quiere á ella, no asegurándose por entonces, que tiene por qué ser amada, sino antes que tiene por qué ser aborrecida, no solo de él, sino de toda criatura para siempre, duélese de ver en sí causas, porque merezca ser desechada de quien ella tanto quiere y desea.—*Noche oscura.*—*San Juan de la Cruz.*

PURIFICACION.

Hermosa doncella,  
Delicia de Dios,  
¿Á dónde caminas  
Con paso veloz?  
¿A qué vas al templo  
Del rey Salomon,  
Y tórtolas llevas  
De pardo color?  
¿Por qué tu semblante

Colora el rubor;  
Si mas pura eres  
Y hermosa que el sol?

¿Si al punto que el cielo  
Tu rostro miró,  
De gala vestido  
Sus puertas abrió?

¿Si el Dueño infinito  
Con alas de amor  
Albergue en tu seno  
Dulcísimo halló?

¿Si tierno y hermoso  
De tí nos nació,  
Cual brota de Mayo  
La cándida flor?

¿Si al pecho le tienes  
Su dulce prision,  
Del ósculo cerca  
Por alto favor?

Mas tú vas al templo  
Llevando al Señor  
De santas virtudes  
Riquísimo don.

De humilde obediencia

Fragancia y primor,  
Y en un lazo juntos  
Pureza y amor.

Corred, fieles hijas  
Del monte Sion,  
Besando sus huellas,  
Diciéndole en pos:  
¡Béndito el instante  
Que Dios te crió!  
¡Bendita la hora  
Qué el mundo te vió!

*Canciones á la Virgen nuestra Señora.—  
P. Ramon Garcia.*



## R

RAZONES FILOSÓFICAS QUE PRUEBAN EL DOGMA DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA. — ¿Á qué se reduce la religion, si despues de esta vida no hay nada? Si el alma muere con el cuerpo, es inútil hablarle al hombre de moral y religion: este seria el caso en que sin duda respondiera: comamos y bebamos, que mañana moriremos. En la fugacidad de la vida, en ese bello sueño que pasa y desaparece, los instantes de placer son preciosos, si á ello se limita nuestra existencia: no hay entonces razon alguna para dejar de aprovecharnos; la conducta epicúrea es consecuencia muy lógica de las doctrinas que niegan la inmortalidad del alma.

Así como el principio de una cosa puede ser por creacion ó por formacion, segun que empieza de nuevo en su totalidad, ó se compone de algo que antes existia; así tambien el

fin puede ser por aniquilamiento ó por disolucion, segun que se reduce á la nada, ó se descompone por la separacion de las partes.

Una máquina no empieza en su totalidad absoluta, cuando se la construye; pues que sus partes existian ya de antemano; y cuando se deshace no se anonada, pues sus partes continúan existiendo, aunque separadas, ó al menos sin la disposicion en que antes estaban.

Lo simple no puede empezar por formacion ó composicion, ni acabar por disolucion; si no hay partes, claro es que no pueden reunirse, ni separarse, ni desordenarse: lo simple empieza ó acaba en su totalidad. De esto se infiere evidentemente que el alma humana siendo simple, no puede acabar por descomposicion; y así la muerte del cuerpo no la destruye. Ella no tiene ningun germen de disolucion; porque no encierra diversidad ni distincion en su sustancia; por tanto es preciso decir, ó que dura para siempre ó que Dios la aniquila. La psicología nos demuestra la inmortalidad intrínseca ó sea la imposibilidad de perecer por disolucion; ahora, para probar la

inmortalidad extrínseca, esto es, que Dios no la anonada, es preciso echar mano de otra clase de argumentos.

La experiencia nos enseña que las sustancias corpóreas no se aniquilan, sino que pasan de un estado á otro. Las moléculas que las componen, están en continuo movimiento; se hallan en las entrañas de la tierra; despues se combinan con la organizacion vegetal y forman parte de una planta; cuando esta muere, continúan bajo de la forma de madera; esta se pudre ó se quema, y las moléculas se dispersan para entrar en nuevas combinaciones en el reino vegetal ó animal; de suerte que las sustancias corpóreas recorren un círculo de transformacion, mas no se anonadan. ¿Cuál de los dos séres es mas noble, mas digno, por decirlo así, de los cuidados del Criador, una molécula sin voluntad, sin pensamiento, sin sentido, sin vida, sujeta á leyes necesarias, ó un sér inteligente, libre, capaz de dilatar indefinidamente sus ideas, y sobre todo de conocer y amar á su Autor? La respuesta no es dudosa: luego el sostener que el alma se re-

duce á la nada, es invertir el órden del mundo, suponiendo que lo inferior se conserva y lo superior se acaba, y que Dios se complace en conservar lo inerte y en anodadar lo inteligente y libre.

El hombre tiene un deseo innato de la inmortalidad: la idea de la nada le contrista; y es harto evidente que su deseo no se satisface en esta vida, que por su extremada brevedad, es comparada con raz3n á un sueño. Si el alma muere con el cuerpo, se nos habrá dado un deseo natural, cuya satisfaccion nos será del todo imposible: esto es contrario á la sabiduría y bondad del Criador: Dios castiga á los culpables, pero no se complace en atormentar á sus criaturas con irrealizables deseos.

Se dirá que aun en esta vida, deseamos muchas cosas que no podemos conseguir, y que sin embargo nada se infiere contra la bondad y sabiduría de Dios. Pero es preciso reflexionar, que la inmensidad de los deseos que en vida experimentamos, aunque varios, y con harta frecuencia extraviados, se dirigen

todos á la felicidad: esto busca el sábio como el nécio, el virtuoso como el corrompido; unos por camino verdadero, otros por errado: el resorte natural es el mismo en todos: el deseo de ser feliz. Si hay otra vida, estos deseos pueden cumplirse todos, no en lo que tienea de malo, y á veces de contradictorio, sino en lo que encierran de amor á la felicidad; y por tanto quedan á salvo la bondad y sabiduría de Dios; pero si el alma muere con el cuerpo, no se satisface ni lo legitimo ni lo ilegítimo; ni lo razonable ni lo nécio; y tantos deseos vehementes é indestructibles, se han dado al hombre para llegar, ¿á qué? á la nada.

Supuesta la inmortalidad del alma, no se vé inconveniente en que la suerte del hombre haya sido encomendada á su libertad; y que grabado en su espíritu el deseo de ser feliz, se le haya otorgado la facultad de buscar esta dicha de varios modos, para que si no la encontrase, la responsabilidad fuera suya: así se explica por qué unos aman las riquezas, otros los placeres, otros la gloria, otros el poder, buscando la felicidad en objetos que no la en-

cierran: en tal caso, suya es la culpa; el deseo de ser feliz es natural; pero el carácter de inteligentes y libres exigía que esta felicidad fuese el fruto de nuestras obras, que llegásemos á ella por el conocimiento y la libre voluntad, y no por una serie de impulsos necesarios. Cuando los deseos no se satisfacen en esta vida, ó en vez de gozo, hallamos sinsabores, y en lugar de placeres, dolor; no podemos quejarnos de Dios, que nos ha sujetado á estas leyes para nuestro propio bien; y si aun siendo moderados y lícitos, nuestros deseos no se satisfacen sobre la tierra, tampoco hay lugar á queja, porque no siendo esta nuestra mansión final, y habiendo de vivir para siempre en otra, la vida de la tierra es un mero tránsito, y cuanto sufrimos aquí, no es mas que una ligera incomodidad que arrostra gustoso el viajero para llegar á su patria. Pero todo esto desaparece si el alma muere con el cuerpo; entonces no hay ninguna explicacion plausible: deseamos con vehemencia, y no podemos llenar los deseos; aunque los moderemos, ajustándolos á la razon, tampoco

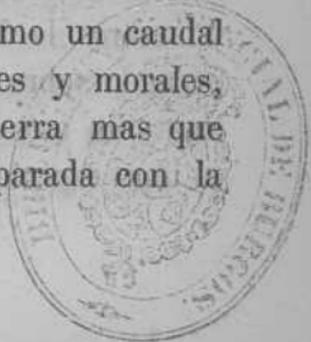
se cumplen; las privaciones que sufrimos no tienen compensacion en ninguna parte; nuestra vida es una ilusion permanente, nuestra existencia una contradiccion. El no ser nos horroriza, la inmortalidad nos encanta; deseamos vivir, y vivir en todo: antes de abandonar esta tierra, queremos dejar recuerdos de nuestra existencia. El poderoso construye grandes palacios, que él no habitará; el labrador planta bosques, que no verá crecidos; el viajero escribe en una roca solitaria su nombre que leerán las generaciones venideras; el sábio se complace en la inmortalidad de sus obras; el conquistador en la fama de sus victorias; el fundador de una casa ilustre en la perpetuidad de su nombre; y hasta el humilde padre de familias, se lisongea con el pensamiento de que vivirá en sus descendientes y en la memoria de sus vecinos; el deseo de la inmortalidad se manifiesta en todos de mil maneras, bajo diversas formas, pero no es posible arrancarle del corazon: y este deseo inmenso, que vuela al través de los siglos, que se dilata por las profundidades de la eternidad, que nos

consuela en el infortunio y nos alienta en el abatimiento; este deseo que levanta nuestros ojos hácia un nuevo mundo, y nos inspira desden por lo perecedero, ¿solo se nos habria dado como una bella ilusion, como una mentira cruel, para dormirnos en brazos de la muerte y no despertar jamás? No, esto no es posible, esto contradice á la bondad y sabiduría de Dios; esto conduciria á negar la Providencia, y de aquí al ateismo.

En el hombre todo anuncia la inmortalidad. Sus ideas no versan sobre lo contingente, sino sobre lo necesario; no merece á sus ojos el nombre de ciencia lo que no se ocupa de lo necesario, y por consiguiente eterno. Los fenómenos pasajeros forman el objeto de sus observaciones para llegar al conocimiento de lo permanente; tiene fija su vista en lo que se sucede en la cadena de los tiempos; pero es para elevarse á lo que no pasa con el tiempo. En su propia mente encierra un mundo ideal, necesario: las ciencias matemáticas, ontológicas y morales, precinden de las condiciones pasajeras; se forman de un conjunto de ver-

dades eternas, indestructibles, que ni nacieron con el mundo ni perecerian pereciendo el mundo. Siendo esto así, ¿qué misterio, qué contradiccion es el espíritu del hombre, si tamaña amplitud solo se le ha concedido para los breves momentos de su vida sobre la tierra? Semejante suposicion, ¿no nos haria concebir la idea de un ser maléfico, que se ha complacido en burlarse de nosotros?

En confirmacion de este mismo argumento hay otra consideracion de mucha gravedad. La mayor parte de los hombres se fijan poco en esas ideas grandes que forman las delicias de una vida meditabunda. Ocupados en sus tareas ordinarias, faltos de tiempo y preparacion para pensar sobre los secretos de la filosofia, dejan correr sus dias sin desenvolver sus facultades intelectuales, mas allá de lo necesario para el objeto de su estado y profesion. Considerando á la humanidad desde este punto de vista, se nos ofrece como un caudal inmenso de fuerzas intelectuales y morales, del que no se emplea en la tierra mas que una parte insignificante, comparada con la



totalidad. Si el alma sobrevive al cuerpo, se concibe muy bien que estas facultades no se desenvuelvan aquí en su mayor parte; les espera la eternidad, donde podrán ejercer sus funciones en grande escala: y entonces el género humano se parece á un viajero, que durante el viaje lleva arrolladas y escondidas las preciosidades que luego desplegará y empleará cuando llegue á su casa. Pero si el alma no tiene mas vida que esta, ¿de qué sirve tanto caudal de fuerzas intelectuales y morales? ¿qué sabiduría fuera la que criase lo que no había de servir? Tanto valdria pretender que obra cuerdamente el labrador que esparce sobre la tierra la semilla en grande abundancia, sabiendo que solo han de brotar pocos granos, y queriendo destruir los tallos antes que lleguen á sazón.....

La humanidad es un sublime y grande individuo moral, cuando se reconoce á sus miembros la inmortalidad y se los considera pasando sobre la tierra para llegar á otro destino. Sin esto, el mismo progreso humanitario es una especie de sima sin fondo, donde se

precipitan las generaciones sucesivas, sin saber por qué, ni para qué; un mar sin límites á donde llevan su caudal los individuos y los pueblos, perdiéndose luego en su inmensidad, como las aguas de los rios en los abismos del océano.

Quando se finge por un momento que el alma es mortal, se apodera del corazon una profunda tristeza al fijar la vista sobre el breve plazo señalado á nuestra vida. Duélese el hombre de haber visto la luz del dia. Hoja que el viento lleva, arista que el fuego devora, flor de heno secada por el aliento de la tarde; ¿quién le ha dado á conocer con tanta extension y amar con tanto ardor, si sus ojos se han de cerrar para no abrirse jamás, si su inteligencia se ha de extinguir como una centella que serpea y muere; si mas allá del sepulcro no hay nada, sino soledad, silencio, muerte por toda la eternidad?... ¿Quién nos ha dado ese apego á nuestros semejantes si nos hemos de separar para siempre? ¿Quién nos inspira que tanto nos ocupemos de lo venidero, si para nosotros no hay porvenir, si

nuestro porvenir es la nada? ¿Quién nos mece con tantas esperanzas si no hay para nosotros otro destino que la lobreguez de la tumba? ¡Ay, qué triste fuera entonces el haber visto la luz del día, y el sol inflamando el firmamento, y la luna despidiendo su luz plácida y tranquila, y las estrellas tachonando la bóveda celeste como los blandones de un inmenso festin; si al deshacerse nuestra frágil organización no hay para nosotros nada, y se nos echa de este sublime espectáculo para arrojarnos á un abismo donde durmamos para siempre!

No, no es así; este es un pensamiento sacrilego, una palabra blasfema. Si así fuese no habria Providencia, no habria Dios; el mundo fuera una série de fenómenos incomprensibles; una evolucion perenne de acontecimientos sin objeto; una fatalidad ciega que seguiria su camino por las inmensidades del espacio y del tiempo, sin origen, sin objeto, sin fin, sin conciencia de sí propia; un sér misterioso que arrojaría de su seno infinidad de séres con inteligencia, con voluntad, con amor

y con inmensos deseos; y que luego los absorbería de nuevo en sus abismos, como una sima que traga en sus profundidades tenebrosas los plateados y resplandecientes lienzos de una vistosa cascada. Entonces el mundo no sería una belleza, no el *cosmos* de los antiguos, sino el caos; una especie de fragua donde se elaboran en confusa mezcla los placeres y los dolores, donde un ímpetu ciego lo lleva todo en revuelto torbellino, donde se han reservado para el sér mas noble, para el sér inteligente y libre, mayor cúmulo de males, donde se han reunido en síntesis todas las contradicciones; deseo de luz y eternas tinieblas; expansion ilimitada y silencio eterno; apego á la vida y muerte absoluta; amor al bien, á lo bello, á lo grande, y su destino la nada; esperanzas sin fin, y por dicha final un puñado de polvo dispersado por el viento.

¿Quién puede asentir á un sistema tan absurdo y desconsolador? En medio del órden, de la armonía que admiramos en todas las partes de la creacion; ¿quién podrá persuadirse que el desórden y el caos solo existan con

relacion á nosotros? ¿Quién no aparta con horror la vista de ese cuadro desesperante?

Hagamos la contraprueba: empecemos por admitir la inmortalidad del alma; y el caos se aclara; del fondo de sus tinieblas surge la luz, y el mundo se presenta otra vez ordenado, bello, resplandeciente. Se explica la inmensidad de nuestros deseos, porque se pueden llenar; se explica la extension de nuestra inteligencia, porque se ha de dilatar un día por un mundo sin fin; se explica la necesidad de las ideas, porque desde que nacemos empezamos la comunicacion con un órden inmortal; se explica la alternativa de los placeres y dolores, porque lo que falta en esta vida se compensa en la otra; se explican las evoluciones y las catástrofes de la humanidad sobre la tierra, porque se ligan con destinos eternos; se explican los sufrimientos de los individuos en esas trasformaciones, porque su vivir no acaba con el cuerpo; se explica el bien de la sociedad considerado en sí mismo, porque es un grande objeto intentado por la Providencia, para enlazar lo pasado con lo venidero, la tierra con

el cielo, el tiempo con la eternidad. El orden, la armonía, la razón, la justicia, brillan á la luz de la influencia de esta vida consoladora: y el universo lejos de ser un caos, es un conjunto admirable, una sociedad inmortal de los seres inteligentes y libres, entre sí y con su Criador; en la cúpula de este vasto conjunto, resplandece el destino del hombre en aquella ciudad inmortal, iluminada por la claridad de Dios, y que con rasgos sublimes nos describiera el profeta de Patmos.

El orden moral se explica también con la inmortalidad: el bien tiene su premio, y el mal su castigo; sobre la dicha del culpable pende la muerte como una espada; á sus piés el abismo de la eternidad; si la virtud está algunas veces abrumada de infortunio y marchando sobre la tierra entre la pobreza, la humillación y el sufrimiento, levanta al cielo sus ojos llorosos, y endulza sus lágrimas con un pensamiento de esperanza.

Así es, así debe ser; así lo enseña la razón; así nos lo dice el corazón; así lo manifiesta la sana filosofía; así lo proclama la religión; así

lo ha creído siempre el género humano; así lo hallamos en las tradiciones primitivas, en la cuna del mundo.—*Ética.*—*Jaime Balmes.*

RECIBIMIENTO QUE EN EL CIELO SE HACE Á MARÍA.—El recibimiento que hizo Cristo nuestro Señor á la Virgen su Madre, está figurado en el que hizo el rey Salomon á su Madre Betsabé; del cual dice la Escritura (III. Reg. II) que estando sentado Salomon en su trono, vió venir á su madre, y levantándose salió á recibirla, y haciéndole humilde reverencia, la sentó sobre su trono, poniendo la silla de ella á su mano diestra. Y otro tanto hace hoy el verdadero Salomon Cristo Hijo de Dios con la Virgen su Madre, saliéndola á recibir en la subida del cielo con toda aquella córte soberana y dándole, como dicen San Atanasio y otros Santos, lugar en su trono real, para que como Reina y Señora de todos, reine con Él sentada á su diestra. Pues si este recibimiento es del Rey celestial hecho á la Reina del cielo á la entrada de su Córte, solemnidad en que Dios habia de mostrar su grandeza, ¿qué seria quererla declarar, sino disminuirla siendo tan

superior á todo entendimiento humano? Mézclese el alma devota entre aquella gloriosa turba, mirando ya al Rey todo festivo con el amor y gloria con que recibe á su Madre, diciéndole, como considera Damasceno: «Ven, paloma hermosa y Madre mia, á tu descanso, que ya el invierno de los trabajos se ha pasado y vino el tiempo de la primavera.» Ya mirando á la Reina tan ilustrada de dones de gloria, cual nunca estuvo ni estará pura criatura, sembrando por todas aquellas esferas celestiales alegría y hermosura; ya oyendo como todos aquellos espíritus angélicos admirados de ver cosa tan rara y nunca antes en el cielo vista, dicen aquellas palabras de gran admiración; «¿quién es esta que sube como el alba clara de la mañana, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como el escuadrón de los reales bien ordenados?» (Cant. VI.) Ya alegrándose de ver como entrambas naturalezas, angélica y humana, llegan con veneración y reverencia á darle la enhorabuena de su llegada á la Córte, despues de tan largo destierro: y cómo en primer lugar, despues de

su Hijo, llegó el Santo José su Esposo con gozo incomparable á darle mil parabienes de su gloria, como quien tenia en ella tanta parte, que podía decir, que era la fiesta toda suya. Y como la Sagrada Virgen, reconociendo en él la dignidad real, á que le habia levantado el Padre Eterno, cuando le comunicó el nombre de padre de su Hijo, y la que habia gozado en el mundo de su esposo, cuya representacion duraba, le hacia mayor honra que á todos los demás bienaventurados, mostrándose en mil favores agradecida de lo mucho que con la mayor fidelidad y obediencia le habia servido en los trabajos. Y entre los demás cortesanos celestiales, no se debe dar el postrer lugar á las Santas Vírgenes como mas familiares á su Reina, y las de la llave dorada de su cámara; para que se cumpliese en esta solemnidad lo que el Profeta habia dicho (Ps. XLIV) que, «*despues de la Reina serian llevadas al Rey las Virgenes*» siguiendo en el mundo su ejemplo y en el cielo su compañía.

Con este dichoso acompañamiento fué su-  
biendo la Virgen desde el uno al otro cielo.....

y los resplandores hermosísimos, que en ellos reverberaban de la luz inmortal del cielo empíreo, y la armonía sonora y concertada de su acordado movimiento, grandemente deleitaban á la Virgen: y las muchas maravillas y grandezas que en este y en los demás cielos se descubrian, le aumentaban la admiracion y el consuelo; porque si en aquel misterioso rapto de San Pablo, tales cosas vió en el tercer cielo en tan breve espacio, y todavia en estado de caminante, que dice que no se pueden decir ni explicar, por ser superiores á todo lo que puede percibir el corazon humano, ¿cuáles serian las que veria la Virgen en todos los cielos en estado de gloria, y en día que hacia Dios demostracion de sus grandezas? Llegando ya la Virgen á descubrir las almenas vistosas y empinadas de la celestial Jerusalem, y la hermosura incomparable del cielo empíreo, morada dichosa de los bienaventurados y corte inefable del Rey sumo, cuya fidelidad, por estar este cielo libre de la jurisdiccion del tiempo, y puesto en la esfera de la eternidad, no está sujeta á las mudanzas del mismo

tiempo, ni á sus acaecimientos y sucesos; ¿qué entendimiento podrá alcanzar el consuelo y gozo, que recibiría la Virgen con la vista de aquel cuerpo celeste purísimo, sutilísimo, lucidísimo y hermosísimo, criado por Dios con tanta hermosura y grandeza, como trono y alcázar real, donde manifestase á sus escogidos su majestad y magnificencia? Con cuánta razon le parecería á la sagrada Virgen, que suspiraba el rey David por este lugar dichoso, cuando decia (Ps. LXXXIII.) «*Cuán amables son, Señor, tus tabernáculos, de verdad vale mas un dia de los átrios de tu casa, que millares fuera de ella.*» ¡Cuán hermosas se le descubrirían las piedras preciosas de sus muros, las margaritas de sus puertas, el oro finísimo de sus plazas y la antorcha divina que la alumbraba, que es el Cordero: y cuán suave el Aleluya que se cantaba por sus calles, como lo mostró el Apóstol San Juan (Apoc. 21.) en sus revelaciones!

Ya dentro la Virgen en esta corte real y suntuosísima: ¿quién podría explicar la armonía de los instrumentos, la suavidad de las

voces, la melodía de los cánticos y el aparato real con que le harían fiesta? ¿Qué de alabanzas sonarían allí de todos aquellos bienaventurados? ¿Qué de bendiciones le echarían las almas de los Santos, que por ella gozaban tanta gloria? ¿Qué de grandezas contarían de ella todos los espíritus angélicos, cuyas ruinas habían sido por ella reparadas? Admírese y regálese entre los unos y los otros, el espíritu vestido de la luz de la fé, á quien le es mas permitido que á la lengua tocar cosas tan inefables; y nosotros arrebatados de una gran admiracion digamos con San Anselmo mirando á la Vírgen: «Ó dia glorioso de tan gran curso, dia feliz de tan esclarecida grandeza, dia bienaventurado de glorificacion tan célebre, dia festivo y en todos los siglos admirable. Aquel dia, sagrada Vírgen, no solo te sublimó inefablemente por universal Señora, mas tambien hermoseó el mismo cielo que penetraste, y á todas las cosas que están en él, con nueva é inestimable gloria: pues tu presencia engrandeció su excelencia: porque tú, Señora, subiendo á él, le ilustras

» con los rayos de la nueva y hermosa luz de  
» las virtudes, y con la esclarecida dignidad  
» de tus prerogativas y excelencias. Asimismo  
» este dia vistió á los ciudadanos del cielo de  
» nuevo gozo y regocijo, viendo renovada su  
» ciudad de la caída de los ángeles, por el  
» glorioso fruto de tu virginidad fecunda.  
» Tambien á la tierra alcanza este dia parte de  
» tal gozo: porque reconociendo que tú, á  
» quien ella engendró, segun el orden comun  
» de los demás hombres, eres levantada hasta  
» el trono del Criador universal, tuvo prenda  
» cierta de que ya la pena de la maldicion  
» antigua, que en ella habia caido por el pe-  
» cado de sus primeros hijos, se habia quitado  
» por la gran abundancia de tu bendicion. Y  
» así como todas las cosas que están en el cie-  
» lo, por tu glorificacion inefablemente se her-  
» mosean; así por la misma glorificacion, todas  
» las cosas que están en la tierra se engrande-  
» cen.—*Historia de la Virgen Maria nuestra*  
*Señora.*—*Fr. José de Jesús Maria.*

RECONOCIMIENTO UNIVERSAL DE LA AUTORIDAD  
DEL PAPA. — Este solo capítulo formaria una

obra voluminosa, si me propusiese reunir un cuerpo completo de doctrina para probar que todo el derecho canónico ó eclesiástico en la institucion de Pastores y ministros, en la declaracion de doctrinas tanto pertenecientes á la fé como á la moral, en el establecimiento y variaciones de la disciplina, en el gobierno y administracion de la Iglesia en general y en particular, en una palabra, en todo lo que tiene relacion con los objetos propios y exclusivos de la autoridad espiritual instituida por Jesucristo, está radicada en la autoridad del Romano Pontífice sucesor de San Pedro, y dimana de la misma. Pero seré mas breve, por lo mismo que esta autoridad suprema solo es atacada ó por la soberbia y ambicion de los que se introducen en el seno de la Iglesia para dominarla, ó por el espíritu de preocupacion y de amor propio nacional en que han sido educados los que buscan la fuerza de los argumentos, no en la palabra de Dios, sino en las sutilezas y sofismas de su imaginacion extraviada. Si tanto los unos como los otros fuesen capaces de convenci-

miento á la fuerza de la verdadera autoridad y de la razon, reproduciria los brillantísimos textos de los Santos Padres y Concilios que se hallan reunidos en mil preciosos tratados de teología que se han escrito sobre la materia. Si fuesen capaces de someterse cuando se les refutan victoriosamente los textos aislados y los hechos ilegales que producen para hacer prevalecer su *error*, que ellos llaman *opinion*; les citaria las muchas obras escritas con la mayor solidez en que se reducen á polvo los miserables argumentos producidos por el espíritu de rebelion, y reproducidos fastidiosamente con obstinada terquedad por el espíritu del orgullo.

Me propongo, pues, seguir otro camino mas breve, mas claro, y que me dispensará el inútil trabajo de refutar caviloidades, si no es por incidencia, para confundir no á los que disputan la supremacia de jurisdiccion del Romano Pontífice, pues estos ya son notoriamente herejes y cismáticos; sino á los que mientras se la reconocen le ponen trabas, sujetándola á los cánones para reducirla á nuli-

dad, ó para resistirla cuando se les antoja. Las pruebas las tomaré de las mismas fuentes de donde los enemigos han sacado las armas para combatir un derecho, que es y será siempre el mismo que Jesucristo confirió á San Pedro, mientras el mismo Jesucristo no se lo revoque ó no se lo restrinja. ¡La autoridad del Papa sujeta á los cánones! ¿Á qué cánones? ¿Á cuántos? ¿Á cánones de qué autores? ¿De qué siglo? Porque observo que el sistema de sostener este error data de pocos siglos; que los que sujetan á los cánones la autoridad del Papa cuando les acomoda resistir á sus preceptos, obran contra la autoridad de los cánones que condenan sus errores; y que para no parecer cismáticos desobedeciendo al Papa, se fundan en la superioridad del Concilio sobre el Papa; pero cuando se les ataca con las infracciones con que desprecian los mas importantes decretos de los Concilios, apoyan su conducta en los usos y costumbres nacionales. En resumen, para hombres de tal naturaleza el Papa está sujeto al Concilio general: el Concilio general está sujeto á los cánones de Concilios

particulares ó á las disposiciones de leyes civiles del pais: los cánones de los Concilios particulares del pais están sujetos á los usos y costumbres nacionales; y los usos y costumbres nacionales están sujetos al capricho individual del que solo obedece cuando se le manda lo que quiere, y está resuelto á resistir siempre que se le mande lo que no le acomoda. Es claro que un espíritu rebelde halla siempre una decretal del Papa para oponerla á un cánón de Concilio: un decreto de algun Concilio particular para oponerlo á una decretal del Papa: una ley, uso ó costumbre nacional para oponerla á una decision de un Concilio general. Vale mas que hombres de tales sentimientos digan con franqueza, que no quieren reconocer otra autoridad que la de su espíritu privado.

En el capítulo I he puesto los fundamentos de la suprema autoridad del Romano Pontífice, no solo sobre cada Obispo en particular, sino tambien sobre todos los Obispos reunidos. Ahora me detendré poco en probar que esta autoridad fué reconocida constantemente en

España, por dos motivos: el uno porque es público y notorio que el Episcopado español se ha hecho célebre en el mundo católico por su constante fidelidad, adhesión, sumisión y obediencia al Vicario de Jesucristo: el otro porque en otros escritos he producido bastantes citas sobre la materia. Lo que haré será aclarar el texto de la carta de San Cipriano, como lo he ofrecido en el número 46, por haber algunos jansenistas de este siglo desfigurado enteramente el hecho, para dar á entender que San Cipriano era de parecer que no habia lugar á apelar al Papa de una sentencia dictada por los Obispos reunidos en Concilio. Basilides y Marcial habian apelado á San Estéban; el Pontífice mandó que fuesen repuestos en sus Sillas: los Obispos de España consultaron á San Cipriano sobre lo que habia de hacerse en aquel caso; y el Santo les respondió que no debian dar cumplimiento á la orden del Papa. Hasta aquí los jansenistas. Pero callan lo mas esencial, como suelen hacerlo con hipócrita perfidia para preparar á los fieles el camino del ateismo, que es la razon que

dá San Cipriano, y es, porque dice que San Estéban fué sorprendido y engañado por la mala fé de los dos Obispos depuestos, y de consiguiente que no tenia lugar una orden arrancada por sorpresa y por engaño. ¿Es eso negar ó disputar al Papa su jurisdiccion y autoridad suprema? En este caso el Papa se la disputaria á sí mismo, como veremos luego. Y en tanto San Cipriano no se la negó ni disputó, que al contrario, la reconoció formalmente, declarando que una ley dictada por el Romano Pontífice tenia fuerza en la Iglesia universal. En efecto; la respuesta que dá á la consulta de los Obispos de España la funda en la decretal de San Cornelio antecesor de San Estéban, en la cual disponia que los *libeláticos* arrepentidos podian ser admitidos á la penitencia, pero que no podian ejercer la potestad del orden ni el honor del sacerdocio. Tenemos, pues, que San Cipriano reconoce la suprema jurisdiccion del Papa, y solo declara que no se debe estar á su sentencia en un hecho particular en que el reo ha tratado de sorprender la buena fé del Superior. Y cabalmente lo que declara

San Cipriano es lo mismo que ha declarado varias veces el Romano Pontífice, revocando las sentencias ó gracias, cuando se le ha hecho ver que habian sido obtenidas por subrepcion ú obrepcion. Citaré el primer caso que he encontrado de esta naturaleza, y en la coleccion de Concilios, Epístolas y Bulas de los Papas, podrán leerse otros. Fótino habia sido condenado por el Papa: los Obispos de Macedonia acudieron á Su Santidad, manifestándole que con voces vagas y con intrigas se habia sorprendido á la Santa Sede, y en vista de la reclamacion de aquellos Prelados, Inocencio I revocó la sentencia. Esto quiere decir que los hipócritas, los perversos, los intrigantes de toda clase, pueden presentar al Papa relaciones falsas, hechos desfigurados, promesas engañosas; y como el Papa por lo que toca á hechos solo debe juzgar en fuerza de los documentos que se le presentan como auténticos, y en fuerza de la declaracion de personas en las cuales no se puede sospechar dolo ni fraude; puede resultar una sentencia ó una concesion, que despues el mismo Papa

reforme ó revoque, constándole la mala fé con que ha sido sorprendida su rectitud. Esta es la razon en que se fundan los filósofos y los jansenistas, para cortar la comunicacion directa entre el Pastor supremo de los fieles y sus ovejas: no me detendré en explicar la diferencia que hay entre el juicio del Papa en orden á doctrina, en orden á leyes, en orden á concesiones de pura gracia, y en orden á hechos históricos ó relacion de los mismos. Hay un camino mas corto para confundir á los hipócritas; y es que si el Papa dá una sentencia ó concede una gracia en virtud de falsos informes ó documentos, ó de relaciones fingidas, no son los filósofos, ni los jansenistas, ni los perturbadores del orden eclesiástico, los que deben reclamar: son los Obispos cada cual en su Diócesi, y juntos en un pais. Esta respuesta es mas breve y no tiene réplica.

Veamos, pues, cómo la suprema jurisdiccion del Romano Pontífice fué reconocida no solo por los Obispos en particular, sino tambien por los Concilios generales; no solo en España, donde no hay un solo ejemplar de re-

belion de los Obispos contra el Pastor Supremo, sino en los países cuyos Obispos han resistido á los decretos de la Santa Sede cuando no les ha acomodado obedecer; no solo en los siglos en que se nos quiere fingir que las *falsas decretales* dieron al Papa un poder que antes no tuviera, sino en los primeros siglos cuando el espíritu de rebelion, y las bastardas *libertades* de un país, no habian podido todavía enturbiar las puras fuentes del derecho canónico. Es sabido que los Padres del Concilio Niceno presidido por los Legados del Papa pidieron á Su Santidad la confirmacion de dicho Concilio; pero acaso no se habrá fijado la atencion en que el Papa juzgó conveniente hacer alguna reforma en punto á disciplina. Esto quiere decir que el reformar, dispensar, variar los Cánones de Concilios, y añadir otros, no es cosa del tiempo de las *falsas decretales*, sino el ejercicio del derecho que Jesucristo comunicó á San Pedro, que lo ejercieron los Papas sin Concilios durante los tres primeros siglos, como consta de todos los documentos que nos quedan de aquella época; y que lo ejercie-

ron despues en Concilios ó fuera de ellos, segun lo miraron mas útil al bien de la Iglesia. Y el suponer que el Papa está obligado á gobernar la Iglesia conforme á los Cánones de los Concilios, produciendo textos aislados de algun Papa, que dice que el Romano Pontífice debe obrar conforme con los Cánones que cita, para corroborar su decision en algun caso particular, es suponer mucha necedad en los lectores. Cada dia estamos viendo que el Soberano temporal apoya sus actos en las leyes hechas por él mismo ó por sus predecesores; y sin embargo, nadie recusa la autoridad del Soberano temporal para derogar ó reformar las leyes que ha hecho, y establecer otras nuevas. Ningun talento se necesita para ver y reconocer que el Papa, Legislador supremo de la Iglesia, está obligado á conformarse con las leyes que ha establecido por sí ó por el intermedio de un Concilio, mientras juzga conveniente que dichas leyes subsistan; así como cuando juzga conveniente derogarlas ó dispensarlas, está obligado á conformarse con la derogacion ó dispensacion de las mismas: y esto es

lo mismo que decir, que el legislador está obligado á conformarse con su propia voluntad, pues es la ley viva. Doy por supuesto que la voluntad del Papa debe conformarse con la doctrina del Evangelio y con sus necesarias consecuencias; así como tambien doy por supuesto (y ténganlo entendido los perturbadores del orden eclesiástico) que en el caso de no conformarse, no somos nosotros los que le hemos de juzgar, pues tiene un Juez, único legítimo, que es Dios. Es suficiente haber citado el Concilio Niceno primero general, para recordar que todos los que se celebraron posteriormente hasta el último que fué el de Trento, reconocieron la suprema autoridad del Papa, así como la necesidad de que confirmase sus decretos, siendo cierto que la verdadera Iglesia católica jamás ha reconocido decretos de llamados Concilios generales, que, como he dicho, no han sido Concilios, sino reuniones de Obispos, que no llevasen la confirmacion del Romano Pontífice, de la cual deriva toda la fuerza de los cánones. Y aun hubo mas: cuando se trató de materias que ya esta-

ban decididas y juzgadas por la Santa Sede, el Concilio general no decretaba por sí, sino que se conformaba con el juicio del Papa.

El Oriente fué el primer país del mundo católico donde se declaró la rebelion contra la cabeza de la Iglesia; pero los cismáticos se rebelaban no porque desconociesen la suprema jurisdicción del Papa, sino porque el Papa no satisfacía la ambición y el orgullo de aquellos. Nestorio la reconoció mientras creyó que con su pérvida sagacidad podría sorprender á Celestino I; y la desconoció cuando recibió la carta de este Papa en que le declaraba excomulgado. La reconoció Anatolio, Obispo de Constantinopla, mientras recibió honores de la Santa Sede, y mientras el Papa condescendió por un exceso de prudencia hasta el punto, dice San Leon, de querer ser *mas benigno que justo*; se declaró rebelde cuando el Papa trató de poner limites á su desmedida ambición, hasta el extremo de igualar la dignidad y la autoridad de la Iglesia de Constantinopla con la de Roma. Despues de Anatolio váyase leyendo el catálogo de otros Obispos de

dicha Silla y de otros en el Oriente, que se hicieron famosos por su espíritu de novedad: se les verá constantemente acudir á Roma ó á los Legados del Papa, mientras se persuaden que podrán llegar al fin que se proponen, empleando un lenguaje sumiso é hipócrita; al paso que una vez descubiertos sus fraudes é intrigas, se les verá romper en cisma declarado. Lo que digo de los Obispos, digo tambien de los emperadores que protegian á los herejes y cismáticos. Anastasio fué uno de ellos: estaba empeñado en sostener á Acacio de Constantinopla, y en reconocer su pretendida omnimoda autoridad espiritual en el Oriente; sin embargo, en las varias cartas que escribia al Papa Hormisdas reconocia en el Romano Pontífice la jurisdiccion universal sobre toda la Iglesia Católica. El emperador procedia con doblez, no hay duda, y el Papa penetraba bien que las afectuosas expresiones con que le invitaba á ir á Constantinopla para presidir un Concilio, no tenian otro objeto que apoderarse de su persona; pero las intenciones importan poco para la cuestion que estoy tratando, pues

basta que resulte cierto que los que negaban la autoridad del Sucesor de San Pedro cuando castigaba sus crímenes, la reconocían, y se humillaban ante ella cuando les colmaba de honores, y les hacía concesiones, ó cuando creían que á fuerza de intrigas y manejos tenebrosos lograrían la paz de los impíos. Tenemos, pues, que en la Iglesia de Oriente los verdaderos fieles hasta los emperadores y Obispos, reconocieron constantemente la autoridad suprema del Romano Pontífice fundada en el Evangelio: que la reconocieron asimismo los que solo eran católicos por ambición ó por fines mundanos; y que solo la desconocieron los criminales obstinados cuando sus crímenes habían llenado la medida, en términos que toda condescendencia con ellos lejos de remediar los males los hubiera agravado. En este espejo deben mirarse los filósofos y los fariseos de nuestro siglo, que cuando hablan, obran y escriben, proceden siempre con doblez.

Si los espíritus inquietos y cavilosos nos vienen con distinciones y sutilezas, diciendo que el Papa no ejercía en los primeros siglos juris-

diccion suprema sino en la declaracion de puntos de fé y doctrina, les citaremos mil hechos que pertenecen á lo que nuestros herejes y cismáticos llaman de *disciplina externa*, *policia eclesiástica*, *regalias*, *temporalidades*, etc. Voy á citarles algunos, despues de los ya citados, por lo que toca á la Iglesia de Oriente, pues luego trataré de la de Occidente; y los escogeré sobre las materias, en orden á las cuales dicen los ignorantes novadores, que pueden los Obispos obrar sin el concurso de la Santa Sede. En orden á institucion de Obispos nada hay que decir, sino que una vez declarado que el Concilio Niceno, así como todos los Concilios, derivan su autoridad de la suprema jurisdiccion del Papa que los presidió por sí ó por sus Legados, y los confirmó; tambien derivan su autoridad del mismo Papa los decretos y cánones posteriores, incluso los del Concilio de Trento, que establecen la forma legítima y canónica de dicha institucion. De consiguiente la misma fuerza tiene la mala fé de un eclesiástico rebelde que invoque el canon IV de dicho Concilio Niceno para la con-

sagracion de los Obispos, que la de otro que con la mejor intencion invocase el cánon XV del mismo Concilio, por el cual se mandaba sin excepción alguna que *ningun obispo, presbitero ni diácono pudiese ser trasladado de una di ocesi   otra*. Lo que debe saberse es, que en vista de los abusos que se cometian, á pesar de lo dispuesto en el Concilio Niceno, porque hall ndase el Asia   una enorme distancia de Roma les era fácil   los ambiciosos sustraerse   la vigilancia del Romano Pontífice, se vió obligado Su Santidad   nombrar delegados que le representasen en aquellos paises, y sin cuya autoridad no pudiesen los Metropolitanos consagrar Obispos, ni los Obispos de la provincia instituir al Metropolitano. Sobre ereccion de nuevas diócesis   metrópolis, ya he citado en el número 107 la carta de Inocencio I   Alejandro, Obispo de Antioquía. Tambien deben tenerse presentes varias cartas de otros Pontífices, negándose   conceder   la Iglesia de Constantinopla la dignidad de patriarcado, porque la Iglesia para su gobierno y administracion ninguna necesidad tiene de atender á

la dignidad política y civil de las ciudades. Basten estas indicaciones por lo que toca á la Iglesia en el Oriente. Me extenderé mas en órden á las iglesias particulares de Occidente, y sobre todo de las de las Gálias, porque la doctrina profesada por el episcopado y por los fieles de estos países tiene mas fuerza para humillar, confundir é imponer silencio á los turbulentos y temerarios novadores.

Es una gloria para la Iglesia de las Galias la sincera confesion y reconocimiento que hacen sus Obispos, de que todas las Iglesias de este país fueron fundadas por aquellos á quienes San Pedro ó sus Sucesores instituyeron Obispos. Ya lo habia dicho el Papa Inocencio I; pero la ingénuca confesion de los hijos dá tal fuerza á la autoridad del Padre, que los que en los siglos posteriores han intentado combatirla, solo se han acreditado de hijos desnaturalizados y apóstatas. El Papa, pues, institua los Obispos que fundaban las Iglesias: prescindo de las reglas que se observaban en su institucion: es cierto que estas reglas, fuesen las que fuesen, diman-

ban de la autoridad del Papa; de consiguiente está reconocido por la Iglesia en las Galias que solo el Papa puede hacer Obispos. Esto lo vemos mas claramente, puesto que existen mil documentos auténticos, en orden á las Iglesias fundadas en países bárbaros, que durante cierto tiempo permanecieron unidas á las del país de la Galia por lo que miraba al orden político. Gregorio II sobre el año 717 resolvió enviar un varon apostólico á los vastos países de la Germania; y á este fin ordenó á Bonifacio, el cual hizo tanto fruto en aquellas regiones, que á los pocos años no solo fué autorizado por el Papa para erigir nuevas iglesias episcopales, sino tambien para arreglarlas en provincias eclesiásticas, instituyendo sus respectivos Metropolitanos. Despues volveré á este asunto, pues ahora solo trato de demostrar que si la Iglesia en las Galias, así como las demás Iglesias en el Occidente tienen Obispos, es porque el Vicario de Jesucristo que goza la plenitud de jurisdiccion y de la cual dimana la jurisdiccion de los Pastores subalternos, instituyó los primeros, que fundaron las res-

pectivas Iglesias, y los autorizó para que pudiesen nombrar y consagrar á sus sucesores segun las reglas que les indicaba, y que variaban segun Su Santidad juzgaba prudente variarlas.—*Historia del derecho de la Iglesia en España.*—*Fr. Magin Ferrer.*

REGLAS PARA EL DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS (Son las segundas que dá San Ignacio.)—La primera: propio es de Dios y de sus Ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbacion que el enemigo induce: del cual es propio militar contra la tal alegría y consolacion espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asíduas falacias.

La segunda: solo es de Dios nuestro Señor dar consolacion al ánima sin causa precedente; porque es propio del Criador entrar, salir, hacer mocion en ella trayéndola toda en amor de la su Divina Majestad. Digo sin causa, sin ningun prévio sentimiento ó conocimiento de algun objeto, por el cual venga la tal consolacion mediante sus actos de entendimiento y voluntad.

La tercera: con causa puede consolar al ánimo así el buen Ángel como el malo, por contrarios fines: el buen Ángel por provecho del ánimo, para que crezca y suba de bien en mejor; y el mal Ángel para el contrario, y adelante para traerla á su dañada intencion y malicia.

La cuarta: propio es del Ángel malo, que se forma *sub Angelo lucis*, entrar con la ánima devota y salir consigo; es á saber, traer pensamientos buenos y santos conforme á la tal ánima justa; y despues poco á poco procura de salirse trayendo á la ánima á sus engaños cubiertos y perversas intenciones.

La quinta: debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno, inclinado á todo bien, señal es de buen Ángel; mas si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala ó distractiva, ó menos buena que la que el ánimo antes tenia propuesta de hacer: ó la enflaquece, ó inquieta, ó conturba á la ánima, quitándola su paz, tranquilidad y quietud que antes tenia, clara

señal es proceder de mal espíritu, enemigo de nuestro provecho y salud eterna.

La sexta: cuando el enemigo de natura humana fuere sentido y conocido de su cola serpentina y mal fin á que induce, aprovecha á la persona que fué de él tentada, mirar luego en el discurso de los buenos pensamientos que le trujo, y el principio de ella; y como poco á poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla á su intencion depravada; para que con la tal experiencia conocida y notada se guarde para adelante de sus acostumbrados engaños.

La sétima: en los que proceden de bien en mejor, el buen Ángel toca á la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y á los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos espíritus contrario modo, cuya causa es la disposicion del ánima ser á los dichos Ángeles contraria, ó simile: porque,

cuando es contraria entran con estrépito , y con sentidos perceptiblemente, y cuando es símile, entra con silencio como en propria casa á puerta abierta.

La octava: cuando la consolacion es sin causa, dado que en ella no haya engaño por ser de solo Dios nuestro Señor, como está dicho: pero la persona espiritual á quien Dios dá la tal consolacion, debe con mucha vigilancia y atencion mirar y discernir el proprio tiempo de la tal actual consolacion del siguiente, en que la ánima queda caliente y favorecida con el favor y reliquias de la consolacion pasada; porque muchas veces en este segundo tiempo por su proprio discurso de hábitos y consecuencias de los conceptos y juicios, ó por el buen espíritu, ó por el malo, forma diversos propósitos y pareceres, que no son dados inmediatamente de Dios nuestro Señor; y por tanto han menester ser mucho bien examinados antes que se les dé entero crédito ni que se pongan en efecto.—*Ejercicios espirituales.*—*San Ignacio de Loyola.*

RELACIONES DEL CRISTIANO CON DIOS Y CON LA

RELIGION.—Bastará observar que en Dios y en nuestra religion nada hay que no esté en relacion con nuestra alma y nuestra temporal y eterna felicidad. Dios es el autor de nuestro sér; el principio y el blanco de nuestra existencia. El hombre fué hecho por él y para él. La justicia divina le juzga, le premia, le castiga, le domina en el tiempo y en la eternidad. Las admirables efusiones de la divina misericordia precedieron á su nacimiento inmolándose desde *ab-eterno* por él una de las Personas de la adorable Trinidad, que bajó de la gloria de sus cielos á hacerse nuestro hermano, y á entregarse por nuestro bien á todo género de padecimientos y á la muerte cual nuestra víctima, cual nuestro libertador, y cual fundador de ese imperio en que vivimos de amor y de esperanza, regalándonos con las aguas de su gracia y con el manjar de su divino cuerpo sacramentado para pasar al otro imperio de su gloria, que tambien ha fundado para nosotros abriéndonos su camino cerrado por la culpa con la generosa heroicidad de su magnánimo pecho, que en batalla de

muerte fué desangrado por nuestro amor.

Aquí la Providencia nos mantiene con los frutos de su huerto, nos conduce de la mano por entre las malezas de la vida, nos saca de los malos pasos felizmente atenta á nuestros clamores, es nuestra madre y nos lleva en sus brazos. La sabiduría divina ha dispuesto y compaginado maravillosamente el templo de nuestra alma, en la cual ella misma ha impreso la imágen de la Divinidad, y á quien medita en ella se le descubre en las florecillas del campo y en los astros del firmamento, en el leon y en la hormiga, en las sombras de la noche y en la claridad del dia, en los átomos que revolotean por el aire y en los ángeles que dirigen los orbes cantando sus alabanzas, en la marcha y las revoluciones de los imperios de la tierra, y en el establecimiento, conservacion y belleza de ese otro imperio mas noble y mas augusto, en que he dicho que vivimos de amor y de esperanza, su Iglesia Católica, dechado de perfeccion, que hace la admiracion de los sábios y la dicha del género humano.

Nombrar la Iglesia es lo mismo que haber nombrado á la cariñosa madre, que recibiéndonos al nacer en su dulce regazo, nos introduce en el reino de Dios, nos educa para el cielo, en nuestras cuitas enjuga nuestras lágrimas con palabras de amor y vida eterna, nos señala en la gloria con el dedo innumerables intercesores y modelos, que aquí y allá son su esplendoroso ornamento; nos amaestra en todo linaje de virtudes, á todas horas nos alumbra con su célica doctrina, nos regocija con la pompa de sus festividades, nos encanta con la ternura de sus misterios, nos engrandece y eleva con la magnífica idea de ser miembros del santo cuerpo místico de que es cabeza un Dios humanado, cuyos merecimientos é inefables grandezas en cierto modo son nuestras y muy nuestras; y por último con su asistencia y sus oraciones de fervor y consuelo nos sostiene en el combate con la muerte, levantando nuestras miradas á esos cielos que ella misma abre para recibirnos, y despues que hemos exhalado el postrer suspiro no se olvida de nuestra

alma ni de nuestro frio cadáver, llora sobre nuestras cenizas y con gemidos de dolor pide para ellas al Dios de las misericordias paz y descanso eterno.—*Observaciones sobre las bellezas de la Biblia.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

RELIGION.—Si el talento sirve sobremanera á la virtud, de esta recibe mucho mas. Si él es director de ella, aun es ella mejor directora de él. Indudablemente se ha hecho para dirigirla, porque la ley moral comprende al hombre entero, su corazon y su entendimiento, sus acciones y sus pensamientos. Nuestra divina religion atiende al órden, á la mejora y á la perfeccion de todas nuestras potencias y de los frutos de ellas, velando sobre su empleo y ejercicio, poniendo un dique á su curso cuando se tuerce y llamándolas al verdadero camino cuando han llegado á extraviarse; y así por los santos lazos de sus preceptos saludables están moralmente sujetas y encadenadas al bien nuestra voluntad y nuestra mente; por lo cual ha de reputarse como sublime dicha el haber nacido en el seno del catolicismo. Creer

que aprisiona las alas del entendimiento y le tiraniza es miserable engaño de los que no aman su perfectivo reinado, y pretender sacarle del campo en que la religion le coloca es desposeerle de sus mas encumbrados dominios. Efectivamente, con su luz celestial se esclarece para el talento la noche de los misterios, y desde elevadas cumbres domina este mundo y el de la eternidad. Esos profundos misterios son como las cimas de escarpadas montañas; el que de noche está de pié sobre ellas se halla entre mil peligros; un solo paso que dé le hará caer despeñado: empero el que de dia se encuentra en sus eminentes alturas, gozará de un espectáculo bello, divisando bajo sus plantas los fragosos derrumbaderos, y mas allá las amenas colinas y los fértiles prados y el soberbio rio y la vega florída y los torreones de la ciudad lejana, y merced á la claridad del sol señoreará toda la naturaleza, y no temerá andar por las estrechas sendas en donde la ausencia de la luz robaria á sus ojos esas vistas embelesadoras y le convertiria aquel magnífico teatro de placer dominante en de-

sierto habitado por el espanto y por la muerte amenazadora, pues á cada momento estaria expuesto á rodar por precipicios lóbregos.

Sin la antorcha de la religion todo cuanto nos rodea es un misterio horrible; la degradacion del hombre junta con su insaciable deseo de felicidad y las brillantes reliquias de su primitiva grandeza; el aparente desórden del universo, es decir, los padecimientos de los justos, las persecuciones de la inocencia y del verdadero mérito, los placeres y opulencia de los malvados, la impunidad de los crímenes, el oscurecimiento de la virtud y el triunfo del vicio; la muerte prematura del niño robusto y de la jóven hermosa, la desaparicion de antiguas monarquías, el repentino crecimiento y la gloriosa pujanza de nuevos reinos, las trastornadoras y sorprendentes revoluciones de los siglos, los pasos gigantescos que hácia adelante y hácia atrás dá el género humano, las espantosas catástrofes que sufre de cuando en cuando, la paz misma que renace inopinadamente de entre el fuego de las guerras; la naturaleza toda, la vida, la muerte, la conser-

vacion de la frágil existencia del hombre, sus contradictorias inclinaciones, su corazón inquieto, su razón, sus remordimientos; la creación del mundo, las leyes de la admirable reproducción de los seres; la perpetuidad de la religión, sus caracteres maravillosos, el sobrehumano valor de sus mártires, el sobrenatural poderío y rapidez de los milagros; Dios, Dios mismo; todo, todo es terrible y tenebroso misterio para quien cierra los ojos á la tranquilizadora enseñanza y á la luz vivificante de la religión revelada. Demuéstralo la historia del entendimiento humano, la historia de los delirios de los filósofos, la historia de las sutiles vanidades de los sofistas, la historia de las extravagancias de los herejes, la historia de los absurdos de los incrédulos y excépticos. Todos estos colocaron su talento sobre un precipicio, le rodearon de escollos en alta mar tempestuosa, y no hay que extrañar que naufragara.

Pero con la divina luz venida de los cielos desaparecen tantas tinieblas, todo se ordena, todo se aclara, todo se explica satisfactoria-

mente, vuela el talento por un horizonte iluminado, y remontándose á superior esfera, contempla debajo de la altura, á que se ha subido, el órden y la armonía de la inefable máquina del orbe y descubre las relaciones del mundo presente con el mundo de los años eternos, como el ángel que vá guiando el sublime carro del sol vé en su derredor los inferiores giros y las concertadas evoluciones de los astros.

Bajo los auspicios de la religion el talento sustituye á unos misterios de tinieblas otros misterios de luz, y en ellos reposa complacido por haber hallado verdades mas grandes que él. Así el misterio de la degradacion del hombre pierde toda su nebulosidad ante el resplandor del dogma del pecado original y de su perpétuo castigo; así la sola palabra *Providencia* ilumina la carrera de los siglos, los diversos papeles que hacen en el teatro del mundo las naciones, la gloria de unos pueblos y la postracion y muerte de otros; así la sola memoria de la *Eternidad* restablece sobre la tierra el equilibrio de la justicia divina, que colma

de fugitivos bienes á los malos , porque reserva para ellos una hoguera inextinguible, y parece que oprime aquí á los buenos porque les tiene preparado un cielo de gloria; así la *Omnipotencia* del Altísimo deshace todas las dificultades que podían suscitarse acerca de la creación y de las maravillas de la naturaleza. Si Dios y sus atributos lo explican todo. Dios y sus atributos son la gran brújula del talento. Quien la pierde cae á un abismo como el Ícaro de la fábula. Ahora bien, si Dios es la brújula, navegará mejor por el océano de la verdad quien mejor la contemple, quien mejor la estudie, quien la tenga mas presente, quien se gobierne por ella en todos sus pensamientos. La virtud es la que al hombre acerca á la Divinidad: y de esta se vá alejando quien vá perdiendo grados de virtud. La experiencia lo enseña. De la corrupción del corazón proviene el malearse la mente: las pasiones son el mayor enemigo del talento. Ellas, y particularmente el orgullo y la ridícula ambición de singularizarse y de adquirir celebridad, han engendrado los errores de los here-

siarcas, han envilecido, relajado, prostituido, extraviado y cubierto de tinieblas el entendimiento de esos hombres famosos para su perdicion y para mengua y deshonra del espíritu humano.—*El talento bajo todos sus aspectos y relaciones.* — *Juan Manuel de Berriozabal.*

RELIGION Y LA IMPIEDAD (LA).—La religion con su dulzura suavizó el instinto brutal de los bárbaros que nos dominaron, modificó la ferocidad de sus costumbres, hizo brotar las virtudes y civilizó á los pueblos; porque la civilizacion no es otra cosa que el cristianismo aplicado á la sociedad civil. La impiedad al contrario, embrutece á los hombres, endurece sus corazones, agita las pasiones mas violentas, y el ódio y la destruccion reciben recompensas como si fuesen virtudes públicas.

Á la voz de la religion se formaron esas corporaciones numerosas, que á la práctica de las virtudes, al cultivo de las ciencias, y al servicio notorio que en todos tiempos han prestado á la Iglesia, añaden una utilidad política de la mayor importancia, ofreciendo un

asilo al arrepentimiento, un refugio á la desgracia, y una soledad á las almas tiernas. Á la voz de la impiedad se destruyen esos monumentos respetables, se desploman sus asilos, ó se destinan para establos; la virtud se retira al fondo del corazon para gemir en secreto, y el infeliz, que debiera expiar sus excesos con los rigores de la penitencia, despreciado en la sociedad, donde es un peso inútil y execrable, acaso termina su vida en un suplicio. La religion habla, y millares de hombres dejan su patria, sus comodidades, sus parientes, y sus amigos, y con una cruz de madera en la mano atraviesan los mares, entran al fondo de los desiertos y anuncian á unos pobres salvajes la existencia de un Dios muerto sobre un patíbulo para salvarlos, y abren aquellos corazones groseros á los sentimientos del deber y á las impresiones de la virtud. La impiedad estorbando estas emigraciones santas deja á aquellos infelices sumergidos en la estupidez, dominados de inclinaciones criminales y feroces; y al mismo tiempo priva á la patria de las inmensas ventajas

que proporcionaban las misiones á la riqueza pública.

La religion gusta de la soledad, porque las sombras la engrandecen, y en medio de un siglo profundamente corrompido es un objeto consolador, ver que esos bosques y desiertos, antes mansiones de fieras, á la voz de esta religion divina se pueblan de cadáveres vivos que turban su soledad con los gemidos melancólicos de la penitencia; que hacen resonar las grutas con el acento tímido del amor, y que tributan al Eterno humildes alabanzas de concierto con el ruido de los torrentes, el bramido de las tempestades y los cantos de las aves. El hacha exterminadora de la impiedad no perdona á los solitarios monumentos del culto; son religiosos, y su existencia le enfurece; los destruye: quisiera hasta borrar su memoria, y los reduce á escombros; del mismo modo que el árabe vagamundo tiene un placer bárbaro en demoler las pirámides silenciosas del despoblado Egipto.

La antigüedad toda ha mirado los sepulcros con veneracion y respeto, y dándoles una es-

pecie de culto fúnebre, ha reconocido en el hecho la inmortalidad del alma y la existencia de otra vida : la religion los tiene bajo su sombra, y vela sobre ellos como una madre cuidadosa sobre sus hijos dormidos ; pero la impiedad, que pone al hombre al nivel del bruto, y que no reconoce en la tumba sino un abismo sin fondo, una noche interminable y una nada espantosa, mira con desprecio estas moradas lúgubres ; y ya demoliendo, ya enagenando los templos donde yacen generaciones de difuntos, borra á la humanidad sensible sus recuerdos, al alma sus gemidos, y comercia con los despojos del cristiano.

La religion en todas partes deja vestigios de su ternura ; si prepara á la caridad sus triunfos, á la penitencia sus grutas, y al pudor sus asilos, erige tambien palacios á la indigencia y mansiones al dolor, donde las enfermedades y la muerte acaban con el miserable y desvalido : esos hospitales desconocidos de la antigüedad tienen su origen en el imperio de la religion ; pero la impiedad los arranca de sus manos tiernas y fecundas, y los pone

á disposicion de unas juntas formadas de sus adeptos y animadas de la misma insensibilidad é indiferencia que sus máximas.—*Fr. Juan de Dios Pastor.*

RELIGIOSOS.—Era á la verdad asilo dulcísimo de paz aquella soledad silenciosa, aquel despropio de bienes deleznable, aquel apartamiento de la pompa y vanidades humanas, aquel huir de los deleites que no hartan el afán, aquellos sublimes himnos al Dios de las misericordias, aquel vivir en hermandad caritativa, aquel no dolerse sino de los males ajenos, aquel candor, aquella austeridad de los cenobitas, y aquellas augustas ceremonias, que elevan el alma de quien las contempla sin pasión, y la llenan de grato placer. Yo dije cenobitas, porque ellos se llaman así; mas si justos fuéramos los hombres del siglo, ¿no los dijéramos ángeles de dulzura y de mansedumbre sobre la tierra? Apártese de entre verdaderos filósofos quien vea á uno de estos héroes de la caridad derramar el bálsamo de consolacion y alegría sobre el desdichado, que sube al patíbulo, besa el dogal, pide perdon y

muere, y no se asombre y maraville. Véalos en misiones civilizar hombres bárbaros; véalos en hospitales endulzar dolores de enfermos; véalos en escuelas enseñar ciencias y costumbres, y véalos por todas partes afanarse por el bien de sus prójimos cuando quiera que se les dá procurarle. ¡Ó solitarios! Yo os pago este tributo de justa admiracion cuando tantos políticos y sofistas os vituperan. Mas consolaos, que si esta es su pátria, no es la vuestra. Al fin la verdad y la razon se honran en ser vuestros defensores, y ellas triunfan de los sofismas. Casi al mismo tiempo que Eunapio de Sárdis os infamaba en su entusiasmo por los dioses de los hombres, el emperador Juliano, el sagaz atleta contra el cristianismo, veia en los cristianos caritativos unos modelos de humanidad y de virtudes bienhechoras, que quisiera imitasen á competencia y porfía los gentiles hácia sus pobres. ¡Ó filósofos, que os preciais de sensibles y humanos! Venid á los cláustros, observadlos á buena luz, y escribid despues. En los altibajos de la suerte, cuando el poder cae, cuando pasa el regocijo, cuando se mues-

tra con faz horrible la calamidad, la filosofía desespera, y el cristianismo conduce á los claústros: este ofrece á la desventura una basilica de salud, y aquella le abre la tumba del horror. Fuera de esto, yo no sé que la filosofía hasta el dia de hoy, con sus pomposas páginas de moral, haya mejorado las costumbres de hombres turbulentos y asidos á los sofismas de pasiones viciosas. ¡Cuántos hombres perdidos para la sociedad no presenta á la vista la religion ya morigerados, ya justos, ya llorando sus extravíos dentro de las venerables casas de la penitencia! ¿De dónde, pues, sino de un corazon gangrenado por el filosofismo, nacen las insensatas declamaciones y el ódio envenenado contra los monjes y los frailes?—*Defensa del cristianismo.* — *Rafael José de Crespo.*

REQUISITOS PARA LA MORALIDAD Ó INMORALIDAD DE LAS ACCIONES.—Dios es justo; y como tal, no castiga ni puede castigar al inocente: cuando no hay pecado, no hay pena, ni la puede haber.

El pecado, dice San Agustin, es voluntario

de tal manera, que si deja de ser voluntario, ya no es pecado. La voluntad que se necesita para hacernos culpables á los ojos de Dios, es la de libre albedrío. Para constituir la culpa no bastaria la voluntad, si esta no fuese libre.

No se concibe el ejercicio de la libertad, si no va acompañada de la deliberacion correspondiente; y esta implica conocimiento de lo que se hace, y de la ley que se observa, ó se infringe. Una ley no conocida no puede ser obligatoria.

La ignorancia de la ley es culpable en algunos casos, es decir, cuando el que la padece ha podido vencerla: entonces la infracción de la ley no es excusable por la ignorancia.—*Cartas á un excéptico.*—*Jaime Balmes.*

RESERVAS APOSTÓLICAS.—Dios ha fundado su Iglesia, y la ha hecho depositaria de la verdadera religion, que habia de extenderse por todas las regiones del orbe, que habia de formar un cuerpo con una fé, una doctrina, un culto público, un gobierno y una potestad conferida por él inmediatamente para regirla. ¿Y podrá existir nada de esto sin un centro de

unidad, sin un poder supremo, que velando sobre todas partes, ejerza sus funciones, ate y desate, tire y afloje, sostenga el nervio de la disciplina, la subordinacion y el respeto? ¿Y qué cosas son las reservas apostólicas sino esta porcion cortísima y mutilada de autoridad que ejerce por sí mismo el Pastor supremo con relacion á ciertos objetos, exigiéndolo así el bien de la religion y el régimen de la Iglesia, que le está encargado? Jurisdiccion no obstante que, pudiendo apenas servir para tal cual recuerdo de que hay un Papa, y de un símbolo de supremacia, ha sufrido y sufre en la pluma y boca de sus detractores todos los tiros de la calumnia, todos los baldones de la maledicencia. Jurisdiccion que, si merece los combates y reprensiones con que la censuran los Hontheim, los Pereiras, los Villanuevas, sería preciso concluir que para nada es necesario tal primado; que la persona del Papa es la mas inútil de la Iglesia; que esta podrá existir y aun será mejor gobernada sin él; y que los que tienen tal modo de pensar de su representacion y de sus reservas se ponen á la banda

de los protestantes. Porque ¿qué es lo que se concederá á esta primacia soberana si se le disputa y se le niega hasta el derecho de dar la mision á los primeros magistrados de la Iglesia, como son los Obispos? ¿Qué es lo que se comprenderá en la potestad peculiar de atar y desatar que Dios ha concedido al Primado apostólico, si no puede tocar en las funciones de los ministros subalternos?—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—*José Ignacio Moreno.*

RESURRECCION DEL SALVADOR.—Aunque todos los milagros que Jesucristo obró por su propia virtud, manifiestan que él era el autor de la naturaleza; aunque en todos ellos se deja ver un poder sin límites, con todo, en el milagro de su resurreccion es donde se nota mas de lleno la fuerza de la Divinidad.

La resurreccion de Jesucristo es la prueba mas convincente de la verdad de la religion cristiana, porque no siendo dado al hombre obrar despues de su muerte, si Jesucristo hubiera sido un impostor, en el sepulcro hubieran acabado sus imposturas. Luego si resu-

citó, según él mismo lo había anunciado en varias ocasiones, debemos adorar en él al Señor de la vida y de la muerte.—*Lecciones elementales de los fundamentos de la religión.*  
—José Escolano y Fenoy.

Á LA RESURRECCION DE JESÚS.

Yacia envuelto en polvo y sangre yerta  
Bajo la losa fría  
El Santo de Israel, el pecho herido.  
La temblorosa faz de horror cubierta,  
Triste el mundo gemía  
En densa niebla y en temor sumido:  
En medio la alta cumbre  
Doliente el sol oscureció su lumbre.  
La despiadada muerte poderosa,  
Blandiendo su guadaña,  
Con la divina sangre ya teñida,  
En torno del sepulcro silenciosa  
Gira con fiera saña,  
Y al humanal linaje, envanecida,  
Con poderoso hierro  
En pena arrastra del antiguo yerro.

Mas Jehová de esplendores inmortales  
En densa luz velado,  
Del alto empíreo en el supremo asiento,  
Do sustenta del orbe los quiciales,  
Y el curso arrebatado  
Fija á los astros su imperioso acento;  
Habló con voz tonante,  
Que sonó de la aurora al mar de atlante.

«¿Y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano  
Dice del Inocente  
El nombre ha de borrar? ¿el almo nombre  
Que el firmamento adora? No; que en vano  
Contra el brazo potente  
Osó el abismo. Triunfará, y el hombre  
De antigua tiranía  
Será de hoy libre: la victoria es mia.»

No encendido tan súbito en la altura  
Globo de luz brillante,  
Por el aire en la noche se desprende,  
Cual del padre Abraham la mansion pura  
El ánima triunfante  
Rápida deja y el sepulcro hiende.  
Siguela el coro santo  
Que anheló su venida en largo llanto.

La oscura tumba en célicos fulgores  
Se inflama: nueva vida  
El pecho sangrentado hinche glorioso,  
Y el rostro baña en cándidos albores.

Se alzó, y en voz subida  
«Vencí» dice: y con eco armonioso  
Tierra y mar resonaron,  
Y del orbe los polos retemblaron.

«Vencí. Del cielo las eternas puertas  
Con planta venturosa  
El humano entrará. Satán impío  
Logró en vano con artes encubiertas  
La extirpe numerosa  
Del hombre esclavizar: ya el reino umbrío  
Cayó: mi fuerte mano  
Rompió los hierros del audaz tirano.

»Salud, mortales: el amargo lloro  
Desterrad: nuevo día  
À la tierra nació: piadoso el cielo  
De inmarcesibles bienes el tesoro  
Abundoso os envia:  
De bienes, que de Eden el grato suelo  
Jamás ¡oh! fecundáran  
Y en vano vuestros padres suspiráran.

» ¡Ó Dios! tu brazo fué, tú lo juraste.

La espada que potente  
Me ceñiste, triunfó. Tú las naciones  
Á mis piés; y los pueblos subyugaste.  
Vuela de gente en gente  
Mi nombre: victoriosos mis pendones  
Del tártaro profundo,  
Tremolan por los ámbitos del mundo.

» Cayó, cayó Salen. Roma, tu sólio  
¿Do está? ¿do las que el viento  
Enseñas vanas desplegó ondeantes?  
Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,  
Y fijó eterno asiento  
Mi religion. Ante ella vacilantes  
Cayeron derrumbadas  
Al ciego error las aras levantadas.

» Hijo del trueno, vuela: el pueblo ibero  
En tu celo ardoroso  
Feliz su gloria cifra: eterna gloria  
Reservada á la Fé. Del nombre fiero  
En conflicto dudoso  
Triunfó Hesperia: mi cruz es la victoria.  
¡Ó vírgenes sagradas!  
Cantad del yugo infame libertadas.»

Dijo: y la cruda parca el sacro acento  
Oyó, y en triste ahullido  
Lanzóse presto al tenebroso lago.  
Estremecióse el avernal asiento;  
Y con ronco alarido  
Luzbel gimiendo su fatal estrago,  
Saltó del negro trono,  
Y rompió el cetro con feroz encono.

*José María Roldan.*

REVELACIONES.—Manifestacion de secretos, y misterios ocultos. Esta puede ser en dos maneras. La primera acerca de lo que es Dios en sí, y en esta se incluye la revelacion del misterio de la Santísima Trinidad, y Unidad de Dios. La segunda es acerca de lo que es Dios en sus obras; y en estos se incluyen los demás artículos de nuestra santa fé católica, y las proposiciones que explícitamente acerca de ellos puede haber de verdades. En las cuales se incluyen, y encierran mucho número de las revelaciones de los Profetas, de promesas y amenazas de Dios, y otras cosas que habian y han de acaecer. Y podemos tambien incluir

en esta segunda manera, otros muchos casos particulares, que Dios ordinariamente revela, así acerca del universo en general, como también en particular, acerca de reinos, provincias, estados y familias, y de personas particulares. De lo cual tenemos en las divinas letras ejemplos en abundancia, así de lo uno como de lo otro; mayormente en todos los Profetas, en los cuales se hallan revelaciones de todas estas maneras. Que por ser cosa clara, y llana, no quiero gastar tiempo en alegarlas aquí, sino decir, que estas revelaciones no solo acaecen de palabra; porque las hace Dios de muchos modos y maneras. Á veces con palabras solas, á veces por señales solas, y figuras, y imágenes, y semejanzas solas, á veces juntamente con lo uno, y con lo otro, como también es de ver en los Profetas, particularmente en todo el Apocalipsi, donde no solamente se hallan todos los géneros de revelaciones que habemos dicho, mas también los modos y maneras que aquí decimos.

De estas revelaciones, que se incluyen en la segunda manera, todavía en este tiempo las

hace Dios á quien quiere. Porque suele revelar á algunas personas los dias que han de vivir, ó los trabajos que han de tener, y lo que ha de pasar por tal, ó tal persona, ó por tal, ó tal reino, etc. Y aun acerca de los misterios de nuestra fé descubrir, y declarar al espíritu con particular luz y ponderacion las verdades de ellos, aunque esto no se llama propiamente revelacion, por cuanto ya está revelado, antes es manifestacion, y declaracion de lo ya revelado.

Acerca pues de las que llamamos revelaciones, que ahora no hablo de lo ya revelado, como los misterios de fé, puede el demonio mucho meter la mano. Porque como las revelaciones de este género ordinariamente son por palabras, figuras y semejanzas etc., puede muy bien el demonio fingir otro tanto. Pero si acerca de la primera manera, y la segunda, que aquí decimos, en cuanto á lo que toca á nuestra fé, se nos revelase algo de nuevo, ó cosa diferente, en ninguna manera habemos de dar el consentimiento, aunque entendiésemos que aquel que lo decia era un ángel del

cielo. Porque así lo dice San Pablo: (Gal. I. 8.) *Sed licet nos, aut Angelus de cælo evangelizet vobis præterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit.* Aunque nosotros, ó un ángel del cielo os declare, y predique otra cosa fuera de lo que os habemos predicado, sea anatema. Y así no se ha de admitir lo que de nuevo se revelase al alma acerca de ella, fuera de que esto la conviene, para cautela de no ir admitiendo otras variedades á vueltas, y por la pureza del alma que la conviene tener en fé, sino cerrando el entendimiento, sencillamente se arrime á la doctrina de la Iglesia, y su fé, que como dice San Pablo, entra por el oído: *Fides ex auditu*; (Rom. X. 17.) y no acomode fácilmente el crédito, ni entendimiento á estas cosas reveladas de nuevo, si no quiere ser engañado. Porque el demonio, para ir engañando é ingiriendo mentiras, primero ceba con verdades, y cosas verisímiles para asegurar.—*Subida del Monte Carmelo.*—*San Juan de la Cruz.*

RIQUEZA DEL CRISTIANO.—Dice el Señor: Yo soy, no queráis temer. Yo soy aquel que mato

y doy vida..... Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque todo soy bueno; y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mí. Yo vuestro fiador, que salí á pagar vuestras deudas. Yo Señor vuestro que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros si á mí quisiéredes servir: porque fuísteis con grande precio comprados..... Yo vuestro Padre, por ser Dios; y vuestro primogénito hermano por ser hombre. Yo vuestra paga y rescate: ¿qué temeis deudas, si vosotros con la penitencia y confesion pedis suelta de ellas? Yo vuestra reconciliacion: ¿qué temeis iras? Yo el lazo de vuestra amistad: ¿qué temeis enojo de Dios? Yo vuestro defensor: ¿qué temeis contrarios? Yo vuestro amigo: ¿qué temeis que os falte cuanto yo tengo, si vosotros no os apartais de mí? Vuestro es mi cuerpo y mi sangre: ¿qué temeis hambre? Vuestro mi corazón: ¿qué temeis olvido? Vuestra mi Divinidad; ¿qué temeis miseria? Y por accesorio son vuestros mis ángeles para defenderos: vuestros mis Santos para rogar por

vosotros: vuestra mi Madre bendita para seros madre cuidadosa y piadosa: vuestra la tierra, para que en ella me sirvais: vuestro el cielo, para donde vendreis: vuestros los demonios é infernos, porque los holleis como á esclavos; vuestra la vida, porque con ella ganeis la que nunca se acaba: vuestros los buenos placeres, porque á mí los referís; vuestras las penas, porque las sufrís por mi amor; vuestras las tentaciones, porque son mérito y causa de vuestra corona: vuestra es la muerte, porque os será el mas cercano paso para la vida.—  
*Ven. Juan de Ávila.*

RIQUEZA UNIVERSAL Y DIVINA.—*Ut ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege. Ut eos, qui sub lege erant, redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus* (Gal. IV. 4, 5.) Cuando vino la plenitud del tiempo, dice el Apóstol San Pablo, enviónos Dios á su Hijo. Todos los demás tiempos fueron como vacíos de gracia, este tiempo es lleno de ella, y de dones espirituales; y por eso, con mucha razon se llama Ley de Gracia; porque en él se nos dió esta

gracia, que es fuente, principio y manantial de todas las gracias. Envió Dios á su Unigénito Hijo hecho hombre para que nos librase del pecado, para que nos redimiese y rescatase del poder y servidumbre del demonio en que estábamos (Joan. XII. 31.) *Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras.* Para que nos reconciliase con Dios, para que nos hiciese hijos adoptivos suyos, para que nos abriese la puerta del cielo, que el pecado tenia cerrada. Después de aquella miserable caída de nuestros primeros padres, con la cual perdieron para sí y para nosotros el estado dichoso de la justicia original, en que Dios les habia criado, y quedaron sujetos, y en ellos todos sus descendientes, á infinitas miserias: *Deus fecit hominem rectum, et ipse se infinitis miscuit quæstionibus* (Eccles. VII. 30.), un consuelo les quedó entre tantos trabajos, y fué, que luego que pecó Adán, maldiciendo Dios á la serpiente, allí prometió de dar en cierto tiempo á su Unigénito Hijo, para que hecho hombre, y padeciendo por nosotros, nos librase de los males en que caimos por el pecado (Gen. III. 15.)

*Inimicitias ponam inter te, et mulierem, et semen tuum, et semen illius; ipsa conteret caput tuum.* Pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu simiente y la suya, y ella quebrantará tu cabeza. Esta promesa les consoló mucho, y con esto hicieron penitencia, y enseñaban á sus hijos el estado dichoso que habian tenido, y cómo le habian perdido por el pecado; pero que habia de venir un Redentor, en cuya virtud se salvarian. Esta promesa la confirmó Dios despues muchas veces, especialmente á algunos que le agradaron mas particularmente como á Abrahan, Jacob y David, prometiéndoles que de su linage naceria; y toda la religion de los judíos profesaba eso, y los Profetas decian maravillas de esta venida, estábanle aguardando con clamores, gemidos y oraciones: (Isaí. XVI. 1.; LXIV. 1. LXV. 8.) *Emitte Agnum Domine dominatorem terræ. Utinam dirumperes cælos, et descenderes. Rorate cæli desuper, et nubes pluant justum; aperiatur terra, et germinet Salvatorem.* Acabad ya, cielos, de enviarnos ese divino rocío: acabad, nubes, de echar acá al que

es por sí enteramente justo. Acaba ya, tierra, de abrirte y darnos al Salvador. Y la Esposa en los Cantares deseaba y decia (Cant. VIII. 1.) *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* Ó si te viese acá fuera hecho ya hermano mio, en los pechos de la madre, para que allí te pudiese besar y abrazarme contigo, y ya nadie me menosprecie, pues que tengo á Dios por hermano. Esta era toda la esperanza de las gentes *Et ipse erit expectatio gentium.* (Gen. XLIX. 10.) Estaban esperando como cautivos el rescate, y esta esperanza los sustentaba; y en virtud del que habia de venir se les perdonaban los pecados; como nosotros creemos que vino, así ellos creían que habia de venir; y así le llamaban el que ha de venir; y eso es lo que preguntaron á San Juan Bautista (Matth. XI. 3.) *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?

Pues cuando vino el cumplimiento del tiempo, cuando llegó la hora en que Dios habia de-

terminado de hacer esta misericordia tan grande al mundo, enviéonos á su Unigénito Hijo. No quiso Dios enviarle luego, porque conociesen mas los hombres su miseria y desearan su remedio, y le estimasen mas cuando se les diese. Muchas veces no nos quiere Dios remediar ni dar el consuelo luego, para que echemos de ver nuestra poquedad y la necesidad que tenemos de acudir á Dios, y no nos atribuyamos nada á nosotros. Pues cuando determinó Dios de remediarnos, y llegó aquel tiempo dichoso y tan deseado, porque aquella caída y daño ninguno la podia reparar digna y debidamente sino el mismo Dios, no bastaban las fuerzas del hombre para levantarse, ni bastaban fuerzas de ángeles para levantarle: eran menester fuerzas divinas; y porque la redencion se habia de obrar con satisfaccion de la culpa, y esta satisfaccion habia de ser penosa, y Dios en su sustancia y naturaleza no podia padecer, halló la infinita sabiduría este medio é invencion maravillosa de hacerse el Hijo de Dios hombre; y unidas ambas naturalezas divina y

humana en una misma Persona, ella obrase este importantísimo negocio de la redencion de los hombres; invencion llena de sabiduria y bondad, manifestadora de la grandeza y poder infinito de Dios mas que ninguna de todas las obras que ha hecho en el mundo. Y así pide el Profeta á Dios (Ps. LXXIX. 3.) *Excita potentiam tuam, et veni, ut salvos facias nos.* Despertad, Señor, vuestro poder, manifestad vuestra omnipotencia y venid á salvarnos. Pídele que muestre su potencia en esta venida; porque era la obra de mayor fuerza que Dios podia hacer en el mundo. Así lo dice San Agustin (Lib. 10 de Civitat. cap. 29.) Grande obra fué criar este mundo; criar tan perfectas criaturas, señal fué de su poder, y así lo canta la Iglesia: *Credo in unum Deum Patrem Omnipotentem, creatorem cæli, et terræ;* pero comparada la creacion del mundo con esta obra, es como cifra. Y así David llama á la creacion, obra de los dedos de Dios (Ps. VIII. 4.) *Quoniam videbo cælos tuos, opera digitorum tuorum; lunam et stellas, quæ tu fundasti.* Pero cuando se habla de la reden-

cion del linaje humano, llámase obra de su brazo (Luc. I. 51.) *Fecit potentiam in brachio suo*. Hizo fuerza en su brazo; la diferencia que hay del brazo al dedo, esa hay de la una obra á la otra; no solamente fué esta obra manifestadora del poder y grandeza de Dios, sino tambien de la grandeza del hombre y del caudal que Dios hace de él, mucho mas que lo fué la de la creacion. Y así dice la Iglesia: *Deus qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti, et mirabilius reformasti*. Mucho dió Dios al hombre cuando le crió; pero mucho mas le dió cuando le redimió. Dice San Leon Papa: (Serm. 9. de Tempor.) Á altísimo sér levantó Dios al hombre, haciéndole á su imágen y semejanza; pero mucho mas le levantó y ennobleció, haciéndose Dios, no solo á imágen y semejanza del hombre, sino verdadero hombre.

Son tantos y tan grandes los bienes que se nos han seguido de haberse hecho Dios hombre, para redimarnos, que á trueque dé ellos habemos de tener por buena para el mundo la culpa de Adan: como la Iglesia en el Sábado

Santo, con un exceso de amor, arrebatada en espíritu, enterneciéndose y regalándose con su Esposo Cristo, canta: *Ó felix culpa, quæ talem ac tantum meruit habere Redemptorem! O certè necessarium Adæ peccatum, quod Cristi morte deletum est!* ¡Ó dichoso mal, por el cual tan grande bien vino á los hombres! ¡Ó dichosa enfermedad, que con tal medicina sanó! Mas se nos dá por Cristo, que se nos quitó por Adan. Mayor es la ganancia de la redencion que fué la pérdida de la culpa: (Rom. V. 15.) *Non sicut delictum, ita et donum*; dice el Apóstol San Pablo, ponderando que mas fué la gracia que Cristo nuestro Redentor comunicó al mundo, que el daño que en él causó la culpa de Adan. Y San Bernardo, trayendo este testimonio de San Pablo, dice: (Bern. ser. 7 de B. M.) *Vehementèr quidem nobis, dilectissimi, vir unus, et mulier una nocuere, sed gratias Deo per unum nihilominus virum, et mulierem unam omnia restaurantur, nec sine magno fœnore gratiarum, neque enim sicut delictum, ita, et donum, sed excedit damni æstimationem beneficii magnitudo.* Mucho daño

nos hicieron un hombre y una mujer; pero infinitas gracias sean dadas á Dios, que por medio de otro hombre y de otra mujer, que son Cristo y la Virgen, se restauró todo ese daño, y con grande ventaja excede en infinito la grandeza del beneficio y don que nos dió, al daño que habíamos recibido.

No se pueden contar ni decir los bienes y tesoros grandes que tenemos en Cristo. El Apóstol San Pablo dice: (Ephes. III, 8) que le habia el Señor dado esta gracia de predicar y declarar á las gentes estas riquezas y tesoros inestimables: *Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia hæc, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi.* Esta gracia habíamos menester nosotros ahora. Dijo el mismo Cristo á la Samaritana (Joan. IV, 10.) *Si scires donum Dei, et quis est, qui dicit tibi; da mihi bibere.* ¡Ó mujer! Si supieses el don de Dios, la merced que ha hecho al mundo, aquella dádiva tan señalada que tenia prometida de dar á su Hijo, ya la dió. Este es don merecedor de este vocablo don; porque en él se encierran todos los dones divinos: (Rom. VIII,

52.) *Omnia nobis cum illo donavit.* ¡Oh si conociésemos y entendiésemos este don y los bienes grandes que tenemos en él! ¡Oh si el Señor nos abriese esta vena, y nos descubriese esta mina, y este tesoro tan excelente, qué ricos quedaríamos, y qué dichosos seríamos! Á San Agustín le habia hecho Dios esta merced, y así decia él: Señor, quien no te sirve por el beneficio de la creacion, bien merece el infierno; mas el que no te sirve por el de la redencion, menester es nuevo infierno para él. Y del P. Maestro Ávila se dice que andaba tan actuado en esto, que cuando alguno se maravillaba de alguna merced que el Señor le habia hecho, decia: No os maravilleis de eso, sino maravillaos y espantaos de que os amó Dios tanto, que se hizo hombre por vos: (Joan. III, 16.) *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* No supo el Evangelista San Juan decir ni explicar el grado de la alteza del amor que Dios nos tuvo, sino midiendo el amor conforme al don; por la soberanía del don que nos dió, por ahí vereis el amor que nos tuvo; euan grande fué el

don, tan grande fué el amor. Pues amó Dios tanto al mundo, que nos dió á su Unigénito Hijo, que se hiciese hombre para que muriendo él viviésemos nosotros. *O mira circa nos tuæ pietatis dignatio!* Canta la Iglesia: *O inestimabilis dilectio charitatis! Ut servum redimeres, filium tradidisti.* ¡Ó maravilloso amor! ¡Ó caridad inestimable, que entregásteis, Señor, á vuestro Hijo para redimir al esclavo! ¿Quién pudiera imaginar tal cosa? ¿Qué hombre se atreviera, estando cautivo en Berbería, á pedir á su rey: Señor, enviad á vuestro unigénito Hijo, que venga á morir entre estos infieles para rescatarme á mí? Pues lo que vos no pudiérais pensar, ni imaginar, ni pudiera caer en vuestro entendimiento, eso hace Dios por vos.

Y mas: no solamente nos sacó del cautiverio en que estábamos, sino levantónos á la dignidad de hijos de Dios, tomó nuestra naturaleza para hacernos participantes de la suya: hizose Dios hombre, para hacernos á nosotros hijos de Dios: (I. Joan. III, 4.) *Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nomi-*

*nemur, et simus.* Dice San Juan: Mirad la caridad y bondad del Señor, y la merced tan grande que nos hizo, que no solamente nos llamamos hijos de Dios, sino que verdaderamente lo somos, y con verdad llamamos á Dios padre, y á Jesucristo su Hijo hermano; y así no se desdeña él, dice San Pablo, de tenernos por hermanos y llamarnos así: (Heb. II, 11 et 12.) *Propter quam causam non confunditur fratres eos vocare, dicens, nuntiabo nomen tuum fratribus meis.* Antes parece que se precia de ello, y así muchas veces usa de ese término y nos llama hermanos á boca llena. Pues quien tiene á Dios por padre, y por hermano á Jesucristo, en cuyas manos está todo el poder del cielo, y de la tierra (Matth. XXVIII, 18.) *Data est mihi omnis potestas in caelo, et in terra,* ¿qué mas tiene que desear? Cuando los hermanos de José vieron á su hermano entronizado en Egipto, y que mandaba toda la tierra, y que Faraon todas las cosas despachaba por su medio (Gen. XLI, 55, L, 21; XLV, 18.) despues que José les quitó el miedo, por la ofensa que le habian hecho, y

les ofreció todo lo necesario: ¡qué alegres, qué contentos, qué confiados estarían! Á todos los llevó allá consigo; dióles carros en que llevasen su hacienda: *Venite ad me; et ego dabo vobis omnia bona Ægypti*. Veníos conmigo, y os daré todo lo bueno que hay acá. Pues eso hace con nosotros Cristo nuestro Redentor, que es hermano nuestro y nos ama mas que José á sus hermanos; á todos nos quiere llevar consigo: *Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum*. Dice él por San Juan: Padre, los que me diste quiero que donde yo estoy estén ellos conmigo.

Y si se os pusieren delante las ofensas y pecados que contra él habeis cometido, para haceros desconfiar y desmayar, ya por la penitencia los tiene olvidados. Y no solo eso, sino él mismo es nuestro medianero é intercesor con su Padre Eterno, para alcanzarnos misericordia y perdon; y así nos esfuerza con esto el Apóstol y Evangelista San Juan: *Filioli, hæc scribo vobis, ut non peccetis; sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum*. Hijos

mios, no pequeis; pero si alguno pecare, no desconfie, porque tenemos por abogado delante del Padre á Jesucristo su Hijo. Y San Pablo dice, que subió Cristo al cielo para hacer oficio de abogado y procurador nuestro en la audiencia del Padre (Heb. IX, 24.) *Ut appareat nunc vultui Dei pro nobis.* Dice San Bernardo que está allá en el cielo mostrando y representando al Padre Eterno sus llagas, diciéndole que por nosotros las recibió, y por su mandado, que no permita se pierda quien tan caro le costó. Así como la Sacratísima Reina de los Ángeles muestra á su Hijo benditísimo los pechos que le criaron, intercediendo por nosotros; así el Hijo muestra al Padre Eterno las heridas y llagas que por nosotros recibió: y esa, dicen los Santos, que es una de las causas porque quiso él que le quedasen las señales y agujeros de ellas, despues de su resurreccion.

Cuando murió Jacob, dice la Sagrada Escritura (Gen. L, 17) que fueron sus hijos á su hermano José, temerosos no quisiese vengar entonces las injurias que en vida del padre no

habia vengado. Y dijéronle: nuestro padre á la hora de su muerte no deseó para sus hijos otro mayor bien, sino que su hermano les perdone y se olvide de las injurias pasadas, y nosotros tambien os suplicamos que perdoneis á vuestro padre esta maldad: *Nos quoque oramus, ut servo Dei patri tuo dimittas iniquitatem hanc.* Es mucho de notar, que las injurias no las habia hecho el padre, mas el amor paternal los yerros de sus hijos hace suyos. Así Cristo nuestro Redentor, por el grande amor que nos tuvo, los yerros y pecados nuestros hizo suyos; porque se cargó de ellos y salió por fiador nuestro: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum: Et iniquitates eorum ipse portavit,* dice Isaías. Pues vamos nosotros con esta misma embajada y petición al Padre Eterno y digámosle: Padre Eterno, perdonad estos mis pecados á vuestro Hijo Jesucristo, que no dejó él cosa mas encomendada á la hora de su muerte. *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.* ¿Pues quién con esto desconfiará de ser perdonado? *Habemus sanguinis aspersionem me-*

*lius loquentem, quam Abel*, dice San Pablo: tenemos la sangre de Cristo, que está clamando y dando voces por nosotros, mejor que la de Abel; porque aquella clamaba pidiendo venganza; pero la sangre de Cristo está clamando misericordia para aquellos por quien se derramó, y por aquellos mismos que la derramaron. Pues cuando el demonio os pusiere delante la muchedumbre de vuestros pecados y miserias, para haceros desmayar y desconfiar, poned vos los ojos en Jesucristo, imaginad que él os toma luego por la mano, y os lleva delante de su Padre, y que responde y habla por vos como abogado y procurador vuestro y que cubre vuestra confusion y vergüenza con los méritos y servicios que á su Padre hizo, y con esto cobrareis luego otro nuevo corazon, y vuestra desconfianza se mudará en esperanza, y vuestra tristeza en alegría, porque él es nuestra justicia, santificacion y redencion, como dice el Apóstol: *Qui factus est nobis justitia, et sanctificatio, et redemptio.* (I. Cor. I, 30.)

San Ambrosio dice: (Lib. 5. de Virginit.)

*Omnia igitur habemus in Christo, et omnia Christus est nobis. Si vulnus curare desideras, medicus est; si febris æstuas, fons est; si gravaris iniquitate, justitia est; si auxilio indiges, virtus est; si mortem times, vita est; si cælum desideras, via est; si tenebras fugis, lux est; si cibum quæris, alimentum est.* Todas las cosas tenemos en Cristo y todas ellas nos es Cristo. Si deseais ser curado de vuestras llagas, médico es; si ardeis con calentura, fuente es; si os fatiga la carga de los pecados, justicia es; si teneis necesidad de ser ayudado, fortaleza es; si temeis la muerte, vida es; si deseais ir al cielo, camino es; si quereis huir las tinieblas, luz es; si teneis necesidad de manjar, mantenimiento es. Todo lo que deseáreis y hubiéreis menester, hallareis en él. Y en otra parte dice: (Ambr. lib. 6. exam. cap. 4.) *Si in te insurrexerit lupus, petram cape, et fugit, petra tua Christus est; si ad Christum confugias, fugit lupus, nec terrere te poterit. Hanc petram quæsivit Petrus, cum titubaret in fluctibus, et invenit quod quæsivit, quia dexteram amplexus est Christi.* Si se levantare con-

tra vos el lobo, tomad la piedra, que es Cristo; si acudís á él, huirá el lobo y no os podrá ni aun espantar, cuanto mas hacer mal. Á esta piedra acudió San Pedro cuando en medio de las olas comenzó á temer y luego halló lo que buscaba; porque le tomó Cristo de la mano y le libró del peligro.

San Gerónimo sobre aquello de San Pablo: *De cætero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia virtutis ejus induite vos armaturam Dei; ut possitis stare adversus insidias diaboli.* Hermanos míos, de aquí adelante confortaos en el Señor y en el poder de su virtud, y vestíos de armas de Dios, para que podais resistir á las asechanzas y tentaciones del demonio. Dice, que de lo que luego se sigue, y de todo lo que en la sagrada Escritura hallamos de Cristo nuestro Redentor se colige claramente, que todas las armas de Dios, de que nos manda vestir aquí el Apóstol, son Cristo nuestro Redentor; de manera, que es lo mismo que decir: Vestíos de todas las armas de Dios, como si dijera, vestíos de Jesucristo. Y va probando como Cristo

es nuestra loriga, nuestra celada, nuestro arnés, nuestro escudo y nuestra espada de dos filos: *Utráque parte acutus*, y todo lo demás. Y así las armas que nos habemos de vestir, y con que nos habemos de armar, para resistir á todas las tentaciones del demonio, y para defendernos de todos sus engaños y asechanzas y salir con victoria, son la virtud de Cristo; de manera, que todas las cosas nos es Cristo, y todas las tenemos en él. Y para que mejor entendamos esto, la Escritura divina le atribuye innumerables nombres y títulos, llamándole rey, maestro, pastor, sacerdote, médico, amigo, padre, hermano, esposo, luz, vida, fuente y otros semejantes. Así como el Apóstol dice, que en él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia del Padre (Colos. II. 3.) *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi*, así también en él están encerrados todos nuestros tesoros y riquezas; porque en él está librado todo nuestro bien y remedio; y todas nuestras obras, si tienen algún merecimiento, es por él; teñidas en su sangre son de valor. Como le fué dicho á

San Juan en el Apocalipsi (VII. 14.) de aquella tan grande multitud que vió estar ante el trono de Dios que no se podia contar, vestidos con vestiduras blancas y resplandecientes, y con palmas en sus manos; esos son los que lavaron sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero. Todos nuestros bienes son unos como pedazos y sobras de las riquezas de Cristo. Todos los bienes y dones que nos vienen, nos vienen por medio de él y por sus merecimientos. Por él somos libres de las tentaciones y de los peligros; por él alcanzamos todas las virtudes. Finalmente todo lo tenemos en Cristo, y todo lo habemos de alcanzar por Cristo, y todo lo habemos de atribuir á Cristo. Y así la Iglesia remata y concluye todas las oraciones y peticiones, diciendo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum.* Conforme á aquello del Profeta: (Ps. LXXXIII. 10.) *Protector noster aspice Deus, et respice in faciem Christi tui.* Señor, concedednos esto por Jesucristo vuestro Hijo. Perdonad nuestros pecados por el amor que le teneis, pues murió por ellos en la cruz. Poned

los ojos en aquellas llagas que por nosotros padeció, y tened de nosotros misericordia. Si los servicios de Abraham, Jacob y David bastaban en el acatamiento de Dios para aplacarle y tenerle la mano, que no castigase á su pueblo, y no solo para eso, sino para que por respeto de ellos les hiciese muchos favores y mercedes; como vemos que el Señor lo decia á cada paso; cuánto mas hará el Padre Eterno por Jesucristo su Hijo, en el cual tanto se agradó. *In quo mihi bene complacui.* Y así dice el Apóstol San Pablo (Ephes. I. 6.) *Gratificavit nos in dilecto filio suo.* Y el mismo Cristo dice, y nos asegura, que cualquiera cosa que pidiéremos al Padre en su nombre se hará, para que el Padre sea glorificado en el Hijo: (Joan. XIV. 13.) *Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio.*

Ó con cuanta razon dijo el ángel á los pastores el dia que nació este Señor, y en ellos á nosotros: (Luc. II. 10 et 11.) *Ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo; quia natus est vobis hodie Salva-*

*tor, qui est Christus Dominus:* Traígoos una nueva de grande gozo y alegría para todo el pueblo, que ha nacido hoy el Salvador para vosotros, que es Cristo nuestro Señor. Y no es gozo este, sino muchos gozos y muchos bienes. Pregunta Orígenes: ¿por qué diciendo Isaías en singular *Anuntiantis bonum*, refiriendo San Pablo este lugar, dice en plural *Evangelizantium bona*? Y responde: Porque Jesucristo no es solo un bien, sino todos los bienes. Él es nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurreccion, luz del mundo, verdad, camino, puerta del cielo, sabiduría, poder y tesoro de todos los bienes; para nosotros nació, y murió para que nosotros vivamos: para nosotros resucitó, para que nosotros resucitemos: para nosotros subió á los cielos (Joan. XIV. 2.; XVI. 7.) *Vado parare vobis locum.* Dijo él: *Et expedit vobis, ut ego eadam.* Voy á prepararos el lugar y conviéneos á vosotros que vaya. De allí nos envió el Espíritu Santo (Ephes. IV. 8.) *Dedit dona hominibus.* Y allí donde está sentado á la diestra del Padre nos está haciendo continuos

favores y mercedes. Dice San Cipriano, que para eso tambien le quedaron abiertos los agujeros de las llagas, para mostrar, que los caños quedaron como fuentes, manando tesoros y gracias, y siempre están manando con grandísima liberalidad y no se pueden agotar. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo (Ad Heb. IV. 14. et 16.): *Habentes ergo Pontificem magnum, qui penetravit caelos, Jesum filium Dei.* Teniendo un Pontífice y un medianero é intercesor tan grande como á Jesucristo Hijo de Dios, que penetró los cielos, y está sentado á la diestra del Padre y es igual con él: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratiae ejus, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* Acudamos al trono de su gracia con grande confianza, y alcanzaremos misericordia y favor en todas nuestras necesidades.

De San Bernardo se lee en su historia, que en una enfermedad grave que tuvo se arrobó; y estando como en éxtasis, le pareció que le llevaban delante del tribunal de Dios, y que

el demonio le acusaba allí y le hacia sus cargos diciendo, que no era merecedor de la gloria. Respondió el Santo: Yo confieso que no soy digno de la gloria eterna: mas á mi Señor Jesucristo se le debe, y posee el cielo por dos títulos; lo uno, por ser Unigénito del Eterno Padre, y heredero del reino celestial; y el otro, por haberle comprado con su sangre, obedeciendo á su Padre hasta la muerte: él se contenta con el primero de estos dos títulos, y ese solo le basta; y del segundo me hace á mí donacion, y en virtud de ella tengo yo derecho al cielo; y así en eso tengo confianza.» Con esto quedó el perverso acusador confuso, y aquella forma de juicio y tribunal desapareció, y el Santo volvió en sí. Pues en eso habemos de confiar nosotros, y esa ha de ser toda nuestra esperanza. Jacob, vestido de las vestiduras de su hermano mayor, alcanzó la bendicion de su padre: vistámonos nosotros de Jesucristo, nuestro hermano mayor; cubrámonos con las pieles de este cordero sin mancilla; valgámonos de sus méritos y pasion, y de esta manera alcanzaremos la ben-

dicion del Padre Eterno.—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*—Ven. P. Alonso Rodriguez.

ROMA CRISTIANA. — Luego que el dia del Evangelio se extendió sobre el mundo, y comenzaron á nacer en el seno de la Iglesia muchos reyes independientes entre sí mismos, se deja notar que comenzó Roma á quedarse para silla y trono del Jefe de la Religion sacrosanta.

La reverencia de los emperadores cristianos miró desde el cuarto siglo como sagrada á aquella ciudad, y por una larga y perpétua costumbre (título mas firme que los escritos en membranas y cartas) ha poseido y obtenido aquel lugar el Vicario de Jesucristo.

Así viene el centro de la unidad eclesiástica á estar en un orbe excéntrico, de cada uno de los otros orbes políticos que dividen al mundo, y son independientes entre sí mismos; siendo la Iglesia, así como el sol, el centro comun de todos. Los príncipes y reinos son iguales en este sistema espiritual, y ninguno tiene que envidiar en el otro alguna diferen-

cia ó preeminencia. Así está la religion católica puesta á cubierto de los necesarios cismas que la romperian y destruirian, si los príncipes seculares intentáran atraer á sí respectivamente esta dignidad suprema. Por no sujetarse una nacion á la otra, dejarian quizá de ser todas verdaderamente cristianas ó católicas.—*La falsa filosofía.*—Fr. Fernando de Cevallos.

RUINA FINAL.—Vuelve, vuelve, ó alma mia, los ojos al miserable mundo, no solo afligido con hambres, pestes, guerras, inundaciones y temblores; porque todo esto no es más que principio de mayores males. *Hæc autem omnia initia sunt dolorum.* Vuelve, mírale abrasado con espantosos torbellinos de fuego, reducido con todos los vivientes, así hombres como brutos, á un monton denegrado de cenizas. Haz cuenta que tú solo has quedado en el mundo, y mirándole en tan lamentable estado, le dirás: ¡Oh mundo infeliz! ¿Eres tú aquel en quien idolatraban los engañados hijos de Adan? ¿Eres tú por quien se levantaron tantos ejércitos, se perdieron tantas vidas, se origi-

naron tantos pleitos y disensiones? El mismo eres, pero ¡cuán diferente de tí mismo! Dime, ¿qué se hicieron los reyes y monarcas que dominaron con tantos afanes y peligros? ¿Qué se hicieron los poderosos y ricos que te poseyeron? ¿Qué se hizo de tanto oro y plata y piedras preciosas como atesoró la codicia? ¿Qué se hizo de tus palacios, de tus torres, de tus florestas y jardines? ¿Qué se hizo de todas tus delicias y bienes engañosos, que se buscaban con tanta ánsia como si fueran inmortales? ¡Oh cómo se desvaneció como humo, y se deshizo en polvo, en ceniza, en nada! Pues si el otro rey lloraba considerando á su numeroso ejercito hecho cenizas, dentro de algunos años ¿quién no lamentará la desgracia, no de un ejército de hombres, sino de todos los hombres y de todo el universo, que al fin ha de padecer tan miserable castigo? Pero ¡ay de mí, que solo debo lamentarme de mí mismo y llorar mi ceguedad! Si yo tuviera en mi mano todo el mundo con sus riquezas y gloria, debía despreciarle y ponerle debajo de mis piés, viendo su paradero lastimoso; ¿pues qué

es esto que no teniendo yo apenas un punto de él no tengo valor y aliento para despreciarle, antes le he amado y cometido por él muchos pecados contra mi Dios? ¿Qué es una gota de agua comparada con todo un océano? ¿Qué es un átomo comparado con todo el globo de la tierra? ¿Qué es la conveniencia, la riqueza y el honor que yo tengo y puedo tener en esta vida, si se compara con la magnificencia, con las delicias, con las riquezas y poder de todos los reyes y poderosos del mundo? Pues si el mundo con todas sus cosas merece ser despreciado, ¿cómo se pega tanto mi corazón á lo que apenas es nada á vista de todo el mundo? ¿Cómo lo busco con tantas ansias? ¿Cómo lo pretendo con tantas diligencias? ¿Cómo lo miro por digno empleo de todos los cuidados de mi vida, aunque sea menester poner á riesgo por conseguirlo mi felicidad eterna? ¡Oh ceguedad! ¡Oh locura! Busca, ó alma mia, en ese monton de cenizas aquella hacienda que tantos afanes te costó; aquella casa que te dejaron tus antepasados; aquella que tú fabricaste para los veni-

deros; aquel lugar de tus gustos; aquel objeto de tus deseos: mira si puedes distinguir alguna cosa en tanta confusion y estrago de todas las cosas. ¡Oh cómo todas se barajaron y consumieron en la comun ruina! Toma en tu mano parte de estas cenizas tristes; acaso fueron en otro tiempo una corona, ¿qué se hizo su resplandor? Acaso fueron una hermosura, ¿qué se hizo su gentileza, sus afeites, sus galas? ¡Oh cómo todo es vanidad! ¡Oh cómo todo es horror! ¿Y es posible que por cosas tan caducas han querido los hombres necios perder el Sumo Bien? ¿Y que yo he sido uno de ellos, atropellando los preceptos divinos, á trueque de gustos vilísimos y perecederos? Muy ciego anduve. Dios mio, dadme luz para que perseveré en el conocimiento de esta ceguedad, y para que no me aparte de tí, incommutable y eterno bien.—*Ejercicios de San Ignacio.*—*P. Francisco de Salazar.*



**S**ABIDURÍA DE DIOS.—La infinita sabiduría de Dios es eterna é inmutable, profundísima y evidentísima, y está toda junta, porque con una sencilla vista alcanza de una eternidad á otra, y vé todo cuanto es posible verse y conocerse. Y así desde que Dios es Dios, sabe cuanto sabe, sin que de nuevo pueda saber cosa alguna, porque para él ninguna puede ser nueva; y todas las cosas pasadas, presentes y por venir, y las que en alguna manera son posibles, las conoce distintamente y con suma evidencia, sin mezcla de dudas, ni opiniones ó perplejidades; de modo que en Dios ni puede haber ignorancia, ni error, ni duda, ni engaño en cosa alguna de cuantas se pueden saber. Y así dice el Eclesiástico (XXIII, 28:) Los ojos del Señor son mas resplandecientes que el sol, ven los caminos de los

hombres, el profundo abismo, los secretos de los corazones, y todas las cosas antes que tengan sér; y despues que han pasado, ninguna cosa le está escondida (Eccli. XXXIX, 25,) y *á sæculo usque ad sæculum respicit*, mira todo lo que hay de un siglo á otro y de una eternidad á otra.

■ Esta verdad para nuestro provecho se ha de particularizar, discurriendo por las cosas pasadas, presentes y por venir, y por las que pueden ser.

■ Lo primero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que han pasado desde el principio del mundo, hasta este instante en que estamos, y las tiene tan presentes como si no hubieran pasado; y así no es posible que Dios se olvide de lo que una vez sabe, ni de las obras buenas y malas que ha visto, ni de ninguno de los hombres bueno ni malo, aunque diferentemente tiene memoria de unos y de otros; porque de los malos se acuerda para castigarlos por sus malas obras, de las cuales nunca se olvida; y de los buenos para premiarlos por las buenas, de las cuales

siempre tiene memoria; aunque se dice olvidarse de los malos, porque no hace caso de ellos para hacerles bien, en castigo de sus maldades. Aplicando esto á mí mismo, he de creer que se acuerda Dios de mí, y de mis cosas, tan distintamente como si yo solo estuviera en el mundo, y siempre me tiene presente en su memoria y sabiduría eterna, sin jamás borrarne de ella, imaginando que me dice lo que dijo á la ciudad de Sión (Isai. XLIX, 15:) ¿Por ventura puédese olvidar la madre del hijo que salió de sus entrañas, sin tener de él misericordia? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de tí, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están delante de mis ojos. Ó alma mia, no te olvides de Dios; pues Dios no se olvida de tí; escríbele en tus manos; pues él te tiene escrita en las suyas; pon delante de tus ojos las cosas de su servicio, pues él tiene delante de los suyos las cosas de tu provecho.

Lo segundo, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todo cuanto en este dia y en este instante se hace en todo el mundo,

sin que haya cosa que se le encubra, penetrando los secretos del corazón de cada hombre, por muy ocultos que sean; sus imaginaciones, pensamientos, deseos y propósitos buenos y malos, y todo aquello que no puede conocer otro hombre, ni ángel, sino el mismo espíritu que lo piensa, y aun muchas mas cosas que el hombre piensa é imagina, y no hace reflexion sobre ellas, las penetra Dios y comprende, y á él solo pertenece tal comprension, como lo dijo por el profeta Jeremías (XVII, 10.) y el Apóstol lo declaró mas diciendo, que la palabra de Dios (Heb. IV, 12,) que es su Hijo, es viva y eficaz, y penetra mas que cuchillo de dos filos, conoce los pensamientos é intenciones del corazón, y ninguna criatura es para él invisible, y todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos. Por tanto, ó alma mia, pues los ojos de Dios miran siempre lo que haces, los tuyos miren siempre las cosas justas, y tus párpados abiertos vayan siempre delante de tus pasos mirando primero dónde asientas el pié, porque lo está mirando Dios. Aparta de tu boca las

palabras del hombre viejo, porque Dios es Señor de las ciencias, y penetra y pesa los pensamientos del corazón.

Lo tercero, Dios nuestro Señor con su infinita sabiduría conoce todas las cosas que están por venir y han de suceder por toda la eternidad, aunque dependan de nuestro libre albedrío, y las tiene tan presentes, como si ya hubieran sucedido ó se hicieran ahora, y algunas veces las revela á sus amigos; y es imposible que deje de suceder lo que revela, porque lo está mirando del modo que ha de suceder, como si actualmente entonces sucediera; y esto es tan propio de la sabiduría de Dios, que ni hombre, ni ángel puede conocerlo. Por lo cual dijo Isaías (XLI, 25:) Decidnos las cosas que están por venir, y diremos que sois dioses: como quien dice: Señal propia es de la Divinidad conocer las cosas que están por venir, y dependen de la libertad del hombre.

Pero mas adelante pasa, porque no solamente conoce todas las cosas que harán hombres y ángeles, sino todas las que pueden hacer, usando de su libertad y de las ayudas

que él les quisiere dar con su gracia; y con esta infinita sabiduría, profundísima y ocultísima, traza y ordena, ó permite las cosas que suceden, dejando esotras. En lo cual con humildad tengo de venerar sus secretos juicios, diciendo con el Apóstol (Rom. XI, 33:)  
¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos! Maravillosa (Ps. CXXXVIII, 6) es, Señor, tu ciencia, mucho se ha levantado sobre mí, ni es posible subir á ella; yo la venero con humildad, y te suplico que con ella traces mi vida, de modo que alcance tu eterna gloria.—  
*Meditaciones espirituales.*—*Ven. P. Luis de la Puente.*

SÁBIOS DEL MUNDO.—Jumentos en presencia de Dios.—*El Incógnito.*

SACERDOCIO CRISTIANO.—La noche de la institucion de la adorable Eucaristia, fué tambien la de la institucion del sacerdocio cristiano. ¡Establecimiento admirable, que causaria envidia á los mismos ángeles, si de envidia fueran capaces aquellas bienaventuradas inteli-

gencias! Ser los amigos, los confidentes de Dios; tener en cierto modo al mismo Dios sujeto á su voluntad; pues basta que el sacerdote pronuncie algunas palabras, para que el Altísimo baje á sus manos, desde la silla de su gloria hasta el ara del altar; estar encargado de distribuir la justicia y la misericordia divina á los hombres, con ámplios poderes para abrirles ó cerrarles las puertas del cielo, ¿no son estas las mas grandes, las mas augustas, las mas importantes funciones, que se pueden imaginar sobre la tierra?

Esto en cuanto á la dignidad del sacerdocio, considerada con relacion al mismo que está revestido de tan sublime carácter. Acerca de su utilidad, con respecto al comun de los hombres; ¡cuánto no tendríamos que decir si pudiéramos detenernos en tan importante materia! Tener con nosotros un vicegerente de Dios, para ponernos en su gracia, desde el momento en que entramos á este mundo; no carecer de ese precioso recurso para reconciliarnos con Dios, en el curso de nuestra vida, si por haberle ofendido nos hemos hecho me-

recedores de su indignacion, y hasta en el fin de nuestra carrera hallar ese agente de la clemencia divina, que con la antorcha de la fé nos acompaña al bajar á las regiones sombrías de la muerte, y por decirlo así, no nos deja hasta habernos hecho abordar con seguridad á las playas de la eternidad; ¿no es todo esto bello, tierno y capaz, si nuestras entrañas no son mas duras que las piedras, de penetrarlas con la gratitud mas viva hácia un Dios, que nos ha dispensado tan señalados beneficios en la institucion del sacerdocio cristiano?

Ni importa que, como por desgracia sucede, algunos de los que están elevados á tan alta y provechosa dignidad, la deshonren con sus malas costumbres, ó la esterilicen hasta cierto punto por su falta de celo. Esto lo que prueba es, que los hombres somos tan miserables y el enemigo de las almas tan astuto, que frecuentemente se abusa hasta de las cosas mas santas; pero seria necesario carecer de sentido comun, para concluir que por el abuso de una cosa cualquiera, ella debe ser destruida, despreciada ó vilipendiada. Si valiera este

argumento, nada debería quedar en pié en el mundo, ni en el orden material, ni en el intelectual. Abúsase del fuego, del agua, de la tierra, del aire; ¿mas dirá alguno por esto que es de desear un cataclismo universal, que aniquile los elementos? Abúsase de la vista, del oído, de la lengua; y ¿pensará alguno que por eso conviene privar al hombre de sus órganos, y dejarle ciego, sordo y mudo? Se abusa de la lógica haciéndola servir al sofisma, pervirtiendo el entendimiento; se abusa de la poesía, empleándola en ensalzar el crimen ó en zaherir la virtud, ó arrastrando la imaginación por objetos torpes é inmundos; se abusa de las bellas artes con los mismos ú otros objetos infames; ¿pero sería razonable deducir de ahí, que cumple extinguir en nuestra alma la llama de la inteligencia, ó privarla de la imaginación, que le hermosea los objetos y le hace mas llevadera la vida?

¡Oh! no. Pues por lo mismo, tampoco es razonable que los desórdenes de algunos ministros de la Iglesia, nos sirvan de pretexto para acusar á esta buena madre, que es la

primera en gemir cubierta de luto por esos excesos, que de antemano y con tan severas penas tiene condenados. Antes bien, y á este punto era nuestro intento venir; antes bien debemos asociarnos á la Iglesia para deplorar, postrados delante del tabernáculo del Dios vivo, las ofensas que le hacen algunos de sus ministros. Si estuviéramos mas persuadidos de que de Dios procede todo don perfecto, y que es uno de los presentes mas preciosos de su mano la concesion de buenos sacerdotes á los pueblos, no cesariamos de pedirlos á Dios todos los dias, con mas ahinco y constancia que le pedimos los bienes de la tierra. Pero por un lamentable olvido, ó por un trastorno de ideas todavia mas lamentable, mientras que importunamos á Dios para que nos conceda la salud, la abundancia ó la paz material, casi ningun caso hacemos de pedirle buenos sacerdotes, no obstante que de tenerlos tales depende la salud de nuestras almas, la abundancia del alimento espiritual y la paz de nuestros corazones. *Pedid y recibireis*, dice el Señor. Pidámosle dignos ministros para la

Iglesia; y Él, que puede convertir á las piedras en hijos de Abraham, otorgará sin duda nuestra peticion. Dios no necesita de estrepitosas revoluciones para obrar ese prodigio. Cuando las súplicas fervorosas de una parroquia ó de una diócesis desolada por la falta de buenos Pastores, acompañadas de la reforma de las costumbres y de la penitencia, le hayan ablandado; su ojo divino, al cual nada se oculta, descubrirá en el palacio ó en la cabaña el alma privilegiada para el sacerdocio; su gracia le hablará al corazon; su mano le guiará al santuario, derribando todos los obstáculos que se le opongan; su luz iluminará su entendimiento, para que adquiriera la ciencia indispensable al que va á ser el doctor de los fieles; su caridad le abrasará el corazon, para que él con celo combata los errores y destruya los vicios, al paso que con ternura se compadezca de todos los desgraciados, y acoja á todos los pecadores arrepentidos. Todo esto se hará en silencio; y á la hora menos pensada, las almas piadosas que se hayan ejercitado con recta intencion y perseverancia

en la obra eminentemente caritativa de pedir á Dios dignos sacerdotes, los verán salir como del centro de la tierra, ó llegar como traídos en las alas de los vientos.—*El Mes Eucarístico*.—*José Antonio Ortiz Urruela*.

SACRAMENTO DEL ALTAR.—Suma y recapitulacion de las maravillas divinas.—*El Incógnito*.

SACRIFICIO.—Dicen los teólogos que el sacrificio es el acto esencial de la Religion, la expresion del culto supremo y la adoracion en sentido riguroso; porque sacrificio es una ofrenda que se hace á Dios de una cosa que se destruye en honor suyo para protestar su dominio supremo sobre todo lo criado. El mismo Dios que reveló la Religion, reveló igualmente los sacrificios que se le habian de ofrecer segun las tres épocas de la Religion natural, escrita y de gracia, en que por la misericordia de Dios nos hallamos. En la ley antigua natural y escrita se sacrificaban animales y habia muchos sacrificios, y todos ellos eran sombra y figura del sacrificio que Jesucristo hizo de sí mismo en la cruz, ofreciéndose víctima hasta la consumacion de los

siglos: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* (Matth. XXVIII, 20.); mandando á sus Apóstoles, discípulos y sucesores que fuesen continuando el mismo sacrificio: *Hoc facite in meam commemorationem.* Y este sacrificio es el que llamamos Misa, que al paso que es uno, contiene perfectísimamente todos los sacrificios de la ley antigua, como dice la Iglesia. Este es propiamente el sacrificio que ofrecen y deben ofrecer los cristianos por estos cuatro fines: 1.º en reconocimiento del supremo dominio que Dios tiene sobre todas las cosas; 2.º en satisfaccion de las faltas cometidas; 3.º en accion de gracias de los beneficios recibidos; 4.º para alcanzar las gracias y auxilio que necesitamos.—*Antonio Maria Claret.*

#### EL SACRIFICIO DE LA ESPOSA.

À el ara sacra del amor divino  
Un nuevo corazon de nueva esposa  
Vuela feliz: ¿qué lumbre deliciosa  
Rompe del cielo el muro diamantino?

Pura llama, descende:

Desciende, ó llama del amor triunfante.

¿No veis, no veis cuál prende

En la víctima el fuego devorante?

¿No veis, ya consumida,

Cuál renace en el gremio de la vida?

Se aceptó la oblacion, del alto cielo

Mira Jehová con divinal agrado

La esposa, que siguiendo al Hijo amado,

Toda fé, toda amor, se roba al suelo.

¡Oh, cuál brilla en su frente

La corona nupcial! ¡cuál en sus manos

El anillo luciente!

Lejos, lejos de aquí, viles profanos:

Dios, Dios..... de su presencia

Llena está la mansion de la inocencia.

¡Mansion de dulce paz, donde domina

Virtud sencilla en puros corazones,

Y despliega sus blancos pabellones,

Reina del bien, la caridad divina!

Aquí entre abrojos crece

La rosa virginal: lirio fecundo

De casto olor florece;

Y al ver manando en crímenes el mundo,

Gemidos sin consuelo  
La penitencia exhala al justo cielo.

Ó bien la esposa conmovida entiende  
La voz suave del Esposo santo,  
Y de gozo y loor el dulce canto  
De sus amantes lábios se desprende:  
Y en la mortal criatura  
Al ver su amor angélico emulado,  
De la celeste altura  
La escucha el serafin arrebatado;  
Y á su gemido tierno  
Une los himnos del hosanna eterno.

Entra ya, dulce esposa. El mundo impío  
Que ignora la virtud, gime al perderte;  
Y las falaces lágrimas, que vierte  
Opone astuto á tu invencible brio.

¿Adónde, clama, adónde  
La juvenil beldad, que me ilustraba,  
Eclipsada se esconde?

Y si ardor de virtudes la abrasaba,  
¿Por qué el puro modelo  
Robar pretende al corrompido suelo?

¡Aduladora voz! ¡clamor aleve,  
Con que el rey del orgullo delirante

Aterrar piensa el ánimo constante,  
Que á hollar su pompa y vanidad se atreve!  
¿Dí tú, jóven esposa,  
Si á esconder vas los dones celestiales  
Bajo olvidada losa;  
Y si inútil á ti y á los mortales,  
Estéril inocencia  
En brazos gozarás de la indolencia.

¡Ah! en el sagrado y solitario huerto  
Miro entre humildes flores erigido  
El tronco augusto, en que de amor herido  
El Dios de los amores pende yerto.  
Aquí la paz del mundo,  
Y la salud y vida de las tierras,  
Y el terror del profundo  
Entre tus brazos venturosos cierras;  
Y el raudal sacrosanto  
Colora en sangre tu virgineo manto.

¡Sangre de redencion! que vió vertida  
De Palestina el monte portentoso,  
Y que ora al sacrificio generoso  
De tu sér precio dá de eterna vida.  
Para el hombre culpable  
Logra del cielo la piedad propicia

Tu holocausto aceptable;  
Y entre el delito puesto y la justicia,  
Sobre la insana gente  
Que descargue sus iras no consiente.

Te ofreces, sí. Mas ¡ay! ¿qué niebla oscura,  
De horror, de pena y de aflicción cargada,  
En denegridas luces inundada,  
Amenaza feroz tu frente pura?  
Yo escucho del averno  
Las serpientes silvar; ya la tristeza  
Clava el puñal interno:  
El sol huyó: la oscuridad, que empieza,  
Y la imagen del crimen  
Tu desolado corazón oprimen.

El rostro de inocencia lastimado  
Vuelves buscando en tu dolor consuelo;  
Y ves la cruz, y en ella al Rey del cielo  
A la inmensa justicia abandonado.  
Bebió el vaso infinito,  
Dó rebosaron las divinas iras,  
Por ageno delito.  
Ó tú, que al nombre de su esposa aspiras,  
Por tu culpa y la agena  
Debes gemir: tu dignidad lo ordena.

¿Lloras? ¡llanto feliz! ¡tierno rocío  
Que de afliccion las flores fecundando,  
Produce de clemencia el fruto blando,  
Logrado en tu penar al mundo impío!  
¿Padeces? ¡ay! padece:  
Por tu tormento en la angustiada tierra  
La paz y el bien florece:  
Desparece, ó maldad: huye, impía guerra;  
Y al reino del espanto  
Victimas robe tu encendido llanto.

Que tal poder el soberano Esposo  
Dió de la esposa, que suspira, al ruego,  
Tiende al mundo los ojos. ¿Ves el fuego  
De la maldad quemarlo? ¿ves ansioso  
La cuchilla el hermano  
Sobre el hermano alzar? Al pié no miras  
Del pálido tirano  
Yacer el hombre? ¿el humo no respiras,  
Humo de sangre y muerte,  
Que la discordia enfurecida vierte?

Jehová, el justo Jehová desde la cumbre  
De su gloria eternal tambien lo mira.  
Vela su rostro el ceño de la ira;  
Y en vez de blanda y regalada lumbre

Furor y ardores lanza:  
Ya, ya en su mano súbito se enciende  
El fuego de venganza;  
Y ya rugiendo asolador descende  
Sobre el mundo enemigo  
El rápido ministro del castigo.

Mas ¡oh! si de terror y espanto llena  
Cubre los orbes nube denegrada,  
Y el rayo ardiente, que bramando anida,  
Ya en el culpado corazon resuena,  
Las manos virginales  
Y el rostro ardido en caridad levantas;  
En bien de los mortales  
Brotan tu corazon lágrimas santas:  
Y en el pecho doliente  
Nace el suspiro de piedad ferviente.

¡Salud, ó mundo! Por tu bien suspira,  
Y de amor é inocencia coronada,  
Ya contra tus maldades fulminada,  
Sobre sí llama la celeste ira.  
Del Dios, que tú has herido,  
¿No ves cómo á la cruz los brazos ciñe?  
¿No ves cómo el vestido  
En los torrentes de su sangre tiñe,

Y su ruego inocente  
De Jesús une al ruego omnipotente?

Venza al del crimen tu clamor ¡ó esposa!  
Venza, y al pié del tronco ensangrentado  
Gime, donde el Cordero no manchado  
Víctima eterna del amor reposa.  
Ruega, que acepto sube  
Tu ruego y sacrificio al santo cielo.  
Ya la funesta nube  
Despareció: respira ¡ó triste suelo!  
La vengadora espada  
Jehová depone de la diestra airada.

*Alberto Lista.*

SACRIFICIO DE LA SANTA MISA. — Después que el hombre pecó, la justicia divina le cerró las puertas del cielo. Los suspiros de la humanidad doliente y desgraciada no penetraban las nubes, y el humo de sus sacrificios se desvanecía en el espacio. No quedaba mas que una esperanza, la de que un dia se ofrecería á Dios sobre la tierra una Hostia tan agradable, que aplacando la indignacion divina, abriría las puertas del cielo: ¡O salutaris Hos-

tia! Por figurar esta Hostia divina, tenían algun valor los holocaustos de los patriarcas, y los sacrificios del pueblo judío. Sin la fé en la venida del Redentor, lejos de aplacar al cielo la sangre de los corderos, habria irritado mas la cólera del Señor. Estaba reservado á Jesucristo sacramentado franquearnos el acceso al trono de la misericordia divina: *Quæ cæli pandis ostium.*

Por eso no tenemos en toda la religion cosa mas excelente que la Santa Misa. Ella es el mas agradable incienso que desde la tierra se levanta al cielo; y que introduciéndose hasta lo mas elevado del empireo, aplaca á Dios y nos obtiene el abundante rocío de sus gracias. Por medio de esta Hostia augusta, tributamos al Altísimo el culto mas excelente: le damos gracias por todos los beneficios que nos ha dispensado con tanta liberalidad y ternura: apaciguamos su justa indignacion, excitada por nuestras culpas; y podemos pedirle que nos libre de los males que nos afligen, y nos conceda los bienes de que necesitamos, con la seguridad de que si no ponemos obstáculo de

nuestra parte, sin duda lo conseguiremos. ¡*O salutaris Hostia!*

Entre todos estos bienes el principal, aquel al cual todos ellos deben referirse y subordinarse, es la consecucion de la bienaventuranza en el cielo. Por eso Santo Tomás, no obstante que podia haber recorrido uno por uno los muchos favores que Dios nos dispensa en atencion á la Hostia inmaculada de nuestros altares, solo se refiere al final: *Quæ cæli pandis ostium*. En efecto, si la sagrada Eucaristia nos franquea la entrada en la gloria eterna; dicho se está que antes nos ha conseguido una multitud de gracias intermedias, desde la de la vocación á la fé hasta la de la perseverancia final, que forman como una cadena de oro para unir nuestras almas á Dios y atraerlas al cielo. Y no dudamos en atribuir nuestra vocacion á la fé, al mérito de la adorable Eucaristia; porque el Sacrificio de la Misa es el mismo que el del Calvario, y al sacrificio del Calvario debe el mundo, todos y cada uno de los hombres su conversion. Además, es indudable que la ofrenda diaria que al Padre

Eterno se ha hecho en la Iglesia católica del cuerpo y sangre de Jesucristo, desde los siglos primitivos del cristianismo hasta nuestros días, y que seguirá haciéndosele hasta el fin de los tiempos, ha sido como el foco de donde se ha esparcido y dilatado la luz de la fé y el incendio de la caridad, entre las varias naciones de la tierra. No lo dudeis, si cayeron en Roma los altares de los falsos dioses, á despecho de los emperadores que les prestáran todo el apoyo de su fuerza, fué porque los minó el fuego sagrado que ardia debajo de la gran ciudad, en las catacumbas donde los cristianos perseguidos se reunian para celebrar los divinos misterios. Si en Francia, casi en nuestros días, despues de una persecucion refinada en perfidia y ébria de sangre, se restableció el Catolicismo que hoy florece en aquella nacion; eso es debido no á la espada victoriosa ni á las sagaces combinaciones de Napoleon, sino á la fuerza oculta, pero indefectible, que para la conservacion y restauracion de la fé, tenia aquella víctima pacífica, que en los desvanes de las casas ó

en lo mas enmarañado de los montes, ofrecian algunos sacerdotes fieles delante de una congregacion de cristianos fervorosos. Si en nuestros dias la religion se ha propagado en el Tunking y en la Cochinchina, bajo la cuchilla de los verdugos, es porque los misioneros no han cesado de celebrar la Santa Misa, antes de que la noche haya acabado de disipar sus sombras, bajo el pajizo techo de una cabaña allá en los confines del desierto: ¡*Oh salutaris Hostia!* Lo que ha sucedido y sucede á favor de las naciones, gracias á la divina Eucaristía, se verifica tambien todos los dias en beneficio de los individuos. Sorpréndenos tal vez la repentina mudanza de una persona que de frívola, mundana y disoluta se vuelve circumspecta, retirada y virtuosa. Pues si nos fuera dado conocer el curso de las gracias con que Dios ha mudado esa alma, encontraríamos su principio en el sacrificio de la Misa. Alguna alma piadosa, tal vez la madre ó la esposa de aquel desgraciado, oyó ó hizo celebrar el sacrificio del altar por su conversion; y desde aquel

instante la inspiracion de la gracia , como el soplo de una blanda brisa que pasa sobre los campos agostados, empezó á refrescar aquella alma , abrasada por la voluptuosidad ó desecada por la avaricia, ó sino á la manera del aquilon que doblega y hace crugir con su pujante soplo los soberbios cedros del bosque, la misma gracia habrá derribado en aquella alma los torreones del orgullo. Si un pecador, envejecido en los desórdenes y encenagado en los vicios, dá de repente muestras de reconocer su mal estado , y hace algunos esfuerzos para salir de él; eso es debido tambien , no lo dudeis, á que el ángel del buen consejo ha removido las aguas de la gracia en beneficio de aquel infeliz paralítico, despues que la misericordia de Dios ha sido excitada en su favor por la oblacion del sacrificio propiciatorio é impetratorio de nuestros altares: *¡Oh salutaris Hostia!*

En fin, si nuestros ojos pudieran recorrer el espacio que interviene entre el purgatorio y el cielo, ¡cuántas místicas palomas veriamos á cada instante, que desatadas por la virtud del

divino sacrificio, de las cadenas temporales en que gemian presas lejos de su Dios, toman su vuelo hácia el empíreo, y encontrando abiertas, gracias á la misma Hostia saludable, las puertas de la gloria, penetran en aquella mansion bienaventurada, en donde serán eternamente felices! La adorable víctima eucarística ha cambiado para ellas la noche en el mas claro dia, el llanto en el mas cumplido gozo, y la esperanza acompañada de las penas, en la posesion mas llena y venturosa.—  
*El Mes eucarístico.—José Antonio Ortiz Uruela.*

SALMO 105.

Alaba, ó alma, á Dios: Señor, tu alteza  
¿Qué lengua hay que la cuente?  
Vestido estás de gloria y de belleza,  
Y luz resplandeciente.  
Encima de los cielos desplegados  
Al agua diste asiento;  
Las nubes son tu carro, tus alados  
Caballos son el viento.  
Son fuego abrasador tus mensajeros,

Y trueno y torbellino;  
Las tierras sobre asientos duraderos  
Mantienes de contino;  
Los mares las cubrían de primero  
Por cima los collados,  
Mas visto de tu voz el trueno fiero,  
Huyeron espantados.  
Y luego los subidos montes crecen,  
Humillanse los valles,  
Si ya entre sí hinchados se embravecen,  
No pasarán las calles:  
Las calles, que les diste, y los linderos,  
Ni anegarán las tierras:  
Descubres minas de agua en los oteros,  
Y corre entre las sierras  
El gamo, y las salvajes alimañas  
Allí la sed quebrantan,  
Las aves nadadoras allí bañas,  
Y por las ramas cantan.  
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,  
Y das hartura al llano:  
Ansí das heno al buey, y mil legumbres  
Para el servicio humano.  
Ansí se espiga el trigo y la vid crece

Para nuestra alegría:  
La verde oliva así nos resplandece,  
Y el pan dá valentia.  
De allí se viste el bosque y la arboleda,  
Y el cedro soberano,  
A donde anida la ave, á donde enreda  
Su cámara el milano.  
Los riscos á los corzos dan guarida,  
Al conejo la peña.  
Por tí nos mira el sol, y su lucida  
Hermana nos enseña  
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,  
En que salen las fieras,  
El tigre, que racion con hambre dura  
Te pide y voces fieras.  
Despiertas el aurora y de consuno  
Se van á sus moradas:  
Dá el hombre á su labor sin miedo alguno  
Las horas situadas.  
¡Cuán nobles son tus hechos y cuán llenos  
De tu sabiduría!  
Pues ¿quién dirá el gran mar, sus anchos senos,  
Y cuantos peces cria?  
¿Las naves que en él corren, la espantable

Ballena que le azota?  
Sustento esperan todos saludable  
De tí, que el bien no agota.  
Tomamos, si tú das; tu larga mano  
Nos deja satisfechos.  
Si huyes, desfallece el sér liviano,  
Quedamos polvo hechos.  
Mas tornará tu soplo y renovado  
Repararás el mundo;  
Será sin fin tu gloria y tú alabado  
De todos sin segundo.  
Tú que los montes ardes, si los tocas,  
Y al suelo das temblores.  
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas  
Dedico á tus loores.  
Mi voz te agradará y á mí este ofició  
Será mi gran contento:  
No se verá en la tierra maleficio,  
Ni tirano sangriento.  
Sepultará el olvido su memoria:  
Tú, alma, á Dios dá gloria.

*Fr. Luis de Leon.*

SALVACION.—La impotencia radical del hom-

bre en el negocio de su salvacion confesaba el Santo Job cuando decia (XIV, 4:) ¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa súa, sino Vos, Señor? Moisés diciendo (Exod. XXXIV, 7.) Nadie por sí mismo puede ser inocente delante de ti. San Agustin, en el inimitable libro de *Las Confesiones*, volviendo á Dios le dice: «Señor, dadme gracia para hacer lo que Vos mandais, y mandadme lo que mejor os parezca. De manera, que así como Dios me declara lo que debo creer, y me dá fuerzas para creerlo, del mismo modo me manda lo que debo obrar, y me dá gracia para obrar aquello mismo que me ha ordenado.

¿Qué entendimiento habrá que conozca, qué lengua habrá que declare, qué pluma habrá que escriba la manera en que Dios obra en el hombre estos soberanos prodigios, y cómo le lleva por el camino de la salvacion con mano á un mismo tiempo misericordiosa y justa, suavísima y potente? ¿Quién señalará los linderos de ese imperio espiritual, entre la voluntad divina y el libre albedrío del hombre? ¿Quién dirá cómo concurren sin confun-

dirse y sin menoscabarse? Solo sé una cosa, Señor, que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Sé que no me abandonarás á mí mismo, porque por mí mismo nada puedo sin olvidarte y perderme; y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa, y tan suave, que no la sentiré venir. Tú eres como silbo de viento delgado en lo suave, como aquilon en lo fuerte. Soy llevado por tí, como por el aquilon, y me muevo hácia tí libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas como si me empujaras; pero no me empujas, sino que me solicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo tú te mueves en mí. Tú vienes á mi puerta y llamas con blandura, y si no respondo, aguardas á mi puerta y vuelves á llamar: sé que puedo no responderte, y perderme; sé que puedo responderte y salvarme; pero sé que no podría responderte si tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices, siendo tuya la pregunta, y tuya y mia la res-

puesta. Sé que no puedo obrar sin tí, y que por tí obro; y que cuando obro merezco; pero que no merezco sino porque tú me ayudas á merecer, como me ayudaste á obrar... Sé que tú eres como la madre, y yo como el niño pequeño en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le dá la mano para que ande, y despues le dá un beso en la frente porque deseó andar y anduvo con la ayuda de su mano.—*Juan Donoso Cortés.*

SALVACION DE LAS ALMAS.—Nuestra sacrosanta religion dá tan alta importancia á la salvacion de un alma, que si toda una vida se consagrare á la conversion de una sola, y esto se consiguiese, debieran tenerse por bien empleados los trabajos mas penosos.—*Cartas á un excéptico.*—*Jaime Balmes.*

SALVACION DE LAS ALMAS.—Esta empresa de atender á la salvacion de las almas es tan alta y tan subida, que para ello bajó el Hijo de Dios del cielo y se hizo hombre; y para ella escogió los Apóstoles, haciéndolos de pescadores de peces, pescadores de hombres; no hay oficio mas alto que este, dice San Dionisio

Areopagita (De cælest. Hier. cap. 5.) *Omnium divinorum divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum.* El oficio y ministerio mas alto y mas divino que hay, es ayudar y cooperar juntamente con Dios á la salvacion de las almas. Y San Crisóstomo dice (Homil. 5. et 40. super Genes.) *Nihil ita gratum est Deo, et ita curæ, ut animarum salus.* No hay cosa mas agradable á Dios, ni de que él tenga mas cuidado que de la salvacion de las almas, como el Apóstol clama y dá voces (I. Tim. II. 4.) *Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* Y el profeta Ezequiel dice (XVIII. 25.) *Nunquid voluntatis mee est mors impij, dicit Dominus Deus; et non ut convertatur á viis suis, et vivat?* No quiere Dios la muerte del pecador, sino que se convierta y viva para siempre. Todos querria el Señor que se salvaran, y así el que ayuda á esto, hace la cosa mas alta y mas agradable á Dios de cuantas los hombres pueden hacer en esta vida *Etsi immensas pecunias pauperibus eroges,* dice San Crisóstomo, *plus tamen effeceris, si unam converteris animam.* Aunque

deis á los pobres toda vuestra hacienda, y ella sea mas que las riquezas del rey Salomon y los tesoros de Creso, mas es convertir una sola alma que todo eso. San Gregorio dice, que es mayor milagro convertir un pecador con la predicacion y con la oracion, que resucitar un muerto. (Greg. lib. 5. Dialogor. cap. 17. et hom. 19.) *Majus est miraculum prædicationis verbo, atque orationis solatio peccatorem convertere, quam carne mortuum suscitare.* Y mas es, y mas lo estima Dios que criar los cielos y la tierra. Sino vedlo por el coste. porque criar los cielos y la tierra no le costó á Dios sino decirlo (Ps. XXXII. 9.) *Ipsæ dixit, et facta sunt: ipse mandavit, et creata sunt;* pero esotro costóle mas que palabras; hizolo á costa de su sangre y vida. El Apóstol San Juan nos declara de cuánta estima es delante de Dios el emplearse en ganar almas, ó por mejor decir, el mismo Cristo en aquellas palabras que de sí mismo dijo: *Propterea me diligit Pater quia ego pono animam meam, ut iterum sumam eam.* Por eso me ama mi Padre, porque doy y pongo mi vida

por los hombres para tornarla á tomar resucitando, para que ellos tambien resuciten y vivan para siempre conmigo. Ponderan aquí los Santos, que no dijo como pudiera: *Propterea me diligit Pater, quia in principio omnia per me creavit*. Por eso me ama mi Padre porque en el principio crió por mí todas las cosas; sino dice, que por eso le ama su Padre porque ponía su vida por la salud de las almas, para darnos á entender, que no hay obra mas acepta y agradable á Dios que esta. En esta misma razon declaró Santo Tomás aquello (S. Tom. Joan. X. 15.) que un poco antes dijo el mismo Cristo: *Sicut novit me Pater et ego agnosco Patrem: et animam meam pono pro ovibus meis*. Dice, que no solo quiere decir, conozco yo á mi Padre con pleno conocimiento, como él á mí; porque eso ya lo habia dicho, como parece en el capítulo XI de San Mateo: *Nemo novit Filium, nisi Pater, neque Patrem quis novit, nisi Filius*. Sino, así como si preguntais acá á un buen hijo la razon de lo que hace, responde, yo conozco á mi Padre; yo sé, como si dijese, su gusto y

voluntad. Así Cristo nuestro Redentor habia dicho un poco antes, que como buen Pastor moriria por sus ovejas, y como si le preguntáran: ¿Por qué, Señor, ofreceis vuestra vida tan preciosa por cosa de tan poco valor y precio? Responde *Ego agnosco Patrem*. Yo conozco á mi Padre, como si dijera: Yo sé muy bien la voluntad y gusto de mi Padre, y el amor que tiene á estas ovejas, y por eso doy de muy buena gana mi vida por ellas; porque sé que ese es el gusto y voluntad de mi Padre. Pues esto nos ha de hacer también á nosotros que nos empleemos de buena gana en la salud de las almas, saber que ese es el gusto y contento de Dios, y que ama su divina Majestad mucho al que se emplea en esto. San Crisóstomo pondera tambien á este propósito lo que dijo Cristo nuestro Redentor á San Pedro, cuando habiéndole preguntado tres veces si le amaba, todas tres le replicó: Si me amas, apacienta mis corderos y mis ovejas. Que fué decirle. Quiero que ejercites y declares el amor que me tienes en ayudarme en este negocio de

salvar las almas, que yo redimí con mi sangre.

Entenderáse también la excelencia y alteza de esta obra, y lo mucho que agrada á Dios por el premio grande que le corresponde, lo cual se puede ver primeramente en el mismo Cristo; porque por esta obra de dar su vida por los hombres, dice el Apóstol San Pablo (Philip. II. 9. 10 et 11.) que le levantó, glorificó y ensalzó el Padre Eterno sobre todas las cosas: *Propter quod, et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: Ut in nomine Jesu omne genu flectatur, caelestium, terrestrium, et infernorum; Et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.* Dióle un nombre, que es sobre todo nombre, al cual se arrodillan los cielos, la tierra y los infiernos. Lo mismo dice el profeta David (Ps. CIX. 7.) *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput.* Y el profeta Isaias: (LIII. 10.) *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum.* Porque puso su vida por los pecadores y padeció tantos trabajos por ellos,

por eso le ensalzó, y glorificó tanto el Padre Eterno.

San Gregorio sobre aquellas palabras del Apóstol Santiago (Greg. lib. 19. mor. cap. 12. Jac. V. 20.) *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, salvabit animam ejus á morte, et operiet multitudinem peccatorum,* dice: Si librar á un hombre de la muerte corporal, que aunque ahora no muera ha de morir mañana, merece grande premio y galardón ¡qué premio y galardón merecerá el que libra una alma de la muerte eterna, y es causa para que viva en la gloria para siempre sin jamás poderle perder! Y así la Escritura divina no se contentó con decir, que tendrán la vida eterna los que predicán á Cristo y enseñan á los hombres el camino de su salvación (Eccli. XXIV. 51.) *Qui elucidunt me, vitam æternam habebunt:* sino añade: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates* (Deut. XII. 5.) Resplandecerán como estrellas en aquella eterna perpetuidad. Serán allá en el cielo como una luna ó como un sol. Y por el

profeta Jeremias (XV. 19.) dice Dios: *Si separaveris pretiosum á vili, quasi os meum eris.* Si apartáreis lo precioso de lo vil, si apartáreis las almas, que yo tanto aprecio, de la vileza y bajeza del pecado, sereis como mi boca; es frase que suelen comunmente decir, quiérole como á mis ojos y como á mi vida. Pues de esa manera quiere Dios al que trata de convertir las almas y sacarlas de pecado. Es cosa muy preciosa delante de Dios un alma, y por eso estima tanto el ayudar á las almas.

De Santa Catalina de Sena se escribe en su vida, que cuando veia pasar por la calle algun predicador, salia de su casa y besaba con gran devocion la tierra que el predicador habia hollado. Y preguntada ¿por qué hacia esto? Respondió, que le habia dado Dios nuestro Señor conocimiento de la hermosura de las almas que estaban en gracia, y por eso tenia por tan dichosos á los que entendian en este negocio, que no podia dejar de poner la boca donde ellos ponian los pies y besar la tierra que hollaban.—*Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*—Ven. P. Alonso Rodriguez.

SALVACION DE LAS ALMAS.—Solo con que consideremos que para salvar las almas bajó el Hijo de Dios á la tierra y en ella padeci6 y muri6, formaremos una idea justa del valor que aquellas tienen á sus divinos ojos, de cuánto Dios aprecia su salvacion, y por consiguiente, cuán de su servicio y de su agrado debe ser que nosotros cooperemos tambien para que se logre. Así dice muy bien San Dionisio Areopagita: *Omnium divinorum divinissimum est cooperare Deo in salutem animarum.* Y San Juan Cris6stomo hasta tal punto encaece el mérito de esta cooperacion, que la sobrepone á la mas cuantiosa limosna: *Et si immensas pecunias pauperibus eroges, plus tamen effeceris, si unam converteris animam.* Aun adelanta mas San Gregorio, que tiene por mayor milagro convertir á un pecador por medio de la predicacion y oracion que el resucitar á un muerto: y sin que tan grande Santo nos lo dijera, pudiéramos fácilmente echarlo de ver solo con reflexionar que el criar los cielos y la tierra no costó á Dios mas que el decirlo (Ps. 33), y lo mismo á Jesucristo el resucitar

los muertos (Joan. 11.) Pero el convertir las almas y redimir las costóle mas que todo eso: dió por ellas su sangre y su vida. Felicitémonos, pues, los sacerdotes de haber sido llamados por Dios á una ocupacion tan digna, á un tan alto ministerio. Pero al mismo tiempo, pensemos bien que, si no trabajamos en él, ese mismo valor que tienen á los divinos ojos las almas, que por nuestra culpa descuidamos, será la medida del rigor con que seremos tratados.

Dice con mucha razon San Gregorio que el amor se prueba con las obras: *Probatio dilectionis exhibitio est operis*. Y las obras con que Dios quiere le manifestemos los sacerdotes el amor que le tenemos son el celo en apacentar al pueblo cristiano. Nóvalo así San Juan Crisóstomo sobre aquellas palabras que Cristo dijo á San Pedro: *Si me amas, apacienta mis corderos y mis ovejas*; que fué lo mismo que decirle: *Quiero que declares el amor que me tienes, y lo manifiestes ayudándome en este negocio de salvar las almas que yo redimí con mi sangre*. No podemos, pues, nunca lisonjear-

nos los sacerdotes de que amamos á Dios, si no tenemos celo en salvar, en cuanto esté de nuestra parte, á las pobres almas.—*Modo de celebrar la Santa Misa, digna, atenta y devotamente.*—*Miguel Martinez y Sanz.*

SALVACION DE LOS HOMBRES.—Objeto de los deseos de Jesucristo.—*El Incógnito.*

SANGRE DE JESUCRISTO.—Precio de nuestro rescate—*El Incógnito.*

SANGRE DE MÁRTIRES.—Lluvia que fertiliza la Iglesia.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*

SANTA-ESCRITURA. — Abismo profundo. — *El Incógnito.*

SANTÍSIMO SACRAMENTO.—¿Quién podrá explicar los efectos y virtudes del Nobilísimo del Altar? Porque con él, por una manera maravillosa, es unida el alma con su Esposo, con él se alumbrá el entendimiento, avivase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devocion, deritense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécense nuestra

flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios.

Ó maravilloso sacramento, ¿qué diré de tí? ¿con qué palabras te alabaré? tú eres vida de nuestras almas; tú eres medicina de nuestras llagas: tú eres consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía de nuestra peregrinacion, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del divino amor y prenda y tesoro de la vida cristiana. ¿Qué lengua podrá dignamente contar las grandezas de este Sacramento? ¿Quién podrá agradecer tal beneficio? ¿quién no se derretirá en lágrimas viendo á Dios corporalmente unido conmigo? Faltan las palabras y desfallece el entendimiento, considerando las virtudes de este soberano misterio: mas nunca debe faltar en nuestras almas el uso y agradecimiento de él.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

SANTOS.—San Bernardo decia que debemos considerar atentamente tres cosas en los Santos: primera, los socorros que nos alcan-

zan del Señor por su intercesion poderosa; segunda, los ejemplos de virtud que nos han dejado; tercera, la confusion de que nos cubren cuando no seguimos esos ejemplos. Los Santos han sido lo que somos nosotros, y nosotros podemos ser lo que ellos son, dice San Juan Crisóstomo, si hacemos lo que han hecho. La preocupacion ó el error que nos domina y nos hace ser precisamente unos admiradores ociosos de las acciones de los Santos, consiste en pararnos á considerar aquello que hay de mas brillante en su vida, los milagros, las profecías, los éxtasis, las austeridades, la renuncia de sus bienes: aquí nos detenemos cuando leemos su historia ó cuando oimos su elogio, y al ver estas cosas tan grandes nos admiramos y decimos: estos han sido unos hombres singulares: ¿quién los podrá imitar?

Aquí entra San Juan Crisóstomo, diciendo: Quitad de esas historias todo lo que hay de misterioso y de extraordinario, porque esto no es de esencia de la santidad, y encontrareis que las virtudes de los Santos siempre han sido las mismas, una fé viva, una esperanza fir-

me, una caridad ardiente: todos han mostrado celo por la Iglesia, paciencia en los trabajos, buena fé en el comercio, integridad en las costumbres, desprendimiento de los bienes temporales, generosidad en perdonar las injurias, moderacion en la prosperidad, compasion en las aflicciones de sus hermanos; y cuando se nos exhorta á imitar á los Santos, no se nos dice que nos distingamos por acciones milagrosas, siño por costumbres cristianas, no que busquemos la vida extraordinaria de los anacretas, sino que sigamos la vida comun que nos señala el Evangelio.—*Coleccion de panegiricos originales.*—*Fr. Manuel Espinosa.*

SEMANA SANTA.—El Padre San Juan Crisóstomo despues que en sus elocuentes homilias sobre el libro del Génesis explica los grandes misterios y prodigios de la creacion del mundo; al llegar en el Domingo de Ramos á los nuevos y profundisimos misterios de la Semana Santa, exclama: *In magnam hebdomadam pervenimus Dei gratia.* «Hemos llegado por la gracia de Dios á la semana grande, no porque sus dias ú horas sean de mas larga

»duracion que en las demás del año , sino por  
»los grandes é inefables bienes que en ella  
»nos vinieron. En ella se dió fin á la antigua  
»y sangrienta guerra de la culpa, se extinguió  
»la muerte, se acabó la maldicion , se disolvió  
»el tiránico imperio del demonio. En ella se  
»reconcilió Dios con el hombre , se hizo pene-  
»trable el cielo, los ángeles se han unido con  
»los hombres, se unieron distancias infinitas,  
»y el Dios de la paz dispuso pacíficamente  
»todas las cosas en el cielo y en la tierra.»

Cuanto se celebra en esta semana todo es grande: grandes sacramentos, tan profundos que no han podido comprenderlos los mas encumbrados serafines: grandes misericordias que hinchen el mundo, y jamás puede decirse con mas motivo: *Misericordia Dómini* (Ps. CXVIII. 64.) *plena est terra*: grande caridad (Rom. V. 8.): gran justicia: gran malicia en los hombres que llegaron á poner las manos en Dios y quitarle la vida: gran sacrificio, bastante para acabar con todos los sacrificios antiguos, y dar entera satisfaccion por todos los pecados del mundo: gran muerte, pues fué

cuando menos la del mismo Dios: grandes prodigios; pues se oscureció el cielo, tembló la tierra, se despedazaron las piedras y se abrieron las sepulturas.

Semana verdaderamente grande. Debían corresponderse en la grandeza la semana en que fué criado el mundo y la semana en que fué reparado. Grande fué aquella en que se hicieron cosas tan excelentes y soberanas: los cielos con sus estrellas, la tierra con sus plantas, las aguas con sus peces, el aire con sus aves, y todo cuanto tiene sér en este mundo visible. Grande semana esa en que se crió un mundo tan estimable, tan lleno de varias criaturas celestiales y terrenas; pero mayor es esta en la que reparó el Señor, ó por mejor decir, hizo otro mundo nuevo, tanto mas excelente cuanto va del cielo al suelo, cumpliéndose lo que habia dicho por el profeta: *Ecce ego creo cælos novos, et novam terram, et non erunt in memoria priora* (Isaí. LXV. 17.) En aquella semana se hizo un mundo terreno, en esta uno celestial: en aquella se hicieron cosas que aunque grandes, las ven

los ojos, las tocan las manos, y las alcanzan los entendimientos criados: en esta se han hecho tales que ni los ojos vieron semejantes, (Isaí. LXIV. 4. et I. Cor. II. 9.) ni los oídos oyeron, ni pudieron imaginar los entendimientos. Allí hombres terrenos, aquí celestiales; allí Dios crió al hombre dándole la naturaleza humana, aquí le hizo participante de la divina: allí le puso en la tierra con los animales, aquí le levantó á pisar estrellas entre serafines: allí produjo las cosas, obrando desde el trono de su majestad y su gloria: aquí padeciendo y bajando hasta el más humilde (Philiph. II. 8.) abatimiento y hasta una muerte de cruz: allí no puso más caudal para cuantas obras hizo que una sola palabra: *Ipsé dixit* (Ps, XXXII. 9.) *et facta sunt*; aquí puso todo cuanto tiene, su sér, su vida, su alma, su sangre y su persona: allí para formar al hombre bastó un solo aliento ó sople (Gen. II. 7.) sin que su vida padeciese rastro de disminucion ó detrimento; aquí para repararle empleó su propia alma, quedando muerto (Joan XIX. 30.) y su cabeza inclinada: allí

sacó la mujer, que habia de ser principio de la muerte, del costado del hombre dormido; aquí sacó la Iglesia, madre de vida, de su costado abierto con una lanza, durmiendo en la cruz el sueño de la muerte.—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

SEMEJANZA DEL TALENTO CON DIOS.—Si, el talento, salva la infinita distancia que media entre las adorables perfecciones del Hacedor y las limitadas dotes con que se digna sublimar á su criatura, es sin duda un reflejo de su Deidad. Dios es espíritu, y el talento lo es. Dios vive de su propia vida sin necesidad de nadie; el verdadero talento se distingue por la ventaja de alimentarse de su propio pensamiento, y tiene una vida que le es propia y peculiar sin que haya menester del dictámen ageno para formar sus juicios. Dios no aprende discurrendo, sino que todo lo vé presente; el gran talento halla la verdad por intuicion. Dios-Padre contemplándose á sí mismo engendra la imágen de su sustancia, que es el divino Verbo; el talento se expresa, se pinta, se

refleja en la palabra que emite, la cual es su propia imágen, su manifestacion *ad extra*, si me es lícito expresarme de esta manera. Dios produce continuamente y derrama los tesoros de su omnipotencia sin que jamás se disminuya ni menoscabe en lo mas mínimo su inmensa riqueza, antes bien con la profusion de sus dones se acrece su gloria accidental ó externa; el talento no se empobrece con producir, ni con enseñar, ni con regalar todas sus comunicables preciosidades, y por el contrario con sus munificas larguezas adquiere gloria, y con el ejercicio de dar y sacar oro de su mina aumenta su caudal inalienable. Dios mueve y dirige esos mundos de luz que recorren incesantemente la senda trazada por su dedo, enfrena el rugiente furor de los mares, manda las evoluciones de los cometas, abre el capullo á las flores, viste á los árboles de verde pompa, cubre de mieses los campos, vierte benéfica lluvia sobre la tierra, gobierna los ejércitos de los ángeles y preside á los destinos de las naciones, y su mirada penetra los pechos de los mortales, el cielo y los abismos.

El sublime talento, aunque en escala muy inferior, se entromete á demarcar el giro de los astros, hace al indómito mar caballo de su carrera, adivina las vicisitudes de la celeste esfera, se introduce en las entrañas de la naturaleza, le pide cuenta de sus secretas leyes, la analiza, la amolda á sus admirables inventos, investiga con la antorcha de la revelacion los oficios y cualidades de los ángeles, impulsa la voluntad de los hombres hácia el blanco que se propone, ejerce sobre ellos mágico imperio, derrama luces y alumbrá el caos de las ciencias y con el divino auxilio se remonta en alas de la piedad á contemplar la belleza y perfecciones de la Divinidad... ¡Ah! reconozca el talento que su nobleza consiste en ser imágen, aunque imperfecta, de ese Dios que es el único á quien debe sus alas y su poder. Y guárdese de borrar con su extravío esa gloriosa semejanza, que es divino blason y sello de su procedencia augusta.—*El talento bajó todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

LA SENDA DEL DOLOR.

¡Ay! cuán en balde anhelan  
Dicha sobre la tierra los mortales!  
En vano se desvelan  
Por encontrarla en bienes mundanales!

Queremos ser felices  
Donde para llorar hemos nacido.  
¡Ay, nos hace infelices  
Nuestro vano deseo fermentido!

¿Por qué tanto afanarse  
En buscar el riquísimo tesoro  
Donde nunca ha de hallarse?  
¿Buscar ventura en la region del lloro?

La sed de bienandanza,  
Que voraz é incesante nos aqueja,  
Con inquieta esperanza  
Nos tiene de una dicha que se aleja!

Esperanza que muere  
Y se disipa siempre y siempre vive,  
Y renaciendo hiere  
Al alma que en su seno la concibe.

La dicha que se busca  
Con anhelo vivísimo, importuno,

Relámpago es que ofusca  
Sin dejarse coger de hombre ninguno.

    Inmortal es el alma.

Cielos y eternidad son su destino.

¿Y deliciosa calma

Aquí ha de hallar su espíritu divino?

    No la hay en bajo mundo.

Tan solo el árbol del dolor florece

En este suelo inmundo,

Pero sobre las nubes se enaltece.

    Por él se sube al cielo:

Sembrada de dolores la subida;

Y en su cumbre el consuelo

À escalar por espinas nos convida.

    Su fruto de amargura

À todos los humanos alimenta,

Al que en trono fulgura,

Y al que huérfano y pobre se lamenta.

    Si la dicha se esconde

De cuantos la codician en la tierra:

¿Por qué buscarla donde

Solo se halla dolor y cruda guerra?

    El que paz ambiciona

Allá sobre los astros se remonte;

Del hombre la corona  
En otro sublimísimo horizonte.

Ponga allí sus deseos,  
Pues todos cuantos fuera de ahí se fijen  
Todos son devaneos,  
Que al engañado corazón afligen.

Para el lábio sediento  
Hay en la gloria un río de ventura,  
É inefable contento,  
Que embriaga en vivífica dulzura.

La sangre de sus venas,  
Que derramó Jesús cuando moría,  
Formó un lago de penas,  
Que de los cielos el camino hacia.

El Rey de los querubes  
Por él volvió á su trono de luceros:  
Mas allá de las nubes  
Por él vuelan sus hijos verdaderos.

El dolor es la senda  
Por do se ha de llegar al bien divino.  
¡Infeliz quien no entienda  
Que el Dios eterno á señalarla vino!

*Poesías Sagradas.*—*Juan Manuel de Ber-  
riozabal.*

SENTIDO MISTERIOSO DE LA CURACION DEL PARALÍTICO DE LA PISCINA.—Es una verdad confesada por los Santos Padres, y que se deja conocer leyendo con reflexion la historia del Evangelio, que no solamente en las curaciones obradas por Jesucristo, sino tambien en las acciones de su vida pública, hay además del sentido literal y espiritual otro misterioso y profético.

San Juan Evangelista nos dice: que en la Probática Piscina habia un paralítico con treinta y ocho años de enfermedad. (Joan. V. 5.) Habiéndole visto Jesús, y conociendo su postracion por tanto tiempo, le preguntó si queria ser salvo (v. 6). El enfermo respondió: Señor, no tengo hombre que me conduzca á las aguas para sanar. (v. 7.) Entonces le dijo Jesús: levántate, toma tu cama y camina. (v. 8.) Y en el instante aquel hombre recibió la salud, tomó su cama y caminaba. Era aquel dia sábado. (v. 9.) Despues le halló Jesús en el templo y le dijo: ya ves que has recibido la salud; no quieras pecar en adelante, no sea que te sobrevenga alguna cosa peor (v. 14).

No hay duda, y así lo demuestra este Evangelio desde el verso 19 hasta el fin del capítulo, que en la historia de este paralítico presenta San Juan la del pueblo judío, que por su incredulidad iba á sufrir un juicio en el que él mismo se condenaría á padecer una parálisis que duraría hasta el fin anunciado en las profecías. Pero además indicaré aunque brevemente la conformidad que se halla entre una y otra historia.

La parálisis del enfermo de la Probática Piscina era de 38 años. (v. 5.) La del pueblo judío ha de durar por los 38 años tomados por años jubilares en uso de la sagrada Escritura: pues que años naturales y sabáticos no alcanzan á la duración de la parálisis en que yacen los judíos, como vemos por experiencia y como nos han informado las Escrituras.

Jesucristo vió al paralítico, conoció que su enfermedad era ya de largo tiempo y trató de ponerle sano. (v. 6.) Y en el cumplimiento de los 38 años jubilares el Señor mirará á los judíos con ojos misericordiosos, conociendo el

largo tiempo de su dispersion en pena de su pecado, en cuya época está prometida su regeneracion por la ley y los profetas.

El paralítico no tenia hombre que le condujese á las aguas saludables para ser sano. (v. 7.) Y los príncipes y sacerdotes de Judá eran ciegos conductores de otros ciegos; por lo que unos y otros caerian en el hoyo. (Jerem. L. 6. 7. Luc. XI. 42 al fin).

Jesús dijo al paralítico: levántate, toma tu cama y camina. (v. 8.) Y en el instante el enfermo recibió la salud, tomó su cama y marchó en el dia del sábado. (v. 9.) Y el Señor, en conformidad con los dias de la creacion, despues de haber pasado los seis dias ó seis mil años del mundo presente, en el séptimo salvará á los judíos, y les dará el sabatismo ó descanso, repitiendo las maravillas de la libertad del cautiverio de Egipto, y en la fuerza de su brazo omnipotente.

Jesucristo halló al enfermo ya sano en el templo, y le dijo; no quieras pecar en adelante para que no te acontezca otra cosa peor (v. 14.) Y los judíos ya salvos en la Iglesia

santa deberán seguir la ley de Jesús si han de ganar y no perder la vida eterna, que sería un acontecimiento peor que el que sufren.

Esto así, examinemos cuándo fué el principio de la parálisis de los judíos, para conocer el día de su curación.

Sin duda alguna esta parálisis es parálisis moral y no de reino. Así consta del capítulo V de San Juan, y principalmente desde el verso 30 hasta el fin. Por tanto su principio no se debe colocar en el reinado de Herodes el Grande, como se dice en el Folleto. Aun más: aunque fuera parálisis de reino, su principio no podía ser en tiempo de Herodes el Grande, porque el vaticinio de Jacob anunció que no faltaría el cetro ó vara de mando de Judá, ni jefe de su descendencia hasta que viniese el que había de ser enviado, que sería la expectación de las gentes. (Gen. XLIX. 10.) En debido cumplimiento de este vaticinio, hasta que Jesucristo viniese no cesaría el cetro en Judá: y de hecho y de derecho no faltó hasta que fué destruido su sanhedrin con Jerusalem y su pueblo por Tito y el pueblo romano en el año

75 del nacimiento de Jesucristo. Así este divino Redentor fué sentenciado á muerte por los principes de los sacerdotes y por los jueces del pueblo judío. (Matth. XXVII. 1.)

Esto cierto, y como se verificó, habiendo anunciado las profecías anteriormente vistas, la vuelta de Judá de su cautiverio en Babilonia, la reedificacion del templo y de la ciudad, la venida de Cristo á Jerusalem con la manifestacion de la claridad de su Padre Eterno y la incredulidad de los judíos hasta dar muerte á su Salvador, y por cuya causa serian dispersos entre las gentes; y últimamente diciéndonos San Juan en su Evangelio que los judíos iban á ser juzgados, que ellos mismos se juzgaban por sus obras, pues no creían á San Juan Bautista ni á Moisés, pues si hubieran creído á este, acaso creerian al mismo Señor que les hablaba y que les manifestaba en sus obras su testimonio, es indubitable que en la infidelidad de los judíos para con su Mesías prometido en la ley y en los profetas se debe fijar su parálisis, simbolizada en la del enfermo de la Probática Piscina.

Esta incredulidad comenzó á verificarse en el nacimiento de Jesús. Lo primero, entre otros testimonios de las misericordias del Señor para con los judíos, porque en aquella época debian conocer, que advenia el Redentor de Israel, como lo esperaba el justo Simeon y Anna profetisa (Luc. II, 25 al 38.) Lo segundo por la gloria con que se manifestó en su nacimiento (Luc. II, 1 al 21.) Lo tercero por la fama pública con la venida á Jerusalem y adoracion de los Magos al Niño recién nacido, y por cuya causa fué la muerte de los niños inocentes por mandato de Herodes (Matth. II.) Lo cuarto por la pública predicacion de San Juan Bautista, que preparaba el camino para recibir á Jesús (Matth. III.) Lo quinto por la milagrosa vida, admirable pasion y gloriosa resurreccion del Señor. Y lo sexto por los irrefragables testimonios públicos de sus discipulos (Act. Apost.)

Es pues notorio que desde el nacimiento de Jesucristo habian de pasar los judíos en su incredulidad 58 años jubilares, que á razon de cincuenta años ordinarios cada uno componen

mil novecientos años ; y que en el cumplimiento de estos recibirán la salud por la misericordia del Señor, y conocerán á quién crucificaron.

Y como las profecías vistas señalen este memorable acontecimiento por el año 1888 del nacimiento de Jesús, debemos presumir con fundamento que al paralítico de la Probática Piscina le faltaban cerca de tres meses para cumplir los 58 años cabales de enfermedad, á los cuales tres meses corresponden los doce años que faltan desde 1888, por cuya época anuncian las profecías que acontecerá el fin del mundo presente moral, hasta 1900, que es el cálculo de los 58 años jubilaires.

Dedúcese pues : que Elías para predicar en su caso á las tribus de Jacob, y que el reino anticristiano para perseguir en el fin del mundo presente á los Santos de Jesús, comparecerán en la tierra, no en el año 1860, segun opina Mr. Rondet, y sí próximamente al año 1888 de la era cristiana, como anuncian las profecías de Daniel y del Apocalipsi, de Ezequiel y de la misteriosa curacion del paralítico

de la Probática Piscina. — *Paz general de la Iglesia y del mundo.*—*Pedro Alvaro Navarro.*

SEÑALES DEL AMOR DE DIOS.—Los que de veras aman á Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre, y los favorecen y defienden; no aman sino verdades, y cosas que sean dignas de amar.

¿Pensais que es posible los que muy de veras aman á Dios, amar vanidades, ni riquezas, ni cosas del mundo, ni deleites, ni honras? Ni tienen contiendas, ni andan con envidias, todo porque no pretenden otra cosa sino contentar al Amado: andan muriendo, porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán mas. Que el amor de Dios, si de veras es amor, es imposible esté muy encubierto.—*Camino de perfeccion.*—*Santa Teresa de Jesús.*

SEÑALES DE PREDESTINACION.—Hay muchas señales y conjeturas para conocer los que son predestinados, las cuales deberíamos procurar, así para nuestro consuelo, como para nuestro

aliento; pues como dijo el Salvador: No hay mayor motivo de alegría que estar nuestros nombres escritos en el cielo. Estas señales son: oír de buena gana la palabra de Dios; obedecer á sus secretas inspiraciones; procurar cumplir sus mandamientos y consejos; especialmente el dejar por él todas las cosas; frecuentar los sacramentos y el ejercicio de la oracion; ser muy devoto de la Virgen y muy inclinado á obras de misericordia, y el mismo temor continuo de Dios y de sus juicios es señal de predestinacion, porque imprime Dios este miedo, para que guarde la viña. Finalmente, por medio de estas obras el mismo Espíritu Santo, como dice San Pablo (Rom. VIII, 16,) y declara San Bernardo, va dando testimonios interiores á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y si hijos, tambien seremos herederos con Jesucristo.—*Meditaciones espirituales.*—Ven. P. Luis de la Puente.

SEPULCROS PRECIOSOS.—Vanidad de hombres que no miran en qué consiste la honra verdadera.—*El Incógnito*

SIETE PIÉS DE TIERRA.—Casa del hombre mas rico en su muerte.—*El Incógnito.*

SOBERBIA Y ARROGANCIA.—Banderas del demonio.—*El Incógnito.*

SOBERBIO.—Leon feroz contra el humilde y manso.—*El Incógnito.*

SOCIEDAD CIVIL EN SUS RELACIONES CON LA RELIGION.—Es una verdad constante bajo cualquier aspecto filosófico ó teológico, que los dones sobrenaturales elevan, pero perfeccionando, no destruyendo la naturaleza; y por el contrario, que el pecado original deprimió hiriendo ó dañando, pero sin destruir lo natural al hombre; de donde se infiere con toda exactitud, que siendo la sociedad civil y su potestad unas propiedades de la especie humana, el hombre, mirado en el estado puramente natural, es ya social civilmente; y así la raiz de esta sociedad está en la naturaleza, y no en la justicia original, ni en la caída ni en la reparacion; de suerte que la sociedad civil nació de la naturaleza humana, se perfeccionó con ella en la justicia original, enfermó con ella en el pecado, y se repara con ella en la ley de gracia,

hasta que tenga su última perfeccion en la gloria.—*Centinela contra los errores del siglo.*  
—*Felipe Lesmes Zafrilla.*

SOL.—¿Quién puede alzar los ojos al cielo y mirar ese sol que Vos criasteis, que no quede suspenso, atónito y fuera de sí considerando las excelencias que le disteis, y lo que por medio de ellas obrais en este mundo inferior? ¿Quién no se maravillará y quedará pasmado viendo esa vuestra lámpara y antorcha que encendisteis para alumbrar el universo, con tanta grandeza que excede muchas centenares de veces á toda la redondez del agua y de la tierra, como enseñan los astrólogos?

¿Á quién no causarán admiracion los efectos que obra esta vuestra lindísima y admirable criatura? Porque el sol es como el ojo del mundo y la fuente de toda luz, y guia y gobernador de las demás lumbreras del cielo, y causador y conservador de todas las cosas corporales y caducas, hermosísimo á la vista, poderosísimo en el obrar, provechosísimo y utilísimo en el uso y comunicacion de todas las cosas. Él es el que deshace las tinieblas de la

noche, y trae consigo el dia: el que alegra y con su calor saludable y vital vivifica todas las cosas, y las hace crecer, y les dá sazón y perfeccion: él es el que con la variedad de sus movimientos nos señala los tiempos, los dias y noches, meses y años: y en ellos, con solo desviarse ó allegarse mas á nosotros, causa el invierno, verano, estío y otoño, para que con estas diferencias de tiempos se conserve el temperamento y proporcion de los humores y la salud de nuestros cuerpos, y se crien y sazonen; recojan y conserven los frutos de la tierra para nuestro mantenimiento. Él es el que mas perfectamente que ninguna otra criatura corporal nos representa, Señor, vuestra hermosura y omnipotencia, y nos enseña que así como él alumbrá todas las criaturas corporales con una luz de tanta grandeza y virtud que penetra hasta las entrañas de la tierra, así vos, siendo una y simplicísima y purísima sustancia henchis el cielo y la tierra, y con vuestra presencia y esencia estais en todas las cosas; y que así como el sol siendo la criatura mas visible no se puede ver

por su gran resplandor, así vos, siendo la cosa mas inteligible de cuantas hay en el mundo, sois tambien la que menos se entiende, y que sois infinitamente comunicativo de la luz de vuestra gracia y del calor de vuestro amor, y obrador y gobernador soberano de todas las almas, las cuales con vuestra presencia se esclarecen y recrean, y con vuestra ausencia se oscurecen y quedan sepultadas en una noche perpétua y olvido del pecado; porque todos los efectos que obra el sol corporal con su luz, obráis vos espiritualmente como sol de justicia con infinita mayor ventaja y perfeccion en el cielo y en la tierra; y por eso el divino Dionisio llamó al sol excelente retrato é imágen de vuestra bondad.—*Manual de oraciones.*—P. Pedro de Rivadeneira.

#### SUEÑO EXTRAVAGANTE.

Era la noche. Mis cansados miembros  
El plácido Morfeo encadenaba,  
Cuando siento una fuerza poderosa  
Que del lecho mi espíritu arrebatá.

De súbito me vi con raro asombro  
En una triste y angustiosa estancia,  
Paredes y techumbres, llamas vivas,  
Pavimento serpientes enlazadas.

El ámbito llenaba densa nube  
De vapor, cual el humo que se exhala  
De los hornos de tejas y ladrillos,  
Sin que el ver á los ojos les vedára.

Sentóse un diablo de narices corvas,  
De piernas cortas y potente panza,  
Jorobado, gotoso, en una silla  
De bronce ya al intento preparada.

Siguióle despues otro no tan lindo  
De rucios pelos y de estrecha espalda,  
Con mas barbas que un chivo de diez años,  
Y mas cola que un toro de Jarama.

Púsose á la derecha del primero,  
Y al mismo tiempo se llenó la estancia  
De innumerables diablos, que ocuparon  
Otros asientos que en su torno estaban.

El mas vecino diablo al contemplarme  
Con el miedo temblar, así me habla:  
«No temas, porque hoy en el infierno  
Hay grande fiesta, y diversion te aguarda.

Verás á los ilustres personajes  
Que persiguieron á la fé cristiana:  
Van á pasar revista en la presencia  
De aquel señor que ves, nuestro monarca.»

Apenas esto dijo, cuando escucho  
El son de cien cornetas y dulzainas,  
Cual rechinan las ásperas carretas  
Conduciendo carbon, madera ó paja.

En confuso tropel, dando mil brincos,  
Entró de diablos horrorosa danza,  
Guiada por Neron, que á todos ellos  
En cabriolas les dejó sin palma.

Callaron al entrar, y el rey demonio  
Dijo á Neron con grandes carcajadas:  
«Te doy la enhorabuena de que muestres  
Tu rara agilidad en esta casa.

Solo saber quisiera si te aplauden  
Porque mientras viviste, nadie estaba  
Seguro de vivir, si los aplausos  
Negaba á tu primor en canto y danza.

Hagan, pues, á tu mérito justicia,  
Todo el infierno tu destreza aplauda.»  
Esto oido, los diablos altos gritos  
Despidieron con voz desaforada,

Loando y aturdiendo al buen Augusto,  
Y no faltó quien en su augusta espalda  
Le imprimió por cariño algunos dedos  
Alzándole un chichon de á jeme ó vara.

Mas él no se agravió, y la chanzoneta  
Aceptó como en vida aquellas raras  
Lisonjas de sus torpes cortesanos,  
Dando por ella repetidas gracias.

Pero al darle una túnica por dentro  
De pez y de resina bien forrada,  
Y al verse arder, cuando la tuvo puesta  
Cual flamero de tumba que se acaba,

Quejóse el pobre, bien que sus quejidos  
Motejó el diablo juez de extravagancia,  
Pues él del mismo modo con cristianos  
Su palacio y jardin iluminaba.

Dió término á esta escena un ruido sordo  
Y dejáronse ver muchas bandadas  
De moscas, que turbadas discurrían  
De una á otra parte por la triste sala.

¿Moscas hay? dijo un diablo. No está lejos  
Domiciano el valiente. Sus hazañas  
Fueron tales contra estos insectillos  
Que por poco acabó toda la raza.

En efecto, llegó á cortos instantes  
El señor Domiciano con su espada,  
Despidiendo mandobles y reveses  
Contra la pobre mosquetil canalla.

Riéronse los diablos de su esfuerzo;  
Y uno de ellos propuso al gran monarca  
Que le diesen un vaso de chicorias  
Para dar á su cólera la calma.

¡Chicorias! exclamó Satan mohino.  
Este nécio inventó la ciencia extraña  
De freir como truchas á los hombres,  
Y deleitarse en las agenas ánsias.

Ea; que pruebe el tonto á lo que sabe  
El aceite que así desperdiciaba,  
Daremos al ganado mosquetuno  
Pruebas de la justicia que reclama.

Renqueando, cual suelen los toreros  
Despues de haber rodado por la plaza,  
Apareció Trajano que traia  
El un brazo vendado con dos tablas.

¡Bravo! ¡Bravo! Luzbel pronuncia loco.  
Aquí tenemos á la linda maula  
Que todos los filósofos á una  
Colman de elogios y le dan mil palmas.

Ellos saben por qué, yo no lo ignoro,  
Que estos podencos de mi órden ladran;  
Mas aunque sus elogios me aprovechan  
El verle así ensalzado no me agrada.

Dadle el prez que ganára porque á Ignacio  
De los leones entregó á las garras,  
Mientras que como filósofo castizo  
De humanidad el tonto disertaba.

Vistiéronle al momento al buen Trajano  
De estera vieja una elegante capa,  
É hiciéronle cargar con una cesta  
De cohombros y grandes calabazas,

Símbolo del valor, de las virtudes  
Que nacen sin el riego de la gracia,  
Y con que venga á cuenta, ó bien no venga  
Nos muelen los filósofos matracas.

Sucedióle en seguida un personaje  
Cuya vista movió grande algazara:  
Sus narices iguales á una proa,  
Sus piernas parecían dos palancas.

Un demonio que hacia de escribano  
Dijo á los circunstantes: «este mandria,  
Mas bien que un gran castigo merecia  
Que el desprecio y olvido le acabára.

Siendo Augusto potente y aplaudido  
Se dió á la astrología judiciaria,  
Queriendo dominar á la natura  
Por medio de conjuros y de rayas.

Darse muerte intentó; mas no teniendo  
Valor para pedírsela á la espada,  
Se llenó hasta el gollete de manjares  
Y hácia el infierno apresuró la marcha.»

Dices bien, respondió un diablo fruncido,  
Que no merece Adriano nuestra saña:  
Mejor será le bese en las megillas  
Por el amor que á Antinoo mostraba.

Besó al emperador con tal ternura  
Que con el beso le dejó la cara  
Humeando cual hierro que revuelve  
Alumno de Vulcano en las tenazas.

¿Quién es este que sigue? preguntaron,  
Y Marco-Aurelio pareció en la sala.

«Otro tonto de sábio presumido,  
Que no pudiendo con sus propias faltas,

Se cargó con los crímenes ajenos.»  
Echadle (dijo un diablo) un jarro de agua  
Porque expie cual debe el insensato  
Su ciega obstinacion y su ignorancia.

«Este, añadía el diablo de la cola,  
No quiso profesar la fé cristiana,  
Á pesar de un milagro que al senado  
Como testigo notició en sus cartas.»

Iban á entrar el fiero Maximino,  
Decio el atroz y toda la comparsa  
De Galos, Volusianos, Aurelianos;  
Pero como los diablos se cansaban,

Les dijo el presidente que otro dia  
En nueva audiencia les daría entrada:  
Y mandó se acercasen solamente  
Galerio con Juliano que allí estaban.

Aunque muy embobado me tenían  
Los anteriores, fué todo ello nada  
Comparado con solo el buen Galerio.  
¡Oh qué cosa tan fea! ¡Qué fantasma!

Exhalaba un olor de gas ventrino  
Que aun á los propios diablos derribaba,  
Y aunque algunos estaban resfriados  
Con ambas manos las narices tapan.

«Echad fuera de ahí ese mostrenco  
(Esclamó gangueando el que mandaba),  
Ponedle en un zaguán arrinconado,  
Dadle á comer salvados y patatas.

Que no merece mas quien ha vivido  
Aun peor que quisimos. • De la sala  
Lanzáronle al momento tres demonios  
Por no olerle, volviendo las espaldas.

Salió en fin el apóstata Juliano  
Con largas uñas y crecida barba,  
Que aun no quiso dejar en el infierno  
De inclito filósofo la traza.

Figurin mas extraño, ni en las ferias  
Se vió jamás. Á la estatura baja  
Añadia un mirar algo truanesco,  
Los ojos encendidos como brasas.

Salud, señor hipócrita, le dijo  
Su majestad diablesca: ¡cuál me agrada  
La vista del mejor de mis vasallos,  
Del defensor mas grande de mi causa!

Déte aplauso y loor todo el infierno,  
Pues aun estando en él, cosa bien rara,  
Á la Iglesia persigues todavía  
En aquellos que siguen tus pisadas.

Tú dejando las armas conocidas,  
En las burlas hallastes otras armas  
Con que batir el muro indestructible,  
Que á la clara Sion orna y resguarda.

¿Te acuerdas cuando pícaro y taimado  
Despojaste los templos de oro y plata,  
Diciendo que querias se guardase  
La pobreza evangélica sin mancha?

¿Te acuerdas cuando viendo maltratados  
Los fieles por idólatras, sin causa,  
Con irónico escarnio respondias  
Que los tormentos eran sus guirnaldas?

Tú trazaste aquel plan despues seguido  
De Enrico é Isabela en la Bretaña,  
Y de otros que el ódio á Jesucristo  
Con celo del bien público enmascaran:

Tienes historiadores que te aplauden  
Porque son como tú, y astutos callan,  
Que en ese corazon halló cariño  
La ya del orbe aborrecida mágia.

Y los niños y niñas arrancados  
Del seno maternal, tú degollabas  
À fin de que su sangre te sirviera  
En tus conjuros y demás infamias.

Oid, diablos queridos, ¿con qué premio  
Recompensar podremos sus hazañas?»  
Alzóse del asiento un diablo viejo  
Y respondió con voz algo pesada:

«Siendo la gran pasion de este borrico  
Que nadie en el saber le haga ventaja,  
Entregadle á los monos que imitaron  
Sus torpes y sus frias bufonadas.

Vengan Voltaire y Diderot, y vengan  
Rousseau y sofistica canalla,  
Y que disputen entre sí quién tuvo  
Genio mas creador, ciencia mas alta.»

Aplaudió la asamblea el pensamiento,  
Abriéronse las puertas de una jaula,  
Salió fuera un muñeco relamido,  
Raro ademan y catadura extraña.

Era Voltaire que empezó al momento  
À ponderar sus obras extremadas,  
Saludando á Juliano como zote,  
Ignorante, acreedor á tres albardas.

Juliano le volvió los cumplimientos  
Con razones no menos cortesanias,  
Añadiendo que á él solo le debia  
Haber subido al templo de la fama.

D'Alembert, Diderot con otros varios  
Tambien llegaron, y se armó tal zambra,  
Que los diablos caian por los suelos  
Sin poder reprimir las careajadas.

Como cuando en la tienda de lo tinto,  
Baco á sus devotos arrebató,  
Caen las mesas, sillas, vasos, jarros,  
Se alzan los puños, brillan las navajas,  
Suenan los golpes y los gritos suenan,  
Sigue á una descarga otra descarga,  
Y el vecindario se divierte á costa  
Del que cae y el que triunfa en la batalla:

Los diablos sumamente divertidos,  
Los unos contra otros incitaban,  
Como cuando se embisten varios perros,  
Que cada cual anima al que le agrada.  
Rodaban por los suelos varias veces,  
Otras en peloton todos se alzaban.  
Yo quise huir temiendo un chinchorrazo;  
Al susto desperté, me hallé en la cama.

*Coleccion de poesias festivas escogidas por el  
Viejo.—El Loco de Estremadura.*

SUICIDIO. — P. ¿Por qué es crimen el suicidio?

R. Porque es un delito enorme en que se quebrantan las mas sérias obligaciones del hombre para con Dios, consigo mismo, y con

la sociedad humana. En primer lugar, el suicidio es un acto de rebelion contra Dios, y de horrible ingratitud á sus beneficios. Dios al criarnos, ha dado un fin á nuestra naturaleza, alto y noble cual ninguno; á su cumplimiento ha vinculado nuestra felicidad, y para realizarlo y poseerla nos ha dotado de vida. La vida temporal es el teatro donde ha querido que obremos el bien propio de nuestra condicion, y que obrándolo nos hagamos merecedores de su recompensa eterna. La *virtud* y el *mérito*, estos dos grandes atributos de la especie humana, no se obtienen sino mediante los actos de la vida: para este fin y solamente para él nos la ha concedido el cielo. Luego atentar contra ella es alzarse contra la providencia de Dios en la formacion del hombre, es desconcertar el fin para que nos crió y nos conserva, es destruir contra su voluntad lo que hay de mas noble en la mejor de sus criaturas. Esta razon no dejaron de columbrarla los sábios de la antigüedad por entre las tinieblas con que luchó la filosofia, mientras la revelacion no vino á iluminarla: Pitágoras, Sócrates, Pla-

ton y otros de los primeros filósofos de Grecia, la emplearon para combatir el suicidio; y lo que es mas, Ciceron, no obstante que vivia en un siglo y en una sociedad donde esta accion se miraba como indiferente, y aun se aplaudia en ciertos lances como hazaña gloriosa, nos dejó escrita en uno de sus tratados morales esta notable sentencia: « *piis omnibus*  
» *retinendus est animus in custodia corporis;*  
» *nec injussu ejus, á quo ille est vobis datus, ex*  
» *hominum vita migrandum est, ne manus hu-*  
» *manum assignatum á Deo defugisse videami-*  
» *ni* » (Somn. Scip. cap. 3.) En segundo lugar, el suicidio lleva consigo el quebrantamiento de todos los deberes que se terminan á nosotros mismos. ¿Cuál es el fundamento de todos sino la dignidad y la excelencia de la naturaleza humana, que cada hombre está obligado á respetar en su propia persona? ¿Y qué cosa puede concebirse mas contraria á este respeto que la accion del suicida destruyendo en la suya cuanto á su ferocidad es dado destruir? Hay además de esto en el atentado un colmo de crueldad en el hombre contra

sí propio, en que no se puede reflexionar sin horrorizarse. Porque el suicida se daña infinita é irreparablemente; aniquila toda su felicidad, la presente y la futura; puesto que muriendo voluntariamente en su crimen, se despoja hasta de la esperanza de expiarlo con el arrepentimiento. Tampoco esta observacion se ocultó á la sagacidad de la filosofía antigua: véase cómo la expresa el príncipe de los poetas latinos describiendo lo que vió Eneas en los reinos infernales:

*Proxima deinde tenent mæsti loca, qui sibi  
letum*

*Insontes peperere manu, lucemque perosi*

*Projecere animas. Quam vellent ætere in  
alto*

*Nunc et pauperiem et duros perferre labores!*  
(Æneid. lib. VI.)

Últimamente, el suicida quebranta las obligaciones que tiene con la sociedad: con la de la familia á que pertenece, con la del país de que es ciudadano, con la del género humano, del cual es individuo. Porque los hombres, por el hecho de nacer en la sociedad de nues-

tros semejantes y destinados á vivir en ella, contraemos naturalmente vínculos muy sagrados, que no somos dueños de romper á nuestro antojo. Es un error el creer que solo existimos para nosotros mismos. La vida de ningun hombre es patrimonio suyo exclusivo: sus padres, su mujer, sus hijos, sus deudos, sus amigos, sus compatriotas, sus prójimos, todos tienen derecho mas ó menos preferente en la conservacion de una propiedad, que el cielo ha concedido á cada cual de nosotros con el cargo de cumplir las obligaciones de justicia en que nos empeña la condicion de criaturas sociables. Luego el hombre no puede disponer de su vida sin infringir estos deberes, sin agraviar y ofender á la sociedad humana, tomada esta voz en toda la latitud de su significado.

P. Pero cuando la existencia viene á hacérsenos insoportable y odiosa; cuando nuestro vivir es un penar continuo, cuando no hallamos mas que injusticias en los hombres, perfidias en la amistad, sinsabores en la familia; cuando la miseria nos oprime, la infamia

mia nos amenaza, los dolores nos atormentan; cuando rotos los vínculos que podían unirnos á la sociedad, somos inútiles para el mundo y gravosos á nosotros mismos; en tal situación ¿no habrá de sernos permitido buscar en la muerte el alivio de nuestros males?

R. Así ó por este tenor suele discurrir la enfermiza razón del suicida; pero reflexionando un poco advertiremos, que en esas vagas declamaciones anda siempre el error envuelto en las ideas. *Insoportable y odiosa la existencia...* ¿pero por qué? Porque el suicida ni la comprende, ni la emplea como debe. Nunca aborrece la vida, quien sabe estimarla en lo que vale. La temporal es el tránsito y la preparación necesaria para la eterna. Mirada bajo este aspecto, del cual es imposible prescindir sin olvidar lo que somos, bien merece todo el aprecio del hombre un estado, sean cuales fueren las circunstancias transitorias que lo acompañaren, de tan inevitable influencia en la felicidad y bienaventuranza perpétua de su destino. *La vida un continuo penar.* No es cierto que en la tierra haya existencias con-

denadas á sufrir sin intermision: nada es menos constante en el mundo que las alternativas de la fortuna, ora sea próspera, ora adversa. ¿Quién le asegura al suicida que su desgracia actual será duradera, y que no podrá mudarse mañana la escena que tan horrible se le presenta hoy? Pero concedámosle el aserto en toda la exageracion con que lo proclama. *Es mucho lo que sufro: luego me es lícito morir para sustraerme al sufrimiento.* ¿Qué consecuencia es esta? Pues que, ¿el destino del hombre está cifrado por ventura en el gozar? ¿Es este el fin para que existimos? ¿Acaso el bien sensible es todo el bien humano? Tan no es así, que por lo comun el verdadero bien del hombre, su perfeccion moral es fruto de grandes trabajos y padecimientos. La virtud se acrisola en ellos como en el fuego los metales. No hay espectáculo mas digno de la contemplacion de Dios, que el justo luchando con la adversidad. Los dolores, las penas, los infortunios por graves y muchos que fueren, no son parte á robarnos el supremo bien á que nuestro Criador nos llama; antes por el

contrario son prendas que afianzan su posesion, aumentando quilates á la virtud con que debemos merecerlo. *La injusticia de los hombres*: pero ¿qué tiene que temer de los hombres ni de sus injusticias, el que sabe que vela en su proteccion la Providencia supremamente justa de un Dios á quien sobran voluntad y poder para desagraviarlo? *Perfidia en los amigos*: rara vez se encuentra en las amistades que forma la virtud; y al cabo la ingratitud de la correspondencia no disminuye el mérito de los servicios hechos al ingrato, que suben en valor, todo lo que pierden en recompensa. *Sinsabores en la familia*: si los causaren nuestro génio ó nuestras pasiones, fácil nos será el remediarlos: si fueren inevitables, debemos sufrirlos con resignacion como cualquiera de los otros males inherentes á la humanidad. Pero ¡*la infamia!* no la hay sino en los vicios: las desgracias inculpables llevadas con resignacion y con dignidad, lejos de envilecer al desgraciado, lo recomiendan á la veneracion y al respeto de las personas sensatas, cuyo juicio es el único que debe importarle. *Rotos los*

*vínculos con la sociedad*; ¿y cuya es la culpa de que estos vínculos formados por la naturaleza se disuelvan y relajen? Á buen seguro que si desapasionadamente la buscamos, la hallaremos siempre en nuestro propio egoísmo. Quien profesa el principio que Terencio hizo resonar en el teatro de Roma.

*Homo sum: humani nihil á me alienum puto*, y que á tan alto punto de perfeccion ha elevado la moral cristiana, donde quiera que se encuentre y por aislada que fuere su situación, vive relacionado, aunque no sea mas que en los afectos, si de otro modo no pudiere, con la sociedad del género humano. *Inútiles á nosotros y al mundo*; nunca por miserable que sea la condicion del hombre, es inútil su existencia ni para sí, ni para los demás. ¿Por ventura no puede siempre añadir quilates al mérito propio, creciendo en la virtud y fortificándose en ella? ¿No puede contribuir al bien de los demás hombres, aunque no sea mas que con el ejemplo de su constancia? *Pero una vida de sufrimientos, de privaciones y trabajos es una carga insoportable, que nos*

*debe ser permitido el deponer:* siempre vienen á parar aquí las quejas y los clamores de la desesperacion, como los radios del círculo al centro. Los argumentos inventados para legitimar ó excusar el suicidio, todos se resuelven en este entimema: la vida se nos dá para gozar: ¿luego en no gozando para qué la queremos? podemos y aun debemos morir. El antecedente de este raciocinio es falso y absurdo por demás; es en forma menos horrible el dogma del materialismo. La razon y el sentimiento nos dicen que la organizacion material no es todo el hombre, sino una parte, y no la principal ni la mas noble de su sér; y que no es el placer de los sentimientos toda nuestra felicidad y mucho menos nuestro bien. La felicidad es, la derivacion del bien cumplido: y una criatura sensible que realizase todo el suyo sin contrariedad ni oposicion, recibiria placeres puros que ningun dolor alterase. Por desgracia no es esta la condicion del hombre sobre la tierra: en su actual estado todas las facultades de que está dotado se desenvuelven con dificultad: todas hallan estorbos en su

ejercicio, y por consiguiente, en todas recibe dolor. La Providencia de Dios saca partido de este desorden que el pecado introdujo en el mundo, para ofrecer á la virtud un campo digno de sus combates, y encarecer los laureles con que indefectiblemente habrá de coronarlos. No se excuse pues, ni acuse á la Providencia, sino cúlpese á sí mismo, el que degradando la dignidad de su naturaleza, desconociendo su verdadero bien, no comprendiendo el valor de la virtud, ni queriendo ver en su persona mas que una máquina organizada para recibir sensaciones, destruye la vida temporal ordenada por el cielo al cumplimiento del mas alto destino.

P. Aunque el suicidio sea, segun acabamos de demostrar, una accion contraria á las leyes morales, ¿no podrá decirse por lo menos que es acto que prueba grande valor en quien lo ejecuta?

R. Si entendemos por valor la fortaleza del alma que es la virtud digna de este nombre, luego echaremos de ver cuán vana y sin fundamento es la preocupacion de tener por

valiente al que atenta contra su vida. Sacrificarla al deber es accion heróica, pero renunciar á ella por egoismo y resignarse á morir por no hacer frente á la desgracia, antes que valor, es cobardía.

*Rebus in adversis facile est contemnere vitam:  
Fortiter ille facit, qui miser esse potest.*

Esta máxima de un poeta latino (Marcial) declara el aprecio que la sana filosofía ha hecho en todos tiempos del decantado valor del suicida. Para sofocar el instinto de la vida, basta un arrebató de frenesí; para vivir sufriendo se necesita de una constancia á toda prueba. Y si no, apelemos al juicio de la historia: ¿quién se recomienda mas á la admiracion de los siglos por la grandeza y los bríos del ánimo, Catón el de Útica atravesándose el pecho por no sobrevivir á su vencimiento, ó Terencio Varrón no desesperando de sí mismo ni de la república despues de su derrota en Canas? ¿Anibal tomando un veneno por no caer en poder de los romanos, ó Atilio Régulo aceptando el infame suplicio que Cartago le preparaba, y de que pudo sustraerse con la

muerte, ya que por otros medios no quiso? Pero es el caso, que no son estas desgracias insignes las que en nuestros tiempos suelen armar el brazo del suicida. ¿Qué ridícula no viene á hacerse la pretension á los honores de magnánimos en la mayor parte de los perpetradores de este atentado, cuando inquiriendo los motivos de su desesperacion, hallamos que una vanidad mortificada, una ambicion no satisfecha, una pasion ilegítima quizás, no correspondida, una pérdida en el juego, ú otro contratiempo nacido de algun desórden moral, fué la causa del furor que puso término á sus dias? Poco valor se necesita para dejarse arrastrar como esclavos de la violencia de los apetitos, y resignarse á morir como estúpidos, cuando no pueden satisfacerse.

P. ¿Cuál es el mejor preservativo contra la tentacion al suicidio?

R. La virtud apoyada en la fé y en las esperanzas religiosas. La virtud comunica al alma paz y serenidad en los peligros; resignacion y constancia en los trabajos. El varon virtuoso tiene á raya sus pasiones, lo cual no

es poco para preceverse de una tentacion, cuya raiz casi siempre se halla en el desórden de los afectos. Además, ninguna situacion de la vida, por apurada que sea, carece de interés para los amadores de la virtud. En todas hallan ocasion de purificarse y merecer: en todas gozan y se dilatan, siquiera no sea mas que en el ejercicio mismo de su paciencia y en la aceptacion voluntaria de las pruebas á que Dios la somete. Pero añadimos que la virtud debe estar apoyada en la fé y en las esperanzas religiosas, ya porque no es perfecta la virtud que no descansa en la religion, ya porque sin su auxilio es poco menos que imposible la constancia de que en ciertos conflictos se necesita para no desmayar: y la experiencia viene en apoyo de esta observacion, mostrándonos que el número de los suicidios se aumenta en una sociedad, á medida que las creencias religiosas se debilitan en ella.—  
*Compendio de filosofia.*—*Juan José Arbolí.*

SUMISION Á LA VOLUNTAD DIVINA.—Dice Santa Catalina de Sena que Cristo nuestro Señor, su dulcísimo Esposo, le habia enseñado que

hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda que era la divina voluntad, y que se encerrase y morase perpétuamente en él, y que no sacase de él jamás ni ojo, ni pié, ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él como la abeja cuando está en su corcho y como la perla en su concha. Porque aunque al principio por ventura le parecería aquel aposento estrecho y angosto, despues hallaria en él grandes anchuras, y sin salir de él pasaria por las moradas eternas y alcanzaria en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Esta es, como dijimos, la suma, y todo el caudal de nuestra perfeccion, que consiste principalmente en la caridad; y de ella, como de su raiz, nace esta sujecion y rendimiento total á la divina voluntad, que es un tesoro de inestimables bienes y merecimientos.—*Tratado de la tribulacion.*—*P. Pedro de Rivadeneira.*

SUMISION DE LOS CRISTIANOS Á LOS PRÍNCIPES.  
—Atenágoras, exponiendo la disciplina de los cristianos, referia por la primera de todas sus obligaciones la observancia para con Dios,

y despues la fidelidad para con el emperador y su familia ; pagando las cargas públicas, segun el mandamiento de Cristo: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.*

Los Mártires firmaron con su sangre esta misma doctrina, y no cabe sino en las malas cabezas de los filósofos el decir con todo eso, que fueron rebeldes á los emperadores. Si es porque no obedecieron los decretos que mandaban adorar los ídolos, este género de rebeldía, si hay quien la llame así, se profesa todavía en la Iglesia Católica, y no hay algun fiel cristiano que esté en disposicion de obedecer á semejantes decretos, si hoy se nos intimáran. Y si no pregúntese á los filósofos, ¿si serian ellos mas condescendientes á leyes tan impías? Si responden que adorarian á los ídolos que cualquiera tirano les propusiese, no lo extrañaremos, y les concederemos este solo género de fidelidad: pero entretanto que los católicos nos honramos de no tenerlo, afirmamos con la misma sinceridad que somos fieles y obedientes á todas las leyes honestas y jus-

tas, y á todo precepto que no nos obligue á negar á Dios, ó á ofenderle. Los emperadores verán cuál de estos dos géneros de sumision y fidelidad les es mas seguro.

Los Mártires mantuvieron esta segunda especie de sumision y de obediencia, y es verdad que murieron por no manchar sus vidas con la primera. Siete veces, decia San Julio, tomé las armas y me presenté en la guerra. Para esto no resistí jamás á las potestades, ni volví las espaldas á los peligros; antes me entré en ellos delante de muchos soldados. ¿Pero si he sido fiel en aquellos combates, esperais que lo deje de ser en este, cuya importancia es tanto mayor?

San Cipriano admiraba esta fortaleza y paciencia (D. Ciprian. ad Demetriad.) ¿Y á quién no admirará aquel orden y tranquilidad con que San Mauricio, á la cabeza de su Legion Thebana, despues que triunfó de los enemigos del imperio, se ofreció con toda ella al martirio, para triunfar de sí mismos y de la supersticion? Nosotros, decian al emperador, somos vuestros soldados; pero somos

primero siervos de Dios. Os pagamos el servicio militar; pero no os debemos sacrificar la justicia y la inocencia de nuestras almas. Estamos prontos á obedeceros, como siempre lo hicimos, una vez que no ordeneis (Act. Martir. pag. 290.) hacer lo que Dios prohíbe. ¿Os persuadís, que siendo infieles á Dios, seremos seguros para vos? — *La falsa filosofía.* — *Fr. Fernando de Cevallos.*

SUPERIORIDAD DE LA IGLESIA.—La superioridad de la Iglesia sobre las sociedades civiles es una cosa conforme á la recta razon, la cual nos enseña que lo sobrenatural es *sobre lo natural*, y lo divino sobre lo humano: y al revés, toda aspiracion por parte del Estado á absorber la Iglesia ó á separarse de la Iglesia, ó á prevalecer sobre la Iglesia, ó á igualarse con la Iglesia, es una aspiracion anárquica, preñada de catástrofes y provocadora de conflictos.—*Juan Donoso Cortés.*

SUPERIORIDAD DEL PAPA SOBRE LOS OBISPOS.—Esta ha sido la fé de todos los siglos, mucho antes del fin de las persecuciones, y aun antes de que la Iglesia, perfectamente libre en sus

comunicaciones, pudiese atestiguar sin trabas su creencia por un número suficiente de actos exteriores y palpables. San Ireneo, que habia conversado con los discípulos de los Apóstoles, apelaba ya á la Cátedra de San Pedro como á la regla de la fé, y confesaba en ella este principado director, que hoy profesa toda la Iglesia. Á una voz reconocen y confiesan este poder eminente de Pedro y de sus Sucesores, á mas de San Ireneo, San Ignacio en el siglo II; Tertuliano, Orígenes, San Cipriano, en el III; San Optato, San Atanasio, San Gregorio de Nisa, San Ambrosio, en el IV; San Juan Crisóstomo, San Gaudencio, San Gerónimo, San Agustin, Teodoreto, San Leon, San Próspero, en el V; San Gildas de Escocia, San Cesáreo de Arlés, en el VI; San Gregorio el Grande, San Isidoro y San Máximo, en el VII; Beda y San Juan Damasceno, en el VIII; San Paulino, Carlomagno, San Teodoro Studita, en el IX; Reginon, Buchardo, San Ives, San Anselmo, en el X y XI; San Bernardo, Pedro de Blois, en el XII; y en los siglos posteriores Santo Tomás y todos los teólogos, San Fran-

cisco de Sales y todos los varones que han florecido en santidad, siendo de notar que no ha habido uno solo de estos últimos que no haya sido adicto y enteramente sumiso á la Santa Silla, mientras que los herejes y cismáticos, y los que participan de su orgullo, son los únicos que en todos tiempos han aborrecido y atacado su primacía, porque en ella ven el principio destructor de sus errores.

Añadamos á esta masa compacta de testimonios los del Concilio de Calcedonia, los del tercero de Constantinopla, y todos los del Oriente hasta el cisma, y cuantos se han celebrado hasta hoy en el Occidente: en sus cánones, en sus fórmulas y en sus públicas aclamaciones y acciones, los hallaremos constantemente decididos en reconocer que el poder del Pontífice romano es muy superior al de los Obispos.

Y sino, ¿por qué habria sido la larga y ferviente disputa entre la Iglesia latina y la griega? Ambas nos dan con ella un testimonio irrecusable de la primacía de la Iglesia de Roma, la latina oponiéndose constantemente á

la ambicion de los Patriarcas de Constantinopla, que pretendian desde el siglo V, primero preferirse á todos los Patriarcas menos al de Roma, y al fin igualarse á este; la griega por el hecho mismo de alegar, para cohonestar el cisma, que Constantinopla era una nueva Roma. Los ritos y libros litúrgicos de los griegos y rusos, conservados hasta hoy, deponen altamente contra el cisma é inobediencia de ambas Iglesias, aun entre sí mismas separadas ya. Los primeros no cesaron de rendir homenaje á la supremacia del Soberano Pontífice, ó lo que es lo mismo, no dejaron de condenarse á sí mismos hasta el momento en que se separaron de él; por manera que la Iglesia disidente, muriendo á la unidad ú obediencia, la confesó sin embargo por sus últimos suspiros. Así se le vió á Focio dirigirse al Papa Nicolás I en 859 para pedirle la confirmacion de su eleccion, y despues de la muerte de San Ignacio intentar seducir á Juan VIII para obtener este requisito, cuya falta echaba él mismo de ver. Así el clero de Constantinopla en cuerpo recurria al Papa Estéban en 886;

reconocia solemnemente su supremacía y le pedia de acuerdo con el emperador Leon una dispensa para el Patriarca Estéban, hermano del emperador, ordenado por un cismático.

Es menester que esta supremacía del Papa sea harto evidente, y que las ventajas que de ella resultan no lo sean menos, puesto que Lutero, Calvino y otros protestantes no pudieron abstenerse de confesar alguna vez la evidencia y excelencia de este sistema.—*Ensayo sobre la supremacía del Papa.*—José Ignacio Moreno.

SÚPLICA Á LA REINA DE LA MISERICORDIA.

Virgen, que el sol mas pura,  
Gloria de los mortales, luz del cielo,  
En quien es la piedad como la alteza,  
Los ojos vuelve al suelo,  
Y mira un miserable en cárcel dura  
Cercado de tinieblas y tristeza,  
Y si mayor bajeza  
No conoce ni igual el juicio humano,  
Que el estado en que estoy por culpa agena;

Con poderosa mano  
Rompe, Reina del cielo, esta cadena.

Virgen, en cuyo seno  
Halló Divinidad digno reposo,  
Do fué el rigor en dulce amor trocado,  
Si blando al riguroso  
Volviste, bien podrás volver sereno  
Un corazon de nubes rodeado :  
Descubre el deseado  
Rostro que admira el cielo, el suelo adora;  
Las nubes huirán, lucirá el día:  
Tu luz, alta Señora,  
Venza esta aciaga y triste noche mia.

Virgen y madre junto,  
De tu Hacedor dichosa engendradora,  
Á cuyos pechos floreció la vida,  
Mira cómo empeora  
Y crece mi dolor mas cada punto,  
Y el odio cunde y la amistad se olvida.  
¿Sino es de tí valida,  
La justicia y verdad que tú engendraste,  
Adónde buscarán seguro amparo?  
Y pues madre eres, baste  
Para contigo el ver mi desamparo.

Virgen del sol vestida,  
De luces eternas coronada,  
Que huellas con divinos piés la luna:  
Envidia emponzoñada,  
Engaño agudo, lengua fementida,  
Ódio cruel, poder sin ley ninguna,  
Me hacen guerra á una.

¿Pues contra un tal ejército maldito  
Cual pobre y desarmado será parte,  
Si tu nombre bendito,  
María, no se muestra por mi parte?

Virgen, por quien vencida  
Llora su perdición la sierpe fiera,  
Su daño eterno, su burlado intento,  
Miran de la ribera  
Seguras muchas gentes mi caída,  
Y el agua-violenta, el flaco aliento,  
Los unos con contento,  
Los otros con espanto: el mas piadoso  
Con lástima la inútil voz fatiga.  
Yo puesto en ti el lloroso  
Rostro, cortando voy la onda enemiga.

Virgen del Padre esposa,  
Dulce madre del Hijo, templo santo

Del inmortal Amor, del hombre escudo,  
No veo sino espanto.  
Si miro la morada, es peligrosa,  
Si la salida, incierta, el favor mudo,  
El enemigo crudo,  
Desnuda la verdad, y formidable  
Con valedores y armas la mentira:  
La vida miserable  
Solo cuando me vuelvo á tí respira.

Virgen, lucero amado,  
En tempestoso mar preclara guia,  
A cuyo dulce rayo calla el viento;  
Mil olas á porfia  
Hunden en el abismo un desarmado  
Leño de vela y remo, que sin tiento  
El húmedo elemento  
Corre: la noche carga, el aire truena,  
Ya por el suelo va, ya al cielo toca,  
Gime la rota antena;  
Socorre antes que embista en dura roca.

Virgen no inficionada  
De la comun mancilla y mal primero,  
Que al humano linaje contamina,  
Bien sabes que en tí espero

Desde mi tierna edad, y si malvada  
Fuerza que me venció ha hecho indina  
De tu guarda divina  
Mi vida pecadora, tu clemencia  
Tanto mostrará mas su bien crecido,  
Cuanto es mas la dolencia,  
Y yo merezco menos ser valido.

Virgen, el dolor fiero  
Añuda ya la lengua, y no consiente  
Que publique la voz cuanto desea;  
Mas oye tú al doliente  
Ánimo que contino á tí vocea.

*Fr. Luis de Leon.*

SUPREMACÍA DE LA CARIDAD. — Á la manera que la rosa es la reina entre las flores, la caridad es la reina entre las virtudes. Tienen á la vez su estimacion y su mérito la violeta, el jazmin, el clavel y la azucena; pero no igualan á la finura, al colorido, suavidad y fragancia de la rosa. Del mismo modo la fé, la esperanza, la humildad, la paciencia y demás virtudes cristianas son adornos y ropajes vistosos del alma santa; pero el último realce, el pri-

mor, la gala y la suprema belleza solamente la dá la caridad y el amor. La fé arranca los montes, enfrena los mares, detiene los cielos: la esperanza toma alas ó de paloma ó de águila y se remonta hasta la esfera del sol, y afecta beber sus resplandores á este astro: la humildad ata las manos á Dios, desarma su diestra vengadora y de leon le convierte en cordero: la paciencia es el yunque de bronce en que dan los duros golpes de las tribulaciones y de las penas; y en fin todas las virtudes tienen un noble y peculiar carácter, que las distingue y las hace dignas de recomendacion y de aprecio. Pero la caridad y el amor descuella entre todas como el ciprés entre los arbustos, como el diamante entre las perlas, como el oro entre los metales. El amor remonta el vuelo más alto, y no para hasta el trono del Altísimo: une á la criatura con el mismo Criador, le enamora, le atrae y le cautiva, y de tal suerte le enlaza y le encadena, que se hace como un solo espíritu, una sola alma, una sola vida y una total transformacion entre estos dos amantes. El amor divino convierte

al hombre en ángel, la carne en espíritu, la tierra en cielo: muda el interior, renueva el corazón, enciende el pecho, ilumina la mente, reedifica la voluntad y ordena todas las potencias. El amor divino es el fuego del santuario, el maná deleitoso, el anillo nupcial, el vestido de boda, la marca de predilección y cariño, y el último toque y refinamiento de las virtudes. No bastan las lenguas de los ángeles á describir la preciosidad de este don, y todo cuanto se diga es inferior á su mérito y excelencia. Las estrellas se diferencian unas de otras por la claridad, y las almas santas se distinguen entre sí por el amor. La que mas ama mas brilla; y si los serafines asisten tan de cerca al trono de la majestad, es porque están abrasados en llamas de caridad.—*Colección de panegiricos originales.*—*Fr. Vicente Hernandez.*



## T

TALENTO DE SAN BERNARDO.—Como el vuelo de luminoso arcángel por regiones tenebrosas; así fué en el siglo XII la refulgente excelsitud del talento de San Bernardo; se levantó cual en los desiertos de Egipto la altísima pirámide; se levantó en alas de la verdadera sabiduría, y se encumbró como águila sublime que desprecia las nubes y se sobrepone y se eleva, y domina desde su altura inaccesible los nublados que encapotan la tierra. Fnelon había dicho: San Bernardo fué un prodigio en un siglo bárbaro; y el sábio Obispo Guillon dice que tambien lo hubiera sido en un siglo ilustrado.—*El talento bajo todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

TEMOR Y AMOR.—Cimientos del edificio espiritual del alma.—*El Incógnito.*

LA TEMPESTAD.

¿Oyes, oyes el ruido  
Del aquilon que en la selva  
Entre los alzados robles  
Con rápidas alas vuela?  
¡Oh! ¡cuál silba! ¡cómo agita  
Las ramas! sus hojas tiernas  
En torbellinos violentos  
Desparce con rabia fiera.  
Una nube le acompaña  
De negro polvo: la niebla  
Se lanza en un mar undoso  
Del cóncavo de las peñas  
Y cubre el cielo. La llama  
Del sol desaparece envuelta  
En caliginosas nubes,  
Y la noche á reinar entra.  
Las aves huyen medrosas:  
De espanto inmóvil se queda  
El tardo buey, y el establo  
Azorado á hallar no acierta.  
Crece el huracan: del trueno

La imperiosa voz resuena,  
Que el Omnipotente anuncia  
À la congojada tierra.  
Ya llega: otra vez horrible  
El trueno la voz aumenta,  
Y los relámpagos hacen  
Del cielo una inmensa hoguera.  
¡Señor! ¡Señor! compasivo  
Mi albergue mira: tu diestra  
No lo aniquile: perdona  
À un sér que te adora y tiembla.  
Tú eres, Señor: te descubro  
Entre el manto de tinieblas,  
Con que misterioso al mundo  
Tu faz y tú gloria velas.  
Tú eres, Señor: poderoso  
Sobre los vientos te llevan  
Tus ángeles: de tu carro  
Retumba la ronca rueda.  
Tu carro es de fuego. El trueno  
El trueno otra vez: se acerca  
El Señor: su trono en medio  
De la tempestad asienta.  
La desolación le sigue;

Y el rayo su voz espera  
Prestas las alas: lo manda;  
Y el monte abrasado humea.  
Arden las nubes: veloces  
Los relámpagos serpean  
Del Eterno en torno. Impíos,  
¡Ay! temblad que Jehová llega.  
Jehová la cóncava nube  
Retumba, las hondas vegas  
Jehová, sonoras responden  
Jehová las altas esferas.  
Despavorido al estruendo  
El libertino despierta;  
Y confundido el ateo  
Su inefable sér confiesa.  
De miedo y horror transidos  
Al Dios que insultaron ruegan  
Temblando; y ante sus iras  
Aniquilarse quisieran.  
Él entretanto imperioso  
Domina: la frente excelsa  
Mueve; la tormenta crece,  
Y los montes titubean.  
Llama al áspero granizo;

Y que anonade le ordena  
De la vid el dulce fruto,  
Y las ricas sementeras.  
Le obedece; y con funesto  
Estrépito se despeña  
Al bajo suelo, y lo tala.  
¡Señor! tus iras modera.  
Mira al labrador que inmóvil  
De espanto la obra contempla  
De tu poder, sus hijos  
Y su esposa le rodean.  
Todos lloran: todos tienden  
A tí las manos, y esperan  
El pan de ti que hoy les robas.  
¡Buen Dios! ¿dó está tu clemencia?  
¿Vienes á asolarnos? ¿vienes  
Á mover al hombre guerra?  
¿No hay un justo que te implore?  
¿Ó á las súplicas te niegas?  
Tú, en quien un padre oficioso  
Hasta el vil insecto encuentra,  
Que á millones de vivientes  
Abres la mano y sustentas;  
¿Olvidas hoy á tus hijos?

¿Ó dejarás que perezca  
Sin pan el pobre? Tus iras  
Ya desarma la inocencia.  
Del justo el humilde ruego  
Prevaleció: Jehová reina  
Sobre el trueno: su alto cetro  
Pasó sobre mi cabeza.  
Ledo pasó: yo asombrado  
No osé alzar la frente. ¡Oh! deja,  
Señor, que humilde en el polvo  
Adore tu providencia,  
Que ya la benigna lluvia  
De tu bendicion recrea  
La árida tierra: ya baja,  
Y blanda el aura refresca.  
Con júbilo la reciben  
Las aves; y en dulces lenguas  
Por el mundo agradecido  
Tu inmensa bondad celebran.  
Pasó el nublado: la mano  
Del Señor la ardiente fuerza  
Del rayo imperiosa calma,  
Y el viento y el trueno arredra.  
Quiérello; y las torvas nubes

Bajo sus pies se congregan:  
Mándalo; y rápidas parten  
De su trono mil centellas.  
Oyónos; y á la montaña  
La tempestad voló presta.  
¿No ois el hórrido estruendo?  
¿Y cuál el bosque se anega?  
Ya, Padre, ya nos indultas;  
Y el iris de paz nos muestras  
En señal de la alianza  
Que has jurado con la tierra.  
Al cielo el Excelso torna:  
Mortales, su omnipotencia  
Cantad; y que el universo  
Un himno á su gloria sea.

*Juan Melendez Valdés.*

TEMPLOS, CASAS DE MISERICORDIA.—No leemos que haya instituido jamás el Señor en la tierra una casa destinada á castigar sus criaturas, y hacer en ella ostentacion de su justicia: pero haciendo alarde de su infinita bondad y elemencia, ha instituido no una sino casi infinitas en donde derramar sus misericordias.

Los templos son estas casas de propiciacion, á los que se pueden aplicar aquellas palabras: *Et crexit cornu salutis nobis*. El templo es el lugar señalado para pedir y alcanzar las misericordias del cielo, remedio en nuestros trabajos, socorro en nuestra pobreza, salud en nuestras enfermedades. Apenas entró Jesucristo en el de Jerusalem (Matth. XXI.) cuando llegó una multitud de ciegos, cojos y enfermos en busca de su remedio, y todos salieron consolados. Despues que el sábio Salomon edificó aquel magnifico templo con inestimables riquezas de oro, plata y piedras preciosas: declaró que no lo habia levantado porque Dios lo necesitase, pues tiene sentado (III. Reg. VIII.) su trono en los cielos, y aun estos no son digno asiento de su infinita majestad; sino para bien y provecho de los hombres, que encontrarian en él el remedio de sus necesidades. «Para que estén, Señor, abiertos vuestros ojos sobre esta casa en el dia y en la noche, en la que dijiste: Mi nombre estará allí: para que oigas en este lugar las oraciones de tu siervo y de tu pueblo Israel: si

»pecase el hombre..... y viniese á la presen-  
»cia de tus altares en esta casa, tú le oirás  
»desde el cielo..... Si el pueblo se viese  
»obligado á huir de sus enemigos..... si el  
»cielo cerrase sus corrientes, y faltasen las  
»aguas á la tierra en castigo de nuestros pe-  
»cados..... en el templo encontrará remedio á  
»todas sus necesidades.»

» Todos engrandecerán y glorificarán á Dios  
en el templo, dijo David: *In templo ejus omnes  
dicent gloriam.* Ved aquí la notable diferencia  
de la casa de Dios á la de los reyes de la  
tierra. En esta muchos dicen alabanzas y es-  
tán contentos con las mercedes que el rey les  
hace; mas no son todos, porque hay tambien  
cárceles en donde gimen, y son atormentados  
los malhechores. En la casa de Dios todos  
tienen motivos para glorificarle; porque en ella  
no se reciben castigos, tormentos ni muerte,  
sino perdon de pecados, doctrina, sacramentos,  
favores y misericordias. Así uno de los mas  
terribles castigos del Señor es quitarnos sus  
templos. Es admirable la amenaza que hizo á  
su pueblo por el profeta Oseas (VIII. 1.)

Le manda que salga á predicar con voz terrible y sonora, diciendo que en castigo de sus maldades ha determinado dar lugar á sus enemigos para que vengan sobre su casa como aves de rapiña, y la talen y destruyan: *Quasi aquila super domum Domini, pro eo quod transgressi sunt fœdus meum et legem meam prævaricati sunt.* Parece que debia venir el castigo de destruccion sobre las casas de los pecadores, y no sobre la de Dios. Pero éste, dice el Señor, es el mayor azote que yo puedo enviarles; porque mi casa es el lugar de su refugio, del perdon de sus pecados, de misericordia y de vida: faltándoles esta, todo les falta. Su entendimiento ya no tendrá donde encontrar la luz, su voluntad el fervor, su alma la salud, sus dolencias la curacion. — *Discursos predicables.* — Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

LOS TEMPLOS DE MARÍA.

Es el templo tu palacio,  
Gran Señora, do te encumbras,

Donde reinas, donde alumbbras  
Mas que en su carro espléndido  
Luce subido el sol.

Donde gracia recuperan  
Pecadores compunjidos,  
Donde justos aflijidos  
Relucen afinándose  
Cual oro en el crisol.

¡Qué solaz, si humilde busca  
Los consuelos de tus aras,  
Das al pobre á quien amparas  
Contra la injusta cólera  
De un favorito Amán!

¡Cuán amable desvaneces  
El dolor de la doncella  
Que apenada se querella,  
Diciendo ser con lágrimas  
Hija del tristo Adan!

¡Cuál te agradas, si el mancebo  
Como flor de la mañana,  
La azucena mas temprana,  
De su candor por símbolo,  
Lleva á tus santos piés!

¡Cuán benigna te complaces

Del suspiro del guerrero,  
Que depuesta espada y fuero,  
Lejos allá en un ángulo  
Arrodillado ves!

¡Qué profusa en bendiciones,  
Si triunfante el soberano  
Va á poner con grata mano  
Diademas, cetros, púrpuras  
En tu adorado altar!

No hay nacion tan venturosa  
Cual tu pueblo, Virgen santa,  
Cuando empieza en gloria tanta  
Llenando las basílicas  
Tu nombre á celebrar.

*Canciones á la Virgen nuestra Señora.—P.  
Ramon Garcia.*

TENTACION.—Dicen los Santos que quiere el Señor que seamos tentados, para probar la virtud de cada uno; así como con los vientos y tempestades se vé si el árbol ha echado buenas raices, y el valor y fortaleza del caballero y buen soldado no se echa de ver en tiempo de paz, sino de guerra en los encuen-

tros y peleas; así la virtud y fortaleza del siervo de Dios no se echa de ver cuando hay devoción y sosiego, sino cuando hay tentaciones y trabajos. San Ambrosio sobre aquellas palabras (Serm. 8; sup. Ps. CXVIII, 60.) *Paratus sum et non sum turbatus; ut custodiam mandata tua*; dice que así como es mejor piloto y digno de mayor loa el que sabe y tiene industria para gobernar la nave en tiempo que hay tempestades y borrascas, cuando la nave unas veces parece que se vá á fondo, otras con las olas se levanta hasta el cielo, que el que la rije y gobierna en tiempo de tranquilidad y bonanza; así tambien es digno de mayor loa el que se sabe regir y gobernar en tiempo de tentaciones, de tal manera que ni con la prosperidad se levanta ni ensoberbece, ni con las adversidades y trabajos se amilana y desmaya, sino que puede decir siempre con el profeta (Ps. CXVIII, 60.) *Paratus sum, et non sum turbatus*. Dispuesto y preparado estoy para eso y esotro, pues para esto envia Dios las tentaciones, como hizo con los hijos de Israel, dejándoles aquellas gentes enemigas y contra-

rias (Judic. III, 4.) *Ut in ipsis experiretur Israe-lem, utrum audiret mandata Domini, quæ præceperat patribus eorum per manum Moysi, an non.* Para probar la constancia y firmeza que tenían en su amor y servicio. Y el Apóstol San Pablo dice (I. Cor. XI, 19.) *Oportet et hæreses esse, ut et qui probati sunt, manifesti fiant in vobis.* Es menester que haya herejías, para que se conozcan los buenos y los que prueban bien (Sap. III, 5.) *Quoniam Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se.* Las tentaciones son los golpes con que se descubre la fineza del metal, y la piedra de toque con que prueba Dios á los amigos, entonces se echa de ver lo que hay en cada uno.

Así como acá los hombres se huelgan de tener amigos probados, así tambien Dios, y por eso los prueba (Eccli. XXVII, 6.) *Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis, dice el sábio: Et sicut igne probatur argentum, et aurum camino: ita corda probat Dominus* (Prov. XVII, 3.) Como los vasos se prueban en el horno, y la plata y oro con el fuego ; así los justos se prueban con la tenta-

cion. Dice San Gerónimo: Cuando la masa está ardiendo en el fuego, no se echa de ver si es oro, ó plata, ú otro metal, porque todo está entonces de un color, todo parece fuego. Así en tiempo de consolacion, cuando hay fervor y devocion, no se echa de ver lo que es uno, todo parece fuego: pero sacad la masa del fuego, dejadla enfriar y vereis lo que es. Dejad pasar aquel fervor y consuelo, venga el trabajo y la tentacion, y entonces se echará de ver lo que es cada uno. Cuando uno en tiempo de paz sigue la virtud, no se sabe si aquello es virtud, ó si nace de su natural bueno, ó de gusto particular que tiene en aquel ejercicio, ó de no haber otra cosa que le lleve; pero el que combatido de la tentacion persevera, ese bien muestra que lo hace por virtud, y por el amor que tiene á Dios.

Sirve tambien la tentacion de purificar mas á uno (Ps. LXV, 10.) *Ignem nos examinasti, sicut examinatur argentum.* Así como el artifice purifica la plata y el oro con el fuego, y le quita toda la escoria; así el Señor quiere purificar á sus escogidos con la tentacion, para

que así queden mas agradables á su divina Majestad (Zacar. XIII, 9, Isai. I, 25.) *Uram eos sicut uritur argentum, et probabo eos, sicut probatur aurum. Et excoquam ad purum scoriám tuam, et auferam omne stannum tuum.* Dice Dios por Zacarias y por Isaias. Eso obra la tentacion en los justos, va consumiendo y gastando en ellos el orin de los vicios, y el amor de las cosas del mundo y de sí mismos, y hace que queden mas acendrados y purificados. Verdad es, dice San Agustin, que no todos sacan este fruto de las tentaciones, sino solamente los buenos. Hay unas cosas que puestas al fuego se ablandan y derriten, como la cera, otras hay que se paran mas duras, como el barro.

Así los buenos, con el fuego de la tentacion y del trabajo, se paran tiernos conociéndose y humillándose; pero los malos quedan mas duros y obstinados, como vemos que de los dos ladrones en cruz el uno se convirtió, y el otro blasfemó; y así dice San Agustin: *Tentatio ignis est, in quo aurum rutilat; palea consumitur, justus perficitur, peccator misere perit.* La

tentacion es fuego, con el cual el oro queda mas resplandeciente, y la paja consumida; el justo queda mas puro y mas perfecto, y el malo mas perdido. *Tempesta est, ex qua hic emergit, ille suffocatur.* Es una tempestad, de la cual el justo escapa, y el malo queda anegado. Los hijos de Israel hallaron camino por las aguas (Exod. XIV.) y las mismas aguas les servian de muro á la diestra y á la siniestra; pero los egipcios quedaron hundidos y anegados en las mismas aguas.

San Cipriano (Lib. de Exort. Marty.) trae esta razon para animarnos á los trabajos y persecuciones, y persuadirnos que no las temamos porque la Escritura divina nos enseña, que antes con eso crecen y se multiplican los siervos de Dios, como dice de los hijos de Israel; cuanto mas eran oprimidos y acosados de los egipcios, tanto mas crecian y se multiplicaban. Y del arca de Noé dice: *Et multiplicatæ sunt aquæ, et elevaverunt arcam in sublime.* Multiplicáronse las aguas del diluvio y levantaron el arca sobre los montes de Armenia. Así las aguas de las tentaciones y tra-

bajos levantan y perfeccionan mucho un alma; y si vos no quedais mas purificado con la tentacion, será porque no sois oro, sino paja, y por eso quedais negro y feo. Gerson dice (Demistica Teolog. pract. confid. vel indust. art. 6.) que así como el mar con las borrascas y tempestades desecha de sí las inmundicias que ha recogido, y queda limpio y purificado; así la mar espiritual de nuestra alma con las tentaciones y trabajos queda limpia y purificada de las inmundicias é imperfecciones, que con la demasiada paz y tranquilidad suele recoger, y para eso las envia Dios.

Mas, así como el buen labrador poda la vid, para que dé mas fruto; así, dicen los Santos, Dios nuestro Señor que se compara en el Evangelio al labrador, poda sus vides, que son sus escogidos, para que fructifiquen mas (Joan. XV, 2.) *Omnem palmitem, qui fert fructum, purgavit eum, ut fructum plus afferat.*

Mas, con que se confirma lo pasado. La tentacion hace que se arraigue mas en el alma la virtud contraria. Dice el Santo Abad

Nilo : *Plantas enutriunt venti, et tentatio confirmat animæ fortitudinem.* Así como los vientos, hielos y tempestades hacen que las plantas y árboles se arraiguen mas en la tierra, así las tentaciones hacen que se arraiguen mas en el alma las virtudes contrarias. Y así declaran los Santos aquello de San Pablo (II. Cor. XII, 9.) *Virtus in infirmitate perficitur : id est stabilitur, fundatur, stabilis declaratur.* Como cuando otro impugna una verdad que vos defendeis, mientras mas razones y mas argumentos trae para impugnarla, mas razones buscáis vos para defenderla y confirmarla ; y con eso, y con ver que respondeis y satisfacéis á los argumentos contrarios, os vais mas confirmando en ella ; así tambien el siervo de Dios, mientras mas tentaciones le trae el demonio, para contrastar la virtud, mas motivos y razones busca él para conservarla y resistir á la tentacion ; y entonces hace nuevos propósitos y se ejercita mas en actos de aquella virtud, con lo cual ella se arraiga, fortifica y crece mas. Y así dicen muy bien, que la tentacion obra en el alma lo que los golpes en el

yunque, que la endurecen mas, y hacen mas sólida y fuerte.

Fuera de esto que va por el camino ordinario, dice San Buenaventura (Proces. 4. Relig. cap. 15.) que suele Dios nuestro Señor consolar y premiar extraordinariamente á los que han sido muy tentados de algun vicio, y mostrándose fieles en la tentacion, dándoles con ventaja y excelencia grande la virtud contraria, como cuenta San Gregorio de San Benito, que porque resistió varonilmente á una tentacion vehemente de carne, echándose desnudo entre unos abrojos y espinas, le dió el Señor tanta perfeccion en la castidad, que de ahí adelante nunca mas sintió tentaciones deshonestas. Lo mismo leemos de Santo Tomás de Aquino, cuando con un tizon de fuego hizo huir á una mujer que le venia á solicitar; envióle Dios luego dos ángeles que le ciñeron en señal que le concedia el don de perpétua castidad. De la misma manera dice San Buenaventura, que á los que son tentados de la fé, y con tentaciones de blasfemia, suele el Señor dar despues una claridad é ilustracion grande en eso,

y un muy encendido amor de Dios, y así de otras tentaciones. Y trae á este propósito aquello de Isaías (XIV. 2.) *Et erunt capientes eos, qui se ceperant, et subjicient exactores suos:* cogerán y sujetarán á los que los querian coger y sujetar; esta es una cosa que consuela mucho en las tentaciones. Consolaos y animaos á pelear, hermano mio, que quiere el Señor arraigar en vos con eso la virtud contraria, quiere daros una castidad angélica. Salióle á Sanson (Judic. XIV. 6. et 8.) un leon al encuentro, y él acometióle y matóle, y despues halló en él un panal de miel. Así aunque la tentacion al principio os parezca leon, no la temais, sino acometedla y vencedla, y vereis cómo hallareis despues en eso mismo una dulzura y suavidad muy grande.

De aqui se entenderá que tambien al contrario, cuando uno se deja llevar de la tentacion y condesciende con ella, crecerá el vicio con sus propios actos y juntamente la tentacion y será mas fuerte de ahí adelante, porque está mas arraigado el vicio y mas enseñoreado de él. Y lo nota San Agustin (Lib.

7. confes. cap. 5.) *Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est.* Dice el profeta Jeremías, porque pecó quedó mas instable é inconstante, y mas flaca para tornar á caer. Que es lo que dijo tambien el sábio: *Et peccator adjiciet ad peccandum.* (Eccli. III. 29.) Este es un aviso muy importante para los que son combatidos de tentaciones, porque á algunos suele engañar y cegar el demonio, haciéndoles creer que satisfagan á su tentacion y que así cesará, el cual es un engaño muy grande; antes si cumplis con la tentacion se arraigará mas y crecerá mas la pasion y apetito, y tendrá de ahí adelante mayores fuerzas y mayor señorío sobre vos, y os tornará á derribar mas fácilmente otra y otra vez.

Dicen muy bien que es esto como la hidropesía, que mientras mas bebe el hidrópico, mas sed tiene. Y como el avariento, que mientras mas tiene, mas crece la codicia de tener: *Crescit amor nummi, quantum ipsa pecunia crescit.* Así es acá. Tened entendido, que cuando os dejais llevar de la tentacion y

condescendeis con ella, crece ella tantos quilates, y vos perdeis otros tantos de fortaleza, y así quedais mas sujeto para tornar á caer mas fácilmente, y cuando resistís y os haceis fuerza, no condescendiendo con ella, crece la virtud y fortaleza en vos otros tantos quilates. Y así, el medio para alcanzar victoria contra las tentaciones y malas inclinaciones, y quedar quieto y sosegado, es no condescender con ellas ni dejar que salgan jamás con la suya; porque de esa manera poco á poco, con el favor del Señor, va perdiendo la fuerza la tentacion y la pasion, hasta no dar molestia ni pesadumbre ninguna; lo cual nos deberia animar mucho á resistir con valor las tentaciones. — *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.* — *Ven. P. Alonso Rodriguez.*

TENTADOR (EL). — El espiritu del infierno no duerme, no sosiega, no descansa, no proyecta mas que nuestra ruina; nos embiste, nos combate, nos ataca sin cesar: es muy cierto todo esto; pero tambien lo es que todos sus tiros, sus golpes y sus ataques no pasan de una mera sugestion; puede tentar la vo-

luntad; pero no puede rendirla; puede instigar al desórden; pero no puede pasar á perpetrarle; está atado como perro á la cadena de la permision de Dios, y no se le permite mas que ladrar y hacer ruido desde lejos. Si un enemigo vuestro os persuadiera con seriedad que os precipitárais de la cumbre de un monte; ¿os haria mucha impresion semejante propuesta? Si pasado algun tiempo os volviese con la misma demanda; ¿lograria algun efecto esta loca repeticion? Y si continuára importuno la misma cantinela, ¿no mereceria un alto desprecio tal género de locura? Pues el demonio no hace otra cosa: á todos intenta precipitar desde el pináculo del templo, como le decia al Salvador: *Mitte te deorsum*: tírate de arriba abajo; pero esto solo es de palabra, á nadie fuerza, á nadie impele ni violenta.

Luego el que peca, peca porque quiere, no porque el demonio le hace pecar. Sabemos que es espíritu de mentira, y con todo le creemos; luego caemos porque gustamos de ser engañados. El demonio presenta la yesca de la tentacion, y el hombre le dá fuego

con el consentimiento. — *Coleccion de panegiricos originales.* — *Fr. Vicente Hernandez.*

TEODICEA. — Es la ciencia que trata de Dios en cuanto puede ser conocido por la razon natural. — *Metafisica.* — *Jaime Balmes.*

TÉRMINO DE LA VIDA DEL JUSTO. — La felicidad eterna. — *El Incógnito.*

TERRIBILIDAD DEL DIA DEL JUICIO. — ¿Qué hombre habrá tan duro que no se estremezca, no se conmueva y entre en sí mismo lleno de espanto y de terror con la memoria de este dia? Dia en que se oscurecerá el sol, la luna no dará su luz, y las estrellas caerán desplomadas desde el cielo, y confundirán la tierra. Dia llamado en la Escritura de tinieblas y de horror: (Amós V. 30.) *Dies caliginis et tenebrarum*; porque todo será horror y asombro para el infeliz pecador, que no tendrá adonde refugiarse ni volver los ojos. ¿Cuál seria, dice el Profeta, la confusion y desconsuelo del que, huyendo de un leon que quiere devorarle, se encontrare con un oso lleno de rabia y de furor, y pretendiendo subir una pared para librarse de esta fiera, pusiese la mano en una serpiente

que le clavase con su terrible y envenenado diente? Pues esta será la suerte del pecador, que á cualquiera parte donde vuelva los ojos en aquel dia encontrará dispuestos á devorarle los fieros instrumentos de la justicia vengadora de Dios. La Sagrada Escritura representando, dice San Crisóstomo, este terrible dia, asegura que los cielos se derretirán en su presencia, que se aniquilarán los montes, que las piedras de mayor dureza se desharán como humo, y que los mares se secarán: (Miqueas I). *Audite populi. Ecce Dominus egredietur de loco suo, et descendet, et consumentur montes subtus eum, valles scindentur sicut cera á facie ignis.* Vendrá, dice Naum profeta (I.), el Dios de las venganzas lleno de furor contra sus enemigos: *Dominus in tempestate, et turbine, increpans mare et exsiccans illud: infirmatus est Basan et Carmelus; montes commoti sunt ab eo, et colles desolati sunt, et contremuit terra á facie ejus.* Si las piedras, los montes, el mar, la tierra toda, y los mismos cielos se estremecen, se acaban de terror y espanto, ¿qué hará el hombre flaco, débil y

contra quien principalmente se dirigen los terribles y majestuosos aparatos de aquel dia? *Quis poterit cogitare diem adventus ejus? aut quis stabit ad videndum eum?* Un David acostumbrado á pelear y vencer á los leones, con solo la vista de un ángel que se le presenta con una espada en la mano, se acobarda y desfallece, ¿cómo podrá el hombre resistir la vista de su Dios en aquel dia, en que ha de venir con una imponderable grandeza y majestad, anunciada por todas las criaturas con las señales mas terribles y espantosas?—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

TESORO ESCONDIDO EN LAS TRIBULACIONES.— Este es el gran talento, que ha dado el Señor á sus siervos para negociar en su salud. Cuando leo, decia el P. San Juan Crisóstomo, la parábola del Señor que llamó á todos sus criados, y les dió talentos con que negociasen, encuentro muchas dificultades para percibirla. Muchos pueden quejarse de que no han tenido parte en esta importante distribucion: carecen de hacienda con que socorrer al pobre, de ro-

bustez para ayunar, de tiempo para trabajar. Parece que no tienen medio alguno para adelantar con fruto en esta negociacion tan honrosa y necesaria. Mas ah! dice el Santo, si eres pobre, si enfermo, si oprimido de ocupaciones y trabajos; tu pobreza, tu enfermedad y tus trabajos son los preciosos talentos que el Señor te ha dado, y con los que puedes negociar bienes infinitos.

Toda esta importantísima doctrina cifró el Señor en la respuesta que dió á sus discípulos cuando le representaban la peligrosa enfermedad de su amigo Lázaro. Esta enfermedad, les dice (Joan. XI, 4) no es para muerte, sino para gloria de Dios y su provecho. Se podría al parecer reconvenir al Señor con este falso consuelo, que dá á las afligidas hermanas de su amigo. ¿Sois por ventura, Señor, como los vamos consoladores del mundo, que ocultan sus verdaderos sentimientos por ostentar una ridícula compasion que al fin cede en grave perjuicio del afligido? ¿Ó como aquellos falsos consoladores de Jerusalem, que la pretendian animar en aquellas terribles persecuciones que

suscitaba contra ella el Señor en pena de sus ingratitudes, y asegurándola en una vana confianza la precipitaban á su ruina? *Prophetæ tui viderunt tibi falsa, et stulta, nec aperiebant iniquitatem tuam, ut te ad pœnitentiam provocarent?* (Jerem. Thren. II, 14.) Mas apartemos de nosotros unas ideas tan injuriosas á la justísima é infinita bondad de Jesucristo. *Infirmitas hæc non est ad mortem*: quiere decir el Señor, esta enfermedad no tiene por objeto la muerte de Lázaro sino mi glorificacion y su provecho; le allijo para que conozca mi providencia, y adore mis misericordias: le envio al sepulero para sacarle de él con grande gloria de mi nombre y utilidad de su alma.

À esta manera pudiera decirnos, segun el Crisóstomo, no mandé á Abraham que degollase á su hijo para su mal sino para que asegurase en su generacion mis bendiciones: no ordené la venta y prision de José para su daño, sino para su exaltacion y gloria: no dispuse que una ballena sepultase en su seno á Jonás para su ruina, sino para que reconocido me sirviese con pronta obediencia y fuese capaz de

librar con su ejemplo y predicacion á los Ninitivas de mi justa indignacion.—*Discursos predicables.*—Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.

TÍTULO PRIMERO QUE AL APLAUSO DE LOS CATÓLICOS ADQUIRIÓ DONOSO CORTÉS.—Íbase cada vez con mayor furia desatando por Europa el huracan revolucionario de Febrero. Con su instinto funestamente perspicaz para conocer á sus mas terribles adversarios, el génio de la destruccion habia tendido sus negras alas sobre la ciudad eterna, haciendo allí alarde mas espantoso de sus fuerzas, y dando muestra mas cumplida de su designio; como si quisiera, en la patria inmortal de los Césares y de los Pontífices, extinguir de un solo golpe el supremo asiento, en la tierra, de la autoridad divina, y el alcázar sagrado en que reposan, como en su eterno asilo, todos los principios tutelares de la autoridad humana. En nombre de la libertad, se habia salpicado la silla de San Pedro con sangre derramada por brutales asesinos. Donoso juzgó entonces llegado el momento de desplegar su bandera, de entrar

en la gran liza, armado de todas armas, y de escoger un palenque donde le oyera el mundo.

Rara vez es concedido al hombre medir la grandeza de su triunfo por la grandeza de su propósito; pero Donoso, en aquella ocasion no iba á combatir en nombre de ningun interés humano. Él pudo con entera confianza ex-ciamar « *Exurge, Domine, et judica causam tuam* » y cuando su recta intencion le hubo asegurado del auxilio divino, levantó aquel acento inspirado, que el Congreso oyó con aquel entusiasmo indecible en la memorable sesion del 4 de Enero de 1849. La Asamblea pudo aquel dia reconocer en el orador perfecta ya la última fase de las que naturalmente debia recorrer el que dirigiéndola por primera vez la palabra en Marzo de 1838, osó ya hablarla de la intervencion de Dios en los acontecimientos humanos; el que hablándola otras veces en los cinco años anteriores, la habia pedido respeto á las instituciones tradicionales de nuestros mayores, y proteccion para la ultrajada religion de nuestros padres. Era el mismo que ya venia á decirla: es preciso que

escojais, y que escojais pronto, entre la voluntad de Dios, ó la voluntad del hombre; entre el derecho divino, y el derecho humano; entre la doctrina de la Iglesia, y las proclamas de la lógia; entre la libertad que nos dá Jesucristo á precio de su sangre, y el bárbaro desenfreno de los demagogos impíos: entre mi catolicismo, que lleva en su seno inmortal la verdad y el bien, y vuestro eclecticismo religioso, filosófico y político, que creyendo por medio de arbitrarias combinaciones, defender lo que se debe á la libertad de los pueblos, á la razon del hombre y á la majestad de Dios, va dejando á los pueblos sin libertad, al hombre sin razon, y á Dios sin altares.

No hay para qué analizar aquel discurso: cuantos pueden entenderlo, de seguro lo recuerdan: la Europa lo sabe; el mundo católico lo ha visto traducido en todos los idiomas cultos, y ha oido las alabanzas que en todas partes se le han tributado. — *Noticia biográfica que precede á las obras de D. Juan Donoso Cortés.* — *Gavino Tejado.*

TOLERANCIA RELIGIOSA. — Es la creencia de

que todas las religiones son verdaderas, lo que bien explicado significa que no hay ninguna que lo sea: pues que no es posible que cosas contradictorias sean verdaderas al mismo tiempo. — *El protestantismo comparado con el catolicismo.*—*Jaime Balmes.*

TOMÁS DE AQUINO (SANTO).—A principios del siglo XII estaba tan adelantado el mal que no era liviana empresa el tratar de remediarlo; y no es fácil atinar á qué extremo habrían llegado las cosas, y los males que en diferentes sentidos hubieran sobrevenido, si la Providencia que no descuida jamás el orden físico ni el moral del universo, no hubiera hecho nacer un génio extraordinario, que levantándose á inmensa altura sobre los hombres de su siglo, desembrollase aquel caos; y cerceñando, añadiendo, ilustrando, clasificando sacase de aquella indigesta mole un cuerpo de verdadera ciencia.

Los versados en la historia científica de aquellos tiempos no tendrán dificultad en conocer que hablo de Santo Tomás de Aquino; á quien es menester contemplar desde el punto

de vista indicado, si queremos comprender toda la extension de su mérito. Siendo este doctor uno de los entendimientos mas claros, mas vastos y penetrantes con que puede honrarse el linaje humano, parece á veces que estuvo como mal colocado en el siglo XIII; y como que uno se duele de que no viviera en los posteriores, para disputar la palma á los hombres mas ilustres de que puede gloriarse la Europa moderna. Sin embargo, cuando se reflexiona mas profundamente, se descubre ser tanta la extension del beneficio dispensado por él al humano entendimiento, se conoce tan á las claras la oportunidad de que apareciese en la época en que apareció, que el observador no puede menos de admirar los profundos designios de la Providencia.

¿Qué era la filosofía de su tiempo? La dialéctica, la metafísica, la moral, ¿adónde hubieran ido á parar, en medio de la torpe mezcla de filosofía griega, filosofía árabe é ideas cristianas? Ya hemos visto lo que de sí empezaban á dar tan extrañas combinaciones, favorecidas por la grosera ignorancia que no permitia

distinguir la verdadera naturaleza de las cosas, y fomentadas por el orgullo que pretendia saberlo ya todo; y sin embargo, el mal solo estaba en sus principios; á medida que se hubiera desarrollado, habria ofrecido síntomas mas alarmantes. Afortunadamente se presentó ese grande hombre, de un solo empuje hizo avanzar la ciencia en dos ó tres siglos; y ya que no pudo evitar el mal, al menos lo remedió: porque alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, se constituyó como un centro de un gran sistema, alrededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos; reprimiendo de esta manera un sin número de extravíos que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables. Halló las escuelas en la mas completa anarquía, y él estableció la dictadura. Dictadura sublime de que fué investido por su entendimiento de ángel, embellecido y realzado con su santidad eminente. Así comprendo la misión de Santo Tomás, así la comprenderán cuantos se hayan ocupado en el estudio de sus

obras, no contentándose con la rápida lectura de un artículo biográfico.

Y este hombre era católico, y es venerado sobre los altares en la Iglesia Católica, y sin embargo su mente no se halló embarazada por la autoridad en materias de fé, y su espíritu campeó libremente por todos los ramos del saber, reuniendo tal extension y profundidad de conocimientos que parece un verdadero portento, atendida la época en que vivió. Y es de advertir, que en Santo Tomás, á pesar de ser su método tan escolástico, se nota no obstante lo mismo que hemos hecho observar ya con respecto á los escritores católicos que mas se distinguieron en aquellos siglos. Raciocina mucho, pero se conoce que desconfía de la razon, con aquella desconfianza cuerda, que es señal inequívoca de verdadera sabiduría. Emplea las doctrinas de Aristóteles, pero se advierte que se hubiera valido menos de ellas, y se habria ocupado mas en el análisis de los Santos Padres, si no hubiera seguido su idea capital que era hacer servir para la defensa de la religion la filosofía de su tiempo.

Más no se crea por esto que su metafísica y su filosofía moral, sean un farrago de cavilaciones inexplicables, cual parece debiera prometerlo su época; no: y quien así lo creyera manifestaría haber gastado pocas horas en su estudio. Por lo que toca á metafísica, no puede negarse que se conoce cuáles eran las opiniones á la sazón dominantes; pero también es cierto que se encuentran á cada paso en sus obras trozos tan luminosos sobre los puntos más complicados de ideología, ontología, cosmología y psicología que parece que estamos oyendo á un filósofo que escribiera después que las ciencias han hecho los mayores adelantos.

Ya hemos visto cuáles eran sus ideas en materias políticas; y si menester fuese, y lo consintiera la naturaleza del escrito, podría presentar aquí muchos trozos de su tratado de leyes y de justicia, donde se nota tanta solidez de principios, tanta elevación de miras, un tan profundo conocimiento del objeto de la sociedad, sin olvidar la dignidad del hombre, que no asentarían mal en las mejores obras

de legislacion que se han escrito en los tiempos modernos. Sus tratados sobre las virtudes y vicios en general y en particular, agotan la materia; y bien se podría emplazar á todos los escritores que le han sucedido, para que nos presentasen una sola idea de alguna importancia, que no estuviese allí desenvuelta, ó euando menos indicada.

Sobre todo, lo que se repara en sus obras, y esto es altamente conforme al espíritu del catolicismo, es una moderacion, una templanza en la exposicion de las doctrinas, que si la hubiesen imitado todos los escritores, á buen seguro que el campo de las ciencias se hubie-  
ra parecido á una academia de verdaderos sábios, y no á una ensangrentada palestra donde combatian encarnizadamente furibundos campeones. Basta decir que es tanta su modestia, que no recuerda un solo hecho de su vida privada ni pública; allí no se oye mas que la palabra de la inteligencia, que va desenvolviendo sosegadamente sus tesoros; pero el hombre, con sus glorias, con sus adversidades, con sus trabajos, y todas esas vanidades con

que nos fatigan generalmente otros escritores, todo esto allí desaparece, nada se ve.—*El protestantismo comparado con el catolicismo.*—*Jaime Balmes.*

TRABAJOS.—Aflige el Señor á su Santísima Madre porque la ama: por no defraudarla del mérito de la paciencia, y de la gloria del martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitacion de Cristo, y del premio de los trabajos; que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie pues infame los trabajos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios cuando se viere atribulado; pues la mas amada y mas favorecida de todas las criaturas, fué la mas lastimada y afligida de todas.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

TRADICION.—La idea que nos dá la Iglesia Católica acerca de la Tradicion, es la siguiente segun el Concilio de Trento: llamamos *Tradicion* á lo que los Apóstoles oyeron de boca del mismo Cristo, ó dictándolo el Espiritu Santo, no para escribirlo, sino para entregarlo como de mano en mano á sus Sucesores, á fin

de que estos lo conserven y trasmitan. Por cuya razon añade el Santo Concilio, recibimos, y veneramos con igual afecto de piedad una y otra palabra de Dios, la *escrita* y la *verbal*, la transmitida, la entregada.

¿No es esto cabal, y testualmente lo que dice la Escritura? ¿No distingue el Apóstol una y otra palabra de Dios escrita y no escrita bajo la expresion *Tradiciones*, que menciona *aprendidas, ya por la palabra, ya por escrito?* ¿No recomienda tambien que las *conserven?* Es pues un hecho que la *Tradicion* está consignada en la Sagrada Escritura, segun la idea que de ella tiene la Iglesia Católica. *Tenete TRADITIONES quas didicistis sive per SERMONEM, sive per EPISTOLAS, (2. ad Thess. 2.)*

Mas todavía: al recibir y venerar la Iglesia Católica con igual afecto de piedad la palabra de Dios, ya *escrita*, ya *verbal*, no ha hecho mas que entender á la letra, y como pudiera traducirlas un gramático, las palabras del Apóstol, que amonestando á los Tesalonicenses, les encarga igual respeto, la misma veneracion, é idéntico acatamiento hácia las tradiciones ver-

bales, que hácia las escritas, como si les dijera: *Me habeis oido, y os he escrito.....* pues conservad lo mismo mis palabras que mis cartas. ¿Puede darse una interpretacion mas natural, una explicacion mas exacta, una traduccion mas conforme á la letra?

Ahora bien: si existe la palabra de Dios no escrita; si de ello dá testimonio el único tribunal que respetan los protestantes; si la Iglesia Católica siente acerca de la *Tradicion*, como enseñan las Escrituras; si el Concilio de Trento ha dado á las palabras del Apóstol su mas propio y genuino sentido; resulta con evidencia que la *Tradicion* verdadera es la que de unos en otros viene trasmitiéndose en la Iglesia Católica y de la cual son perennes testigos los Santos Padres; resulta igualmente que toda otra comunión, llámese cristiana, apostólica, reformada, puritana ó como le agrade, siempre que deseche la *Tradicion*, no es el verdadero intérprete de la Escritura; y resulta en último análisis que únicamente la Iglesia Católica es la depositaria de la palabra de Dios escrita y tradicional, como es la depositaria de

la fé y la columna y firmamento de la verdad.  
—*Manual del seminarista.*—*Antolin Monescillo.*

TRANSFERENCIA ABUSIVA DEL PODER ESPIRITUAL.

—Todo hereje detesta la potestad de la Iglesia que le condena, y suscita contra ella un rival poderoso en los príncipes seculares, á quienes la transfiere á título de hallar en ellos la proteccion y apoyo de sus errores. La dádiva, cuanto tiene de liberal y gratuita, otro tanto es gustosa y lisonjera. El mas grande rey ó potentado cree poder poco si no gobierna tambien lo sagrado, es decir, si no obra en una escala mas elevada, y aun negada á su puesto: esta es una especie de apoteosis, que les hace gustar una dulce ilusion muy semejante á aquella con que se entretenia uno de los emperadores paganos á punto de morir; *ut puto, Deus fio*. No faltan sofismas para darle un colorido de justa y racional á sus ojos; la razon de estado, la espiritualidad de la religion y del sacerdocio, la exterioridad de la disciplina y su influencia en la sociedad, el derecho de la real proteccion, son argumentos con que

se atrinchera el interés, así de los que minan la autoridad eclesiástica desquiciándola para ponerla en manos donde saben ellos que es nula, ó que no puede obrar sino destruyendo, como de los que se persuaden que con la accesion de este poder fantástico crece su propia autoridad y grandeza; y es bien sabido que el interés casi siempre sobrenada entre los hombres á la verdad. Los príncipes por otra parte se afanan poco por buscarla, y creen por lo comun muy fundado todo lo que ensancha su despotismo y puede enriquecer su erario.— *Ensayo sobre la supremacia del Papa.*— José Ignacio Moreno.

TRANSFIGURACION DEL SEÑOR.—¡Qué admirable se ha manifestado siempre la divina sabiduría, oponiéndose y venciendo gloriosamente la maliciosa astucia del demonio! Si con diligente osadía llevó á Jesucristo á lo alto de un monte, y desde él le manifestó todas las galas, riquezas y hermosura de los reinos de la tierra, prometiéndoselas en premio de una servil adoracion; el Maestro de la divina sabiduría lleva hoy á los suyos á lo alto de otro dichoso mon-

te, en el que les muestra las grandezas y glorias del reino de la inmortalidad, prometiéndolas á quien le adorase y sirviese. Verdaderamente se puede llamar con San Pablo (II, Cor. IV) el Evangelio que trata de la gloriosa transfiguracion, *el Evangelio de Jesucristo*; pues en él se representa victorioso de la malicia del demonio, vestido de gloria y hermosura, con tan brillante resplandor que á su vista se oscurece el sol, y rebosando á sus vestidos la gala de su glorioso cuerpo, quedan lucidos, blancos y luminosos como el mismo sol. ¡Oh qué hermosura tan extraña! ¡qué belleza tan inexplicable! Considerándola el Profeta (Ps. CIII) muchos siglos antes, á su propia alma le habla de esta suerte: «Bendice, alma mia, á mi Señor. Mi Dios y Señor se ha engrandecido en gran manera. Ha vestido la confesion y el decoro, ha tomado la luz por vestidura. Ha extendido el cielo como se extiende la piel.» Misteriosas palabras, que descubren el singular favor que hace hoy Jesucristo á sus discípulos manifestándoles la gloria, que ocultaba en su

cuerpo mortal y pasible. Hoy llama á sus amigos, los separa á un alto monte, y allí desenrolla el velo de su humanidad, y les descubre alguna parte de la gloria de su alma. ¡Oh qué hermosura!

Y ¡Cuán justo será que hoy se lleven nuestros ojos la gloria y belleza de Jesús! En ella se nos manifiesta la del Eterno Padre que habita en un trono de resplandores y de luces. ¡Qué gallardía! ¡qué hermosura! ¡qué majestad! El divino Sol que todo lo alumbraba y alegra, que todo lo llena de la gloria de Dios, entra hoy en el cielo, de donde hace descender al Padre en la voz que le declara y reconoce, y al Espíritu Santo en una nube luminosa. Penetra al limbo, y saca de él á Moisés. Entra en el paraíso terrenal, y trae á un afortunado Profeta. Mira á la tierra, y elige á nombre de todos los estados tres amados Apóstoles: *Sol super omnia respexit, et gloria Domini* (Eccli. XLII, 16.) *plenum est opus ejus.* ¡Obra grande! ¡Obra maravillosa llena de la grandeza y gloria de Dios! El Señor conforte nuestra vista y dé luz

á nuestras almas para contemplarla dignamente.

Este fué el gran dia, en que el Señor quiso manifestar á sus discípulos las grandes riquezas y gloria, que poseia y ocultaba bajo los aparentes velos de una humanidad pasible y miserable: *Erit quasi vir*, dijo Isaias (XXXII.) *abscondens sermones suos*. Será un varon lleno de bienes y riquezas; pero todo lo ocultará con gran cuidado. Ocultará su divinidad en nuestra carne, su gloria en nuestras penas, su riqueza en nuestra miseria, su eternidad en nuestra inconstancia. Será un Dios verdaderamente escondido (Isai. XLV, 15.) ¿Hubo jamás rico mas poderoso, Señor mas glorioso y lleno de dignidad y grandeza? ¿Pero quién mas pobre? ¿Quién mas enfermo? ¿Quién mas desamparado, abatido, y lleno de miserias? Ved aquí el gran misterio de Jesucristo: allá dentro, toda la gloria del cielo; acá fuera, todas las penas de la tierra: dentro, toda la inmortal bienaventuranza de Dios; fuera, toda la mortalidad del hombre. Pues hoy quiere correr estos mortales y miserables velos: y como

quien suelta la presa que contiene las corrientes impetuosas de un río, dá entera libertad á la inagotable corriente de luz y de gloria que oculta su humanidad, y rebosando al cuerpo, lo deja hermoso y resplandeciente como el sol. «¿Quién podrá, habia dicho al santo Job (XXXVIII) el Señor, envolver el mar entre pañales, y oprimirle en tal manera que ni aun los débiles lienzos que le ligan participen de su humedad?» Esta es la grande obra de la divina omnipotencia en la encarnacion del Verbo. El mar inagotable de gloria, en que se baña el Altísimo fué envuelto en los débiles lienzos de la humanidad, sin que á ellos se les comunicase parte alguna de la infinita gloria que encerraban. Mas ahora quiere el Señor que salga como por los poros de este frágil lienzo alguna parte de su grandeza y hermosura. ¡Qué grandeza! ¡Qué majestad! ¡Qué gloria!

En otra parte nos dá el santo Job (IX, 6,) dice San Ambrosio (Lib. I de interpel.), alguna idea de este altísimo misterio. «El que muda, dice, la tierra de su lugar estremeciendo

»sus columnas. El que manda al sol y no sale,  
»y el que cierra las estrellas como debajo de  
»un sello.» Sacó el Señor de su lugar la tierra, elevando nuestra humanidad al sér divino, juntándose Dios con el hombre por la union mas inefable. Levantada al cielo esta tierra, tuvo propiedades celestiales, fué sol y fué estrella; pues ya lució en ella el Sol divino y su gloria inaccesible. Pero mandó el Señor al sol que no saliese, y á las estrellas que ocultasen sus resplandores. El mundo vió á este Dios hombre, y no vió la divina luz y grande gloria de su alma. Mas hoy revoca el mandato hecho al sol y á las estrellas: rompen con impetuosa violencia sus divinos resplandores, y su rostro queda lucido como el sol, y sus vestiduras arrojan rayos de hermosa y deleitable blancura. Hoy se corre el rico y misterioso velo del propiciatorio, (Exod. XXXVI, 35) y se descubre la grandeza y preciosidad del arca que ocultaba. El precioso velo de humana carne formado por el divino Espíritu en el seno de una Virgen, enriquecido con todas las gracias y dones del cielo, se corre hoy y deja

manifiesta á los ojos de los dichosos discípulos la grande gloria, riqueza y majestad de la divina arca de nuestra salud. Mirádmeglorioso los que me seguís pobre y despreciable: no penseis que todo soy abatimiento y penalidad. Riquezas tengo y gloria con que hacerme desear de los que me siguen.

Hoy deja el Señor por unos cortos instantes la exterior figura de su Madre, y manifiesta la de su Eterno Padre. Él era eternamente el esplendor de su gloria y la figura de su sustancia. Era el primogénito ante toda criatura (Coloss. I. 15.), imágen de Dios invisible. No pudiendo así conversar con el hombre como desea su inefable caridad, toma otra figura visible, haciéndose hombre en el seno de una Virgen: *In ventre matris meæ figuratus sum caro.* (Sap. VII. 1.) Se presenta en el mundo manifestando solamente á los ojos de los hombres la figura que ha recibido de su Madre, y ocultando la de su Eterno y glorioso Padre. Pero hoy se transfigura, hoy deja esta figura mortal de hombre, y se muestra con la de verdadero Hijo de Dios; esto es, rico,

glorioso y resplandeciente como el sol. Á esta figura le reconoce su Eterno Padre, y protesta con celestiales voces que es su amado hijo: *Hic est filius meus dilectus*. No, no le vino á su cuerpo (Damasc. orat. de transfig.) esta gloria de otra parte. Su misma Divinidad unida de un modo incomprensible á su verdadera carne arrojó ahora los rayos refulgentes, que asombran y embelesan á los felices espectadores de esta gloria.

Verdadero Dios comunicó á su santísima alma todos los gloriosos resplandores de su eterna bienaventuranza. Parecía necesario que se comunicase alguna parte de esta inefable gloria á su santísimo cuerpo, como en efecto se comunica á los dichosos moradores de la pátria celestial. El alma viviente no puede menos de comunicar su vida al cuerpo inerte, ni la candela encendida en un globo de cristal puede dejar de llenarlo de hermosura y resplandor. Sin embargo, este fué uno de los mas admirables prodigios que obró en la encarnacion del Verbo la divina Sabiduría: siendo su pecho un horno vivo de inmortal y

glorioso fuego, sus vestidos no se quemaron, ni participaron de la luz. La prodigiosa represa que la omnipotente mano del Señor puso á las aguas del Jordan (Josué III 16.) para dar libre paso entre sus olas á su afligido pueblo, figuró en alguna manera este altísimo misterio. No quedándonos despues de la primera culpa otro paso para la eterna bienaventuranza que el de la carne sacratísima de nuestro Salvador: *Quam initiavit nobis viam per carnem suam.* (Heb. X. 20.); hace en su dichosa alma una admirable represa de las copiosas aguas de su gloria, elevándose de ella montes altísimos que sobrepujaron á todos los espíritus angélicos; dejando así libre el paso á su amado pueblo por su santa humanidad: *Yo soy,* habia dicho por el Eclesiástico (XXIV. 41.), *como el rio que sale del paraíso. En tí,* dijo David (Ps. XXXV. 10.), *está la fuente de la vida.* Los abundantes y copiosos raudales de esta inagotable fuente de gloria inundaron su alma; pero allí se contuvieron y represaron: y la tierra santa de su cuerpo quedó seca y accesible á los pies frágiles y terrenos del

hombre pecador. Mas hoy se suelta alguno de los diques que contienen y represan la abundancia de estas aguas, y rebosando al cuerpo le inundan, le fertilizan, le llenan de luz y majestad; obrándose aquí otro nuevo milagro de la divina omnipotencia, el cuerpo ya glorioso aun es pasible y mortal. Esta admirable zarza (Exod. III.) es iluminada por el ardiente fuego que la penetra y domina sin consumir las espinas de su mortalidad. Aquí por la venida de la suma perfeccion (I. Cor. XIII. 10.) no se acaba ni desvanece lo imperfecto y frágil. Mas así lo ordena la eterna Sabiduría; porque así convenia para la salud del hombre. Convenia que Jesús muriese; pues en su muerte estaba cifrada esta salud. Y convenia tambien que hiciese ostentacion de su gloria para establecer la fé de su verdadera Divinidad, y darnos de antemano una idea de la felicidad que nos ha ganado con su preciosa sangre.

Aparecieron como singulares testigos de esta maravilla enviados por el Señor para acreditar la persona de su Hijo, las dos prin-

cipales cabezas de los Profetas Moisés y Elías. Los judíos decían que Jesucristo era infractor de su ley, y á cada paso le calumniaban sobre su observancia. Hoy aparece su legislador y defensor mas celoso, dando testimonio de que este Hombre Dios es el Señor de la ley y de los profetas. Veíanse, dicen los Santos Evangelistas, llenos de majestad, esto es, de gloria, de resplandores y hermosura; porque eran iluminados con las brillantes luces que arrojaba á ellos el cuerpo glorioso de Jesús. Cuando en otro tiempo se dignó el Señor descender de lo alto (Exod. XXXIV.) y dar en un monte al mismo Moisés los preceptos de su ley, la claridad y gloria de su luz inaccesible imprimió en el rostro de aquel legislador los resplandores del sol. ¿Cuánta debia ser la majestad y gloria que hoy se comunicase á Moisés y á Elías á vista de Jesús transfigurado en su adorable majestad? Entonces no descendió el mismo Dios en persona, sino por medio de sus ángeles, á quienes encargó la ordenacion de su ley (Gal. III.): ahora el mismo Dios de los ángeles es quien se mani-

fiesta ostentando su gloriosa majestad. Allí se publicaba una ley de condenacion y de muerte (II. Cor. III. 7.): aquí una ley de vida, de justificacion y de gloria. ¿Cuánta debe ser la claridad de este grande espectáculo?

Representan tambien los sagrados historiadores á estos afortunados profetas hablando con amistosa familiaridad con Jesús glorioso, de los mas profundos misterios de su misericordia que se encerraban en su amoroso pecho. En otro tiempo habia ya honrado el Señor á Moisés (Exod. XXXIII. 14.) con esta señal de su amistad, permitiendo que le hablase con la familiaridad y confianza de un amigo: mas hoy es mas estrecha y sublime esta comunicacion. El Señor les dá parte de los fines altísimos que le han traído al mundo, de los medios penosos y terribles sufrimientos con que tiene determinado librar al hombre de su esclavitud y abrirle camino á la inmortal gloria, cuya imágen ofrecia hoy lleno de resplandores á su vista. Así tratándolos con la fineza y dignacion que suelen los príncipes mostrar á sus mas estrechos é íntimos priva-

dos; les hace participantes del grande secreto de su pecho, del misterio (Colos. I. 9.) escondido de su sabiduría inaccesible á los grandes del siglo.

Y fué de tan singular importancia y conveniencia esta gloriosa ostentacion de la persona de Jesucristo, que los Santos Padres han hecho particularísimas ponderaciones de este, sobre todos los misterios del Salvador. Interesábanse en él la gloria del Señor y nuestra utilidad.

Lo primero, porque aquí se probó hijo natural y legítimo del Eterno Padre por muchos testigos, todos irrefragables, autorizados por el cielo que con clara y sonora voz le reconoce y declara. Vienen á dar de comun acuerdo este importante testimonio el Espíritu Santo en nube clara y resplandeciente, Moisés subiendo con este encargo desde el limbo á nombre de todos los profetas y amigos del Señor; Elías desde el paraiso terrenal puesto allí para este fin tantos siglos antes; Pedro, Juan y Diego, príncipes de la nueva Iglesia. Así San Juan Damasceno (Lib: I, fid. ortod. c.

XVII) llamó á este misterio la deificacion de Jesús, y el Príncipe de los Apóstoles (II. Petr. I, 16) le trata como la mas constante prueba de la divinidad de su Maestro. «Os hacemos manifiesta la virtud de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo doctas fábulas, sino como testigo ocular de su grandeza.» En cuyas palabras hace alusion el Apóstol (Aug. lib. I, de Civit. c. IV) á las ingeniosas, pero falsas transformaciones con que los sábios de la gentilidad intentaron probar la divinidad de sus mentidas deidades. Representaron á sus dioses transformados, ya en diversas bestias, ya en rocíos saludables, ya en plantas, para hacer así una espeiosa ostentacion del poder que les atribuian sobre la naturaleza y sus séres. Pues ved aquí usamos de la misma prueba, dice San Agustin, para manifestaros la divinidad é infinita grandeza de Jesucristo. Mas cuando hablamos de la gloriosa transfiguracion de este divino Salvador, no os imagineis que ois á vuestros ingeniosos poetas que cantaron en elegante metro las fábulosas transformaciones de sus dioses.

Ellos apuraron su ingenio para honrar á estas falsas deidades ; mas no dieron prueba alguna de sus maravillas, ni produjeron un solo testigo que las presenciase. Nosotros os referimos una transfiguracion verdadera, probada con muchos testigos, y obrada á nuestra misma vista: *Cum essemus cum illo in monte sancto*. No llamamos para la atestacion de esta maravilla testigos muertos ó lejanos: nosotros lo vimos, á nuestra vista fué mudando el Señor su ordinaria figura en otra hermosísima y gloriosa. Su rostro apareció tan brillante como el sol, sus vestidos nos deslumbraban. ¡Oh qué gloria! ¡qué majestad! ¡qué grandeza vimos! Nosotros mismos oimos la voz de su Eterno Padre que le reconocia por su Hijo. Todas vuestras mentiras (Amb. lib. I, de Abraham c. II) y ficciones no hicieron á favor de vuestras deidades lo que aquí la verdad á favor de nuestro Dios y hombre verdadero.

Sí: en este dia manifiesta el Eterno Padre con esta hermosa y brillante transfiguracion la claridad y gloria de su verdadero Hijo, que haciéndose hombre aun era Dios verdadero y

glorioso. Con una débil comunicacion de su divino resplandor quiso en otro tiempo manifestar que Moisés era su ministro encargado de la publicacion de su ley. El rostro de este afortunado legislador arrojaba rayos de luz que no podian sufrir los israelitas; y se veia en la necesidad de cubrirle con un velo para admitirlos á su comunicacion. ¿Cuánto mayores debian ser las ventajas de la gloria de Jesucristo? Él era enviado de su Eterno Padre, no para publicar una ley de penas y tormentos, sino una ley de misericordia y de gracia. Si el ministro (II. Cor. III) encargado de publicar las amenazas del príncipe, viene autorizado con gloria y majestad real; ¿cuánta deberá ser la gloria y grandeza del mismo príncipe, que viene cargado de bienes y riquezas con que ostentar su liberalidad y grandeza? Si el que vino á intimar la sentencia de muerte convino viniese glorioso, ¿cuánto mas quien viene á ser autor de nuestra vida, de nuestra gracia y de nuestra gloria? La gloria de este Hijo verdadero del Eterno Padre no le es extraña y graciosamente concedida: él trae con-

sigo una verdadera divinidad, principio fecundísimo de glorias y grandezas. ¿Y cómo se manifestarían sus resplandores, cómo se convencería el mundo de la verdad de su persona y su misión, sino haciendo en este día gloriosa ostentación de sus riquezas? « Os declaramos, dice San Pedro (II. I. 16,) la virtud de nuestro Señor Jesucristo, porque fuimos felices testigos de su grandeza. » ¿Y cómo se hubieran creído sus promesas si hoy no ostentara sus tesoros?

Habia ofrecido riquezas inagotables, vida eterna, descansos eternos, majestad y reino celestial; y no se veía en su exterior sino pobreza, hambre y desnudez. Si un hombre cubierto de rotas y manchadas vestiduras ofreciese ropas de oro y de brocado, ¿cómo sería creído si no las descubriese? Si un miserable que mendiga su alimento ofreciese tesoros, si un enfermo ofreciese singulares y universales medicinas, ¿qué aprecio merecerían sus ofertas si no manifestase sus riquezas y su virtud? Así hubieran sido estimadas las ofertas de Jesucristo, si hoy no

ostentára su gloria. Siendo el mas pobre entre los hijos de los hombres, prometia riquezas. No tiene dónde reclinar su cabeza, y promete asientos de inmortal gloria en su reino. Parece pudieran decir lo que en otro tiempo Jeremías (Baruch VI) á los hijos de Israel, cuando iban cautivos á Babilonia. «Ve-  
»reis, les dice, en aquella ciudad multitud de  
»dioses de oro y plata, piedra y leña: oireis  
»predicar su poder para dar vida, salud y ri-  
»quezas; pero burlaos de sus promesas. ¿Cómo  
»ha de dar vida el que para sí no la tiene?» Así los que miraban á Jesucristo con solo los ojos de la carne se burlaban (Luc. XVI, 14) de sus ofertas. Á cada paso repiten: *Quomodo potest hic?* Y aun puesto en la cruz le insultaban diciendo (Matth. XXVII, 42): No puede salvarse á sí el que ha ofrecido á otros la salud. Mas para disipar todas nuestras dudas y desconfianzas lleva hoy á los suyos á un alto monte y les descubre una parte del rico y glorioso vestido que adorna su alma, dá un vislumbre de las inestimables riquezas que tiene preparadas en sus infinitos tesoros á sus ami-

gos; así queda conocido y calificadas sus promesas.

Interesábase también en este misterio la utilidad del hombre á quien tantas veces habia predicado el desprecio de los bienes del mundo, ofreciéndole en recompensa unos tesoros de gloria de que no tenia ni la menor idea. El Profeta clamaba con celosa instancia: «Hijos de los hombres (Ps. IV,) ¿hasta  
»cuándo habeis de amar la vanidad y buscar  
»la mentira? Haced sacrificios de justicia mortificando vuestras pasiones con los rigores de  
»la penitencia, y negándoos á los placeres que  
»os ofrece el mundo engañoso.» Y para obligar á los hombres á este sacrificio; «Esperad, les dice, en el Señor, sabed que os premiará con bienes infinitos.» Al oír esta gran promesa, preguntan todos: ¿Qué bienes son esos que se nos prometen? Y no debia parecer extraño el deseo de saber las condiciones del premio; pues el mismo David, antes de salir á la grande y singular batalla con el gigante, hizo averiguacion del premio de su victoria (I. Reg. XVII, 26): *Quid dabitur viro qui per-*

*cusserit Philisthæum hunc?* El Príncipe de los Apóstoles, oyendo el precepto de Jesucristo á sus discípulos de abandonar todos sus bienes para seguirle, preguntó con diligente cuidado: *Quid erit nobis?* ¿qué se nos dará por este desprecio del mundo y sus riquezas? Así pues los que habian recibido igual precepto del Señor por boca de su Profeta, ¿qué se nos dará, dicen, por este desprecio, por esta humillacion, por esta penitencia? Premios y bienes eternos en la otra vida.

¿Y quién nos los mostrará para que su atractivo fije y anime nuestro celo? En otro tiempo se tuvieron en el juicio de los hombres por vanas é inciertas estas promesas. Los impíos dijeron por boca del sábio (Sap. II, 1, 2.) *Corto y enfadoso es el tiempo de nuestra vida, y no espera el hombre alivio alguno en el fin de ella. De la nada nacimos; y despues de esta vida no seremos: vamos pues, y disfrutemos de estos bienes.* Parece gran necedad que no teniendo idea alguna de esos bienes eternos, nos privemos por su esperanza de los que están en nuestra mano. Luego si quereis que nos

animemos á la pelea y vencimiento de nuestras pasiones; enviadnos quien nos muestre alguno de esos bienes: *Quis ostendet nobis bona?* Para animar el Señor á su pueblo á la conquista de la tierra prometida, dispuso que entrasen en ella, y la viesen doce varones (Numer. XIII) escogidos de las tribus, que diesen seguro testimonio de la abundancia y grosura de la tierra; y trajesen al pueblo grandes racimos de sus dulces viñas, y frutas de esquisito sabor y delicada belleza. ¿Pues por qué no se han de mostrar los frutos de la patria prometida á los que para alcanzarla se intima un combate mas duro y peligroso?

Pero, ¡oh hombres afortunados! ¡oh inefable dignacion de la bondad divina! alzáad los ojos y ved en el resplandeciente rostro de Jesús un vislumbre de los eternos bienes que se os ofrecen. Él solo os dará alguna idea de la feliz é inmortal gloria que os espera. El rostro del Dios vivo fué sellado en esta carne sacratísima; y hoy se manifiesta con su natural hermosura y resplandor. ¿Pedíais á Dios que levantase como generoso y diestro capitán

la bandera de su luz para animaros á la batalla? Vedla hoy levantada: volad como soldados animados con la esperanza de este rico é inestimable tesoro. Esas luces, esa gloria, esa majestad es una señal de la que se os promete y os espera. Si os pide el Señor que levanteis vuestro corazon y emprendais la grande conquista de su reino, haciendo violencia á vuestras pasiones y afectos; tambien os ha enviado un generoso y esforzado capitan, que levantando la bandera y señal de sus victorias (Isaí. V. 26.), congrega á sus soldados, los llena de valor y confianza. En este alto monte levanta hoy la señal de su hermoso y luciente rostro lleno de gloria, con que á todos convi-da y esfuerza con la esperanza de participar algun dia de tan noble majestad. El Profeta, mirando de lejos este glorioso espectáculo: *Disteis*, dice (Ps. IV.), *la alegría á mi corazon; llenóse mi alma de gozo viéndose esforzada y animada poderosamente para tan alta y noble corona.* San Pedro no quisiera separarse un punto de la vista de su glorioso Maestro. Juzga que no hay mayor bien que desear, mas

dulce gozo que pretender, mas apreciable tesoro que buscar, ni mas gloria que apetecer: *Bonum est nos hic esse*. Cristianos que buscais á Jesucristo, levantad vuestros ojos á lo alto, allí vereis la señal de la gloria interminable que os espera.

Esta fué, en sentir de algunos Padres, la promesa que hizo el Señor en otro tiempo á Moisés. Deseaba ardientemente este grande y fiel siervo suyo ver la gloria de su rostro, y la familiaridad con que se dignaba el Señor comunicársele le dió valor para pedirle esta gracia (Exod. XXXIII. 15.): *Ostende mihi faciem tuam*. No es posible, le respondió el Señor, á hombre mortal ver mi gloria, ni sostener un momento sus rayos y esplendor; pero te prometo que en una gran jornada que he decretado para bien del mundo, verás mis espaldas: esto es, dice el P. San Agustin (Quest. 152 et 154 in Exod.), yo bajaré á la tierra; y caminando por ella para instruir y animar á sus moradores te mostraré un dia mi gloria en mi humanidad, ya que no te sea posible ver mi inaccesible divinidad y grandeza. De ma-

nera que este adorable Maestro, que fué en sus altísimas virtudes el mas completo ejemplar de perfeccion que deben imitar sus discípulos (2. Cor. IV 10.); se manifiesta hoy ejemplar divino de la gloria que ha prometido á los que sigan los ejemplos de su santísima vida. Habiendo caminado entre los suyos, cubriendo con el velo de su pasible humanidad la gloria de su divinidad; hoy en presencia de sus escogidos deja caer, por decirlo así, el velo que ocultaba su grandeza, y lleno de admirables resplandores, embelesa con su inefable hermosura á los que han sido elegidos para testigos de esta maravilla. Su rostro, tan resplandeciente como el sol, esparció sus brillantes luces sobre sus vestiduras, á la manera que el sol hiriendo la nube blanca la deja resplandeciente y hermosa con admirables y delicados perfiles. Comunícase tambien el divino esplendor á los cuerpos de Moisés y de Elías, dejándolos en gran manera hermosos y resplandecientes, como cuando el sol hiriendo la oscura piedra le hace arrojar rayos de luz y hermosa claridad. ¡Oh quién podrá explicar la

deleitable vista de aquel dichoso monte! Huyeron de él con espanto y confusion las tinieblas de la oscuridad: sus riscos y peñascos parecieron bellisimos y transparentes cristales, que opuestos á los rayos del divino Sol, reflejando la luz de mil maneras formaba de ellos un admirable conjunto de rubíes, diamantes y esmeraldas: sus yerbas parecian resplandecientes estrellas. La luz que arrojaban los petos acerados (I. Mach. VI. 39.) de los santos Macabeos iluminó los montes: ¿cuál seria el resplandor que ocasionaria en este monte la luz del Sol divino?—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

TRIBULACIONES.—En las tribulaciones, lleno de confianza, vuélvete á Dios y así recibirás esfuerzo, luz y enseñanza.—*San Juan de la Cruz.*

TRIBULACIONES.—Medicina, con que sana Dios las almas y preserva de los pecados.—*Recuerdos para la vida cristiana.*—*El Incógnito.*

TRIBULACIONES.—Crisol do se purifican los justos.—*El Incógnito.*

TRIBULACIONES.—Dice San Juan Crisóstomo: «así como en el mismo fuego se purifica el oro, y el madero se quema; así en el fuego de la tribulacion el justo se hace mas hermoso, como el oro; y el malo, como leño seco é infructuoso, se hace ceniza.» Conforme á lo cual dice tambien San Cipriano: «que así como el aire al tiempo de trillar avienta y esparce las pajuelas livianas, mas con esto purifica el trigo, y lo deja mas limpio; así el viento de la tribulacion desbarata y derrama los malos, como paja liviana: mas por el contrario recoge y purifica los buenos como trigo escogido.» Lo mismo tambien nos representan en figura las aguas y ondas del mar Bermejo, las cuales no solamente no ahogaron á los hijos de Israel al tiempo que por él pasaron, mas antes les eran muro á la diestra y á la siniestra. Y por el contrario esas mismas aguas envolvieron y anegaron los carros de los egipcios con todo el pueblo de Faraon. Pues de esta manera las aguas de las tribulaciones son para mayor guarda y defension de los buenos, y para

conservacion y ejercicio de su humildad y de su paciencia; mas para los malos son como olas y tormenta que los anega y sume en el abismo de la impaciencia, de la blasfemia y de la desesperacion.

Esta es pues otra maravillosa ventaja que la virtud hace al vicio, por la cual los filósofos alabaron y preciaron mucho á la filosofia, creyendo que á ella sola pertenecia hacer al hombre constante en cualquier trabajo. Mas vivian en esto muy engañados, como en otras cosas. Porque así la verdadera virtud como la verdadera constancia no se hallan entre los filósofos, sino en la escuela de aquel Señor que puesto en la cruz nos consuela con su ejemplo, y reinando en el cielo nos fortalece con su espíritu, y prometiéndonos la gloria nos anima con la esperanza de ella: de lo cual todo carece la filosofia humana.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

TRISTEZA.—Si quereis saber de raiz los efectos y daños que causa la tristeza en el corazon, dice Casiano, el Espíritu Santo nos lo declara brevemente por el Sábio (Prov. XXV.

20.) *Sicut tineae vestimento, et vermis ligno; ita tristitia viri nocet cordi.* Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazón del hombre. La vestidura comida de polilla, no vale nada ni puede servir para nada; y el madero lleno de carcoma, no es de provecho para edificio ni se puede cargar sobre él peso alguno; porque luego se hace pedazos; así el hombre lleno de melancolía, triste y desgraciado, se hace inútil para todo lo bueno; y no para aquí el mal, sino lo que peor es, la tristeza en el corazón es causa y raíz de muchas tentaciones, y de muchas caídas: *Multos enim occidit tristitia.* A muchos ha hecho la tristeza caer en pecados. Y así llaman algunos á la tristeza nido de ladrones y cueva de demonios, y con mucha razón. Y traen para esto aquello que dice el Santo Job del demonio (XL, 16.) *Sub umbra dormit.* En esa sombra y oscuridad, en esas nieblas y tinieblas de esa confusión que teneis, cuando estais triste, ahí duerme y se esconde el demonio, ese es su nido y su madriguera, y ahí hace él sus mangas, co-

mó dicen, esa es la disposicion que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quiere (Ps. CIII, 20.) *Posuisti tenebras, et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae silvæ.* Así como las serpientes y bestias fieras están aguardando la oscuridad de la noche para salir de sus cuevas; así el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y oscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones. (Ps. X, 5.) *Paraverunt sagittas suas in pharetra, ut sagittent in obscuro rectos corde.*

Decia San Francisco que se alegra mucho el demonio cuando el corazon de uno está triste, porque fácilmente ó le ahoga en la tristeza y desesperacion, ó le convierte á los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran desconfianza y en desesperacion, como lo hizo con Cain y con Judas. Otras veces, cuando por ahí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos; otras con deleites carnales y

sensuales, so color que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene. Y de aquí es, que cuando está uno triste le suelen venir unas veces tentaciones de la vocacion; porque le representa el demonio que allá en el mundo viviera alegre y contento, y á algunos ha sacado de la Religion la tristeza y melancolía. Otras veces le suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos, que dan gusto á la sensualidad, y procura que se detenga en ellos so color de que con eso desechará la tristeza y se aliviará su corazon. Esta es una cosa mucho de temer en los que andan tristes y melancólicos; porque suelen ser muy ordinarias en ellos estas tentaciones. Y lo advierte muy bien San Gregorio. Dice (Lib. 18. Mor. cap. 8.) que como todo hombre naturalmente desea alguna delectacion y contento, cuando no lo halla en Dios ni en las cosas espirituales, luego el demonio, que sabe bien nuestra inclinacion, le representa y pone delante cosas sensuales y deshonestas, y le ofrece gusto y contento en ellas, con que le parece que se limita y alivia la tristeza

y melancolia presente: *Sine delectatione animam nunquam potest esse, nam aut infimis delectatur, aut summis.* Entended, dice el Santo, que si no teneis contento y gusto en Dios, y en las cosas espirituales, le habeis de ir á buscar en las cosas viles y sensuales; porque no puede vivir el hombre sin algun contento y entretenimiento.

Finalmente, son tantos los males y daños que se siguen de la tristeza, que decia el sábio (Eccli. XXXVIII. 19.) *A tristitia enim festinat mors.* Y en otro lugar: *Omnis plaga, tristitia cordis est.* (Eccli. XXV. 17.) Todos los males vienen con la tristeza. La muerte viene con ella, y aun la muerte eterna que es el infierno. Así declara San Agustin aquello que dijo Jacob á sus hijos (Lib. 52. super Genes.) *Deducetis canos meos cum dolore ad inferos.* Dice, que temió Jacob no hiciese tanta impresion y causase en él tanto daño la tristeza de carecer de su hijo Benjamin, que le pusiese en contingencia su salvacion, y diese con él en el infierno de los condenados. Y por eso dice, nos avisa el Após-

tol San Pablo (Heb. XII. 16.) que nos guardemos de ella: *Ne qua radix amaritudinis sursum germinans, impediatur, et per illam inquinentur multi.* Por ser tan grandes los daños y peligros que se siguen de la tristeza, nos previene y avisa tanto la Sagrada Escritura y los Santos que nos guardemos de ella. No es por vuestro consuelo ni por vuestro gusto, que si no hubiera mas que eso, poco importa que estuviéseis triste ó alegre. Y por eso tambien la desea y procura tanto el demonio, porque sabe que es causa y raiz de muchos males y pecados.— *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.*— Ven. P. Alonso Rodriguez.

TRIUNFO RECIENTE DEL CRISTIANISMO. — La inaudita revolucion del siglo XVIII, causada por la incrédula filosoffa, tira todas sus líneas para exterminar la religion revelada. ¡Ó Providencial! el cristianismo subsiste, y nuestra fé muestra ahora un nuevo título de prueba acabadisima. ¿Cuándo se juntó en uno mas medios, mas poder, mas armas, mas política, mas artes, mas luces, mas planes, mas teson y esfuerzos? Esa revolucion horrenda, incen-

diaria y anárquica en grado máximo, astuta como el jansenismo, cruel como la insensibilidad atea, apasionada como la filosofía, hecha soberana y entregada á su consejo y albedrío, se propuso destruir á la religion ante todas cosas: ¿y cuál fué el fin de tanto poder? Todo lo destruyó menos el cristianismo, que ha triunfado de las negras artes, de las luces sofisticas y del ateismo formidable cuanto maquiavélico. — *Defensa del cristianismo.* — *Rafael José de Crespo.*

TURBACION EN LAS TRIBULACIONES. — ¿Y cuál es la causa porque teniendo tantos motivos para confiar en la bondad de nuestro Dios, á la mas ligera tribulacion nos llenamos de turbacion y sobresalto, juzgando que ya nos ha olvidado? Nos sucede en los trabajos, dice el P. San Juan Crisóstomo, lo que á los Apóstoles en la tormenta que sufrieron en el mar de Galilea. Á su presencia habia obrado Jesucristo pocas horas antes el famoso milagro de la multiplicacion de los panes y de los peces con el misericordioso fin de avivar la confianza de los suyos, y hacerles ver que jamás les falta-

ria, aun cuando fuese necesario obrar tan grandes maravillas para el socorro de sus necesidades. Ellos mismos habian observado el paternal cuidado con que miraba á los que le seguian: ellos mismos habian observado el infinito poder de sus benéficas manos; sin embargo apenas se ven en el peligro, cuando se turban, olvidan el poder de su Maestro y su misericordia, pierden la confianza, y ya se juzgan perdidos sin remedio. La tribulacion echó sobre sus ojos un oscuro velo, que cegó hasta su entendimiento. *Erat cor eorum obcæcatum.* Esto sucede aun á siervos insignes del Señor en el tiempo de calamidad. Todo un Moisés, testigo de las maravillas y grandezas de Dios, cuando vió al pueblo inquieto por la falta de carnes (Num. 41.) no ofreciéndosele recurso alguno para aquella grave necesidad, se turba y desconfia; se olvida de los prodigios que por su propia mano habia obrado el Señor poco antes, y merece justamente una dura reprehension en castigo de su cobarde timidez. ¿Quién no se admira de que un Pedro, que experimenta en sí mismo en esta tormenta el

poder de Jesucristo; pues con su favor camina impunemente sobre las aguas, pisa y huella las hinchadas y furiosas olas; se atemorice, turbe y desconfie viendo venir una volada de viento? ¡Oh miserable condicion de la naturaleza humana! exclama el mismo Padre. Vencidas las mayores dificultades, cedos en las menores. Con tantas experiencias del favor divino en las mas terribles aflicciones, desconfiamos de su proteccion en las despreciables y momentáneas.

¿Quién no experimenta este miserable efecto de su debilidad é ignorancia? Hállase uno cargado de pecados, ve que todo lo criado no es bastante para remediarle; sin embargo abre los ojos de la fé, y espera la salud de su alma por medio de los sacramentos, confiando seguramente en la misericordia de su Dios, que le ha de dar su gracia, y aun á sí propio en el adorable Sacramento. Esto cree, esto espera con buen ánimo; y sin embargo cuando le falta un poco de pan, y no ve fácil medio de adquirirlo, cuando le acomete una ligera enfermedad, luego se turba, ya no se acuerda

de la misericordia de su Dios, y desconfia. ¡Oh miserable ceguedad! ¿Esperas la gracia, y no te prometes de su misericordia un pedazo de pan? ¿Esperas la salud eterna, y desesperas de la temporal? ¿De quien te dió su sangre no esperas recibir el polvo de su casa? ¿De quien te dió la vida, no esperas un pedazo de paño con que cubrirte? *Obcæcatum est cor*, ciego está vuestro corazon. La tribulacion os aturde, volved sobre vosotros y reconoced los poderosos motivos de vuestra confianza.—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*



## U

### UNIDAD DE DOCTRINA EN LA IGLESIA CATÓLICA.

—Se ha observado como cosa muy admirable la duracion de la Iglesia Católica por espacio de 18 siglos, y eso á pesar de tantos y tan poderosos adversarios; pero quizá no se ha notado bastante, que atendida la índole del espíritu humano, uno de los grandes prodigios que presenta sin cesar la Iglesia, es la unidad de doctrina en medio de toda clase de enseñanza, y abrigando siempre en su seno un número considerable de sábios.

Llamo muy particularmente sobre este punto la atencion de todos los hombres pensadores; y estoy seguro de que aun cuando yo no acierte á desenvolver cual merece este pensamiento, encontrarán ellos aquí un germen de muy graves reflexiones. Tal vez se acomodará tambien este modo de mirar la Iglesia, al gusto de ciertos lectores, pues prescindiré

enteramente de los caracteres que se rocen con la revelacion, y consideraré el catolicismo, no como religion divina, sino como escuela filosófica.

Nadie que haya saludado la historia de las letras me podrá negar, que en todos tiempos haya tenido la Iglesia en su seno hombres ilustres por su sabiduría. En los primeros siglos, la historia de los Padres de la Iglesia es la historia de los sábios de primer orden en Europa, en África y en Asia; despues de la irrupcion de los bárbaros, el catálogo de los hombres que conservaron algo del antiguo saber, no es mas que un catálogo de eclesiásticos; y por lo que toca á los tiempos modernos, no es dable señalar un solo ramo de los conocimientos humanos en que no figuren en primera línea un número considerable de católicos. Es decir que de diez y ocho siglos á esta parte, hay una série no interrumpida de sábios, que son católicos, ó que están acordes en un cuerpo de doctrina formado de la reunion de las verdades enseñadas por la Iglesia católica. Prescindiendo ahora de los carac-

téres de divinidad que la distinguen, y considerándola únicamente como una escuela, puede asegurarse que presenta en el hecho que acabo de consignar, un fenómeno tan extraordinario que ni es posible hallarlo semejante en otra parte, ni es dable explicarle como comprendido en el orden regular de las cosas.

Seguramente que no es nuevo en la historia del espíritu humano, el que una doctrina mas ó menos razonable, haya sido profesada algun tiempo por un cierto número de hombres ilustrados y sábios: este espectáculo lo hemos presenciado en las sectas filosóficas antiguas y modernas; pero que una doctrina se haya sostenido por espacio de muchos siglos, conservando adictos á ella á sábios de todos tiempos y paises, y sábios por otra parte muy discordes en sus opiniones particulares, muy diferentes en costumbres, muy opuestos tal vez en intereses, y muy divididos por sus rivalidades, este fenómeno es nuevo, es único, solo se encuentra en la Iglesia católica. Exigir fé, unidad en la doctrina, y fomentar de

continuo la enseñanza, y provocar la discusion sobre toda clase de materias; incitar y estimular el exámen de los mismos cimientos en que estriba la fé, preguntando para ello á las lenguas antiguas, á los monumentos de los tiempos mas remotos, á los documentos de la historia, á los descubrimientos de las ciencias observadoras, á las lecciones de las mas elevadas y analíticas; presentarse siempre con generosa confianza en medio de esos grandes liceos, donde una sociedad rica de talentos y de saber, reúne como en focos de luz todo cuanto le han legado los tiempos anteriores, y lo demás que ella ha podido reunir con sus trabajos, hé aquí lo que ha hecho siempre, y está haciendo todavía la Iglesia; y sin embargo la vemos perseverar firme en su fé, en su unidad de doctrina, rodeada de hombres ilustres, cuyas frentes ceñidas de los laureles literarios ganados en cien palestras, se le humillan serenas y tranquilas, sin que lo tengan á mengua, sin que crean que deslustran las brillantes aureolas que resplandecen sobre sus cabezas.

Los que miran el catolicismo como una de tantas sectas que han aparecido sobre la tierra, será menester que busquen algun hecho que se parezca á este; será menester que nos expliquen cómo la Iglesia puede de continuo presentarnos ese fenómeno, que tan en oposicion se encuentra con la innata volubilidad del espíritu humano: será necesario que nos digan cómo la Iglesia Romana ha podido realizar este prodigio, y qué iman secreto tiene en sus manos el Sumo Pontífice para que pueda él hacer lo que no ha podido otro hombre. Los que inclinan respetuosamente sus frentes al oír la palabra salida del Vaticano, los que abandonan su propio parecer para sujetarse á lo que les dicta un hombre que se apellida *Papa*, no son tan solo los sencillos é ignorantes; miradlos bien: en sus frentes altivas descubriréis el sentimiento de sus propias fuerzas, y en sus ojos vivos y penetrantes veréis que se trasluce la llama del genio que oscila en su mente. En ellos reconoceréis á los mismos que han ocupado los primeros puestos de las academias europeas, que han llenado el mun-

do con la fama de sus nombres, nombres transmitidos á las generaciones venideras entre corrientes de oro. Recorred la historia de todos los tiempos, viajad por todos los países del orbe, y si encontrais en ninguna parte un conjunto tan extraordinario, el saber unido con la fé, el genio sumiso á la autoridad, la discusion hermanada con la unidad, presentadle: habreis hecho un descubrimiento importante: habreis ofrecido á la ciencia un nuevo fenómeno que explicar: ¡ah! esto os será imposible, bien lo sabeis; y por eso apelaréis á nuevos efugios, por eso procuraréis oscurecer con cabilaciones la luz de una observacion que sugiere á una razon imparcial, y hasta al sentido comun, la legítima consecuencia de que en la Iglesia católica hay algo que no se encuentra en otra parte.

«Estos hechos, dirán los adversarios, son ciertos; las reflexiones que sobre ellos se han emitido no dejan de ser deslumbradoras; pero bien analizada la materia desaparecerán todas las dificultades, que pueden presentarse por la extrañeza que causa el haberse verificado en

la Iglesia un hecho que no se ha verificado en ninguna secta. Si bien se mira, cuanto hasta aquí se lleva alegado, solo prueba que en la Iglesia ha habido siempre un sistema determinado, que apoyado en un punto fijo, ha podido ser realizado con uniforme regularidad. En la Iglesia se ha conocido que el origen de la fuerza está en la union, que para esta union era necesario establecer *unidad* en la doctrina, y que para conservar esta *unidad* era necesaria la sumision á la autoridad. Esto una vez conocido, se ha establecido el principio de sumision, y se le ha conservado invariablemente: hé aquí explicado el fenómeno: en esto no negaremos que haya sabiduría profunda, que haya un plan vasto, un sistema singular, pero nada podreis inferir en pro de la divinidad del catolicismo.»

Esto es lo que se responderá, porque es lo único que se puede responder: pero fácil es de notar, que á pesar de esa respuesta queda la dificultad en todo su vigor. Resulta siempre que hay una sociedad sobre la tierra, que por espacio de diez y ocho siglos ha sido siem-

pre dirigida por un principio constante, fijo; una sociedad que ha logrado que se adhiriesen á este principio hombres eminentes de todos tiempos y paises, y por tanto permanece siempre en pié todo el embarazo que ofrecen á los adversarios las siguientes preguntas. ¿Cómo la Iglesia sola ha tenido este principio? ¿Cómo á solo ella ha ocurrido tal pensamiento? ¿Cómo si ha ocurrido á otra secta, ninguna lo ha podido plantear? ¿Cómo todas las sectas filosóficas han desaparecido unas en pos de otras, y la Iglesia no? ¿Cómo las otras religiones, si han querido conservar alguna unidad, han tenido siempre que huir de la luz, y esquivar la discusion, y envolverse en negras sombras; y la Iglesia ha conservado siempre su *unidad*, buscando la luz, y no ocultando sus libros, no escaseando la enseñanza, sino fundando por todas partes colegios, universidades y demás establecimientos, donde pudiesen reunirse y concentrarse todos los resplandores de la erudicion y del saber?

No basta decir que hay un sistema, un

plan: la dificultad está en la misma existencia de ese sistema, de ese plan; la dificultad está en explicar cómo se han podido concebir y ejecutar. Si se tratase de pocos hombres, reunidos en ciertas circunstancias, en determinados tiempos y países, para la ejecución de un proyecto limitado á breve espacio, no habria aquí nada de particular; pero se trata de 18 siglos, se trata de todos los países, de las circunstancias mas variadas, mas diferentes, mas opuestas; se trata de hombres que no han podido avenirse ni concertarse. ¿Cómo se explica todo esto? Si no es mas que un sistema, un plan humano, ¿que hay de misterioso en esa ciudad de Roma, que así reúne en torno suyo á tantos hombres ilustres de todos tiempos y países? Si el Pontífice de Roma no es mas que el jefe de una secta, ¿cómo de tal modo alcanza á fascinar el mundo? ¿Se habria visto jamás un mago que ejecutase extrañeza mas estupenda? ¿No hace ya mucho tiempo que se declama contra su *despotismo religioso*? ¿Por qué pues no ha habido otro hombre que le haya arrebatado el cetro? ¿Por qué no se ha erigido

otra cátedra que disputase á la suya la preeminencia, y se mantuviese con igual esplendor y poderío? ¿Es acaso por su material poder? Es muy limitado; y no podria medir sus armas con ninguna potencia de Europa. ¿Es por el carácter particular, por la ciencia, por las virtudes de los hombres que han ocupado el s6lio pontificio? Pero ¿c6mo es posible que en el espacio de 18 siglos no hayan tenido infinita variedad los caract6res de los Papas, y muy diferentes graduaciones su ciencia y sus virtudes? Á quien no sea cat6lico, á quien no viere en el Pontifice romano al Vicario de Jesucristo, aquella *pedra* sobre la cual edific6 Jesucristo la Iglesia; la duracion de su autoridad ha de parecerle el mas extraordinario de los fen6menos; ha de ofrec6rsele como una de las cuestiones mas dignas de proponerse á la ciencia que se ocupa en la historia del esp6ritu humano, la siguiente: ¿c6mo es posible que por espacio de tantos siglos haya podido existir una s6rie no interrumpida de s6bios, que no se hayan apartado de la doctrina de la cátedra de Roma?

Al comparar M. Guizot el protestantismo con la Iglesia Romana, parece que la fuerza de esta verdad conmovia algun tanto su entendimiento; y que los rayos de esta luz introducian el desconcierto en sus observaciones. Oigámosle de nuevo: oigamos á ese escritor cuyos talentos y nombradía habrán deslumbrado en estas materias á aquellos lectores, que ni examinan siquiera la solidez de las pruebas, mientras vengan envueltas en hermosas imágenes; á aquellos que aplauden toda clase de pensamientos, mientras desfilen ante sus ojos en un torrente de elocuencia encantadora; que llenos de entusiasmo por el mérito de un hombre le escuchaban como infalible oráculo; y mientras blasonan de independencia intelectual, suscriben sin exámen á las decisiones de su director, escuchan con sumision sus fallos, y no se atreven á levantar la frente para pedirle los títulos del predominio. En las palabras de M. Guizot notaremos que sintió, como todos los grandes hombres del protestantismo, el vacío inmenso que hay en esas sectas, y la fuerza y robustez que entraña la

religion católica: notaremos que no pudo eximirse de la regla general de los grandes ingenios, regla de que son prueba los mas explícitos testimonios consignados en los escritos de los hombres mas eminentes que ha tenido la reforma protestante: Despues de haber notado M. Guizot la inconsecuencia con que procedió el protestantismo, y su falta de buena organizacion en la sociedad intelectual, continúa: «No se ha sabido hermanar todos los derechos y necesidades *de la tradicion* con las pretensiones de la libertad. Y eso proviene sin duda de que la *reforma no ha plenamente comprendido y aceptado, ni sus principios ni sus efectos.*» ¿Qué religion será esa que *ni comprende ni acepta plenamente sus principios y sus efectos?* ¿Salió jamás de boca humana condenacion mas terminante de la reforma? ¿Cómo podrá pretender el derecho de dirigir ni al hombre, ni á la sociedad? ¿Pudo decirse jamás otro tanto de las sectas filosóficas antiguas ni modernas? «De ahí ese aire de inconsecuencia, continúa M. Guizot, que ha tenido la reforma, y *el espíritu limitado* que ha manifestado, cir-

cunstancias que han prestado armas y ventajas á sus adversarios. Sabian estos bien lo que deseaban y lo que hacian, partian de principios fijos, y marchaban hasta sus últimas consecuencias. Nunca ha habido un gobierno mas consecuente y sistemático que el de la Iglesia romana. ¿Y de dónde trae su origen este sistema tan consecuente? Cuando es tanta la inconstancia, y la volubilidad del espíritu del hombre; este sistema, esta consecuencia, estos principios fijos, ¿nada dicen á la filosofía y al buen sentido?

Al reparar en esos terribles elementos de disolucion que tienen su origen en el espíritu del hombre, y que tanta fuerza han adquirido en las sociedades modernas; al notar cómo destrozan y pulverizan todas las escuelas filosóficas, todas las instituciones religiosas, sociales y políticas, pero sin alcanzar á abrir una brecha en las doctrinas del catolicismo, sin alterar ese sistema tan fijo y consecuente, ¿nada se inferirá en favor de la religion católica? Decir que la Iglesia ha hecho lo que no han podido hacer jamás ninguna escuela,

ningun gobierno, ninguna sociedad, ninguna religion, ¿no es confesar que es mas sábia que la humanidad entera? Y esto ¿no prueba que no debe su origen al pensamiento del hombre, y que ha bajado del mismo seno del Criador del universo? En una sociedad formada de hombres, en un gobierno manejado por hombres, que cuenta 18 siglos de duracion, que se extiende á todos los paises, que se dirige al salvaje en sus bosques, al bárbaro en su tienda, al hombre civilizado en medio de las ciudades mas populosas; que cuenta entre sus hijos al pastor que se cubre con el pellico, al rústico labrador, al poderoso magnate; que hace resonar igualmente su palabra al oido del hombre sencillo ocupado en sus mecánicas tareas, como al del sábio que encerrado en su gabinete está absorto en trabajos profundos; un gobierno como este, tener como ha dicho M. Guizot, *siempre una idea fija, una voluntad entera, y guardar una conducta regular y coherente*, no es su apologia mas victoriosa, no es su panegirico mas elocuente, no es una prueba de que encierra en su seno algo de misterioso?

Mil veces he contemplado con asombro ese estupendo prodigio: mil veces he fijado mis ojos sobre ese árbol inmenso, que extiende sus ramas desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodia: véole cobijando con su sombra á tantos y tan diferentes pueblos, y encuentro descansando tranquilamente bajo de ella la inquieta frente del Genio.

En Oriente, en los primeros siglos de esa religion divina, en medio de la disolucion que se habia apoderado de todas las sectas, veo que se agolpan para escuchar su palabra los filósofos mas ilustres; y en Grecia, en Asia, en las márgenes del Nilo, en todos esos paises donde hormigueaba poco antes un sin número de sectas, veo que se levanta de repente una generacion de hombres grandes, ricos de erudicion, de saber y de elocuencia, y todos acordes en la *unidad* de la doctrina católica. En Occidente, cuando se va á precipitar sobre el caído imperio una muchedumbre de bárbaros, que se presentan á lo lejos como negra nube que asoma en el horizonte preñada de calamidades y desastres, en medio de un pueblo su-

mergido en la corrupcion de costumbres, y olvidado completamente de su antigua grandeza, veo á los únicos hombres que pueden apellidarse dignos herederos del nombre romano, buscar un asilo á su austeridad de costumbres en el retiro de los templos, y pedir á la religion sus inspiraciones para conservar el antiguo saber y enriquecerle y agrandarle. Lléname de admiracion y asombro el encontrar al talento sublime, al digno heredero del génio de Platon, que despues de haber preguntado por la verdad á todas las escuelas y sectas, despues de haber recorrido todos los errores con briosa osadía, y con indomable independencia, se siente al fin dominado por la autoridad de la Iglesia, y el filósofo libre se transforma en el grande Obispo de Hipona. En los tiempos modernos desfilan delante de mis ojos esa série de hombres grandes que brillaron en los siglos de Leon X y de Luis XIV: veo perpetuarse esa ilustre raza aun al través del calamitoso siglo XVIII; y en el XIX veo que se levantan nuevos atletas, que despues de haber acosado al error en todas direcciones,

van á colgar sus trofeos á las puertas de la Iglesia Católica.

¡Qué prodigio este! ¡Dónde se ha visto jamás una escuela, una secta, una religion semejante! Todo lo estudian los católicos, de todo disputan, á todo responden, todo lo saben, pero siempre acordes en la unidad de doctrina, siempre sumisos á la autoridad, siempre inclinándose respetuosamente sus frentes, siempre humillándolas en obsequio de la fé: esas frentes, donde brilla el saber, donde imprime sus rasgos un sentimiento de noble independencia, de donde salen tan generosos arranques. ¿No os parece descubrir un nuevo mundo planetario, donde globos luminosos ruedan en vastas órbitas por la inmensidad del espacio, pero atraídos por una misteriosa fuerza hácia el centro del sistema? Fuerza que no les permite el extravío, sin quitarles empero nada ni de la magnitud de su mole, ni de la grandiosidad de su movimiento, antes inundándolos de luz, y dando á su marcha una regularidad majestuosa.—*El protestantismo comparado con el catolicismo.*—*Jaime Balmes.*

UNIDAD DE LA IGLESIA. — Es de suma importancia combatir el error insinuado por Baillet, pues de él se valen hoy los Jansenistas y sus aliados los filosofistas del siglo, para menospreciar los anatemas del Papa, anular su autoridad, y quitar al gobierno eclesiástico toda su fuerza y energía: con lo que es indecible el daño que han hecho y siguen haciendo á las gentes ignorantes y sencillas de entre los mismos católicos. Este error desaparecerá á la luz de la verdad contraria; y nada es mas fácil que fundar esta contradicción constante, segun la cual ser separado de la comunión de la Santa Sede, ó ser separado de la comunión de la Iglesia universal, es una misma cosa: puesto que « es una necesidad para todas las » iglesias del mundo (dice San Ireneo) estar » unida á la de Roma, que es su superiora. »

« Ser de la comunión del Pontífice romano, » (dice San Cipriano) es ser de la comunión de » la Iglesia católica, pues que la Silla de San » Pedro, que tiene el principado de la Iglesia, » es el origen de la unidad sacerdotal... » « Es » profanar nuestros santos misterios (dice San

»Gerónimo, hablando de la Iglesia romana ó  
»de la Silla de San Pedro) recibirlos fuera de  
»esta casa; y querer perecer en el diluvio es-  
»tar fuera de esta arca.» El mismo doctísimo  
Padre añade: «no conozco á Vital, desprecio á  
»Melecio, ignoro á Paulino (prelados ó jefes de  
»iglesias particulares que discordaban entre  
»sí.....) Entre tanto alzo mi voz para gritar á  
»todos: Yo no estoy sino con aquel que está  
»unido á la Cátedra de Pedro.....» — «Esta  
»Silla colocada en Roma por San Pedro, es la  
»que hace que la Iglesia sea una (dice San  
»Optato de Mileva), sin que los otros Apósto-  
»les hayan podido transmitir á las iglesias que  
»fundaron este privilegio singular, contra el  
»cual no es posible atentar sin hacerse crimi-  
»nal y cismático...» — «¿Quién ignora (dice  
»San Agustín) que esta silla apostólica debe te-  
»ner la superioridad y preeminencia sobre to-  
»das las otras? Todo el que no comunica con  
»este centro de unidad no está en la Iglesia,  
»no tiene ya parte en Jesucristo, no puede vi-  
»vir de su vida, es un objeto de aversión para  
»Dios por virtuoso que se crea ser.»

Ni puede ser de otra suerte, aunque no se consulten mas que los principios de la razon natural. Porque supuesto que es de la esencia de la Iglesia de Jesucristo ser una, derramada por otra parte como está en muchas congregaciones ó iglesias particulares por todo el mundo, no puede ser una sino por su union á un centro comun, que á su vez las una todas como el anillo une á muchas cadenas. Este centro, este anillo es la Iglesia de Roma. Luego es menester estar unido á ella para unirse á todas. El que de ella se separa, se desprende de todas; el que se le une, se une á todas. Nada importa estar unido á algunas, porque estas pueden separarse de la unidad y perecer sin que falte la Iglesia. Pero es imposible estar unido al anillo de la union y no pertenecer á la unidad del todo, porque es imposible que falte el anillo que las une á todas sin que falte la unidad misma y se destruya la Iglesia. Este raciocinio se acerca á la evidencia geométrica.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*  
—*José Ignacio Moreno.*

UNIDAD Y FIJEZA DE LA RELIGION.—Sin unidad

no hay órden, sin fijeza no hay estabilidad; y en el mundo moral como en el físico, nada puede prosperar que no sea ordenado y estable. Así el protestantismo que ha pretendido hacer progresar al individuo y á la sociedad destruyendo la unidad religiosa, é introduciendo en las creencias y en las instituciones la multiplicidad y movilidad del pensamiento privado, ha acarreado por do quiera la confusion y el desórden, y ha desnaturalizado la civilizacion europea, inoculando en sus venas un elemento desastroso, que le ha causado y le causará todavía gravísimos males. Y no puede inferirse de esto que el catolicismo esté reñido con el adelanto de los pueblos, por la unidad de sus doctrinas y la fijeza de las reglas de su conducta; pues tambien cabe que marche lo que es uno, tambien cabe movimiento en un sistema que tenga fijos algunos de sus puntos.—*Jaime Balmes.*

UNION DE LA IGLESIA.—La independendencia política es posible sin que perezcan civilmente los pueblos, y aun mejorando su suerte temporal; mas la independendencia religiosa es impo-

sible sin que perezcan cristianamente, y sin ruina de su salud eterna. Nada tiene de absurdo el sustraerse de la dominacion de esta ó de la otra nacion, porque ninguna es llamada á poseer todos los pueblos de la tierra; mas como la Iglesia es esencialmente una é indivisible, es necesario que los abrace todos sin excepcion de alguno: el que no entra ó se excluye de ella, perece infaliblemente.—*Ensayo sobre la supremacia del Papa.*—*José Ignacio Moreno.*

UNION ÍNTIMA DE LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA.—Si es propio de la vida espiritual de los Santos, y aun de los simples fieles, sentir con el corazon de Jesús y hacerse uno con él por la caridad y gracia del Espíritu Santo, ¿cuánto mas fuerte debió de ser esta lazada amorosa que unió al corazon de Jesús el de su amantísima Madre? ¿Cuánto mas perfecta la union y semejanza de estos dos sacratisimos corazones, de los cuales el uno fué materialmente formado de la sangre misma del otro, que á su vez recibió del de su Hijo el mar inmenso de gracias y dones que hermosean con

belleza casi infinita á la inmaculada Virgen, copia acabada del Eterno, reflejo fiel de la hermosura de los cielos? Si el Apóstol pudo decir de sí por un modo singularísimo aquellas estupendas palabras: *Y vivo, ya no yo; mas Cristo vive en mí* (Ad. Gal. 2), las cuales deben repetir todos los fieles cristianos, cuya vida es la misma vida de Cristo, *Christus vita vestra*, ¿no deberá decirse lo mismo de la Santísima Virgen, aunque por un modo inefable? Y como el corazon es el principio de la vida lo mismo en el orden físico que en el espiritual, siguese que en cambio del cuerpo que recibió de su Santísima Madre, dióle á esta el dulcísimo Jesús su corazon espiritual y divino para que de él viviera, y sacára de esta fuente los tesoros de sabiduría y de gracia encerrados en ella. De aquí procede aquella belleza espiritual de que fué interiormente adornada sobre todos los ángeles del cielo; belleza toda divina, cuyo esplendor y figura puede mirarse en el sol de que apareció vestida, imágen de aquel otro Sol de caridad y justicia que encendia con vivísima lumbre de amor su corazon virginal.

Oigamos ahora de los mismos lábios de la bienaventurada Reina del cielo las palabras con que declaró este hermoso misterio: «Mi Hijo, decia á Santa Brígida, era verdaderamente mi mismo corazon; y así, cuando salió de mi vientre parecióme que salia la mitad de mis entrañas. Sus dolores los sufría yo, como si realmente se causáran en mi propio corazon. Cuando su sagrado cuerpo fué rasgado por los azotes, mi corazon fué tambien azotado y desgarrado. Cuando me miró desde la cruz y yo en ella le miré, dos rios de lágrimas salieron de mis ojos; y fué tal la violencia de la pena que oprimió su corazon de verme tan afligida, que su dolor venció y oscureció el tormento de sus propias heridas. Así puedo decir que su dolor era mi dolor, como era tambien mio su corazon sacratísimo; porque así como Adán y Eva vendieron por el vil precio de una manzana la salud del mundo, así quiso mi amado Hijo servirse de mi cooperacion para redimirlo por medio de un solo corazon, *quasi cum uno corde.*» — *La conversion de los pecadores alcanzada por la devocion del Corazon de María.*—Juan Manuel Orti y Lara.

## V

VALOR Y EXCELENCIA DE LA ORACION.—El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, (Apoc. VIII. 3. 4.) declara bien el valor y excelencia de la oracion. Dice, que estaba el ángel delante del altar y tenia un incensario de oro en su mano: y que le fué dada mucha cantidad de incienso, que eran las oraciones de los Santos, para que las ofreciese en el altar de oro que estaba delante del trono de Dios, y que subió el humo de los inciensos de la mano del ángel delante de Dios. San Crisóstomo (Hom. 13. super Matth.) tratando de este lugar, dice: En esto vereis cuán alta y cuán preciosa sea la oracion, pues solo ella se compara en la Escritura divina al timiama, que era una confeccion de incienso y de otros fragantisimos olores; porque así como el timiama bien compuesto y

confeccionado, deleita grandemente con su olor; así la oracion, hecha como se debe hacer, es muy suave y agradable á Dios, y alegra y recrea á los ángeles y á todos aquellos ciudadanos del cielo, de tal manera que dice San Juan (Apoc. V. 8.) que tienen en sus manos unos pomos de admirables olores, que son las oraciones de los Santos, á los cuales muy de ordinario aplican su olfato purísimo (hablando de la manera que acá podemos hablar) para gozar de este suavísimo olor: *Habentes singuli phialas aureas plenas odoramentorum, quæ sunt orationes sanctorum.* San Agustin (In tract. de misericord. tomo 10.) tratando de la oracion, dice: *Quid est oratione præclarior? Quid vitæ nostræ utilius? Quid animo dulcius? Quid in tota nostra Religione sublimius?* ¿Qué cosa hay mas excelente que la oracion? ¿Qué cosa mas útil y provechosa? ¿Qué cosa mas dulce y suave? ¿Qué cosa mas alta y levantada en toda nuestra religion cristiana? Lo mismo dice San Gregorio Niceno (de orat. domin.) *Nihil ex his, quæ per hanc vitam voluntur, et in pretio sunt, orationi præstat.* San Bernardo

dice (Ser. 7. sup. Cant. et ep. 78. ad Suggestorium) que aunque es cosa cierta que los ángeles muy de ordinario asisten á los siervos de Dios con su presencia invisible, para librarlos de los engaños y asechanzas del enemigo, y para levantar sus deseos á servir á Dios con mayor fervor, pero mayormente asisten estos espíritus angélicos cuando nos ocupamos en hacer oracion, y trae para esto muchos lugares de la Sagrada Escritura, como aquello del Salmista (Ps. CXXXVII. 1.) *In conspectu Angelorum psallam tibi*: En el acatamiento y presencia de los ángeles te alabaré (Ps. LXVII. 26.) *Prævenērunt principes conjuncti psallentibus, in medio juvenularum tympanistriarum*. Que lo declara tambien de los ángeles, que se juntan con los que hacen oracion. Y lo que dijo el ángel á Tobías (XII. 12.) Cuando orabas con lágrimas, yo ofrecia tu oracion á Dios. En sabiendo que sale la oracion de la boca del que ora, luego los ángeles que están presentes la llevan y ofrecen á Dios. Lo mismo dice San Hilario (Canon. 18. in Matth.) *Angeli præsumt fidelium orationi-*

*bus, et eas quotidie Deo offerunt.* De manera que cuando estamos en oracion, estamos cercados de ángeles, y en medio de ángeles, y haciendo oficio de ángeles, ejercitándonos en lo que habemos de hacer para siempre en el cielo, alabando y bendiciendo al Señor, y por eso somos particularmente favorecidos y amados de los ángeles como compañeros suyos, que somos y habemos de ser despues reparando las sillas de sus compañeros que cayeron. San Juan Crisóstomo (Lib. de Orando Deum.) tratando de las excelencias de la oracion, y queriendo decir grandezas de ella, dice, que una de las mayores grandezas que se le ofrece decir de ella, es que cualquiera que hace oracion trata y habla con Dios: *Considera quanta est tibi concessa felicitas, quanta gloria attributa orationibus, famulari cum Deo, cum Christo miscere colloquia, optare quod velis, quod desideras postulare.* Considerad la alteza, dignidad y gloria á que os ha levantado el Señor, que podais tratar y conversar con Dios, tener pláticas y coloquios con Jesucristo, desear lo que quisiéreis y pedir lo que deseáreis.

No hay lengua, dice, que baste á declarar de cuánta dignidad y alteza sea este trato y conversacion con Dios, y de cuánta utilidad y provecho para nosotros; porque si en los que acá tienen conversacion ordinaria con hombres prudentes y sábios, en breve tiempo se siente notable provecho y se conoce que se han aventajado en la prudencia y saber; y á los que tratan con buenos se les pega la virtud y lo bueno, y así dice el Proverbio; trata con buenos y serás uno de ellos, ¿qué será de aquellos que tratan y conversan á menudo con Dios? (Ps. XXXIII, 6.) *Accedite ad eum, et illuminamini.* ¿Qué luz y conocimiento, qué bienes y provechos recibirán con tal trato y conversacion? Y así dice San Crisóstomo (Hom. de orat. et sup. illud Psal. 7. Confitebor Dom. secundum justitiam ejus.) que no hay cosa que tanto nos haga crecer en virtud como la frecuente oracion, y el tratar y conversar á menudo con Dios, porque con esto se viene á hacer el corazon del hombre generoso y menospreciador de las cosas del mundo, y á levantarse sobre todas ellas y unirse y trans-

formarse en cierta manera en Dios, y hacerse espiritual y santo. — *Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas.* — Ven. P. Alonso Rodriguez.

VANIDAD DE LA FAMA MUNDANA. — Despues de haber traído al hombre hasta el punto donde se desvanece, me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Esta toman muchos por remedio de la muerte, porque dicen que dá eternidad á las mejores partes del hombre, que son el nombre y gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes, que es segun dicen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido.

¿Qué aprovecha á los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido? ¿Dó el pecho para recibir la gloria? ¿Dó los ojos? ¿Dó el oír, con que el hombre coge los frutos de ser alabado...? Las letras de los egipcios y caldeos, y otros muchos, que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿Quién conoce

agora los reyes y los grandes hombres que á ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo; y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, tambien los abate y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure ni metal, que no dure mas el tiempo consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo? ¿los fuertes muros de Troya? ¿el templo noble de Diana? el sepulcro de Mausoléo? ¿tantos grandes edificios de romanos, de que apenas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se vá en humo, hasta que tornen los hombres á estar en tanto olvido, como antes que naciesen, y la misma vanidad se sigue despues, que primero habia.—*Diálogo de la dignidad del hombre.*—*Fernan Perez de Oliva.*

VENIDA DE DIOS Á CONSOLAR.

(*Del salmo 17: fragmento.*)

Los cielos paso á su Señor hacian,

Que á la tierra bajaba, dó allegado,  
Las nieblas de cortina le servian.

Ya sobre querubines asentado,  
Sube volando y hácenle la guia  
Los vientos, de que el carro va tirado.

Con tinieblas envuelve el claro dia,  
Y en medio de ellas hace armar su tienda,  
Sin consentir ser visto por la vía.

De espesas nubes como de una venda  
Cubierto, y de aguaceros van cuajados  
Los aires, que le van haciendo senda.

Sáltanle de los ojos inflamados  
Centellas, que en granizo prestamente  
Resuelven y deshacen los nublados.

Pues como su divina voz se siente,  
De nuevo empieza con temor doblado  
À relampaguear súbitamente.

El aire está otra vez todo turbado,  
Ya los rayos con ímpetu furioso  
Rasgan el espesísimo nublado.

La piedra, el torbellino impetuoso,  
Los espantosos truenos, las saetas  
De fuego hacen estruendo temeroso.

Discurren por el aire mil cometas,

La tierra se abre y aguas transparentes  
Descubre allá en sus venas mas secretas.

Y se hienden las cimas eminentes  
De los encumbradísimos collados,  
Donde por maravilla aportan gentes.

De arriba abajo muestran despojados  
Del hondísimo abismo los cimientos,  
Que sobre el mismo centro están fundados.

Tan temido es de cielos y elementos  
El trueno de la voz divina airada,  
Y de tanta virtud sus mandamientos.

Al fin desde su santa y real morada  
Consoló y esforzó mi sufrimiento  
Con una amorosísima embajada.

Y sin mirar á mi merecimiento,  
Por sola su bondad súbitamente  
Me dió la mano y puso en salvamento.

Cargóme el enemigo en saña ardiente  
Cuando tribulacion debilitaba  
Mi fuerza; mas libróme el Dios potente.

Sacóme del estrecho en que me hallaba,  
Y púsome en la via santa y pura,  
Al tiempo que yo menos lo pensaba.

*Fr. Luis de Leon.*

Á LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

¡Qué divino esplendor el alto cielo  
En viva luz enciende!  
Arde Olimpo: la llama brilladora  
Cual lluvia desparcida, en presto vuelo  
Por las auras sonoras se desprende.  
De ardientes globos se corona el muro  
De Salen y Sion: las cimas dora  
Á Palestina infiel su fulgor puro.

Canta ¡ó mi lira! tu sublime acento  
Penetre la alta esfera:  
Himnos canta á Jehová vivificante,  
Que hoy de los cielos baja en raudo viento  
Y resonante llama. Su carrera  
Anduvo sobre el trueno y torbellino:  
De ciencia y vida, y de valor triunfante  
Llenó el orbe su espíritu divino.

«Murió, dijo Salén: fenezca el nombre  
De ese Cristo fingido.  
Su grey perezca: cual arista leve  
Al fuego puesta acabe su renombre.»  
¡Contra el Santo, Sion! El cuello erguido  
Sinedrio alzó y la voz; y nuevo ensayo

Dicta contra el Excelso. ¡Y el aleve  
Así provoca el vengativo rayo!

Mas ¿quién contra Jehová? Del alto trono,  
Do con diestra extendida  
Sacó los orbes de la oscura nada,  
Vió de Moria la cumbre; el fiero encono  
De sus príncipes vió. Despavorida  
La humilde grey se oculta y enmudece.  
Vióla el potente Dios, y desvelada  
La faz, en dulce lumbre resplandece.

Lumbre que eterno amor vierte inflamado  
En el inmenso seno,  
Y el esplendor de su semblante aviva.  
Depone el rayo en su furor alzado,  
Y al gremio triste inclina el rostro lleno  
De ternura y amor. «Pequeña grey,  
Alienta, dice, y triunfa: eterno viva  
Tu nombre, esposa fiel del almo Rey.»

Habló el Padre, y del pecho viva llama  
Súbito nace fuera,  
Y el ancho cielo llena de ambrosía.  
Serenos el viento de su luz se inflama,  
Y la tierra en mil brillos reverbera.  
Arde de Pedro la mansion dichosa

En vellones de luz. ¡Salen impía!  
¡Ay! solo cegó á tí su lumbre hermosa.

Las vírgenes en gozo arrebatadas,  
Del hondo pecho herviente  
En fuego celestial, sacros loores  
Al alto númen cantan inspiradas.  
El ternezuelo niño balbuciente  
Refiere su vision al justo anciano;  
¡Feliz! que ya penetra sin errores  
De la salud del mundo el grande arcano.

En medio la infiel turba alzado Pedro  
Ensalza la victoria  
Del Ungido de Dios, y cual vencida  
Yace la fiera parca, y torna arredro  
Su descarnada faz. Dice la gloria  
Del que sentado en la celeste cumbre  
De empíreo, igual al Padre, nueva vida  
Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.

¡Cuál su lenguaje! ó Dios! Oyóle el griego,  
Y en sonos no aprendidos  
Los misterios entiende, que el linage  
Maldice de Jacob, en ira ciego;  
Le oyó el romano; oyóle el que floridos  
Los prados huella del Ofir arabio:

Y el orbe entero al Dios rinde homenaje,  
Que anuncia en lenguas mil el sacro lábio.

Mas ¿quién surca los plácidos raudales  
Que vierte en honda pura

Sonoroso el Jordan? Prole divina

Nace al mundo entre gozos celestiales

Reengendrada en sus aguas. Del altura

Nueva Salen descende: allí el Inmenso

Nuevos altares á su honor destina,

Do mas puro se eleve el grato incienso.

Del culto impío las sangrientas aras

Yacen en vil escoria.

No ante Moloc en holocausto horrendo

Hiere con filo atroz víctimas caras

El hombre; de Jehová y su viva gloria

El eterno esplendor es sacrificio:

Es la víctima ya, que al Dios tremendo

El rostro airado tornará propicio.

¿Quién de Marte los bárbaros pendones

Plegó en paz deliciosa?

Alzó Pedro la cruz, y el Vaticano

Paz clamó: en tierno lazo las naciones

Se estrechan abrazadas. Paz gozosa

La tierra en derredor; Paz, de su asiento

El mar resuena: el Padre soberano  
Paz y hermandad grabó en el firmamento.

*José María Roldán.*

VENTAJAS DE LA MEDITACION EN LOS PADECI-  
MIENTOS DE JESÚS.—Aunque las meditaciones de  
los misterios de la pasion de Jesucristo nuestro  
Señor pertenecen á la via iluminativa, espe-  
cialmente á lo supremo de ella que confina con  
la vida unitiva; con todo eso son muy prove-  
chosas para cualquier suerte de personas, por  
cualquier via que caminen, y en cualquier  
grado de perfeccion que vivan, porque los pe-  
cadores hallarán en ella motivos eficacisimos  
para purificarse de sus pecados; los princi-  
piales, para mortificar sus pasiones; los que  
aprovechan, para crecer en todo género de vir-  
tudes; y los perfectos, para alcanzar la union  
con Dios por el ferviente amor. Por lo cual  
dice San Bernardo, que la pasion de Cristo,  
hasta el dia de hoy, hace temblar la tierra,  
quebranta las piedras, abre los sepulcros y  
parte por medio el velo del templo, rasgándole  
de alto abajo (Matth. XXVII, 51. 52.) Porque

los que debidamente la meditan , si son tierra por la culpa y aficion á cosas terrenas , tiemblan con el santo temor de Dios y de la justicia rigurosa que hace en su Hijo , moviéndose con esto á dejar su terrestidad: si son piedras, por la dureza de corazón, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor; así de sus pecados como de las penas que Cristo padece por ellos; y si son sepuleros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas , se abren por la confesion para lanzar de sí la muerte, y resucitar á nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponía division entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice San Pablo: contemplar mas al descubierto la gloria del Señor, y el abismo de los celestiales secretos (II. Cor. III. 18.) Y no sin causa se partió el velo de alto abajo, para significar que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la Divinidad y de sus soberanas perfecciones, y tambien la profundidad de la humanidad y de sus esclarecidas virtudes. De suerte, que los pecadores, que como erizos están espinados

con sus culpas (Ps. CIII. 18.), hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedad, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas. Los mas puros y sencillos, como palomas, podrán volar mas alto; haciendo sus nidos y moradas, en los agujeros de esta piedra y en las hendiduras de esta pared, quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben á los montes altos (Cant. II. 17.), meditando en Cristo levantado de la tierra, serán traídos con gran fuerza para tener su conversacion en el cielo. Y todos, como dice San Bernardo, podrán chupar miel de esta piedra, y aceite de este durísimo peñasco; el cual, habiendo sido duro en sufrir injurias, y mas duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas y regalando nuestras almas con la suavidad de sus dulcísimas y divinas consolaciones. Y á esta causa con mucha razon decia Alberto Magno, que la sencilla memoria y devota meditación

de la pasion de Cristo aprovecha mas al hombre, que ayunar un año entero á pan y agua, y que disciplinarse cada dia hasta derramar sangre, y que rezar cada dia todo el Salterio; porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman á solas, no son tan poderosos para purificar el corazon de vicios, é ilustrarle con verdades y virtudes, y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditacion atenta y profunda de la pasion de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando tambien espíritu y vida á las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas. — *Meditaciones espirituales.* — Ven. P. Luis de la Puente.

VERDAD.—Es hija de Dios; nació, ó mejor dicho, existió siempre sin principio como su Autor eterno, en el seno de la Divinidad. Dios jamás ha estado sin la verdad; es inseparable de ella; no se le puede concebir sin ella; así como es imposible concebirle sin alguna de sus infinitas perfecciones, porque en el instante

que una de ellas le faltára dejaría de ser el Ente Necesario. Es una de ellas su sabiduría, y en ella está la verdad, están todas las verdades; están como el contenido en el continente y como el efecto en su causa. Sabiduría infinita es el conocimiento perfecto y absoluto de todas las verdades; para que una cosa sea conocida es menester que exista de algún modo; Dios desde su eternidad conoció todas las verdades con su saber infinito; luego todas las verdades han existido y vivido desde *ab-eterno* en el augusto y adorable seno de la Divinidad. Hé aquí una de sus grandezas, hé aquí una de las prodigiosas bellezas de la verdad; no haber nacido en el tiempo, haber sido antes que el mundo y los ángeles, tener á Dios por padre, vivir en él como en su fuente por inconcebibles eternidades y no poder señalársele un dia ni un instante en que no haya existido en su divino Autor.

Hay mas: el Padre Eterno contemplándose á sí mismo, en quien están todas las verdades, engendra eternamente á su Verbo, que es al mismo tiempo su sabiduría, la luz de su luz,

la imágen de su sustancia, una misma cosa con él en cuanto á su esencia, y una persona distinta. He aquí el eterno fruto divino de la eterna contemplacion de la Verdad divina. La Verdad-origen ama á la Verdad-su expresion ó su Verbo; y este amor mútuo de ambas produce al Espíritu Santo, que es el complemento de la Divinidad, su lazo y su expansion inefable. El Padre creando todas las cosas hace que tengan una existencia visible las verdades, que preexistian en su augusta mente; el Hijo como sabiduría no solamente las expresa á su Padre desde la eternidad, sino que las ordena en el tiempo; y el Espíritu Santo como Amor las fecundiza en los entendimientos creados iluminándolos para que con su luz crezcan en ellos, es decir, se descubran. Ante esta nobleza de la Verdad por su origen, su preexistencia y sus inenarrables relaciones con las tres Personas Divinas no hay mas que humillar la frente y sepultarla en el polvo, admirando el sello de sublimidad, que el Altísimo ha puesto en sus creaciones.

¿Cuándo morirá la verdad? Nunca. Ved aquí otra nobleza suya. Pasaron los ancianos inmediatos descendientes de Adán, que llevaban en sus canas cerca de mil años; pasaron junto con las aguas del diluvio los corrompidos gigantes, que poblaban la tierra; pasaron los padres de las nuevas naciones de la raza de Noé; pasaron los primeros imperios, que habían fundado los mas poderosos de entre ellos; pasaron los otros imperios, que les sucedieron; pasaron los afamados griegos y romanos, que habían destruido á los persas y todas las demás prepotencias mundanas; pasaron los pueblos guerreros llovidos por el Septentrion sobre el Asia y la Europa; pasaron las generaciones de la edad media y de la caballería andante; pasaron los siglos de Leon X y de Luis el Grande; va pasando el siglo de las transformaciones napoleónicas, y pasarán cuantos vengan en pos, porque el universo con todos sus habitantes por último ha de arder con fuego venido de los cielos; y las verdades sobrevivirán á tantas ruinas, á tantas muertes, á tanto exterminio de mundos, y reinarán con

gloria junto con la virtud entre los resplandores de la Jerusalem eterna, teniendo bajo sus pies las vencidas muchedumbres de los errores sepultados en abismos de humillaciones y tormentos inacabables.—*La felicidad del pensamiento.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

VERGÜENZA INDEBIDA.—Me direis que es cosa pesada haber de confesar vos mismo vuestros pecados con tanta claridad á un hombre, en cuya presencia os llenais de vergüenza y confusion. Dos discursos llenos de elocuencia y de sabiduría hace San Juan Crisóstomo para responder á este débil efugio de los tibios penitentes. Ved, dice, lo primero, cómo hace con vosotros el demonio su oficio, que es pervertir todas las cosas y sacarlas de su quicio: *Nomen ejus exterminans*. El pecado tiene por inseparables compañeros la confusion y la vergüenza; la penitencia tiene por suyos la seguridad y la confianza. Nuestros primeros padres tuvieron vergüenza y quisieron ocultarse de los ojos de Dios á los que (Gen. III) nada hay escondido en los cielos y en la tierra. ¿Qué diligencias no practicó David para ocultar su

adulterio, hasta poner por esto en gran peligro á todo su ejército? Saúl (I. Reg. XVIII) buscó mil trazas para matar á este santo rey, sin que fuese conocida su malicia. ¿Qué no hizo el pérfido Herodes (Marc. VI) para que no se creyese que era gusto suyo quitar la vida al Bautista? Nada tenían que temer estos reyes en el mundo: la vergüenza de su pecado los obligó á dar estos pasos para ocultarlo. Ella tambien hace oír con horror el nombre de adúltero á aquel mismo que ha gastado por serlo toda su hacienda; y el de pecador á aquellos mismos que se glorían de serlo. La penitencia por el contrario, trae consigo la confianza, la seguridad y la alegría fundada en las infalibles promesas de Dios. Pervierte estas cosas el demonio; y dá al pecado la seguridad y confianza, y á la penitencia la vergüenza. ¿Cuántos motivos de seguridad no ofrece al pecador para que ofenda libremente y sin temor alguno al Señor? Larga vida, grande misericordia, perdon infalible. Mas cuando se trata de confesion, todo cuanto representa es vergüenza, corrimiento y confu-

sion. Cúmplese lo que dijo el Espíritu Santo (Prov. XX, 17): *Suavis est homini panis mendacii, et postea os ejus implebitur calculo*. Hace suave y dulce el duro bocado de la culpa, y pone despues en la boca una inflexible piedra que le impide hablar.

El segundo discurso de este Santo Padre se ordena á combatir la locura del hombre, que se avergüenza de confesar el pecado para su salud y remedio y no se avergüenza de cometerlo para su perdicion. ¿Por qué te has de avergonzar, ó hombre, dice San Bernardo, de manifestar por tu boca á Dios lo que ya conocia tan claramente como tú mismo? ¿Temes á su ministro? Mas si este es malo no extrañará tus desórdenes: si es bueno se compadecerá de tu suerte y te tratará con misericordia. Y en todo caso es un ministro de Dios, á quien asiste con las luces de su sabiduría para alumbrar tu ceguedad. Yo te miro, decia á un gran pecador San Luis Beltran, no como hombre que sigue y aprueba el pecado, sino como un hombre que en este dia le declara una guerra sangrienta y eterna.—*Discursos predi-*

*cables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

*VICIO.*—Es el hábito de obrar mal—*Ética.*  
—*Jaime Balmes.*

VICTORIA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trace fiero.  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.  
Tú rompiste las fuerzas y la dura  
Frente de Faraon, feroz guerrero:  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar, y descendieron,  
Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego  
Los tragó como arista seca el fuego.

El soberbio tirano confiado  
En el grande aparato de sus naves,  
Que de los nuestros la cerviz cautiva,  
Y las manos aviva  
Al ministerio injusto de su estado,  
Derribó con los brazos suyos graves  
Los cedros mas excelsos de la cima,

Y el árbol, que mas yerto se sublima,  
Bebiendo ajenas aguas, y atrevido  
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños confundidos  
Del ímpio furor suyo; alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movi6 el airado cuello aquel potente:  
Cercó su corazon de ardiente saña  
Contra las dos Hesperias que el mar baña;  
Porque en tí confiadas le resisten,  
Y de armas de tu fé y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:  
«¿No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos?  
¿Ó valieron sus pechos  
Contra ellos con el húngaro medroso,  
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos  
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?  
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
Guardallos de mi diestra vencedora?  
Su Roma, temerosa y humillada,

Los cánticos en lágrimas convierte;  
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
Cuando vencidos mueran.

Francia está con discordias quebrantada,  
Y en España amenaza horrible muerte  
Quien honra de la Luna las banderas;  
Y aquellas en la guerra gentes fieras  
Ocupadas están en su defensa:  
Y aunque no; ¿quién hacerme puede ofensa?

Los poderosos pueblos me obedecen,  
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
Y me dan por salvarse ya la mano,  
Y su valor es vano,  
Que sus luces cayendo se oscurecen;  
Sus fuertes á la muerte ya caminan;  
Sus vírgenes están en cautiverio;  
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;  
Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frio,  
Cunto el sol alto mira, todo es mio.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
Usurpe quien su fuerza osado estima  
Prevaleciendo en vanidad y en ira;  
Este soberbio mira  
Que tus aras afea en su victoria;

No dejes que los tuyos así oprima,  
Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe  
Y en su esparcida sangre el ódio pruebe;  
Que hechos ya su oprobio, dice: ¿dónde  
El Dios de estos está? ¿de quién se asconde?

Por la debida gloria de tu nombre,  
Por la justa venganza de tu gente,  
Por aquel de los míseros gemido  
Vuelve el brazo tendido  
Contra este, que aborrece ya ser hombre,  
Y las honras, que celas tú, consiente;  
Y tres y cuatro veces el castigo  
Esfuerza con rigor á tu enemigo,  
Y la injuria á tu nombre cometida  
Sea el yerro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso,  
Que tanto ódio te tiene; en nuestro estrago,  
Juntó el consejo, y contra nos pensaron  
Los que en él se hallaron.  
Venid, dijeron, y en el mar ondoso  
Hagamos de su sangre un grande lago;  
Destruyamos á estos de la gente,  
Y el nombre de su Cristo juntamente;  
Y dividiendo de ellos los despojos,

Hártense en muerte suya nuestros ojos.

Vinieron de Asia y portentosa Egipto  
Los Árabes y leves Africanos,  
Y los que Grecia junta mal con ellos,  
Con los erguidos cuellos,  
Con gran poder, y número infinito;  
Y prometer osaron con sus manos  
Encender nuestros fines, y dar muerte  
Á nuestra juventud con hierro fuerte,  
Nuestros niños prender y las doncellas,  
Y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,  
Puesta en silencio y en temor la tierra,  
Y cesaron los nuestros valerosos  
Y callaron dudosos,  
Hasta que al fiero ardor de sarracenos,  
El Señor eligiendo nueva guerra,  
Se opuso el jóven de Austria generoso  
Con el claro español y belicoso;  
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva  
Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido,  
Sin recelo los ímpios esperaban  
Á los que tú, Señor, eras escudo:

Que el corazon desnudo  
De pavor, y de fé y amor vestido,  
Con celestial aliento confiaban.  
Sus manos á la guerra compusiste,  
Y sus brazos fortísimos pusiste  
Como el arco acerado, y con la espada  
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
Rindiéronse temblando, y desmayaron;  
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,  
Como la arista queda  
Al ímpetu del viento, á estos injustos,  
Que mil huyendo de uno se pasmaron.  
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
En las espesas cumbres se derrama,  
Tal en tu ira y tempestad seguiste,  
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando  
Las alas de su cuerpo temerosas,  
Y sus brazos terribles no vencidos,  
Que con hondos gemidos  
Se retira á su cueva, do silvando  
Tiembra con sus culebras venenosas,  
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,

De tu leon temiendo las hazañas,  
Que saliendo de España, dió un rugido,  
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
Del sublime varon y su grandeza;  
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,  
Que tu dia es llegado,  
Señor de los ejércitos armados,  
Sobre la alta cerviz y su dureza,  
Sobre derechos cedros y extendidos,  
Sobre empinados montes y crecidos,  
Sobre torres y muros, y las naves  
De Tiro que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
Temerá el fuego y la asta violenta,  
Y el humo subirá á la luz del cielo,  
Y faltos de consuelo,  
Con rostro oscuro y soledad turbada  
Tus enemigos llorarán su afrenta.  
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza  
Egipcia, y gloria de su confianza,  
Triste, que á ella pareces, no temiendo  
À Dios, y á tu remedio no atendiendo.

Porque ingrata tus hijas adornaste,

En adulterio infame á una impia gente,  
Que deseaba profanar tus frutos;  
Y con ojos enjutos  
Sus odiosos pasos imitaste,  
Su aborrecida vida y mal presente;  
Dios vengará sus iras en tu muerte;  
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte  
La aguda espada suya: ¿quién, cuitada,  
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú excelsa Tiro,  
Que en tus naves estabas gloriosa  
Y el término espantabas de la tierra,  
Y si hacías guerra,  
De temor la cubrias con suspiro;  
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto,  
Y derribar tus ínclitos y fuertes,  
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida  
Vuestra vana soberbia y pensamiento:  
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,  
Tú que sigues la luna,  
Asia adúltera, en vicios sumergida?

¿Quién mostrará un liviano sentimiento?  
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende  
Tu ira y la arrogancia, que te ofende.  
Y tus viejos delitos y mudanza  
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados  
Y de tus pinos ir el mar desnudo,  
Que sus ondas turbaron y llanura;  
Viendo tu muerte oscura,  
Dirán de tus estragos espantados,  
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
El Señor, que mostró su fuerte mano  
Por la fé de su príncipe cristiano,  
Y por el nombre santo de su gloria  
Á su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,  
Que despues de los daños padecidos,  
Despues de nuestras culpas y castigo,  
Rompiste al enemigo  
De la antigua soberbia la dureza.  
Adórente, Señor, tus escogidos,  
Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo;  
Y la cerviz rebelde condenada,

Perezca en bravas llamas abrasada.

*Fernando de Herrera.*

VIDA ACTIVA Y CONTEMPLATIVA.—Comun sentencia es de los Santos Padres y maestros de espíritu, que la vida espiritual abraza dos suertes de obras y ejercicios, que llaman vida activa y contemplativa. La vida activa es un modo de vivir dedicado principalmente á obras exteriores para nuestro aprovechamiento espiritual ó para bien de nuestros prójimos, ejercitando con ellos las obras de caridad y misericordia, ó las corporales, por donde han de comenzar los principiantes, ó las espirituales de enseñar y predicar, que son mas propias de los perfectos. La vida contemplativa es un modo de vivir dedicado principalmente á las obras interiores del conocimiento y amor de Dios, subiendo por los escalones y ejercicios de leccion, meditacion, oracion y contemplacion. Estas dos vias suelen hermanarse y ayudarse maravillosamente una á otra con la mezcla de sus obras; de donde resulta la vida que llaman mixta, compuesta de ambas, abrazando

lo mas perfecto que hay en cada una. De aquí es, que como Cristo nuestro Señor vino al mundo por maestro y dechado universal de toda perfeccion en todo género de vida, y para toda suerte de personas; despues que en los treinta primeros años de su edad ejercitó la humildad, obediencia y silencio, y otras obras exteriores de la vida activa que se ordenan para nuestro aprovechamiento, quiso en los años restantes darnos heróicos ejemplos de las obras mas preciosas de la vida activa, hermanándolas con la vida contemplativa con una excelentísima perfeccion mas divina que humana.—*Meditaciones espirituales.*—*Ven. P. Luis de la Puente.*

VIDA DE JESUCRISTO.—Sacrificio continuo ofrecido por los hombres.—*El Incógnito.*

VIDA DEL ALMA.—Es el amor divino.—*El Incógnito.*

VIDA ETERNA.—Fruto de buenas obras.—*El Incógnito.*

VIDA PERDURABLE.—No es la muerte mala sino para quien es mala la vida: que los que bien viven, en la muerte hallan el galardón...

Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en él apacienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se harten de su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamás tan alto bien; mas antes con esperanza de recobrar sus cuerpos, que tienen en deseo por hallarse en aquellos mismos castillos dó se defendieron de los vicios, y ganaron tanta gloria.

El día postrero se los darán, no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil, hermosos y resplandecientes así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenecen, por ser moradas donde viven las almas á quien hace Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos libres del profundo del infierno, dó está la multitud de los espíritus dañados: allí se verán en los cielos ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divinal sabiduría, hartando su voluntad con amor de la grande bondad de Dios, apacentando los ojos corporales en aquella carne humana con

que Dios se nos quiso parecer. Y veremos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió: que fueron las llaves con que nos abrió el reino donde entonces estaremos. Y á la fin allí ensalzados sobre la luna y el sol y las estrellas, veremos cuanto viéremos todo para crecimiento de nuestra gloria, que Dios nos dará como padre liberal á hijos muy amados. Este es el fin al hombre constituido; no la fama ni otra vanidad alguna.—*Diálogo de la dignidad del hombre.*—*Fernan Perez de Oliva.*

VIDA PRESENTE.—Instante en que los malos pueden perseguir á los justos.—*El Incógnito.*

VIGILANCIA CRISTIANA.—Mira que son muchos los llamados, y pocos los escogidos, y si no vives cuidadosa y solícitamente, será mas cierta tu perdicion que la salud.—*San Juan de la Cruz.*

VIRGINIDAD.—Esta virtud no es condicion necesaria para el pudor; pero es su bello ideal, su tipo de perfeccion. Delicadísima flor, de hermosos colores y suavísimo aroma, puede apenas sufrir el leve oreo del aura mas apacible; su belleza se marchita con extrema facili-

dad, sus olores se disipan como exhalacion pasajera.—*Jaime Balmes.*

VIRTUD.—Es el hábito de obrar bien—*Ética.*  
—*Jaime Balmes.*

VIRTUD.—El alma adornada de virtudes es la esposa del Cordero que vió San Juan (Apoc. XIX, 8) vestida de blancas y riquísimas holandas. Ninguna gala mas preciosa delante de Dios que la virtud, de manera que ella no solamente honra al hombre entre sus semejantes, sino tambien le llena de gloria en la presencia de su Dios. Un alma enriquecida con la caridad de San Pedro, el fervor de San Pablo, la castidad de Susana, el recogimiento de Judith, seria un objeto de complacencia que llevaria tras sí los ojos del Altísimo. Si quiere pues el cristiano aparecer lleno de gloria delante de su Dios, ame y practique la virtud. Si se halla en el pecado, haga penitencia, y no se desconsuele.—*Discursos predicables.*—*Ven. Fr. Gerónimo Bautista de Lanuza.*

VIRTUD.—Es tan grande su dignidad, tan admirable su belleza, que despues de Dios, infinitamente bueno, infinitamente santo, nin-

guna cosa mas digna, mas hermosa, mas divina que el alma, que despreciadas y pisadas todas las cosas de la tierra, se entrega toda al servicio y al amor de aquel benignísimo Padre de las lumbres, del cual le viené toda esta hermosura. ¿Qué cosa mas admirable, que aquella alma que muerta al mundo, vive á solo Dios; á él imita, á él obedece, á él siempre mira, y se transforma toda en su amor, y en la contemplacion de aquella suma bondad, y arrebatada de solo este cuidado y los dias y las noches, ajusta á la divina ley su voluntad, sus acciones todas, y su vida, y no piensa en otra cosa, ni en otra discurre, sino en agradar á Dios en todas las cosas, y serle muy accepta? La hermosura de esta alma si se viere con los ojos corporales, ¿qué corazones no arrebatára tras sí? ¿qué amores no conciliára? Porque ¿quién no estima la beldad y aprecio de la virtud aun en el enemigo? ¿quién no la ama y no la admira? ¿por ventura hay alguna cosa en esta gran máquina del mundo que vemos y admiramos mas sublime, mas especiosa, que la virtud cristiana? De

verdad ninguna. — Ven. Fr. Luis de Granada.

VIRTUD Y CIENCIA PARA PREDICAR. — De nada servirá el arte para ser elocuente, á quien carezca de ciencia y de virtud: en la juventud suele formarse el hombre tal cual ha de ser en lo restante de su vida; el jóven que aspira á ser predicador elocuente, debe afianzarse en la virtud y adquirir la ciencia en aquella edad dichosa.

La elocuencia consiste en comunicar al espíritu de otro la luz que alumbra el nuestro y el movimiento de nuestra alma, enseñando, agradando y persuadiendo: «*ut doceat, ut delectet, ut flectat*» dice San Agustin. Alguna vez la enseñanza sola bastará para agradar y mover; pero nunca se podrá agradar y mover sin instruir, puesto que la razon preside y dirige todas nuestras operaciones: el instruir es de necesidad y no podemos aspirar á mover la voluntad del hombre antes de instruirle, «*prius..... docendi sunt quam movendi,*» siendo pues el primer resultado de la elocuencia la ilustracion del espíritu, el que por falta de

ciencia no pueda enseñar, está radicalmente imposibilitado para predicar con elocuencia. Los Santos Padres al inculcar la necesidad de la ciencia en el orador cristiano, no hacen mas que seguir las prescripciones de una razon filosófica.

Un sér inerte no puede ser principio de movimiento, y el corazon que no ame á su Dios, ni á su prójimo, será un corazon inerte y helado que no podrá difundir el calor de que carece.

Es notable el interés y la conviccion con que Ciceron y Quintiliano sostienen que no puede ser elocuente el hombre que no sea virtuoso: enseñar la elocuencia á quien carezca de virtud, dice Ciceron, es entregar una arma mortífera á un demente; y Quintiliano recelaba si habria causado un mal dictando sus bellas lecciones de elocuencia por temor de que hombres sin buenas costumbres pudieran abusar de ellas: así se pensaba y se escribia en medio de las tinieblas del paganismo; esto deicia la luz natural á aquellos hombres privados de la sobrenatural.

Alumbrados por esta divina luz los Padres de la Iglesia inculcan al orador cristiano la práctica de la virtud, no tan solo por el peso y la autoridad que el buen ejemplo dá á la doctrina, ni por el desprecio en que esta cae cuando la desmiente ó contradice la vida del orador; ni en fin, por la obligacion especial que de vivir cristianamente tienen los ministros del Evangelio; sino atendiendo al constitutivo esencial y á la estética de la elocuencia; sabian sobradamente que quien desee mover se ha de mostrar él mismo conmovido: *«si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.»* Solo de un corazon abrasado en el amor divino pueden salir los dardos que atraviesen el corazon del pecador, ó aquellas palabras de fuego, como las llama San Gregorio, que producen en el corazon cristiano los grandes incendios del amor divino: *«qui ab eorum exhortationibus verba flammantia ad aures audientium procedunt... quando vix tenuiter prædicator loqui sufficit hoc, unde ipse fortiter igneicit.»*

Cierto es, y los Santos Padres lo reconocen, que siendo la virtud tan bella puede su-

ceder que el mismo que no la practica la ame al contemplarla, y contribuya á que la amen aquellos á quienes logre presentarla con los rasgos de su intrínseca belleza; pero este movimiento del orador excitado con trabajo y estudio ha de ser ficticio, se sostendrá difícilmente y no podrá menos de resentirse de la lucha del hombre interior, que enmudece el habla, segun San Ambrosio, si la conciencia está enferma: «*et ipsa obmutescit facundia, si ægra sit conscientia.*»

La virtud, pues, y la ciencia son necesarias para que el orador cristiano sea perfecto: «*terminus perfectissimus doctrinæ*» al que le falta una de estas dos cosas le compara el Nacianceno á quien carece de un ojo; torpe para mirar, desagradable para ser mirado; y en concepto de San Hilario, el que haya de ser perfecto, necesita que la doctrina sea el ornamento de su vida, y esta el decoro de su doctrina: «*vita ejus ornetur docendo, et doctrina vivendo.*» Verdad es que cuando ambas cosas no se obtienen, es preferible una santa sencillez á la elocuencia del pecador «*quam elo-*

*quentiam peccatricem,* » pero no es menos cierto que el ministro virtuoso y sin ciencia solo es bueno para sí é inútil para los demás.

¿Cómo no lamentar la impaciencia de algunos jóvenes á quienes para subir al púlpito, les parece largo el tiempo que invierten en sus estudios elementales, que no son mas, entendiéndalo bien, que los cimientos sobre que han de levantar mas tarde el sólido edificio de una instruccion ámplia y perfecta? ¡De cuán diferente manera pensaba San Agustin! Encargado por el Obispo Valerio del ministerio de la predicacion lloraba y pedia tiempo para prepararse con el estudio, con la oracion y con las lágrimas. ¡Cuán distintos eran los sentimientos de San Ambrosio! Obispo ya, se lamentaba de tener que enseñar, antes, decia, de haber aprendido. Joven irreflexivo, exclama el Nacianzeno, Jesucristo no predicó antes de los treinta años, ¿y tú imberbe crees poder enseñar á los ancianos careciendo de la autoridad que dan los años y la virtud? » *Docere te posse credis, nec ab ætate, nec á moribus fortasse auctoritatem habens.* » Tu precipitacion,

añade San Gregorio Magno, no solo te inutiliza al presente, sino que te impide hacer progresos: quieres volar antes de tener alas y caerás para no volverte á levantar: *«ire in alta cupiunt inde in sina merguntur.»* ¡Ay de los que dejan pasar los dias fugaces de la juventud, sin acaudalar tesoros de virtud y de ciencia! ¡Triste será su suerte y grande su responsabilidad cuando deban y no puedan ser elocuentes! y ¡ay de los que, colocados ya entre el cielo y la tierra para anunciar á los hombres la ley santa de Dios, ni la estudiamos, ni la practicamos! ¿Por qué, dice San Ambrosio, el tiempo que nos dejan libre las funciones del ministerio no le pasarémos en el retiro, hablando con Cristo en la oracion, y oyendo á Cristo en la leccion? *«Christum alloquaris, Christum audias? illum alloquimur cum oramus, illum audimus cum divina legimus oracula.»*—*Lecciones de oratoria sagrada.*  
—*Manuel Martinez y Sanz.*

VIRTUD Y LEY DIVINA.—La virtud es la habitual observancia de la ley divina, dechado de la mas perfecta y admirable sabiduría como

dada por un Dios infinitamente sábio y soberano autor y origen del talento ó sea de la mas recta y encumbrada razon humana; por consiguiente, el observar esa ley inefable ó practicar la virtud es lo mismo que amoldar nuestro entendimiento y corazon á una sabiduría divina, y en cierto modo es identificarse con ella y elevarse sobre nuestra ignorancia y llegar con nuestra voluntad operativa á una esfera de ennobecedora y sublimadora excel-situd y grandeza, á que no alcanzamos con nuestra mente sobrado mezquina y débil.—*El talento bajo todos sus aspectos y relaciones.*—*Juan Manuel de Berriozabal.*

VIRTUDES.—Aquellas tres nobilísimas, fé, esperanza y caridad (que llamamos teologales porque tienen á Dios por objeto ó blanco á quien miran y acatan) crecen y se perfeccionan con la frecuencia del divinísimo Sacramento del Altar.—*Ven. Fr. Luis de Granada.*

VISION DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.—Un dia despues de San Mateo, estando como suelo, despues que ví la vision de la Santísima Trinidad, y como está con el alma que está en

gracia, se me dió á entender muy claramente, de manera, que por ciertas maneras y comparaciones, por vision imaginaria lo ví. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por vision la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba despues de algunos dias la verdad, como ahora, digo para poderlo pensar. Y ahora veo que de la misma manera lo he oido á letrados, y no lo entendia, como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creia, porque no he tenido tentaciones de la fé.

A las que somos ignorantes, parécenos, que las personas de la Santísima Trinidad todas tres están, como lo vemos pintado, en una Persona; á manera de como cuando se pinta en un cuerpo con tres rostros: y así nos espanta tanto, que parece cosa imposible, y que no hay quien ose pensar en ello; porque el entendimiento se embaraza, y teme no quede dudoso de esta verdad, y quita una gran ganancia.

Lo que á mí se me representó, son tres personas distintas, que cada una se puede mirar,

y hablar por sí. Y despues he pensado, que solo el Hijo tomó carne humana, por donde se vé esta verdad. Estas Personas se aman, y comunican, y se conocen. Pues si cada una es por sí, ¿cómo decimos que todas tres es una esencia, y lo creemos, y es muy grande verdad, y por ella moriria mil muertes? En todas tres Personas, no hay mas que un querer, y un poder y un Señorío. De manera, que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de todas cuantas criaturas hay, es solo un Criador. ¿Podria el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo, así que es un solo Dios todo poderoso, y todas tres Personas una Majestad. Podria uno amar al Padre, sin querer al Hijo, y al Espíritu Santo? No, sino quien contentáre á la una de las tres Personas, contenta á todas tres; y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo, y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y donde está el uno, están todas tres, que no se pueden dividir. ¿Pues cómo vemos, que están divisas tres Personas, y cómo tomó carne hu-

mana el Hijo y no el Padre, ni el Espíritu Santo? eso no lo entendí yo, los teólogos lo saben. Bien sé yo que en aquella obra tan maravillosa, que estaban todas tres, y no me ocupó pensar mucho en esto; luego se concluye mi pensamiento con ver, que es Dios todopoderoso, y como lo quiso, lo pudo, y así podrá todo lo que quisiere, y mientras menos lo entiendo, más lo creo, y me hace mayor devoción.—*Sea por siempre bendito. — Santa Teresa de Jesús.*

VISITACION DE MARÍA.—Ya es tiempo, Virgen y Madre admirable, de visitar á tu prima Isabel en cinta del Bautista, lucero del Sol, que albergas en tu vientre. No conoce tardanzas la gracia del divino Espíritu, que te dió alas de fuego para vencer la dificultad con el amor. Por eso tu tierna caridad venció la aspereza de los caminos, montañas, cuevas, riscos: venció las fatigas, venció las injurias del tiempo; todo lo vence el amor.

¡Ó amor divino, qué soberano es tu impulso, qué fuerte, qué eficaz, qué valiente! ¡Oh si entráras en este helado pecho mio! ¡Qué

presto se allanarian los montes de dificultades, que para conseguir la perfeccion de la virtud me pone delante de los ojos mi loca fantasía! ¡Ó Virgen dulcísima, lléname de aquella caridad humilde, que te hizo volar por las cumbres para adelantar la gracia al dichoso Juan. ¡Oh cuánto estimas un alma, cuya santificación te cuesta tantas fatigas!

Entraste en la casa de Zacarías, y saludaste á Isabel. Tu voz oyó en el seno materno Juan niño, con tal felicidad, que le hizo gigante de la gracia. ¡Oh lo que con tu presencia, Señora, crece un alma! Alegróse Juan con indecible gozo: tal fué el influjo del divino Espíritu, que iba en el trono de tu pecho. Clama, llena de Dios, Isabel, y saludándote dice: *Bendita eres entre todas las mujeres.* Correspondiste luego exclamando: *Magnífica mi alma al Señor, porque miró la humildad de su Esclava.*

No oye María sus alabanzas, sino para darlas á Dios como á su origen. Nada mira en sí la humildad, todo en Dios. Ves aquí, alma mia, dos Madres excelentísimas, cuyos Hijos

no tienen comparacion en la grandeza. Ambos son hijos de la gracia, las Madres hijas de un milagro de la omnipotencia.

Ó Virgen humildísima, puesta en la cumbre de la mayor dignidad, alabo tu santo comedi-  
miento en visitar y servir á Isabel, alabo tu celo en santificar á Juan. En todo es admirable tu virtud; en todo es tu ejemplo primoroso. ¡Oh si yo lo imitára! ¡Oh si yo lo siguiera!  
Visita, Señora mia, esta mi alma necesitada, y llénala de tí misma, que así lo tendré todo, virtud, ejemplo, espíritu. Visítame por tu inefable bondad; dejando en mí proporcionalmente los efectos, que en tí dejó el Espíritu Santo con su sombra, y Tú en casa de Zacarías con tu asistencia de tres meses. Recrea, Madre piadosísima, mi corazón con tu presencia, y mis ojos con fuentes de lágrimas de gozo de tenerte por madre.—*Afectos á la purísima Virgen María.*—*P. Gerardo Aranda Novés.*

VOCACION DE DIOS.—Acerca de este soberano beneficio de la vocacion se han de ponderar seis cosas: en qué consiste; qué bienes trae del cielo; por qué medios se encamina; á qué per-

sonas se extiende; cuánto tiempo dura y los títulos que nos obligan á oirla. Lo primero, se ha de considerar cómo la vocacion es una inspiracion ó ilustracion del Espíritu Santo, con la cual toca el corazon del pecador, y de pura gracia, sin sus merecimientos, le previene, despierta y ayuda, para convertirse y alcanzar la gracia de la justificacion, de tal manera, que sin ella no puede, por sus propias fuerzas, ni entrar en la Iglesia, ni salir de pecado, por lo cual dijo Cristo nuestro Señor, que ninguno podia venir á él, si su Padre no le trajese, y como Lázaro; cuando estaba muerto en el sepulcro, se quedára muerto, hasta convertirse en polvo, si la voz de Cristo no le llamára, diciéndole: Sal fuera; así yo para siempre me quedaré muerto en mis pecados, si la voz de la divina inspiracion no me llama y me ayuda á salir de ellos.

De aquí es que la divina vocacion é inspiracion es único instrumento del Espíritu Santo, para todos los medios de nuestra santificacion. Esta nos trae del cielo el don de la fé, sin la cual no hay agradar á Dios (Heb. XI.

6.); y la virtud de la esperanza, por la cual entra la salud (Rom. VIII. 24); y el espíritu de temor que comienza á echar fuera el pecado (Eccli. I. 27.); y el dolor de la contrición que quebranta el corazón por haberle cometido; y el fuego de la caridad que consume la escoria de nuestras culpas, y el resplandor de la divina gracia que nos purifica y limpia de ellas. Ella es la semilla para ser engendrados en el ser de hijos de Dios por el bautismo; y si lo perdemos, es semilla para recobrarlo por la penitencia. Y este beneficio se nos dá sin merecimientos nuestros, conforme á lo que dice San Pablo: Dios nos llamó con su santa vocacion, no por nuestras obras, sino por el beneplácito de su voluntad, y por la gracia que nos hizo por Jesucristo (II. Tim. I. 9.) Ó Dios eterno, gracias te doy por esta inmensa liberalidad de tu amorosa providencia, con la cual nos envias del cielo lo que nos trae las dádivas buenas, y los dones perfectos que han de venir de allá (Jacob. I. 17.) Si tú no me llamáras, nunca resucitára de la muerte; y si tu inspiracion no me previniera sin merecerlo,

ya yo pagára la pena que merecía. Y pues por tu sola misericordia me llamaste, por ella te suplico me ayudes, que responda dignamente á tu santo llamamiento.

Lo segundo, se han de considerar los medios maravillosos por donde Nuestro Señor encamina la vocacion de los hombres. Á unos llama por medio de los predicadores ó confesores, ó por pláticas y conversaciones con personas devotas; á otros por leccion de buenos libros, ó viendo algunos buenos ejemplos. Á unos trae por adversidades y trabajos, á otros por beneficios y prosperidades. Á unos llama por caminos ordinarios, dejando caminar las cosas por su curso natural, y de los sucesos saca ocasiones para convertirlos; á otros llama por medios extraordinarios y milagrosos, usando de su omnipotencia para reducirlos, porque son increíbles las fuerzas del amor cuando se junta con el poder; y como Dios ama infinitamente á los hombres, el amor mueve á la omnipotencia, para que los llame y traiga, como dice San Agustín: *Miris modis*, con modos maravillosos á su servicio. De todo

lo cual hay ejemplos muy esclarecidos en la Escritura, especialmente en el Evangelio.

Y aplicando esto á mí mismo, ponderaré el soberano beneficio que Dios me ha hecho, en que habiendo caído en graves pecados, me ha llamado á penitencia por mil vías. Unas veces cercando mis caminos con espinas y abrojos de adversidades, para que me volviese á él. Otras veces trayéndome con cuerdas de caridad (Osee. XI, 4) y con cadenas de beneficios, para que me entregase á su servicio; y otras veces con inspiraciones repentinas, trayéndome á la memoria la muerte, juicio, infierno ó gloria, y otros innumerables motivos con que me daba batería continua al corazón, para que le abriese (Apoc. III, 20;) y aunque muchas veces le he dado con la puerta en los ojos, y otras veces despues de admitido le he echado de mi posada, él se ha quedado á la puerta para tornar á llamar, hasta que le tornase á abrir para darme su gracia y amistad. Ó Padre amorosísimo, ¿qué gracias te podré dar por este cuidado que de mí has tenido? Bendita sea tu misericordia, que así ha solici-

tado á tu providencia, por la cual te suplico lleves adelante lo que has comenzado, para que alcance la vida eterna.

Lo tercero, ponderaré cómo no hay hombre en el mundo á quien nuestro Señor no llame por un camino ó por otro; porque todos los infieles, de cualquier secta que sean, y en cualquier lugar ó rincon del mundo que vivan, están debajo de su soberana providencia. Y como el sol de justicia, Cristo, nació para todos, y la lluvia de su doctrina bajó del cielo para todos, y para todos edificó la casa de la Iglesia, y puso los sacramentos que hay en ella; así á todos llama, ya por el dictámen de la lumbré natural, moviéndoles á dejar lo malo y seguir lo bueno, ya por su especial ilustracion, alumbrando á todo hombre que entra en el mundo (Joan. I, 9,) por el uso de la razon, con deseo de que reciba su divina gracia, y despues entre en su gloria, como lo mostró á San Pedro en la vision del lienzo que bajó del cielo. Y porque muchos no conocen este beneficio, he de glorificar por ellos al que se le hace. Ó sabiduría eterna, que por las

calles y plazas y rincones del mundo levantas la voz, llamando á todos los pasajeros para que vengan á tu casa á gozar de tus convites; gracias te doy por la soberana providencia con que los llamas, alegándoles razones tan claras que las entiendan, y tan eficaces que les muevan á entrar. ¡Oh si todos te obedeciesen, para que entrando en tu escuela todos alcanzasen la vida eterna por todos los siglos!

Lo cuarto, ponderaré cómo esta providencia dura con todos los hombres por todo el tiempo de su vida, sin desamparar á ninguno totalmente, ni negarle los medios necesarios para su salvacion, antes como buen padre de familias (Matth. XX, 4) sale á llamar á cada uno en la mocedad, y si entonces resiste, sale otra vez en la juventud y en la vejez, y cuando está cercano á la muerte, y en cualquier hora y punto que oye su llamamiento, le admite á su amistad. Y aunque á los endurecidos en su pecado suele negar los especiales favores que les ablandarian el corazon, y por esto se dice desampararlos; pero no les niega la vocacion

suficiente y los medios necesarios para su justificación.

De donde sacaré aviso para no desconfiar de la salvacion de ningun pecador por malo que sea, y mucho menos de la mia, por muy caido que me vea, porque yo y todos, estamos siempre debajo de la divina Providencia que nos tiene á su cargo; y quien hoy es rebelde, mañana quizá será llamado con tanta fuerza, como el buen ladron, que de la cruz y de la cama vaya al paraiso. Pero tampoco he de descuidarme, dejándolo todo á la divina Providencia, porque si no procuro quitar los estorbos del divino llamamiento, quizá me hallaré burlado, aunque ella no quedará burlada, porque siempre saldrá con el fin principal de su gloria, ó justificándome si consiento, ó castigándome si resisto. Ó Padre amorosísimo, cuya providencia tiene dos brazos de su gobierno, uno de misericordia, para hacer bien á los rendidos, y otro de justicia, para castigar á los rebeldes; pon debajo de mi cabeza el brazo izquierdo de tu justicia, y abrázame con el derecho de tu misericordia (Cant.

II, 6,) sustentándome con el temor de tus castigos, para que no te resista, y alentándome con la esperanza de tus dones, para que te obedezca y me sujete á tu gobierno por todos los siglos.

De todo lo dicho concluiré los varios títulos que me obligan á oír con presteza la divina vocacion, cuando me llama Dios para salir de pecado y de tibieza, reduciéndolos á seis.

El primero, por la infinita grandeza del Señor que me llama para que le sirva, no por tener necesidad de mí, sino porque yo la tengo de él; y porque gusta de hacerme este bien por ser bueno, y en él concurren todas las razones que pueden obligarme á oír su voz, pues no hay cosa mas puesta en razon que oír la criatura la voz de su Criador, el vasallo la de su rey, el esclavo la de su Señor, el hijo la de su padre, el enfermo la de su médico, el discípulo la de su maestro y el cautivo la de su redentor.

El segundo título es, por la infinita bajeza del que es llamado, á quien le viene muy ancho que Dios se digne llamarle y servirse de

él, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de sus miserias.

El tercero, por la infinita miseria del pecado, de donde Dios quiere librarme, sacándome de un estado tan infeliz.

El cuarto, por la infinita grandeza de los bienes para que Dios me llama, pues me convida para recibir la vida de la gracia, la hermosura de las virtudes, la paz que sobrepaja todo sentido, los dones y gozos del Espíritu Santo, y al mismo Espíritu Santo, dador de los dones, con prendas de que despues me llamará para gozar de los bienes eternos de su gloria.

El quinto, por el modo tan amoroso como me llama, usando de tantos medios interiores y exteriores con que ablandar mi corazon, y aficionarme á que le oiga, como si le importase á él lo que me importa á mí.

El sexto, por los gravísimos daños que se me pueden seguir si resisto á la divina vocacion, pues si me hago siempre sordo á su llamamiento, será cierta mi eterna condenacion como la de los convidados que no quisieron

venir á la cena, á quienes dijo (Luc. XIV, 24) que nunca mas la gustarian.

En estas seis cosas se descubre tambien la grandeza de este beneficio; y los que son títulos para oír la divina vocacion, son títulos para glorificar á Dios por la merced que me hizo en llamarme, ayudándome para que le oyese. Ó Dios eterno, gracias te doy por este soberano beneficio, que por tantos títulos es como infinito. Bendita sea tu providencia, de donde mana, y bendita tu omnipotencia, que por él tantas grandezas obra. Llama, Señor, con tu santa vocacion á todos los hombres que criaste, para que entren todos en la ciudad de tu Iglesia, y suban al alcázar de la perfeccion cristiana, y despues á la de tu eterna gloria.  
—*Meditaciones espirituales.*—*Ven. P. Luis de la Puente.*

VOTOS RELIGIOSOS.—Vamos á explicar ahora la renuncia que comprenden los votos de la profesion de los frailes. Dije arriba cuando cité las tres concupiscencias, de la carne, los ojos y la vida, que lo que aquí habia de malo era la *concupiscencia*, por ser obra nues-

tra; pero no los *ojos, la carne, ni la vida*, que son obra de Dios. Dios crió la carne, y criándola quiso que en ocurrir á sus necesidades é indigencias experimentásemos el deleite. Dios crió los ojos para que viésemos lo que nos convenia, y procurásemos nuestra subsistencia. Dios en fin creó, ó si así se quiere, facultó á los hombres, para que creasen las autoridades, sin las cuales no puede ser quieta ni tranquila nuestra vida. De consiguiente, *deleites, riquezas y honores*, tomados como Dios los crió, y destinados con exactitud y justicia á sus debidos usos, son cosas á que puede aspirar legítimamente todo cristiano, de las que puede usar, y en las cuales puede y debe buscar su propia santificacion; pero esto con cargo y calidad de que no se mezcle en este uso la *concupiscencia*, segun que esta palabra significa *amor desordenado*. El que quisiere escuchar esta doctrina de boca infinitamente mas autorizada que la mia, acuda á San Pablo, quien tomando por razon que el tiempo es breve, y que la figura de este mundo pasa como sombra, nos encarga á todos

«que los que tienen mujer, sean como si no la  
tuviesen: los que lloran, como si no llorasen:  
los que se regocijan, como si no lo hiciesen:  
los que compran, como si no poseyesen; y los  
que usan del mundo, como si no usasen.»

Llegaron aquí los primeros monjes, y empezaron á hacer consigo mismos estas cuentas. Mujer y sin concupiscencia, caudal y sin codicia, y empleos sin ambicion ni orgullo..... *rem difficilem postulasti.* Mas vale no tocar en la pez, que verse en la necesidad de estarla tocando sin mancharse. Con que, abur, madama; en busca de otro que tenga mas valor que yo para casarse. Abur, caudal; mas vale que yo te deje, que no que tú me dejes á mí cuando mas agarrado te tenga. Abur, en fin, empleos, y pretensiones, que tantas molestias y rastras tan largas traeis. Nosotros os renunciarnos en cuanto sois renunciables, y en vez del matrimonio abrazamos la *continencia*; en vez de las riquezas, la *pobreza voluntaria*; y en vez de los honores la *servidumbre cristiana* que incluye la *obediencia*. Ven Vds. aquí, señores, lo que los antiguos y nuevos monjes

han añadido sobre las obligaciones del bautismo, y los votos que constituyen nuestro estado y que la Iglesia ha recibido como el mayor de cuantos sacrificios puede el hombre hacer de sí mismo, ha arreglado por las mas sábias y bien meditadas leyes, y ha honrado con cuantos favores puso á su disposicion su eterno Esposo.—*Cartas críticas.*—*Fr. Francisco Alvarado (ó el Filósofo Rancio.)*

FIN DEL TOMO CUARTO Y ÚLTIMO.



## ÍNDICE GENERAL

DE LOS

### PENSAMIENTOS CONTENIDOS EN LA FLORESTA

DE LA

### LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA.

#### TOMO I.

Páginas.

PRÓLOGO. . . . . 5

#### A.

Abadía de Leinster en Irlanda. . . . . 21

Abecedario en loor de la Virgen Nuestra Señora. . . . . 23

Absolucion. . . . . 27

Abundancia de riquezas. . . . . 27

Acciones. . . . . 27

Aclamacion universal de María. . . . . 27

Acto de amor divino. . . . . 31

Actos virtuosos. . . . . 31

Adorno de alma santa. . . . . 31

Afficciones. . . . . 32

Agradecimiento á la bondad divina. . . . . 33

Agua. . . . . 36

Las aguas. . . . . 37

Aislamiento espiritual. . . . .	40
Alabanza. . . . .	44
Alabanzas. . . . .	44
Alabanzas de Jesucristo. . . . .	44
Alabanzas de María. . . . .	44
Alegría. . . . .	44
Alegría espiritual. . . . .	49
Alegría y esperanza. . . . .	49
Alegría y tristeza. . . . .	50
Aliento para el justo atribulado. . . . .	52
Aliento para servir á Dios. . . . .	60
Alma. . . . .	64
Alma. . . . .	64
Alma. . . . .	64
Alma del justo. . . . .	65
Alma cristiana. . . . .	65
Alma cristiana. . . . .	65
Alma en gracia. . . . .	65
Alma en gracia. . . . .	65
Alma justa. . . . .	66
Alma justa. . . . .	66
Alma justa y pecadora. . . . .	66
Alma pecadora. . . . .	68
Alma penitente. . . . .	68
Alma racional. . . . .	68
Alma racional. . . . .	69
Alma temerosa de Dios. . . . .	69
Alma virtuosa. . . . .	69
Almas. . . . .	69
Almas del Purgatorio (Las). . . . .	69
Alteza de María. . . . .	78

Altivez humana. . . . .	79
Ambicion. . . . .	79
Amenazas divinas. . . . .	79
Amonestacion. . . . .	79
Amor. . . . .	79
Amor de Dios y del prójimo. . . . .	79
Amor de Dios y del prójimo. . . . .	79
Amor desordenado y temor sin medida. . . . .	79
Amor divino (Excelencia del). . . . .	79
Amor impuro. . . . .	86
Amor perfecto de Dios. . . . .	86
Ángel. . . . .	87
Ángeles. . . . .	87
Ángeles en los templos. . . . .	88
Anticristo. . . . .	94
Aparicion de Jesús resucitado á las santas mujeres. . . . .	108
Aparicion de la ira de Dios. . . . .	110
Apocalipsis. . . . .	111
Apóstoles. . . . .	111
Apóstoles. . . . .	112
Apóstoles y predicadores evangelicos. . . . .	112
Aprovechamiento. . . . .	112
Aprovechamiento. . . . .	112
Aprovechamiento. . . . .	112
Argumentos de los capítulos de las profecías de Isaiás, ó sea breve resúmen de su contenido. . . . .	112
Armas. . . . .	143
Armas y blasones. . . . .	146
Arrebatamiento. . . . .	146
Arrobamientos. . . . .	147
Á la Ascension del Señor. . . . .	148

En la Ascension del Señor. . . . .	152
Asilo. . . . .	153
De la Asuncion de Nuestra Señora. . . . .	153
Ateistas. . . . .	156
Atencion divina á las oraciones de los justos. . . . .	159
Atribuciones del sacerdocio católico. . . . .	162
La Aurora de la gracia. . . . .	163
Autoridad de la Iglesia católica. . . . .	173
Autoridad del nombre de Jesús. . . . .	184
Autoridad del Papa. . . . .	186
Autoridad infalible de la Iglesia. . . . .	189
Avaricia. . . . .	193

**B.**

Bailes. . . . .	194
Bautismo. . . . .	195
Bautismo. . . . .	195
Bautismo. . . . .	197
Belleza del alma justa. . . . .	213
Beneficencia sin caridad. . . . .	214
Beneficios. . . . .	215
Beneficios. . . . .	216
Beneficios del cristianismo. . . . .	216
Bernardo (San). . . . .	223
Biblia. . . . .	228
Bien ageno. . . . .	229
Bienaventuranza. . . . .	230
Bienaventuranza. . . . .	230
Bienes de altivos. . . . .	231
Bienes de fortuna. . . . .	231

Bienes que nacen de la aparente oscuridad del trato sobrenatural con Dios. . . . .	234
Bienes temporales. . . . .	237
Bienes y regalos mundanos. . . . .	238
Bondad del Señor al instituir la Sagrada Eucaristía. . . . .	238
Brevedad de los trabajos humanos. . . . .	239
Buenos propósitos. . . . .	240

C.

Caducidad y muerte. . . . .	244
Calamidades de la Iglesia de España. . . . .	245
Camino (Nombre de Cristo). . . . .	257
Camino para el cielo. . . . .	257
Caminos diversos para un mismo término. . . . .	259
Cananéa. . . . .	264
Cantor de las bellezas de la religion (El). . . . .	263
Carácter y tendencias de los errores del siglo XIX. . . . .	264
Caridad. . . . .	291
Caridad. . . . .	291
Caridad. . . . .	291
Caridad. . . . .	291
Caridad. . . . .	291
Caridad. . . . .	292
Caridad. . . . .	292
Caridad. . . . .	295
Caridad para con el prójimo. . . . .	296
Carmelo. . . . .	297
Carne de Jesucristo. . . . .	302
Castidad. . . . .	302
Castigos condignos. . . . .	304

Catolicismo. . . . .	304
Catolicismo. . . . .	305
Catolicismo. . . . .	305
Catolicismo. . . . .	306
Causas por qué Dios permite las herejías. . . . .	306
Ceguedades del mundo. . . . .	310
Celibato del clero. . . . .	311
Célibe. . . . .	322
Cementerios. . . . .	322
Cena de Jesús. . . . .	324
Ciencia de los Santos. . . . .	326
Cisma del Oriente. . . . .	327
Ciudades (Las dos). . . . .	331
Civilización cristiana. . . . .	335
Clamor universal de las criaturas. . . . .	335
Covadonga (Imágen de Nuestra Señora de). . . . .	340
Codicia. . . . .	355
Columna de fuego, que guiaba al pueblo de Dios. . . . .	355
Comunicaciones divinas. . . . .	358
Comunion. . . . .	358
Concepcion de María Santísima. . . . .	358
Conciencia. . . . .	364
Conciencia. . . . .	364
Conciencia. . . . .	364
Conciencia limpia. . . . .	366
Conciencia pública. . . . .	366
Concordatos. . . . .	366
Confesion general. . . . .	371
Confesion humilde y entera. . . . .	371
Confesor. . . . .	371
Confianza en Dios. . . . .	372

Confianza en la oracion. . . . .	372
Confianza en los méritos del Salvador. . . . .	374
Confirmacion. . . . .	378
Confirmacion de los Obispos. . . . .	383

**TOMO II.**

Conformidad con la voluntad de Dios. . . . .	50
Compasión. . . . .	50
Consecuencias del pecado de Adan. . . . .	50
Consejo. . . . .	54
Consejos profundos de la sabiduría divina. . . . .	52
Consideraciones santas. . . . .	54
Consistorio divino para la redencion del hombre. . . . .	55
Consuelo. . . . .	59
Consuelos divinos. . . . .	59
Conversion del mundo. . . . .	59
Conversion del pecador. . . . .	60
Corazon. . . . .	61
Corazon humano. . . . .	61
Corazon humano. . . . .	61
Corazon humano. . . . .	61
Corazon humilde. . . . .	61
Corazon puro. . . . .	62
Cordero (Nombre de Cristo). . . . .	62
Correspondencia al llamamiento divino. . . . .	65
Córte del cielo. . . . .	68
Crecientes de malicia. . . . .	69
Credibilidad de nuestros misterios. . . . .	69
Creencia. . . . .	94

Criaturas.. . . . .	93
Criaturas.. . . . .	93
Criaturas.. . . . .	93
Cristo. . . . .	93
Al Crucifijo del panteon del Escorial. . . . .	94
Cruz. . . . .	99
Cruz. . . . .	99
Cruz del Salvador. . . . .	106
Cruzadas.. . . . .	106
Cuerpo humano. . . . .	107
Cuerpo humano. . . . .	108
Cuidados.. . . . .	108
Culpa. . . . .	108
Culto interno y externo. . . . .	108

D.

Debilidad de Bossuet. . . . .	111
Deistas.. . . . .	116
Deleite.. . . . .	119
Deleites sensuales. . . . .	119
Demonio. . . . .	121
Demonio. . . . .	121
Demonio. . . . .	121
Demonio. . . . .	121
Demonio. . . . .	121
Demonio. . . . .	121
Descendimiento de la cruz. . . . .	123
Deseo. . . . .	130
Desesperacion. . . . .	131
Desiertos.. . . . .	131

Desolacion.	137
Desprecio.	137
Desprecio de bienes terrenos.	137
Desprendimiento.	137
Destierro.	138
Destierro de la desconfianza.	139
Devocion.	142
Devocion.	143
Devocion á Maria Santisima.	143
Devocion á Maria Santisima.	143
Dicha de la virtud.	144
Dignidad del hombre.	147
Dignidad del sacerdocio.	148
Diluvios del pecado.	149
Dios.	150
Dios.	151
Dios.	151
Dios.	151
Dios airado.	152
Dios solo es inmutable.	152
Dios y el César.	156
Dios y la tribulacion.	157
Dique santo.	159
Discurso de San Leandro en el tercer Concilio de Toledo, con ocasion de haber abrazado los Godos ar-	

rianos la religion católica por obra de su monarca	160
Recaredo. . . . .	161
Division territorial del régimen eclesiástico. . . . .	163
Doctrina de la Iglesia. . . . .	167
Doctrina del panteísmo. . . . .	168
Doctrina evangélica. . . . .	169
Dolores de María en la infancia de Jesús. . . . .	169
Duelo. . . . .	177
Dulzuras de la santísima Eucaristía. . . . .	190
Dulzuras del trato íntimo con Dios. . . . .	193

E.

Egloga en loor de María Santísima y del Niño Jesús. . . . .	196
Ejemplo del superior. . . . .	203
Elías y Acab. . . . .	203
Encarnacion del Verbo. . . . .	210
Enemigos del alma. . . . .	210
Enfermedad. . . . .	210
Enfermedades. . . . .	210
Envidia. . . . .	210
Epicurismo. . . . .	210
Epifanía. . . . .	211
Esperanza. . . . .	212
Esperanza. . . . .	212
Esperanza de bienes divinos. . . . .	212
Esperanza de bienes eternos. . . . .	212
Esperanza en el Señor. . . . .	212
Espiritualidad del alma. . . . .	212
Espiritu con que deben leerse los Salmos. . . . .	213
Espiritu Santo. . . . .	219

Espíritu Santo. . . . .	219
Espíritu Santo. . . . .	219
Espíritu Santo y nuestras almas. . . . .	222
Estado y necesidades del mundo antiguo. . . . .	227
Estrella embajadora. . . . .	229
Á las estrellas. . . . .	231
Eternidad. . . . .	238
Eucaristía. . . . .	238
Eucaristía. . . . .	239
Eucaristía. . . . .	239
Eucaristía. . . . .	239
Evangelio. . . . .	242
Evangelio. . . . .	243
Evangelio. . . . .	243
Excelencia de la doctrina de la Iglesia. . . . .	243
Extrema-Unción. . . . .	246

F.

Falta de fé viva. . . . .	255
Fé. . . . .	260
Fé. . . . .	260
Fé en sus relaciones con el entendimiento y la volun- tad (La). . . . .	266
Fé viva. . . . .	279
Fé viva del buen ladrón. . . . .	280
Felicidad. . . . .	286
Felicidad en la muerte. . . . .	296
Figuras de María en el diluvio. . . . .	300
Filósofo cristiano. . . . .	304
Fin del hombre. . . . .	305

Formacion de la Iglesia en su origen. . . . .	308
Fraternidad de la virtud y el talento. . . . .	310
Fruto de la esperanza cristiana. . . . .	314
Frutos de la sagrada Comunión. . . . .	315
Fundamento natural de la religion. . . . .	316

G.

Ganancia continua. . . . .	318
Gigantes antediluvianos. . . . .	319
Gloria de la santidad. . . . .	321
Gloria de los bienaventurados. . . . .	323
Gracia. . . . .	325
Gracia divina. . . . .	325
Gracia divina. . . . .	325
Gracia divina. . . . .	325
Grandeza de María. . . . .	325
Grandeza y hermosura del cielo. . . . .	327

H.

Hermenegildo (San), rey de Sevilla y mártir. . . . .	330
Hermosura de las criaturas. . . . .	337
Hermosura de María. . . . .	337
Hermosura divina. . . . .	340
Historia monástica comparada con la profana. . . . .	340
Hombre. . . . .	343
Hombre (El). . . . .	343
Hombre paciente. . . . .	345
Honra. . . . .	345
Huerto, atributo de María Santísima. . . . .	346

La Huida á Egipto. . . . .	349
Humildad. . . . .	352
Humildad, pobreza y cruz. . . . .	357

I.

Iglesia. . . . .	358
Iglesia católica. . . . .	363
Iglesia y los príncipes (La). . . . .	370
Iglesia y los reyes (La). . . . .	381
Iglesias. . . . .	381
Impío y el justo (El). . . . .	384
Importancia de la religion en el Estado. . . . .	385
Importancia de la religion para el hombre. . . . .	386
Importancia del misterio de la Encarnacion. . . . .	387
Incomprensibilidad de Dios. . . . .	389
Indiferente y el género humano (El). . . . .	399
Indulgencias. . . . .	401
Influencia de la Iglesia. . . . .	409
Infelicidad eterna de los condenados. . . . .	410
Infierno. . . . .	414
Injusticias de la lengua. . . . .	419
Inmortalidad. . . . .	420
Inmortalidad del alma. . . . .	421
Intercesion de María. . . . .	431
Instituto religioso. . . . .	433
Instrumentos de Dios para la fundacion de su Iglesia. . . . .	434
Invencion del cuerpo del Apóstol Santiago. . . . .	437
Ira de Dios. . . . .	442
Ira envejecida. . . . .	442

J.

Jaculatorias. . . . .	443
Jansenistas. . . . .	445

**TOMO III.**

Jesucristo. . . . .	5
Jesucristo, árbol de predestinacion, plantado en el jardín de su Madre Santísima la Virgen María. . . . .	8
Jesús. . . . .	11
Jesús y la Samaritana. . . . .	12
Jesús y su Madre Santísima en el Calvario. . . . .	14
Juan Crisóstomo (San). . . . .	31
Juego. . . . .	33
Juicio distinto de Dios y del mundo. . . . .	33
Juicio universal. . . . .	35
Juicios temerarios. . . . .	41
Justificacion del pecador. . . . .	42
Justo. . . . .	42
Justos antediluvianos. . . . .	42

L.

Lágrimas. . . . .	48
Lamennais caído. . . . .	48
Legislador en la Iglesia. . . . .	48
Lengua latina bajo la tutela de la Iglesia. . . . .	53
Ley moral. . . . .	54
Ley natural. . . . .	55

Leyes de amor divino. . . . .	35
Libertad. . . . .	55
Libertad de alma. . . . .	56
Libertad eclesiástica. . . . .	57
Libertad moral. . . . .	61
Libertades de la iglesia galicana. . . . .	67
Libro de Job. . . . .	68
Libro malo. . . . .	69
Libros. . . . .	70
Lirio entre espinas, atributo de María Santísima. . . . .	72
Lisonja. . . . .	75
Locuciones de Dios en la oracion. . . . .	75
Locura del pecador. . . . .	89
Lozanía perpétua de la religion. . . . .	89
Lujo. . . . .	92
Luto y desolacion del mundo. . . . .	94
Luzbel. . . . .	96
Luz natural y sobrenatural acerca de la religion. . . . .	97

LL.

Llagas de Cristo. . . . .	98
Llanto sobre los que niegan la Providencia. . . . .	98
Llave de los tesoros divinos. . . . .	119

M.

Mal sufrido con paciencia. . . . .	122
Mala compañía. . . . .	122
Los males de esta vida. . . . .	123
Manantiales de bienes. . . . .	128

Mandamientos. . . . .	128
Mansedumbre. . . . .	130
Mansedumbre de Jesús. . . . .	131
Maravillas de Dios con sus escogidos. . . . .	131
María. . . . .	132
María amparo de todos. . . . .	133
María, divina pastora. . . . .	133
Maternidad. . . . .	135
Matrimonio. . . . .	137
Medios para trabajar útilmente en la salvacion de las almas. . . . .	149
Memoria de Dios. . . . .	213
Menosprecio de lo poco. . . . .	213
Método para la oracion mental. . . . .	221
Milagro. . . . .	226
Misa. . . . .	226
Misericordia divina. . . . .	228
Misericordia y justicia. . . . .	228
Misterio de la Santísima Trinidad. . . . .	228
Monarquía de la Iglesia. . . . .	231
Monjas. . . . .	233
Monserrat (Imágen de Nuestra Señora de). . . . .	234
Morada del alma en las llagas de Jesús. . . . .	245
Moral. . . . .	246
Mortificacion de la propia voluntad. . . . .	247
Muerte. . . . .	247
Muerte de Jesús. . . . .	257
Á la muerte de Jesús. . . . .	260
Muerte del amor propio. . . . .	264
Muerte de malos. . . . .	266
Mundo. . . . .	266

Mundo y sus tentaciones. . . . .	266
Murmuracion. . . . .	271

N.

En la Natividad del Salvador. . . . .	274
La Natividad de Nuestra Señora. . . . .	276
Naturaleza. . . . .	278
Necesidad de la virtud en las mujeres. . . . .	280
Necesidad y plenitud de la autoridad pontificia. . . . .	282
Á un niño Jesús. . . . .	283
Al niño Jesús dormido. . . . .	285
Noche. . . . .	287
Nombre de Jesús. . . . .	287
Nombre de María. . . . .	288
Noticia sobre San Eugenio, primer Arzobispo de Toledo. . . . .	291
Nuestra Señora en la Ascension del Salvador. . . . .	293

O.

Obispo católico. . . . .	301
Obispo de la Iglesia católica ó universal. . . . .	303
Obispos. . . . .	304
Obispos primeros. . . . .	310
Obras buenas. . . . .	314
Obras de Dios . . . . .	315
Obras de la humildad. . . . .	315
Obras de los Santos Padres. . . . .	316
Obstinacion en el mal. . . . .	317
Ocasion de pecar. . . . .	317

Odio. . . . .	323
Oracion. . . . .	323
Oracion devota. . . . .	330
Oracion y predicacion. . . . .	330
Oracion y virtudes. . . . .	332
Orbes celestes. . . . .	336
Orden sacerdotal. . . . .	336
Orgullo. . . . .	339

P.

Paciencia. . . . .	344
Padecimiento por Dios. . . . .	344
Padecimientos de Jesús por la salvacion de las almas. . . . .	342
Padres de la Iglesia. . . . .	344
Palabra de Dios. . . . .	354
Palabra divina. . . . .	357
Palabras divinas. . . . .	357
Panteismo. . . . .	357
Pasion. . . . .	366
Pasion de Jesucristo. . . . .	366
Patriarca San José. . . . .	367
Paz. . . . .	370
Pecado. . . . .	371
Pecado mortal. . . . .	373
Pecados. . . . .	373
Pecados veniales. . . . .	374
Pecadores. . . . .	374
Penas de Jesucristo. . . . .	374
Penitencia. . . . .	374
Penitencia y humildad. . . . .	374

Pérdida de Dios y solicitud por hallarle. . . . .	374
Pérdida de la gracia. . . . .	383
Perfeccion. . . . .	383
Persecucion de Diocleciano en España. . . . .	384
Persecucion de Santos. . . . .	391
Persecuciones. . . . .	391
Perseverancia. . . . .	391
Perseverancia en la virtud. . . . .	394
Pintura de la Iglesia católica. . . . .	398
Placeres. . . . .	400
Plegarias de pobres. . . . .	400
Poblacion santa de los desiertos. . . . .	400
Pobreza. . . . .	402
Pobreza voluntaria. . . . .	402
Poderío de María Santísima. . . . .	404
Poder mágico de las dulzuras de Dios. . . . .	404
Pontificado (El). . . . .	405
Postergacion injusta del alma. . . . .	412
Potestad de la Iglesia. . . . .	415
Potestad eclesiástica y civil. . . . .	421
Preceptos divinos. . . . .	423
Precio de las almas. . . . .	423
Premio del arrepentimiento. . . . .	427
Preparacion próxima para predicar. . . . .	428
Presencia de Dios. . . . .	438
Presuncion. . . . .	444
Primado del Papa. . . . .	444
Prodigio en favor de la cruz . . . . .	445
Prodigio de la Santísima Virgen. . . . .	447

**TOMO IV.**

Profecía. . . . .	5
Profecía (La primera pronunciada por Dios). . . . .	5
Profetas. . . . .	9
Proteccion real. . . . .	11
Protestantismo comparado con el catolicismo por Bal- mes (El). . . . .	46
La Providencia. . . . .	48
Providencia de Dios. . . . .	48
Prueba de la verdad y divinidad de nuestra religion. . . . .	23
Pruebas del cristianismo. . . . .	24
Purgacion pasiva del alma. . . . .	28
Purificacion. . . . .	46

**R.**

Razones filosóficas que prueban el dogma de la inmortalidad del alma. . . . .	49
Recibimiento que en el cielo se hace á María. . . . .	64
Reconocimiento universal de la autoridad del Papa. . . . .	70
Reglas para el discernimiento de espíritus. . . . .	89
Relaciones del cristiano con Dios y con la religion. . . . .	92
Religion. . . . .	96
Religion y la impiedad (La). . . . .	102
Religiosos. . . . .	106
Requisitos para la moralidad ó inmoralidad de las ac- ciones. . . . .	108
Reservas apostólicas. . . . .	109
Resurreccion del Salvador. . . . .	111

Á la Resurreccion de Jesús. . . . .	112
Revelaciones. . . . .	116
Riqueza del cristiano. . . . .	119
Riqueza universal y divina. . . . .	121
Roma cristiana. . . . .	145
Ruina final. . . . .	146

S.

Sabiduría de Dios. . . . .	150
Sábios del mundo. . . . .	155
Sacerdocio cristiano. . . . .	155
Sacramento del altar. . . . .	161
Sacrificio. . . . .	161
El sacrificio de la Esposa. . . . .	162
Sacrificio de la santa Misa. . . . .	169
Salmo. . . . .	175
Salvacion. . . . .	178
Salvacion de las almas . . . . .	181
Salvacion de los hombres. . . . .	191
Sangre de Jesucristo. . . . .	191
Sangre de mártires. . . . .	191
Santa-Escritura. . . . .	191
Santisimo Sacramento. . . . .	191
Santos. . . . .	192
Semana Santa. . . . .	194
Semejanza del talento con Dios. . . . .	198
La senda del dolor. . . . .	201
Sentido misterioso de la curacion del paralítico de la piscina. . . . .	204
Señales del amor de Dios. . . . .	211

Señales de predestinacion. . . . .	211
Sepulcros preciosos. . . . .	212
Siete pies de tierra. . . . .	213
Soberbia y arrogancia. . . . .	213
Soberbio. . . . .	213
Sociedad civil en sus relaciones con la religion. . . . .	213
Sol. . . . .	214
Sueño extravagante. . . . .	216
Suicidio. . . . .	227
Sumision á la voluntad divina. . . . .	240
Sumision de los cristianos á los príncipes. . . . .	241
Superioridad de la Iglesia. . . . .	244
Superioridad del Papa sobre los Obispos. . . . .	244
Súplica á la Reina de la misericordia. . . . .	248
Supremacia de la caridad. . . . .	252

T.

Talento de San Bernardo. . . . .	255
Temor y amor . . . . .	255
La tempestad. . . . .	256
Templos. . . . .	261
Los templos de María. . . . .	264
Tentacion. . . . .	266
Tentador (El). . . . .	277
Teodicea. . . . .	279
Término de la vida del justo. . . . .	279
Terribilidad del dia del juicio. . . . .	279
Tesoro escondido en las tribulaciones. . . . .	281
Título primero que al aplauso de los católicos adquirió Donoso Cortés. . . . .	284

Tolerancia religiosa. . . . .	286
Tomás de Aquino (Santo). . . . .	287
Trabajos. . . . .	293
Tradición. . . . .	293
Transferencia abusiva del poder espiritual. . . . .	296
Transfiguracion del Señor. . . . .	297
Tribulaciones. . . . .	321
Tristeza. . . . .	323
Triunfo reciente del cristianismo. . . . .	328
Turbacion en las tribulaciones. . . . .	329

U.

Unidad de doctrina en la Iglesia católica. . . . .	333
Unidad de la Iglesia. . . . .	350
Unidad y fijeza de la religion. . . . .	352
Union de la Iglesia. . . . .	353
Union íntima de los corazones de Jesús y María. . . . .	354

V.

Valor y excelencia de la oracion. . . . .	357
Vanidad de la fama mundana. . . . .	362
Venida de Dios á consolar. . . . .	363
Á la venida del Espíritu-Santo. . . . .	366
Ventajas de la meditacion en los padecimientos de Jesús. . . . .	370
Verdad. . . . .	373
Vergüenza indebida. . . . .	377
Vicio. . . . .	380
Victoria de Lepanto. . . . .	380

Vida activa y contemplativa. . . . .	389
Vida de Jesucristo. . . . .	390
Vida del alma. . . . .	390
Vida eterna. . . . .	390
Vida perdurable. . . . .	390
Vida presente. . . . .	392
Vigilancia cristiana. . . . .	392
Virginidad. . . . .	392
Virtud. . . . .	393
Virtud y ciencia para predicar. . . . .	395
Virtud y ley divina.. . . .	400
Virtudes. . . . .	401
Vision de la Santísima Trinidad.. . . .	401
Visitacion de María. . . . .	404
Vocacion de Dios. . . . .	406
Votos religiosos. . . . .	416

**FIN DEL ÍNDICE GENERAL.**

## AUTORES

DE QUIENES

### SE HAN TOMADO PENSAMIENTOS PARA LA FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA DE ESPAÑA (1).

---

FR. ARCÁNGEL DE JESÚS DE ALARCON, Misionero Apostólico y Comisario general de su Orden de Capuchinos.

FR. FERMIN DE ALCARAZ, de la Orden de Capuchinos: despues Obispo de Cuenca.

P. MAESTRO, FR. FRANCISCO ALVARADO, del Orden de Predicadores. Denominóse el Filósofo Rancio.

P. ALONSO DE ANDRADE, de la Compañía de Jesús.

P. GERARDO ARANDA NOVÉS, Teólogo y Misionero de la Compañía de Jesús.

---

(1) En algunos autores de nuestro siglo, que con posterioridad á la publicacion de su obra, han obtenido un empleo ó dignidad mas relevante, se pone primero la que tenían al imprimir su libro, segun se halla en este, y la palabra *despues* se ha usado para denotar el ascenso, que mas adelante lograron.

- D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ, Canónigo doctoral de la santa iglesia catedral de Cádiz: despues Obispo de la misma ciudad.
- FR. JOSÉ ARESO, Misionero del Orden de San Francisco.
- D. BARTOLOMÉ LEONARDÓ DE ARGENSOLA, Rector y Párroco de Villahermosa, Canónigo, Cronista mayor de los reinos de la corona de Aragon.
- VEN. MAESTRO JUAN DE ÁVILA, Apóstol de Andalucía.
- DR. D. JAIME BALMES, Presbítero; gloria de España y de nuestro siglo.
- D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL, Marqués de Casajara, Conde de Vallehermoso y de Casapalma.
- EXCMO. É ILMO. SR. D. FRANCISCO ALEJANDRO BÓCANEGRA, Arzobispo de Santiago.
- D. ALONSO DE BONILLA, poeta sagrado de principios del siglo XVII.
- DR. D. GREGORIO CANTUESO, Autor del Consejero de las Casadas.
- FR. FERNANDO DE CEBALLOS, monje gerónimo.
- EXCMO. É ILMO. SR. D. ANTONIO MARIA CLARET, Arzobispo de Trajanópolis, confesor de S. M. la Reina.
- EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ DOMINGO COSTA Y BORRÁS, Obispo de Barcelona; ahora Arzobispo de Tarragona, Prelado doméstico asistente al sacro sólio pontificio, patricio romano etc., etc.
- D. RAFAEL JOSÉ DE CRESPO, Oidor de la real Audiencia de Aragon: despues Regente de la de Pamplona.
- D. JOSÉ MARIA CUADRADO, literato, que por su ilustracion y demás prendas es muy apreciado, especialmente en Palma de Mallorca, su pais nativo.

EXCMO. SR. D. JUAN DONOSO CORTÉS, Marqués de Valdegamas, embajador de España en París, etc. etc.

EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ ESCOLANO y FENOY, Obispo de Jaen etc., etc.

FR. MANUEL DE ESPINOSA.

FR. DIEGO DE ESTELLA, del Orden de San Francisco, predicador, consultor y teólogo del Rey D. Felipe II.

FR. PAULINO DE LA ESTRELLA, del Orden de San Francisco, poeta del siglo XVII.

D. JOSÉ IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE, Presbítero, Vicepresidente de la Cámara de Diputados de Chile: despues Nuncio de S. S. en América.

DR. D. PEDRO ANTONIO FERNANDEZ DE CÓRDOVA, Canónigo de la santa iglesia metropolitana de Lima en el Perú, y Obispo electo de Puerto-Rico, cuya mitra renunció.

FR. MAGIN FERRER, de la Orden de la Merced: despues secretario del Excmo. Sr. Arzobispo de Búrgos.

P. MAESTRO FR. ENRIQUE FLOREZ, del Orden de San Agustin, catedrático de la Universidad de Alcalá.

DR. D. MANUEL FORTEA, predicador en el reinado de D. Fernando VII.

SAN FRANCISCO JAVIER, de la Compañía de Jesús, Apóstol de las Indias.

P. RAMON GARCIA, de la Compañía de Jesús.

D. MARIANO GARCIA REYES, Canónigo de la santa iglesia metropolitana de Guatemala.

GARCILASO DE LA VEGA (EL INCA), capitán de infantería en los tercios españoles.

DR. D. JUAN GONZALEZ, Capellan mayor del Hospital

general de Madrid: ahora Chantre de la santa iglesia catedral de Valladolid.

EXCMO. SR. D. TOMÁS JOSÉ GONZALEZ CARVAJAL, individuo de las reales Academias Española y de la Historia, ministro de Hacienda en 1813, del supremo Consejo de la Guerra, prócer del reino, etc., etc.

VEN. FR. LUIS DE GRANADA, de la Orden de Santo Domingo, celeberrimo por su elocuencia entre nuestros antiguos clásicos.

D. MANUEL GUMIEL, Presbítero, de la Congregacion de San Felipe Neri de Madrid.

D. LUIS GUTIERREZ, Canónigo penitenciario de la santa iglesia catedral de Búrgos.

P. MAESTRO FR. VICENTE HERNANDEZ, del Orden de Predicadores.

D. FERNANDO DE HERRERA, uno de los mas célebres poetas sevillanos.

D. MARIANO JOSÉ DE IBARGUENGOITIA, Cura párroco en Bilbao.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, fundador de la Compañía de Jesús.

EL INCÓGNITO, autor de los Recuerdos para la vida cristiana.

EXCMO. Sr. D. PEDRO INGUANZO Y RIVERO, Obispo de Zamora: despues Cardenal Arzobispo de Toledo.

D. JUAN DE JÁUREGUI, Caballero de la Orden de Calatrava.

FR. ANTONIO DE SAN JOSÉ, anotador de las obras de Santa Teresa de Jesús.

FR. JOSÉ DE JESÚS MARIA, Carmelita Descalzo.

BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION, fun-

- dador de los Religiosos Descalzos de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos cristianos.
- SAN JUAN DE LA CRUZ, conocido tambien por el sobrenombre del Doctor extático.
- VEN. FR. GERÓNIMO BAUTISTA DE LANUZA, del Orden de predicadores, Obispo de Barbastro y de Albarracin.
- P. MAESTRO FR. LUIS DE LEON, Doctor teólogo de la Universidad de Salamanca, del Orden de San Agustin.
- D. ALBERTO LISTA, matemático, poeta, crítico y preceptor distinguido de nuestro siglo.
- EL ABATE D. FRANCISCO JAVIER LOZANO DE VALDEPEÑAS, poeta del siglo XVIII.
- FR. PEDRO MALÓN DE CHAIDE, de la Orden de San Agustin.
- P. JUAN DE MARIANA, de la Compañía de Jesús, insigne teólogo y principe de los historiadores españoles.
- P. JUAN MARQUEZ, Prior del convento de San Agustin de Salamanca.
- D. MIGUEL MARTÉL, Prebendado de la santa iglesia catedral de Salamanca.
- FR. VICENTE MARTINEZ COLOMER, poeta de principios del presente siglo.
- DR. D. MANUEL MARTINEZ Y SANZ, Canónigo Magistral de la santa iglesia catedral de Búrgos.
- DR. D. MIGUEL MARTINEZ Y SANZ, celosísimo sacerdote y laborioso escritor de nuestros dias.
- D. JUAN MELENDEZ VALDÉS, magistrado y célebre poeta.

- FR. ATILANO MELGUIZO, Vicario general de la Orden de San Bernardo.
- FR. ANTOLIN MERINO, de la Orden de San Agustín.
- ILMO. SR. D. ANTOLIN MONESCILLO, Obispo de Calahorra y La Calzada.
- DR. D. JOSÉ IGNACIO MORENO, Arceidiano de la santa iglesia metropolitana de Lima.
- D. ANTONIO JOSÉ NAVARRO, Canónigo de Baza.
- D. PEDRO ÁLVARO NAVARRO, presbítero. Imprimió su obra en 1840.
- P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG, de la Compañía de Jesús.
- EXCMO. É ILMO. SR. D. ALONSO NUÑEZ DE HARO Y PERALTA, Arzobispo de Méjico y de Toledo en el siglo XVIII.
- D. FRANCISCO DE OCAÑA, poeta de principios del siglo XVI.
- D. PABLO DE OLAVIDE, personaje del siglo pasado, de la escuela encicopedista, sinceramente convertido en los últimos años de su vida á la filosofía y prácticas de nuestra santa Religión.
- D. JUAN MANUEL ORTI Y LARA, profesor de filosofía y abogado.
- D. JOSÉ ANTONIO ORTIZ URRUELA, Comendador de la real y distinguida Orden de Carlos III, abogado, miembro de diversas sociedades científicas y literarias y ministro plenipotenciario en la república de Guatemala, su pátria: ahora sacerdote, que actualmente ejereita su apostólico celo en Sevilla.
- D. JUAN LOPEZ DE PALACIOS RUBIOS, del Consejo de S. M.

- FR. JUAN DE DIOS PASTOR, de la Orden de Santo Domingo, maestro en sagrada teología, y á quien por su elocuencia del púlpito se le daba vulgarmente en Sevilla el sobrenombre de Píco de oro.
- MAESTRO FERNAN PEREZ DE OLIVA, rector de la Universidad de Salamanca.
- VEN. P. LUIS DE LA PUENTE, de la Compañía de Jesús.
- P. IGNACIO DE QUINTANA DUEÑAS, de la Compañía de Jesús.
- D. FÉLIX JOSÉ REINOSO, Dean del cabildo de Valencia, y vocal del Supremo Tribunal de la Rota.
- D. VICENTE CECILIO RIGUEROS, presbítero, conocido con el seudónimo de *El loco de Extremadura*.
- P. PEDRO DE RIVADENEIRA, de la Compañía de Jesús.
- VEN. P. ALONSO RODRIGUEZ, de la Compañía de Jesús.
- D. JOSÉ MARIA ROLDAN, Cura párroco de San Andrés de Sevilla.
- ILMO. SR. D. JUDAS JOSÉ ROMO, Obispo de Canarias: despues Cardenal Arzobispo de Sevilla.
- P. FRANCISCO DE SALAZAR, de la Compañía de Jesús.
- P. PEDRO SALGADO DE LA SOLEDAD, director del colegio de las Escuelas pias de San Fernando de Madrid: actual secretario de la Nunciatura apostólica de esta córte.
- DR. D. BENITO SANZ Y FORÉS, Canónigo lectoral de la santa iglesia catedral de Tortosa.

- D. ANTONIO SANZ Y SANZ, arcipreste de la santa iglesia catedral de Tortosa.
- ILMO. SR. D. FELIPE SCIÓ DE SAN MIGUEL, ex-provincial del Orden de las Escuelas Pias de Castilla y Obispo de Segovia.
- FR. JOSÉ DE SIGUENZA, de la Orden de San Gerónimo, Prior del monasterio de San Lorenzo el real del Escorial.
- D. ANTONIO SOLÍS, secretario de S. M. y cronista mayor de las Indias.
- D. GAVINO TEJADO, jefe de administracion, cesante.
- SANTA TERESA DE JESÚS, reformadora de las Descalzas y Descalzos Carmelitas.
- D. S..... T....., presbítero (1).
- D. JUAN TRONCOSO, capellan de honor de S. M. la Reina Doña Isabel II.
- FR. PEDRO DE SANTA MARIA Y ULLOA, del Orden de Predicadores: murió en Sevilla con olor de santidad.
- FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO, caballero del Orden de San Juan, el mas fecundo de los poetas.
- D. DAMIAN DE VEGAS, del hábito de San Juan.

---

(1) Aunque constantemente he sido fiel á mi propósito de no incluir en esta coleccion á los anónimos ni á los autores que no hubiesen puesto mas que las iniciales de su nombre y apellido, me ha parecido que hacia un servicio al público exceptuando de esa regla general al presbítero Don S..... T....., por el singular mérito de su preciosa obrita intitulada, *Camino cierto y guia segura para la vida eterna*, impresa en Valencia en 1848, considerándola tan útil á las personas piadosas como á la instruccion de los niños.

MAESTRO ALEJO VENEGAS, escritor toledano del siglo XVI.

P. TOMÁS DE VILLACASTIN, de la Compañía de Jesús.

P. JUAN DE VILLAFAÑE, de la Compañía de Jesús.

DR. D. FRANCISCO DE VILLALOBOS, médico de cámara del Rey católico D. Fernando V y de sus dos sucesores á la corona.

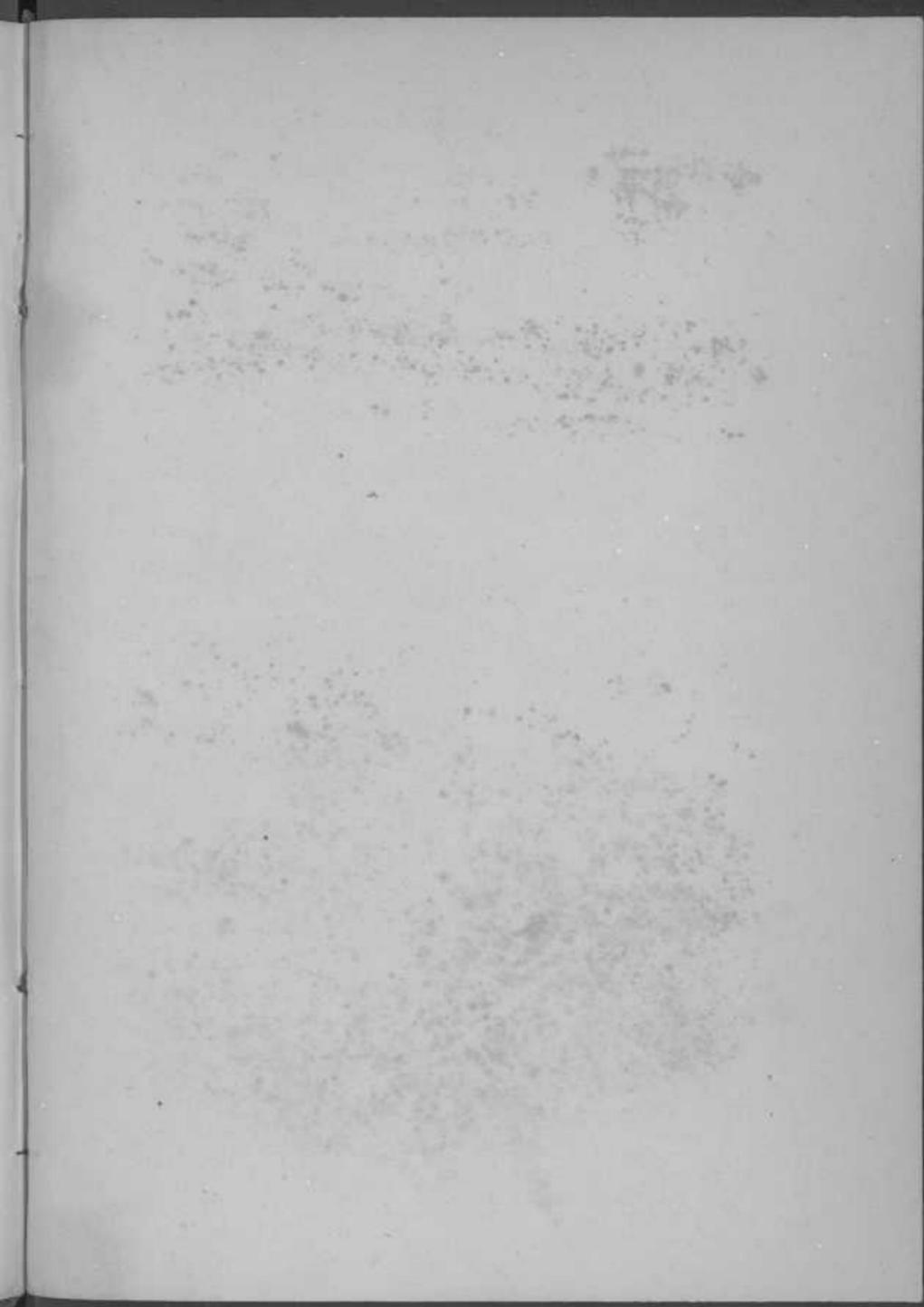
FR. DIEGÓ DE YEPES, de la Orden de San Gerónimo, Obispo de Tarazona.

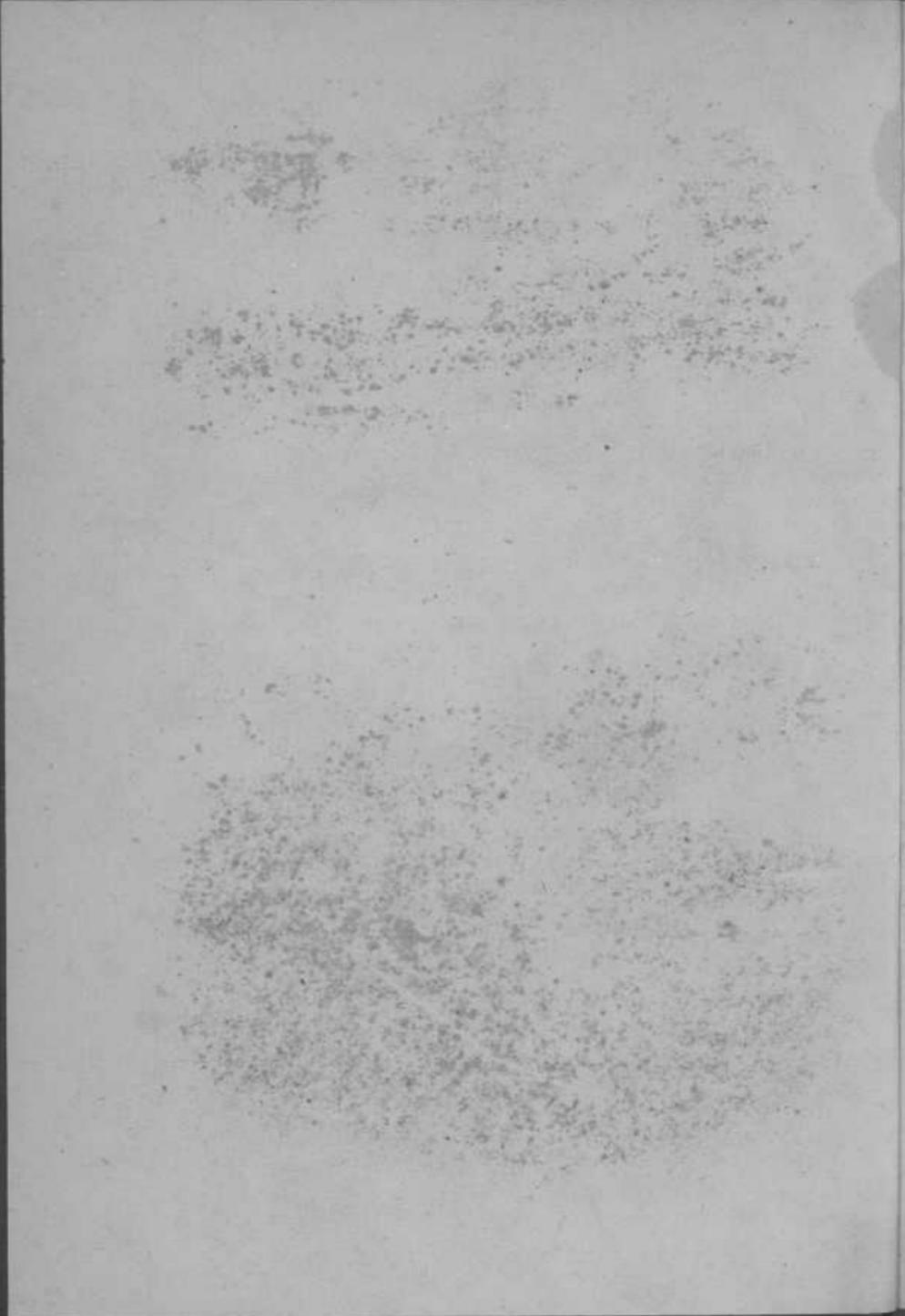
D. FELIPE LESMES ZAFRILLA, Canónigo lectoral de Sigüenza y posteriormente de Cuenca.

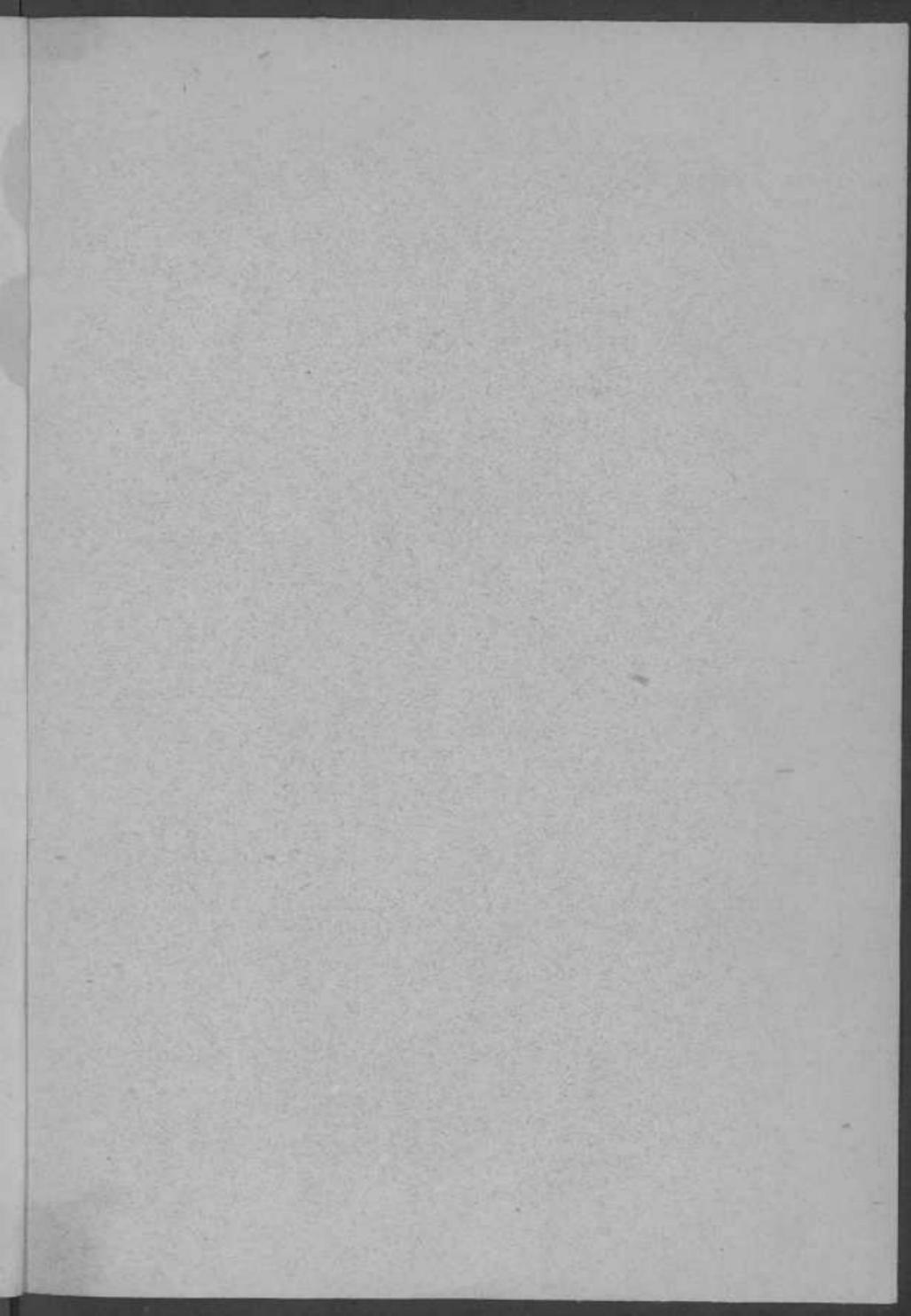
FR. FERNANDO DE ZÁRATE, de la Orden de San Agustín, catedrático de sagrada teología en la Universidad de Osuna.

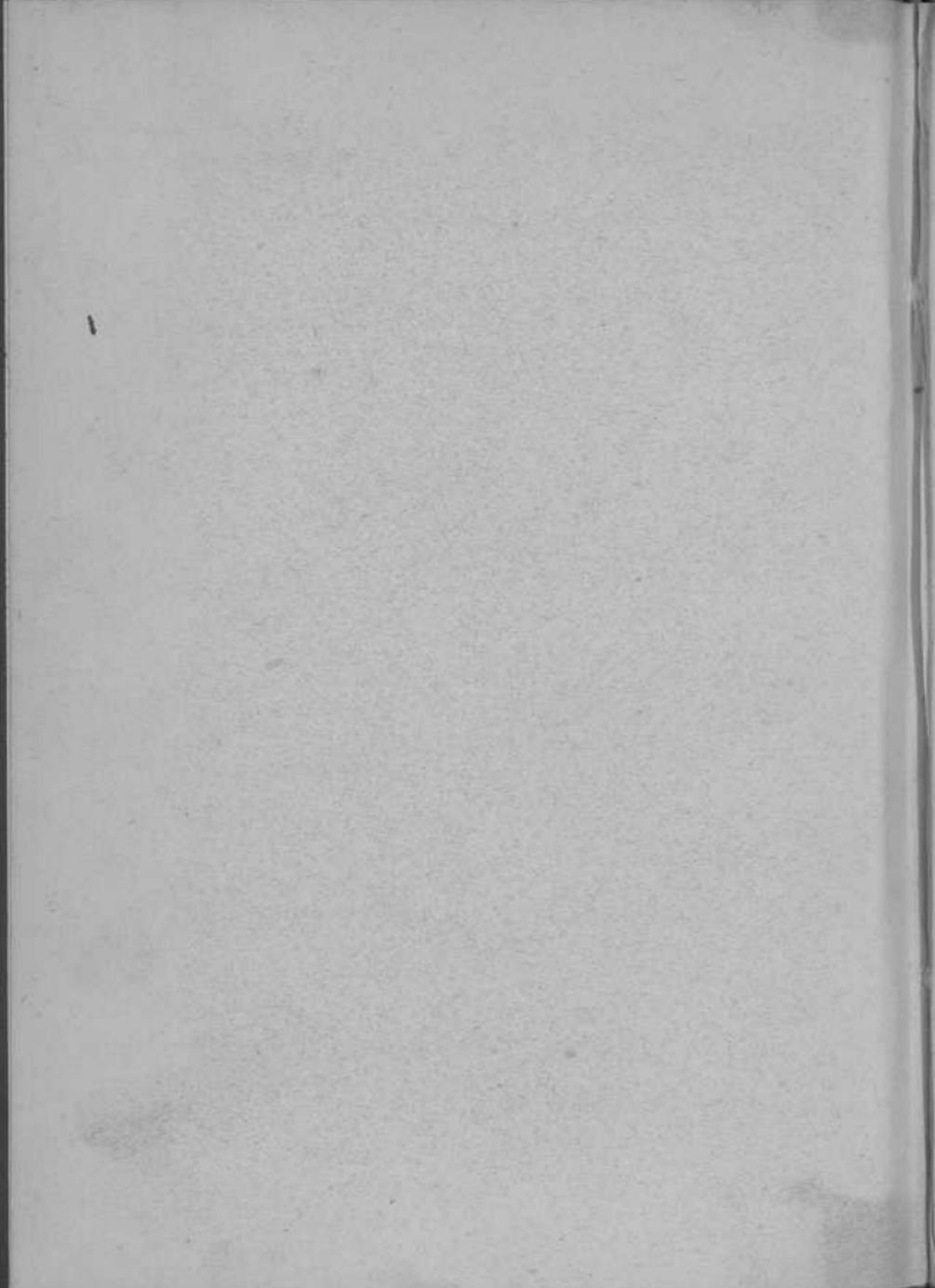
FIN.









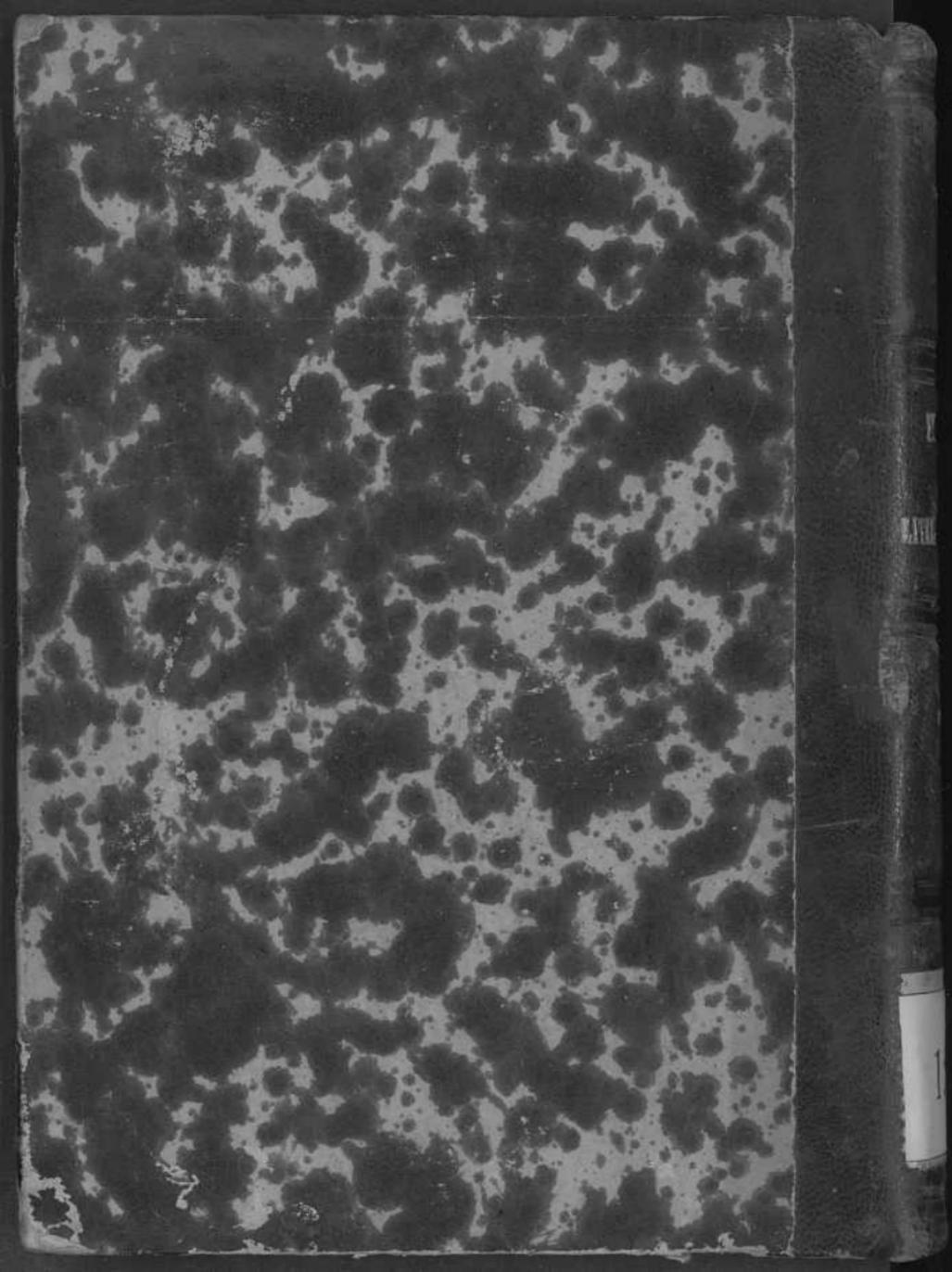


15

*15*

3

~~12~~



FLORESTA

DE LA

LITERATURA SAGRADA



15.829